

Universidad Nacional Autónoma de México
Postgrado en Estudios Latinoamericanos
Facultad de Filosofía y Letras



SOCIOLOGÍA Y MODERNIDAD EN AMÉRICA LATINA.
FLORESTAN FERNANDES Y GINO GERMANI

Tesis que para obtener el grado de:
Doctora en Estudios Latinoamericanos

Presenta:

DANIELA MARTA RAWICZ MORALES

Tutor principal
DR. HORACIO CRESPO

Ciudad Universitaria – México, 2010



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A la memoria de mi abuela Marta
que me animó e inspiró siempre.*

Agradecimientos

Agradezco, en primer lugar, a mis compañeros de vida, Ricardo y León, quienes soportaron con paciencia y cariño el ensimismamiento y los momentos de tensión que inevitablemente implica la elaboración de una tesis. A Ricardo, además, por ser el primer lector e interlocutor de todas mis ideas.

A mi mamá, Nancy, mi hermana Andrea y mi cuñado Marcos por su aliento permanente y sus gestiones eficaces. A mis amigas Estela, Antonia, Tania y Teresa que contribuyeron generosamente con lecturas, sugerencias, ideas. También a mis amigas Irma y María del Valle quienes me brindaron un apoyo crucial cuidando amorosamente a mi hijo León cuando fue necesario.

Mi especial gratitud al Dr. Horacio Crespo por su acompañamiento fundamental, en particular, por su virtud para escuchar, interpretar y orientar mis inquietudes intelectuales. También por infundirme ánimos cuando las dudas y la inseguridad me acosaron.

Finalmente, a la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, mi espacio laboral que, a través del otorgamiento del año sabático, me brindó las condiciones de tiempo y seguridad económica básica para poder dedicarme al estudio. Espero poder retribuir estas posibilidades con mi trabajo docente y de investigación.

Índice

Introducción	5
Capítulo I. La tormenta del mundo: Latinoamérica ante a la crisis y reconfiguración del orden mundial	15
1. Transformaciones económicas, sociales y políticas	16
2. Crisis y reconstrucción de la civilización moderna occidental	30
3. El desarrollo de las ciencias sociales	43
Capítulo II. Florestan Fernandes	55
1. Trayectoria vital e intelectual	55
1941-1953. Formación universitaria: antropología, sociología y militancia política	58
1954-1964. Sociología científica y transformación social	83
2. Análisis de la obra	104
La sociología como conciencia técnica y crítica de la sociedad	104
Lo científico y lo extra-científico	111
La dimensión técnica	122
El problema sociológico del cambio social: desintegración y reintegración del orden social	130
Desfases y dilemas de la sociedad brasileña	142
Capítulo III. Gino Germani	159
1. Trayectoria vital e intelectual	159
1938-1945. Antifascismo, formación universitaria e investigación social	161
1946-1955. Antiperonismo, ciencias sociales y sociedad	178
1956-1962. Sociología científica, desarrollo y modernización	191
2. Análisis de la obra	209
La crisis de la cultura moderna	209
Reconstrucción racional: ciencia y sociología	222
El problema sociológico del cambio social: transición de la sociedad tradicional a la sociedad moderna	239
La dinámica entre movilización e integración social	255

Capítulo IV. Conocimiento, racionalización y política	262
1. La nueva figura intelectual	263
2. La modernidad como proceso de racionalización	275
3. Teoría e historia	282
4. Consideraciones finales	288
Bibliografía	293

Introducción

La relación entre sociología y modernidad contiene un aspecto histórico evidente: la sociología nace y se desarrolla con el mundo moderno. Pero hay en esta relación algo más fundamental y específico: en la medida en que la modernidad emerge de un proceso de ruptura y de autopercepción (su carácter reflexivo) la sociología se transforma en una especie de metalenguaje mediante el cual la propia modernidad se explora, cobra consciencia de sí misma y busca legitimarse¹. En este sentido, la sociología y el sociólogo, como sujeto, participan del carácter contradictorio y conflictivo de la modernidad, a veces desenmascarando, a veces reproduciendo sus contradicciones y ambigüedades.

La inserción histórica y el papel de América Latina en el desarrollo de la modernidad occidental le ha dado a esta relación matices y dimensiones peculiares. Por una parte, la propia Modernidad como imaginario histórico de pretensiones universales instaaura la idea del cambio como constitutivo del mundo humano, con su concepción del tiempo proyectado al futuro y su visión del hombre como entidad histórica y social. Tal como señala Klaus von Beyme, en la modernidad se abre una escisión entre la experiencia y la expectativa que no habían conocido sociedades más tradicionales (1994: 32). Por otra, desde el Descubrimiento, América Latina aparece en este imaginario –en sus manifestaciones eurocentristas- como una particularidad incapaz de consolidar un proyecto propio. Frente a las realizaciones más exitosas del proyecto moderno encarnadas por Europa y Estados Unidos, la realidad latinoamericana se presenta frecuentemente marcada por la debilidad, el déficit, la anacronía, el fracaso y el carácter inacabado de sus proyectos de transformación social². Ya sea para sostener o cuestionar (o ambas a la vez) esta imagen, el pensamiento social y político del continente se ha constituido, en gran medida, en torno suyo.

Uno de los momentos paradigmáticos en que aparece planteado este problema es entre los años 30 y 60 del siglo XX aproximadamente. Durante este periodo, en el marco de

¹ Sin duda no es la única, pero en la medida en que la ciencia adquiere un carácter privilegiado en la modernidad, la sociología, como disciplina científica tiende a presentarse como la voz autorizada frente a otras manifestaciones simbólicas.

² Albert Hirschman acuñó el término “fracasomanía” para referirse a lo que consideraba un rasgo cultural típicamente latinoamericano.

importantes transformaciones del papel de la región en el mundo, se produce la institucionalización de las ciencias sociales en el continente, en particular de la sociología. Los protagonistas de este proceso enfrentarán el reto fundamental de articular la emergencia de una nueva “figura intelectual”, el sociólogo profesional, con los problemas más acuciantes de las sociedades latinoamericanas en momentos de fuertes expectativas sociales de cambio, ligadas a una coyuntura de “crisis y reconstrucción” de la sociedad moderna occidental. Esta articulación es precisamente el objeto de nuestra investigación. Tomando prestadas las palabras de Solari, Franco y Jutkowitz planteamos que “hay una correspondencia que si no es causal tampoco es casual entre el género de proyecto político que se trata de implantar y los rasgos con que presentan a la sociología los que luchan por su institucionalización como ciencia” (1981: 65). El planteamiento de una “articulación”, así como los términos causal-casual de la cita, resultan fundamentales. Con ellos se intenta enfatizar la relativa contingencia que existe en la vinculación, tal como lo demuestran las diferencias ideológico-políticas e intelectuales entre los diversos autores que podrían incluirse como parte del proceso de institucionalización de la sociología a nivel regional.

En esta investigación hemos acotado nuestro interés a dos de estos autores: Gino Germani (1911-1979) y Florestan Fernandes (1920-1995). Aunque no son los únicos, consideramos que son, sin duda, de los más destacados, en el sentido de su proyección nacional y continental dentro del periodo de estudio³. En primer lugar, se trata de los primeros autores que, además de expresar la necesidad de una renovación del pensamiento social, produjeron obras sistemáticas dedicadas al tema⁴. Asimismo, los dos participaron activamente en la fundación y/o gestión de la disciplina en sus respectivos países y en importantes instituciones de educación superior e investigación de América Latina -Gino Germani en la Universidad de Buenos Aires y Florestan Fernandes en la Universidad de São Paulo- y sus nombres aparecen indisolublemente ligados a la tradición intelectual de

³ Para un panorama más completo de los autores clave de la corriente sería indispensable la incorporación de José Medina Echavarría. Aunque en un principio de la investigación se contempló su inclusión, por razones de tiempo, extensión y posibilidades de profundización se decidió acotar el trabajo a los dos autores mencionados. De todas formas, como se verá más adelante, Medina Echavarría aparece como una referencia constante en el desarrollo de la tesis.

⁴ Tanto Germani como Florestan Fernandes reconocen en varias ocasiones el libro de Medina Echavarría *Sociología: teoría y técnica* (1941) como el hito clave en el cambio de concepción de la sociología. Posteriormente los dos autores escriben obras fundamentales que influenciarán a varias generaciones de sociólogos. De Germani destaca: *La sociología científica. Aportes para su fundamentación* (1956) y *La sociología en América Latina. Problemas y perspectivas* (1964). De la vastísima obra de Fernandes consideramos como sus textos más destacados sobre este aspecto: *A etnologia e a sociologia no Brasil* (1958), *Fundamentos empíricos da explicação sociológica* (1959), *Ensaio de sociologia geral e aplicada* (1959), *A sociologia numa era de revolução social* (1963), *Elementos de sociologia teórica* (1970).

dichas instituciones. Ambos promovieron, además, la inscripción de la sociología en una perspectiva más amplia de las ciencias sociales, que incorpora la psicología, la antropología social, la política y la economía; perspectiva que gravitó de manera decisiva en la formación de varias generaciones de sociólogos en el continente. Finalmente –y lo más relevante para nuestra investigación- los dos comparten, aunque con matices teóricos e ideológicos propios- una concepción de la sociología como disciplina científica estrechamente relacionada con una voluntad de transformación social en el sentido de realizar las promesas de la sociedad moderna.

Los dos autores, de manera individual, han sido objeto de estudios sobre diversos aspectos de su obra y trayectoria, aunque en desigual cantidad⁵. Una muy buena parte de éstos son artículos y capítulos de libro que están en un tono conmemorativo, de homenaje o recopilatorio sobre la disciplina, por lo que tienden a dejar de lado los asuntos polémicos⁶. Asimismo, es llamativo que durante largos años la imagen que se ha difundido de los autores es bastante esquemática y simplificada. Mientras Germani ha sido ubicado una y otra vez como estructural-funcionalista parsoniano y, por tanto, como exponente de una sociología superada o a superar, Florestan Fernandes ha sido recuperado como ejemplo de una sociología comprometida y militante de filiación marxista. Ambas imágenes se fundan, sin duda, en aspectos constatables aunque a menudo parciales: ya sea porque se enfatizan unos textos sobre otros, unas influencias sobre otras o una etapa de su trayectoria sobre otra. Sólo en fechas más recientes y producto de un creciente (en el caso de Germani) o renovado (en el caso de Fernandes) interés por las dos figuras, estas imágenes han comenzado a complejizarse y matizarse. En efecto, en las últimas décadas se han

⁵ Es llamativa la voluminosa producción académica y no académica sobre Florestan Fernandes, en sí misma y en relación con Gino Germani. Duarcides Ferreira Mariosa registra entre 1969 y 2006 unos 350 trabajos publicados en Brasil entre artículos en revistas especializadas, capítulos de libros, colección de textos y artículos, tesis de licenciatura, maestría o doctorado, comunicaciones en congresos, que involucran a 200 autores (2007: 71). Aunque de Germani no tenemos un dato semejante, nuestra búsqueda bibliográfica nos revela una producción muchísimo menor.

⁶ Caben en esta categoría de trabajos el libro de Jorge Jorrot y Ruth Sautu (comp.) *Después de Germani. Exploraciones sobre Estructura social de la Argentina* (1992) o los artículos más recientes en conmemoración de los 50 años de la fundación de la carrera de sociología de la UBA escritos por Horowicz, Pereyra, Tavella y otros en publicaciones nacionales (*Revista Argentina de Sociología*, Instituto de Investigaciones Gino Germani). Para el caso de Fernandes puede incluirse en esta vertiente el libro de Maria Angela D' Incao (org.), *O saber militante: ensaios sobre Florestan Fernandes* (1987), el de José de Souza Martins, *Florestan: sociologia e conciencia social no Brasil* (1998) o los múltiples artículos escritos en ocasión de su fallecimiento entre 1995 y 1997: la revista *Estudos Avançados* (núm. 26); la *Revista Brasileira de Estudos Sociais* (núm. 30) y la revista *Ideas*, en 1997, dedicaron todo el número o un nutrido dossier a la figura y obra de Florestan Fernandes.

producido algunos estudios más sistemáticos, en tesis de maestría o doctorado, en los que se analizan aspectos más específicos o novedosos sobre los autores⁷.

Una característica importante de todos estos trabajos es que están fuertemente anclados al contexto nacional en el que actuaron y sobre el que pensaron estos intelectuales. Con excepción del ya clásico volumen de Solari, Franco y Jutkowitz (1981), no hemos encontrado trabajos en los que se confronten las perspectivas de Fernandes y Germani (ni de otros representantes de la institucionalización de la sociología)⁸. Creemos que esto sucede, en parte, porque Germani y Fernandes nunca mantuvieron un diálogo estrecho o significativo (sólo hacia los 60 los encontramos formando parte del Grupo Latinoamericano para el Desarrollo de la Sociología y luego, a mediados de la década, en la *Revista Latinoamericana de Sociología*)⁹; pero, sobre todo, porque desde aquella imagen más difundida, ambos parecen pertenecer a “universos intelectuales” relativamente distintos. No obstante, una mirada superficial a textos fundamentales de su obra revela rápidamente suficientes elementos comunes como para justificar una comparación.

En nuestra investigación nos proponemos retomar esa especie de diálogo virtual o contraste entre los autores iniciada por Solari, Franco y Jutkowitz, de tal forma de reinscribirlos en una perspectiva más latinoamericana. Esto implica acentuar los procesos y experiencias que ligan a los autores en un marco más amplio. En efecto, es claro que, a pesar de las múltiples diferencias nacionales, es posible hablar de una orientación general común en la primera etapa de institucionalización de las ciencias sociales en la región. A esta orientación se la ha identificado como “científica”, en parte por la percepción de sí mismos de los propios autores representativos en su enfrentamiento a la tradición

⁷ Sobre Gino Germani, encontramos fundamentalmente los trabajos de Alejandro Blanco (1999, 2003, 2006). Estos trabajos enfatizan la presencia en Germani de fuentes intelectuales diversas y no necesariamente afines al estructural-funcionalismo norteamericano: algunos autores la Escuela de Frankfurt y, sobre todo, el “psicoanálisis reformista” (Erich Fromm, Harold Laski, Franz Neumann, entre otros). Sobre Fernandes podemos citar, además de las tesis más antiguas como la de Bárbara Freitag (de 1969), los trabajos más recientes de Maria Arminda do Nascimento Arruda, Sylvia Gemignani García, Duarcides Ferreira Mariosa (2007) Eidison Bariani Jr (2003) y Tatiana Gomes Martins (2008).

⁸ En años recientes Alberto Noé (2005) ha impartido en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires un seminario de doctorado titulado *Florestan Fernandes y Gino Germani. Sociología argentina y brasileña en perspectiva comparada* en el que se analiza la trayectoria de los autores y su vínculo con el proyecto institucional de la carrera de Sociología en la UBA y en la Universidad de São Paulo.

⁹ Durante el tiempo en que Germani trabaja con Ricardo Levene, éste mantiene contacto más bien con Gilberto Freyre. Posteriormente, es más frecuente el contacto de Germani con la sociología de Rio de Janeiro, especialmente con L.A Costa Pinto, quien manifestó un temprano interés por darle alcance regional a la disciplina. La biblioteca de Paidós, dirigida por Germani y Butelman, publicó además, en 1964 *Estructura de clases y cambio social* de Costa Pinto.

intelectual de ensayo social; en parte por contraposición con la orientación “crítica” desde la cual se posicionaron sus adversarios hacia mediados de los años 60. Aunque esta distinción entre lo “científico” y lo “crítico” puede y debe ser relativizada (de allí las comillas que acompañan a cada término), efectivamente es indicativa de planteamientos y matices diferenciados en el desarrollo de la disciplina. En el corazón de estas tensiones se encuentra precisamente la vinculación entre sociología y transformación social que es objeto de este trabajo. Así, aunque podríamos decir que entre las diferentes orientaciones existe un acuerdo general sobre la posibilidad y la necesidad de emprender un análisis “racional”, sistemático, de los fenómenos sociales, se difiere sobre la naturaleza y el alcance del quehacer sociológico como ciencia¹⁰. De la misma manera, aunque hay acuerdo sobre el compromiso de la sociología con el cambio social, se difiere sobre la naturaleza de ese papel así como sobre el tipo de transformación proyectada. De allí la relevancia de revisar a dos autores representativos de la institucionalización de la sociología en la región, pero que pueden dar cuenta en sus trayectorias y obras de algunas de estas tensiones.

En términos del campo de estudio, la investigación se ha planteado desde una perspectiva en la que confluyen aspectos de la historia intelectual, la historia de las ideas y de la teoría social. En la medida en que nos ocupamos de la producción intelectual del pasado, consideramos que nuestra investigación se inscribe dentro de la amplia perspectiva de la historia intelectual y de las ideas, en particular, la historia del pensamiento social y político latinoamericano¹¹. En la medida en que esta producción intelectual pertenece al campo científico, las “ideas” son consideradas también en su carácter específico de teoría social. Esto implica ampliar el espectro de objetos de aquel campo de estudio que, en su devenir,

¹⁰ En este sentido, los “críticos”, también defienden una concepción de la sociología como ciencia. Más recientemente, algunos autores latinoamericanos (Gerónimo de Sierra, Manuel A. Carretón, Miguel Murmis y Hélgio Trindade) han propuesto pensar toda la fase fundacional de la sociología en América Latina a partir de dos perspectivas: la “científico-profesional” (representada por Germani y Prebisch) y la “científico-crítica” (representada por la obra de Cardoso y Faletto); (en Trindade, 2007: 47).

¹¹ Las relaciones entre historia intelectual e historia de las ideas son materia de debate. Si por un lado, la historia intelectual se ha propuesto como una renovación de la vieja historia de las ideas (abocada al estudio de la filiación y genealogía interna de las ideas) mediante la identificación de ámbitos de actuación, redes intelectuales, instituciones, etc. que dan forma al pensamiento de un autor; por otro, la propia historia de las ideas ha buscado renovarse incorporando en el estudio de los textos herramientas de otros campos como la lingüística, la semiótica y el análisis del discurso que permiten articular las ideas con sus condiciones de producción, los contenidos con las formas de enunciación. Como veremos, en nuestro trabajo recuperamos algunas dimensiones de ambas orientaciones.

se ha ocupado fundamentalmente de la tradición ensayística del continente, manteniendo distancia de la producción científica y disciplinar¹².

El supuesto metodológico fundamental que permite vincular estos campos es la existencia de una relación estrecha entre las formas de producción simbólica y las condiciones históricas y sociales en que aquellas tienen lugar. En efecto, consideramos que la riqueza de un análisis de los autores como el que proponemos reside en la complejidad que puede brindar una lectura comparada de su trayectoria y obra desde los múltiples efectos de contexto. Ahora bien, dentro de la historia intelectual y la historia de las ideas tanto los alcances del contexto (amplitud y dimensiones que incluye) como las formas de vinculación con las ideas son materia de un amplio debate y varían en gran medida de acuerdo con los propósitos y énfasis explicativos de cada investigación. Frederic Jameson ha sintetizado con claridad el gran dilema de esta relación: “¿Es el texto un objeto que flota libremente, por derecho propio, ‘refleja’ algún contexto o trasfondo, y en ese caso es la simple réplica ideológica de este último, o posee alguna fuerza autónoma en la que podría mirársele también como negador de ese contexto?” (1989: 32).

En nuestro caso, hemos abordado esta relación de las ideas con sus condiciones de producción desde diversos ángulos. En primer lugar, hemos buscado caracterizar el contexto más amplio en el que se inscriben los dos autores. Este contexto se refiere al conjunto de problemas, discursos y conflictividades de una época y espacio determinados que conforman el horizonte de intelección más general a partir del cual los sujetos recortan, organizan e interpretan el mundo. En la investigación este nivel contextual está dado por la gran transformación de la inserción latinoamericana en el mundo que ocurre entre 1930 y 1960 y que desarrollamos en el capítulo I. El hecho de que este capítulo se exponga, en principio, de manera independiente al análisis de los autores no debe confundir el punto de vista que nos guía. No pretendemos presentar los “hechos objetivos” que estarían detrás de o determinarían externamente las ideas de los autores. La

¹² Tal como señala Devés (2003: 11) probablemente la afinidad disciplinaria de quienes se han ocupado de hacer esta historia de las ideas (filósofo/as, literato/as y hoy los Estudios Culturales) con el ensayo haya contribuido a esta situación. Otra razón puede verse en el hecho de que en la tradición ensayística, a diferencia de las ciencias sociales, se ha percibido una especie de rasgo propio, identitario de la producción intelectual latinoamericana. Sin desconocer la pertinencia de esta problemática, consideramos que aunque el proyecto de renovación iniciado en los años 40 implicó una abierta ruptura con la tradición ensayística de la región, es posible establecer importantes lazos de continuidad entre las preocupaciones de los sociólogos científicos y las problemáticas centrales que caracterizan al pensamiento latinoamericano desde el siglo XIX. Incluso, aventuramos, podría recorrerse la historia de este pensamiento identificando las numerosas ocasiones en que esta tensión entre ciencia y ensayo se ha manifestado con claridad.

caracterización de la época es en sí misma un recorte de hechos y discursos realizado en función de la lectura de los autores y es la que nos permite establecer los ejes y referentes más generales de comparación entre los mismos.

Hay por lo menos tres tipos de transformaciones que tienen lugar en la época y que, a nuestro criterio, conforman ese horizonte de comprensión o universo discursivo¹³, dentro del cual se recorta la producción simbólica los autores: en primer lugar, los cambios sociales y políticos ligados al fin del modelo agroexportador, la conformación de un modelo centrado en la industrialización y la intervención estatal y la emergencia de la hegemonía mundial norteamericana; en segundo lugar, los cambios ideológico-intelectuales derivados de la crisis de la razón moderna y su posterior restauración; en tercer lugar, el espectacular desarrollo de las ciencias sociales a partir de la posguerra.

Un segundo nivel de contextualización se produce a través de la reconstrucción de la particular trayectoria vital e intelectual de los autores que desarrollamos en la primera parte de los capítulos II y III. El punto de vista que se ha adoptado para elaborar estos apartados es la identificación de los ámbitos de actuación más relevantes en cada autor y sus vínculos con: a) la coyuntura sociopolítica nacional e internacional; b) el clima ideológico y cultural reinante; c) el desarrollo histórico específico de la sociología como disciplina académica y universitaria en cada país. Desde la perspectiva de la historia intelectual, en estos apartados nos centramos en lo que podríamos englobar como la “socialización” de los autores dentro de un determinado campo discursivo. Consideramos que esta perspectiva nos permite registrar el abanico de voces –sujetos y posiciones- más específicas, que se recortan de aquel horizonte más general, con las que dialogan, debaten, se enfrentan los autores y a partir de las cuales construyen su posición sobre la sociología y el cambio social.

En efecto, tal como señala Mijail Bajtin, toda comunicación verbal se desarrolla bajo la forma de un intercambio de enunciados; es decir bajo la forma del diálogo entre sujetos (1997). En este sentido, el contenido de los discursos aparece siempre atravesado por un sistema de relaciones intersubjetivas que contribuyen a conformar su sentido. La noción de polifonía acuñada por Bajtin se refiere, precisamente, al juego de voces sociales que interactúan en un discurso y que nos remiten al empalme de la cadena de comunicación discursiva con la historia y la sociedad. Es en este nivel donde podemos observar la

¹³ Maingueneau define el universo discursivo como el conjunto de los discursos que interactúan en un momento dado y del cual se recortan campos (2003: 19).

construcción de una nueva figura intelectual, la del profesional de las ciencias sociales, a partir de un juego relativamente complejo de oposiciones en múltiples dimensiones: ideológico-políticas, intelectuales, profesionales, institucionales e incluso personales. Esta figura intelectual implica la instauración de un lugar de enunciación (la “ciencia”) que otorga legitimidad y “autoriza” la voz de sus autores, al mismo tiempo que le impone a sus enunciados ciertas propiedades formales (genéricas), típicas del discurso científico.

Finalmente, emprendemos el análisis más sistemático de las ideas de los autores en la segunda parte de los capítulos II y III. En la medida en que no hay una relación mecánica entre texto y contexto, es fundamental atender a la relativa autonomía o al menos especificidad que adquiere la formulación particular de las ideas de un autor. En efecto, si el contexto sólo operara externamente en forma de afiliación a intereses sociales y políticos o a corrientes ideológicas e intelectuales, bastaría con identificar éstos para explicar la perspectiva de los autores. No obstante, creemos que esta mirada es insuficiente y empobrecedora, en primer lugar porque el contexto (e incluso la afiliación a intereses y corrientes ideológicas) opera internamente en los textos, mediado por esquemas de intelección, categorías, conceptos específicos a los que los autores intentan dotar de cierta coherencia y unidad; en segundo lugar, porque a menudo, como sostiene Jameson, los textos poseen esa fuerza autónoma que rebasa los límites y constricciones de sus condiciones de producción. Precisamente, la especificidad formal del discurso científico radica en gran medida en esta aspiración (nunca lograda del todo) a una completa autonomía.

A fin de permitir la comparación entre los dos autores, se ha orientado el análisis teniendo en cuenta la vinculación de tres ejes a) la reflexión sobre la sociología como ciencia b) la concepción sociológica del cambio social c) el diagnóstico de las sociedades latinoamericanas y los modelos de transformación que se proponen. Estas ideas son abordadas en estos apartados desde el punto de vista de la teoría social, privilegiando entonces la dimensión del contenido, esto es, de su lógica interna y su inserción en los grandes debates de la disciplina. Aunque pueda parecer evidente, es importante aclarar que no nos interesa analizar el contenido “científico” de las ideas de los autores en el sentido de la contrastación o validación empírica de sus esquemas interpretativos. Nos interesa analizar qué es lo que los autores pensaban que comprendían al construir estos esquemas

desde una posición enunciativa particular, y menos evaluar lo que “en realidad” comprendieron¹⁴.

Esta estructuración de la lectura de los autores es, sin duda, una entre otras posibles. Como hemos mencionado, estudios recientes han propuesto nuevos acercamientos tanto a la trayectoria intelectual como a las obras mismas a partir de otros núcleos problemáticos. No obstante, con ella pretendemos contribuir a una comprensión más amplia y compleja de los autores, al menos en tres aspectos: en primer lugar, entender de manera más precisa su proyecto de una sociología “científica”, despejando algunos prejuicios (negativos o positivos) que pesan sobre ellos (empirismo, cientificismo, academicismo, etc.); relativizar la imagen tradicional montada sobre el énfasis unilateral en alguna/s de sus influencias intelectuales (el funcionalismo o el marxismo); comprender mejor su posición en las confrontaciones políticas de la época y sobre todo la particular relación entre ideología política y postura científica que los anima.

Una última precisión sobre la organización del texto. Hemos decidido exponer a los dos autores por separado, aún cuando implica la renuncia a formas más interesantes de presentar la comparación. Esta decisión se fundamenta en que preferimos respetar en primer lugar la especificidad y unidad del pensamiento de los autores sin forzar de antemano sus argumentos en un diálogo que es más virtual que real. Es más bien la organización de la presentación a partir de ejes claramente comunes (mencionados para cada capítulo) lo que da pie al posterior contraste que realizamos en el capítulo IV. Aún así hemos intentado adelantar en el desarrollo de cada autor algunas pistas que serán ampliadas y sistematizadas en el capítulo final.

Asimismo, hemos decidido exponer primero a Florestan Fernandes¹⁵ debido a que, aunque la llamada “sociología de cátedra” inicia en Brasil (a mediados de los años 20) de forma más tardía que en muchos países latinoamericanos y, en particular, que en Argentina (hacia fines del siglo XIX), el surgimiento y reconocimiento de la sociología científica tiene un despegue anterior, desde mediados de los 30 y principios de los 40 con la llegada de profesores extranjeros a las nuevas universidades brasileñas. A diferencia de lo que ocurre en Argentina, donde el proceso de institucionalización iniciado en los 40 se acompaña

¹⁴ Esto vale particularmente para sus estudios empíricos que no trabajamos en nuestra investigación.

¹⁵ Se ha decidido colocar las citas de Fernandes en idioma original para que el lector tenga acceso directo al lenguaje del autor y evitar posibles deslizamientos ilegítimos de sentido derivados de la traducción.

durante década y media por la persistencia de un tipo de sociología ligada a la filosofía social, en Brasil existe un mayor vínculo entre el proceso de institucionalización y el avance de un tipo de sociología “empírica” e “inductiva”.

Capítulo I
La tormenta del mundo:
Latinoamérica ante la crisis y reconfiguración del orden mundial

El periodo entre 1930 y 1960 es uno de los más agitados y conflictivos de la historia. En el curso de esos treinta años el mundo experimenta tres confrontaciones mundiales, dos “calientes” y una “fría”, el triunfo de la revolución rusa y la consolidación de la URSS, el ascenso y la caída del fascismo y el nacionalsocialismo, invasiones imperialistas y procesos de descolonización y una gran crisis financiera con consecuencias de amplio alcance para el orden internacional. Y aunque en los años posteriores a la debacle, especialmente después de la segunda guerra, la hegemonía occidental se recupera y se vive un momento de expansión económica sin precedentes, el mundo no vuelve a ser el mismo. En términos generales podríamos decir que se transforma sustancialmente la relación dentro y entre centros y periferias; lo que implica para estas últimas, entre ellas Latinoamérica, un complejo proceso de readaptación que involucra tanto la dimensión económica como los equilibrios sociales, políticos y culturales.

Esta gran transformación es al mismo tiempo el contexto y el objeto de las reflexiones de nuestros autores. A nuestro juicio, es este contexto el que permite comprender mejor la insistencia, tan marcada en los sociólogos de la época, en la figura conceptual de la “transición”, así como esa mezcla de pesimismo crítico (hacia las supervivencias del pasado) y optimismo ingenuo (por las promesas de la ciencia social y la técnica) que permea la obra de nuestros autores. En efecto, si todas estas convulsiones del periodo conllevan profundos quiebres, rupturas y dificultosos procesos de cambio, al mismo tiempo significan una oportunidad de emprender una ansiada transformación estructural en sociedades agobiadas por un cúmulo de promesas incumplidas desde su emancipación política.

Dentro del periodo que nos ocupa podemos distinguir dos momentos o coyunturas: uno, que va de la crisis del 29 hasta la segunda posguerra; otro, que comienza entre principios y mediados de los 50 hasta principios o mediados de los 60. En rigor, no se trata de dos momentos diferenciados sino de un interregno en el que procesos comenzados en la crisis

o en la guerra, alcanzan vigencia en la segunda posguerra y hacia fines de los 50 muestran tanto su apogeo como los primeros signos de agotamiento.

1. Transformaciones económicas, sociales y políticas

En términos económicos, Arthur Lewis se remonta más atrás y describe el periodo que va de 1913 a 1939 como “tiempo de rupturas y tiempo de experimentos” (en Thorp, 1998). La primera guerra mundial provoca el cierre y la protección de las economías nacionales para reorientarlas en función del esfuerzo bélico. Esto afecta profundamente el creciente flujo del comercio internacional. Al mismo tiempo, se hacen patentes las dificultades de Gran Bretaña para seguir desempeñando el papel de banquero del mundo y su progresivo reemplazo por parte de Estados Unidos¹⁶ quien, a partir de 1917 financia y abastece tanto a los países en conflicto como a los antiguos clientes de Europa, aunque al final del conflicto opta por retirarse de la escena. Durante la década del 20 las economías se recuperan y alcanzan cierta prosperidad (entre 1925 y 1929), sin embargo varios factores impiden el restablecimiento del orden internacional previo a 1914 (simbolizado por el sistema de patrón oro). Esta década está marcada precisamente por los intentos, poco articulados todavía, de adaptación a los profundos cambios ocurridos en el mundo: reconfiguraciones geopolíticas, crisis de la hegemonía mundial y modificaciones en el modo de producción derivadas de la segunda revolución industrial¹⁷. La crisis del 29 y sus consecuencias inmediatas –contracción de la actividad económica en los países industrializados, contención de sus importaciones y suspensión de las inversiones en el extranjero- terminan de evidenciar la profunda inestabilidad del capitalismo y la necesidad de reorientarlo. En los 15 años siguientes, marcados por la segunda confrontación mundial, se definen las líneas principales de esta reorientación: ganan terreno las políticas de intervención estatal en la regulación y planeación económica frente al liberalismo clásico; se abandona el

¹⁶ Otros países beneficiados por la guerra son Japón y, en menor medida, Canadá.

¹⁷ Entre estos cambios podemos destacar los geopolíticos derivados de las reconfiguraciones territoriales en Europa central y oriental (desaparición de tres grandes imperios: Turco, Ruso y Austro-Húngaro y el surgimiento de nuevas unidades estatales) y sus consecuentes tensiones económicas, políticas y culturales; los temores despertados por el triunfo de la revolución bolchevique; y la emergente hegemonía norteamericana, que tardará todavía unos años en afianzar su papel de absoluto liderazgo internacional. En términos económicos hay que tomar en cuenta las repercusiones de los nuevos métodos de producción, aumento de la productividad y la racionalización del trabajo introducidos por las innovaciones de Henry Ford y Frederick Taylor; la expansión de los bienes industriales de consumo masivo y el consecuente efecto del desempleo. Estos cambios en la producción contrastan con las dificultades y vicisitudes que enfrenta el comercio internacional.

sistema del patrón oro, se consolida la hegemonía norteamericana y se concreta la repartición de Europa, y luego del mundo, en esferas de influencia occidental y soviética (Aróstegui y otros, 2001).

Para América latina, como para el resto de la periferia, las catástrofes del periodo tienen consecuencias económicas ambivalentes. Por una parte, las guerras incrementan la demanda de las exportaciones pero cambian los productos demandados: los minerales estratégicos registran un auge mientras el cacao, el banano y café de consumo europeo sufren una caída. La crisis, por su parte, disminuye la demanda y cambia flujo de capital. Se produce, según Alejandro Díaz-Alejandro, una “lotería de productos básicos” donde unos pierden y otros ganan, relativamente (en Thorp, 1998: 111)¹⁸. Estos vaivenes ponen al descubierto una realidad cada vez más palpable: la vulnerabilidad del mercado externo y el resquebrajamiento del modelo de crecimiento basado en la exportación de materias primas y la importación de productos industrializados que caracteriza la inserción internacional del América Latina desde la segunda mitad del siglo XIX.

Durante la primera guerra se ensaya en algunos países de la región la sustitución de importaciones, pero en los años 20 debido a cierta prosperidad recuperada por la afluencia de financiamiento externo se confía todavía en la vigencia del modelo agroexportador y baja la producción industrial (con excepción de Argentina y Cuba). No obstante, la crisis del 29 trae consecuencias más graves: cae la demanda y los precios de los productos agrícolas, cae la producción industrial y cesan los créditos por el derrumbe del mercado financiero. Todo esto provoca una gran disminución del poder de compra derivado de exportaciones. Aunque estas consecuencias aparecen en el corto plazo atenuadas o corregidas por los efectos de la segunda guerra -aumento de la demanda y de los precios más acumulación de divisas como consecuencia de la dificultad de importar-, introducen modificaciones muy profundas que sólo a partir de la posguerra cobran definitivamente el sentido del fin de un modelo y el inicio de algo distinto.

En los 15 años posteriores a la crisis del 29 estos desajustes económicos llevan a los sectores en el poder a tomar medidas y a hacer innovaciones que en un principio se creen transitorias y de supervivencia ante la crisis, pero que pronto adquieren el alcance de una nueva relación entre economía, Estado y sociedad (Halperin Donghi, 1983). Estas medidas

¹⁸ Por ejemplo, la caída del azúcar de Cuba, beneficia a la Dominicana o la sequía en América del Norte favorece a los exportadores de productos de clima templado.

se sustentan en dos pilares: industrialización e intervención estatal. La sustitución de importaciones, ensayada en crisis anteriores en diversos países se profundiza a partir del 29 y se acelera durante la segunda guerra debido a la ventaja que ofrece la falta de competencia metropolitana. Asimismo, se comienza a abrir lentamente el comercio de manufacturas entre países de América Latina. Ante la crisis del sector agrícola el Estado interviene, en un principio de manera limitada e incoherente, buscando regular y equilibrar el ritmo de producción, exportaciones e importaciones, luego de manera deliberada. Así, junto al impulso a la industria liviana, el sector primario empieza a ser indirecta pero sistemáticamente subvencionado mediante tasas a las importaciones (a través una política de cambios múltiples u otros medios monetarios). Ante la evidencia de la crisis del monocultivo exportador, se empieza a ensayar, con distintos grados y resultados, la diversificación productiva¹⁹. Halperin Donghi llama la atención sobre el hecho de que el tipo de medidas económicas que en el *New Deal* norteamericano tienen importantes connotaciones sociales, en América Latina buscan básicamente conservar el poder de grandes terratenientes (1983: 361).

En efecto, en un principio, las medidas tomadas por los diferentes gobiernos están orientadas a salvar la economía exportadora y, por tanto, mantener la estructura de poder de las oligarquías agrarias que la sostienen. No obstante, las mismas políticas que buscan contrarrestar la crisis generan consecuencias sociales de amplio alcance que comienzan a modificar los equilibrios sociales y políticos. Así, la acelerada urbanización -producto tanto de la crisis como de la momentánea recuperación- y la industrialización generan el crecimiento tanto de los sectores medios como del proletariado urbano.

Estos nuevos sectores experimentan, ante todo, un crecimiento numérico. Un dato fundamental entre los 30 y 50 es la aceleración del crecimiento demográfico. Si bien cesa la inmigración externa que caracteriza fuertemente a algunos países desde principios de siglo, se acelera la migración del campo a la ciudad. A esto hay que sumar las mejoras sanitarias y de infraestructura que contribuyen a disminuir la tasa de mortalidad (desciende un 50% entre los treinta y los sesenta) mientras que la tasa de natalidad se mantiene constante debido a la baja en la mortalidad infantil²⁰. Este crecimiento intensifica una

¹⁹ Algunos país pueden, Brasil o Colombia; otros, como Cuba, no.

²⁰ Existen, sin duda, diferencias importantes entre los países. En este sentido, Argentina y Uruguay se distancian bastante del patrón existente en el resto de la región: presentan una más temprana disminución de los índices de natalidad, la esperanza de vida supera ampliamente el promedio regional (35 años), el porcentaje de población urbana es mayor y el ocupado en la agricultura menor. En contraste, otros países

característica de las sociedades latinoamericanas: una acentuada y caótica urbanización en espacios con infraestructura y estructura laboral claramente insuficiente para absorber el número de migrantes.

Pero además, estos nuevos y no tan nuevos sectores comienzan a ganar fuerza social y política y a ejercer presión por transformaciones de más largo alcance. Ya a partir de los años 20 se produce en algunos países (México, Argentina, Uruguay) una ampliación de la participación política. Se vislumbra entonces la crisis de la dominación oligárquica en América Latina y la emergencia de una nueva fracción dominante: la burguesía industrial nacional. Aunque en realidad las oligarquías terratenientes nunca dejan de detentar un gran poder y las burguesías se muestran menos fuertes de lo que algunas expectativas preveen, lo cierto es que a partir de los años 30 aquellas ven claramente amenazada su dominación por el surgimiento de nuevas y más complejas alianzas sociales. Podríamos afirmar que estas alianzas constituyen el dato sociopolítico más importante de las siguientes décadas. A éstas hay que agregar la intervención política fundamental, aunque de signo variable, de instituciones como las fuerzas armadas y la iglesia.

Una particularidad de estas alianzas es que aparecen mediadas por nuevas configuraciones ideológico-políticas. La crisis financiera y las guerras mundiales profundizan, a nivel mundial y local, la ruina del liberalismo en lo económico y en lo político. Tanto conservadores como quienes intentan caminos innovadores acuerdan a partir de los 30-40 sobre la ineficacia del liberalismo para promover políticas ventajosas para los diferentes sectores. En este marco, la presencia del comunismo y la emergencia del fascismo polarizan el espectro ideológico. No obstante, también aquí podemos marcar una diferencia entre coyunturas. Durante la década del 30 la amenaza más real a las instituciones liberales proviene fundamentalmente de la ultraderecha, esto es, de la instauración de diversos regímenes que combinan, en distinto grado y con diferentes estilos, rasgos de autoritarismo, anticomunismo y nacionalismo. El comunismo, aunque indudablemente es una fuerza presente, durante estos años no conquista nuevos importantes espacios de poder.

En Latinoamérica, los supuestos del fascismo encuentran simpatías en vastos sectores de los gobiernos: en los militares, por la reivindicación del autoritarismo; en grupos de la oligarquía tradicional, por el miedo a las consecuencias de la democratización política; en

como Haití, El Salvador y Bolivia presentan un crecimiento demográfico inferior a la media pero motivado por un alto índice de mortalidad (Cattáneo en Aróstegui y otros, 2001).

grupos nacionalistas, por el rechazo a la corrupción sistemática del régimen constitucional llevada a cabo por las oligarquías y la búsqueda de una nueva fórmula política sostenida por una alianza de clases y el ejército (Halperin Donghi, 1983)²¹. Finalmente la iglesia, como a nivel mundial, si no manifiesta un abierto apoyo tampoco un decidido rechazo. En una parte importante de estos sectores se cultiva, además, un fuerte anticomunismo.

Durante las décadas del 30 y el 40 algunos de estos elementos se combinan en la conformación de alternativas ideológico-políticas locales que cuajan en los llamados populismos (Perón, Vargas, Cárdenas, Velasco Alvarado). En términos muy generales – precisamente porque serán objeto de múltiples interpretaciones polémicas- se trata de regímenes que buscan integrar las clases populares movilizadas al orden político y social a través de la acción y dirección vertical del Estado. Aunque uno de sus rasgos más visibles es la fuerte personalización del poder, esta es una característica recurrente en América Latina, que trasciende a la coyuntura de los populismos. Más específica, en cambio, parece ser la tensión entre integración y cooptación-control que se ejerce sobre las clases populares (trabajadores urbanos y campesinos según los países) y que genera un resultado paradójico. Por una parte, bajo una encendida retórica contra las oligarquías locales se suele encubrir una real vigilancia e incluso represión que obstaculiza una verdadera autoorganización de las clases populares potencialmente disruptora del orden. Así lo ilustran algunas frases célebres de los protagonistas de la época: “arriesgar un poco para ganar lo principal”, “hacer la revolución antes de que el pueblo la haga”, “dar un centavo para ganar un peso” o la ingeniosa pintada invocada por peronistas de derecha y de izquierda “Perón, Evita, la patria socialista”. Por otra, la prédica popular así como la organización de los trabajadores, aunque sea verticalista y clientelar, contribuye al surgimiento de una conciencia de pertenencia que, dos décadas más tarde, termina por rebasar ampliamente sus límites iniciales (Rouquié, 2007).

Ahora bien, la relativa prosperidad de la guerra (básicamente por la acumulación de divisas, más modesta y efímera de lo que se pensaba) mantiene más o menos velada, por un tiempo, la profundidad de los cambios iniciados con la crisis mundial. No obstante, hacia finales de los años 40 y durante los 50, en el marco de una nueva coyuntura internacional, se comienza a tomar conciencia de una nueva situación, se perciben con

²¹ De todas formas, el autor aclara que ninguno de estos sectores locales se hace eco de la fantasía guerrera y sangrienta de los fascismos europeos y terminan ubicándose pragmáticamente más cerca de la retórica de paz del panamericanismo norteamericano (1983: 370).

mayor claridad los alcances de las transformaciones ocurridas y se perfilan las diferentes alternativas para enfrentar los nuevos desafíos. Esta nueva conciencia más amplia de los problemas que Latinoamérica enfrenta está claramente expresada en la obra institucional e intelectual de la Comisión Económica Para América Latina (CEPAL), que durante varias décadas confrontará, con posiciones más o menos innovadoras y originales, a las alternativas provenientes del pensamiento económico neoclásico.

En términos económicos, el resurgimiento de los capitalismoes centrales se da a través de la expansión del mercado consumidor interno de productos de consumo duradero. Se consolida entonces lo que David Harvey (1990) llama el régimen de acumulación fordista-keynesiano que combina la implementación de nuevas formas organizacionales del trabajo y técnicas gerenciales en función de la producción en masa de productos estandarizados con la presencia de un Estado interventor convertido en dispositivo fundamental de regulación y control social. Esto implica, en el mercado mundial, un relativo divorcio entre las economías centrales y periféricas, a la vez que un cambio en el rol tradicional de estas últimas hacia los centros: ahora a los países centrales sólo les son indispensables algunas materias primas: ciertos productos agrícolas y especialmente mineros. Por otra parte, la guerra deja muchas empresas con excedente de maquinaria para la producción bélica. Surge entonces la idea de que la industrialización de los países en desarrollo podría ofrecer oportunidades de inversión y venta de maquinaria y equipo. La inversión directa externa en los países en desarrollo se presenta entonces como un medio ideal de obtener renta de la tecnología desarrollada para el mercado nacional (Thorp, 1998: 140).

Por su parte, en América Latina la industrialización y la intervención estatal pasan de ser una reacción espontánea a la crisis, en la década del 30, al centro de gravedad de una propuesta de estrategia de desarrollo hacia los 50. En este paso, como señala Thorp, se revela un cambio fundamental en los equilibrios sociales y políticos que sostienen el modelo, esto es, hay una distancia entre una industrialización que refleja los intereses directos del sector exportador y aquella que lidera la economía respaldada por un Estado con nuevas funciones, un emergente sector empresarial nacional crecido al calor de aquel y un proletariado urbano en proceso de integración social y política (1998: 133). En efecto, las propuestas de desarrollo basadas en la industrialización por sustitución de importaciones aspiran a una transformación integral que logre el equilibrio entre los sectores de la economía (agricultura e industria, centros y periferias, clases sociales). No obstante, pronto se enfrentan a una serie de obstáculos cuya solución supera el ámbito

estricto de las dificultades técnicas. Uno de los más destacados es el financiamiento del desarrollo y las implicaciones que genera en términos de la estructura social y política.

En este sentido, esta estrategia de desarrollo también se ve determinada por la nueva realidad geopolítica: el ascenso de la hegemonía norteamericana y la entrada en la guerra fría. En efecto, desde los años de la segunda guerra Estados Unidos vive un proceso de expansión notable que continúa en las dos décadas siguientes²². Algunos datos revelan la situación de la nueva potencia al comienzo de la posguerra: durante el conflicto bélico su capacidad productiva se incrementa en un 50%; en 1945 produce más de la mitad de todos los bienes manufacturados del mundo y posee la mitad de los medios de transporte marítimos en el mundo (Thorp, 1998: 137); en 1947 sus reservas de oro representan el 70% del total mundial y su renta nacional duplica la suma de las rentas de Gran Bretaña, Italia, Francia, Alemania y sextuplica la de la URSS, lo que les proporciona el monopolio virtual sobre la liquidez mundial (Arrighi, 1999: 331). Bajo esta circunstancia y frente a una Europa devastada por la guerra, Estados Unidos adquiere una clara conciencia del papel a desempeñar: liderar la transformación del sistema internacional. Ya desde los años de la guerra Estados Unidos dirige una serie de encuentros que derivan en los acuerdos de Bretton Woods (1944) mediante los cuales se crean el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF), posteriormente Banco Mundial, y el Fondo Monetario Internacional (FMI). Estos organismos se encargarían de promover la rápida recuperación de las economías europeas asegurando el crecimiento de los flujos de comercio y capital. No obstante, unos años más tarde, ante la insuficiencia de estas medidas (ya en el marco de doctrina Truman) Estados Unidos lanza el Plan Marshall (1947) de ayuda a la reconstrucción de Europa, como una manera de financiar sus exportaciones, y posteriormente se añade el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT) a fin de propiciar la negociación multilateral de tarifas y otras restricciones del comercio internacional.

Durante la crisis y la guerra son más bien las naciones europeas las que suspenden las relaciones con los países latinoamericanos. Al principio, algunos de estos países tienden a aferrarse a su relación con las metrópolis (el caso más patente y patético es Argentina²³

²² Este proceso viene advirtiéndose desde fines del siglo XIX y principios del XX y se acrecienta durante la primera Guerra.

²³ El pacto Roca-Runciman, por el que Argentina se compromete a vender carne a Inglaterra por debajo del precio mundial, proporciona un claro ejemplo de estos intentos por permanecer dentro de la órbita de las

pero también están en este caso Uruguay y Chile); mientras otros (Brasil y México) buscan aprovechar la coyuntura para intentar una vía más autónoma que incluso, como en el caso de Brasil, dispute liderazgo a EEUU como árbitro en la región. Sin embargo, cuando durante la segunda guerra se agravan para América Latina los problemas ligados a las fuentes de suministro, Estados Unidos interviene para controlar la situación del comercio (desplazando a Japón y Europa) a través del Banco de Exportaciones e Importaciones (Eximbank), entidad que se convierte rápidamente en un instrumento de control sobre las materias primas de la región. En este marco, se envían numerosas misiones comerciales y técnicas norteamericanas con fines económicos pero también políticos: a cambio de ayuda económica (créditos y compra), EEUU presiona para comprometer a los gobiernos de la región en la causa de los aliados a fin de asegurar su zona de influencia. Así, el Eximbank le otorga en 1940 a Brasil un crédito por 20 millones de dólares para la creación de la siderúrgica Volta Redonda; compra la producción de estaño boliviano; el cobre y nitrato chilenos. Rosemary Thorp señala como una de las grandes paradojas de los años de guerra el hecho de que la expansión del rol del Estado y del sector público se combina con una creciente intervención económica de EEUU en América Latina (1998: 114).

De todas formas, a partir de la posguerra Estados Unidos establece una política de ayuda económica muy diferenciada hacia los distintos países y, definitivamente, la región no está entre sus prioridades inmediatas. Mientras que a Europa le otorga un Plan Marshall, a América Latina, a la que considera una zona de influencia política relativamente segura, le escatima el financiamiento público. En cambio, impulsa el ingreso de capital privado de sus empresas (Thorp, 1998: 138). Por su parte América Latina, que intenta durante algún tiempo un plan equivalente para la región²⁴, termina reorientando sus esfuerzos hacia la captación de esta inversión externa privada. Como señalamos, la fuente de financiación de la industrialización es uno de los puntos más álgidos del debate durante la época. Para algunos (la CEPAL sobre todo) la industrialización debe realizarse con capital externo público. No obstante, Estados Unidos se niega alegando que la región no ha sufrido en territorio la devastación de la guerra. La recurrencia cada vez más sistemáticamente al

antiguas metrópolis para mantener el equilibrio de las balanzas comerciales, otorgando ventajas desmedidas a cambio de protección.

²⁴ Desde la Octava Conferencia Interamericana de Chapultepec en 1945, la Conferencia de Rio en 1947 y la de Bogotá en 1948 los países de América Latina se esfuerzan por obtener de la nueva potencia un compromiso firme de apoyo económico. No obstante, estos esfuerzos se ven reiteradamente frustrados por las evasivas norteamericanas (Sunkel, 1975; Furtado, 1991).

capital extranjero privado condiciona profundamente el tipo de estrategia industrializadora llevada a cabo en las décadas posteriores.

En este sentido, podemos destacar con Fajnzylber (1988) las principales características de la industrialización latinoamericana durante los años 50 y 60. Un primer rasgo general es su rápido ritmo de crecimiento. En conjunto es mayor que el de las economías industriales maduras, aunque menor que Japón y la URSS, líderes de la industrialización de posguerra²⁵. No obstante, esta situación no es homogénea. De los países de industrialización inicialmente avanzada (Argentina, Brasil, Chile y Uruguay), sólo Brasil, al que se suman México y Centroamérica, mantiene y acelera el ritmo de crecimiento, aunque con índices de pobreza muy elevados. En contraste, Argentina, Chile y Uruguay muestran un más lento crecimiento pero con mejores índices sociales (menor tasa de crecimiento de la población, más urbanización, menos población en la agricultura, menos pobreza).

Un segundo rasgo a destacar es la presencia determinante de las empresas transnacionales (ET) conjugada con un elevado nivel de protección (permitido por la situación del mercado internacional). Para Fajnzylber, esta presencia de las ET revela una falta de liderazgo en la construcción de un potencial industrial endógeno capaz de adaptar, innovar y competir internacionalmente. Básicamente se trata de la incapacidad del sector empresarial nacional para poner resistencia y competir, tal como ocurre, por ejemplo, en Japón. Este tema se convierte en un tópico central del periodo y genera un debate y toda una literatura sobre la constitución y fuerza de la burguesía nacional como sujeto de la transformación social.

Un tercer rasgo de esta industrialización, estrechamente vinculado al anterior, es que sigue el mismo orden de avance y el mismo patrón o estructura sectorial que el de los países centrales: primero se enfoca a la producción de bienes de consumo (no duraderos y duraderos) y luego a los bienes de capital. Aunque la primera etapa se cumple en gran medida, la segunda no llega a completarse prácticamente en ningún país²⁶. Según Fajnzylber, esto ocurre porque se reproducen en la región las tendencias que resultan estrictamente funcionales a la transformación productiva de los países avanzados. En estos

²⁵ Hacia 1950 el grado de industrialización de América Latina era del 20%. Brasil y Argentina superaban ese nivel con un 22 y 26% respectivamente. Entre 1950 y 1978 el ritmo del crecimiento de la industria en la región es de 6,5% anual. En ese mismo lapso el de Brasil es de 8,5 y el de Argentina de 4,1%

²⁶ Brasil es el caso relativamente excepcional en este sentido ya que consigue importantes logros en la consolidación de una industria siderúrgica

países la satisfacción plena de las necesidades básicas induce el desarrollo de los bienes de consumo duraderos (rama de mayor productividad y empleo) y la creciente diversificación de los mismos. La escasez de recursos naturales y el acceso barato al petróleo estimula sustitución de productos naturales por sintéticos, lo que implica el crecimiento de la rama química. Por su parte, la presión salarial y sindical estimulan una rápida expansión de la maquinaria y el equipo. En América Latina, por el contrario, un elevado porcentaje de la población no satisface sus necesidades más elementales, se cuenta con una gran dotación de recursos naturales y una abundante mano de obra disponible. Si a estas condiciones se suma, además, el fuerte incremento de la población y la histórica concentración de los ingresos, se observa que el patrón adoptado no puede sino distorsionar los resultados de la industrialización. En suma, como afirma el autor, en lugar de dirigir la estrategia según los límites y potencialidades de la región, se opta por imitar en pequeña escala el modelo de los países avanzados.

Todas estas características generan, hacia fines de la década de los 50, una explosiva acumulación de desequilibrios. Quizá el más destacado es la brutal separación entre áreas industrializadas con un crecimiento urbano desproporcionado y áreas rurales agrícolas²⁷. En las primeras, se empiezan a sentir efectos negativos ya desde 1945: falta de energía, falta de infraestructura (vivienda, servicios) y, por tanto, creación de cinturones de miseria. En las segundas, aislamiento, baja de la producción primaria, dificultades técnicas para la modernización, pero sobre todo sociales por las resistencias de los todavía poderosos terratenientes a la reforma agraria. Así, si bien es cierto que la industrialización eleva el ingreso de una parte de la población, se muestra sistemáticamente incapaz de integrar plenamente al resto²⁸.

Esta orientación que termina adoptando la estrategia de desarrollo latinoamericana conlleva a su vez importantes implicaciones políticas y sociales. La generación de condiciones para la captación de recursos externos hace necesaria la profundización de los

²⁷ Según Halperin Donghi esto se debe en gran medida a que la industrialización se monta sobre la infraestructura heredada de la etapa anterior (trazado de los ferrocarriles y concentraciones urbanas ligadas al comercio internacional). Esto sucede en parte por la dificultad financiera de la crisis internacional y la consecuente dificultad para cambios técnicos. El autor destaca la importancia en la época del “triumfo de la ruta sobre el riel” (1983: 363). Esta circunstancia implica para América Latina la necesidad otra vez de importar en nuevos rubros (combustibles, automóviles, aviones). La segunda guerra entonces si bien estimula la industrialización acentúa sus rasgos negativos por las dificultades de introducir modernización en el sector.

²⁸ Aunque el balance de Fajnzylber tiende a resaltar los aspectos negativos, nos permite a comprender los límites a corto plazo de la estrategia adoptada así como las bases de la posterior evolución de la región. En Rosemary Thorp (1998) encontramos una revisión más matizada respecto de los logros.

vínculos entre Estado, capital nacional y capital extranjero, lo que provoca el reagrupamiento de las alianzas políticas y sociales iniciadas con los populismos. En particular, este vínculo dificulta la legitimación de la estrategia con el discurso nacionalista de una alianza entre burguesías nacionales y clases trabajadoras. Complementariamente, se vuelve necesario el control del movimiento obrero radicalizado; control vinculado ahora a la lucha anticomunista en el nuevo contexto de la guerra fría. La conciencia social de las clases trabajadoras conformada durante los gobiernos populistas de los 30 y 40, aparece a fines de los 50 y 60, en plena guerra fría, como una amenaza (fundada o no) para la estabilidad del orden.

En efecto, si el gran antagonista del liberalismo en los 30 es la ultraderecha, durante y, sobre todo, después de la segunda guerra la coyuntura se modifica. La derrota mundial del fascismo, el papel de la URSS en el desenlace de la guerra y la ya incuestionable hegemonía norteamericana provocan un desplazamiento del conflicto ideológico. A esto hay que sumar el proceso de independencia de las antiguas colonias europeas que aumenta la tensión por los alineamientos políticos a nivel mundial. A partir de este momento y en el marco de la guerra fría, el principal antagonista del liberalismo es el comunismo (Hobsbawm, 2007: 119).

En este aspecto político, Estados Unidos mantiene respecto de América Latina un fuerte control, fundamentalmente a través del sistema panamericano. Durante los años 30 Estados Unidos impulsa un tipo de relación marcada por la política del “buen vecino” de Roosevelt: renuncia a intervenciones armadas y promueve las organizaciones panamericanas. No significa necesariamente una disminución de la presión política sino una presión de distinto signo, más prudente, ideológica y sutil; marcada por el conflicto bélico europeo y la formación de una gran zona neutral²⁹. Después de la guerra, en cambio, EEUU vuelve a una política de intervención más directa. Durante las conferencias de 1945 (México) y 1947 (Rio de Janeiro) y en el pacto de Chapultepec EEUU consolida el sistema

²⁹ Las resistencias al panamericanismo provienen en un principio de los países más ligados a las metrópolis europeas (Argentina, Chile, Uruguay) quienes demoran la ruptura con las potencias del eje “recomendada” por Estados Unidos desde 1942 (en la conferencia de Rio de Janeiro). En esa ocasión los países centroamericanos (nada sorprendente) apoyan a EEUU, pero también se suman México y Brasil (agosto y mayo del 42). Halperin Donghi sostiene que mientras México aprovecha la coyuntura para volver “sin humillantes retractaciones” a relaciones más amistosas con su vecino, Brasil utiliza la coyuntura para acrecentar su importancia militar y política en la región (1983: 373). En Argentina, el país más resistente, Estados Unidos consigue en 1944 doblar a los militares (mediante amenazas de intervención y denuncias de apoyo al fascismo) y ponerlos bajo su égida. Posteriormente EEUU trata de ganarse a Perón con la cruzada antibolchevique pero lo logra de manera limitada.

panamericano. En 1948, en la conferencia de Bogotá, se crea la Organización de Estados Americanos (OEA) que implica la cristalización del sistema en organismos institucionales más permanentes involucrado en los conflictos internacionales en marco de la guerra fría. En 1954, en la conferencia de Caracas EEUU advierte como una amenaza la situación política de Guatemala, con Arbenz, y logra la aprobación de una declaración según la cual cualquier instalación de un régimen comunista se considera una amenaza al sistema y por tanto una necesidad de adoptar medidas por el organismo. Teniendo en cuenta que la posibilidad del surgimiento de regímenes socialistas en la región se ve en esos años remota, la manía persecutoria de EEUU aparece inevitablemente como la excusa para fines más utilitarios que la barrera anticomunista. Por el contrario, en la mayoría de países de América Latina la alternativa política se presenta entre democracia y dictadura. No obstante, esta alternativa tiene ahora matices nuevos porque se enfrenta a una nueva situación: una participación de masas cada vez más amplia. Al principio los liberales se muestran favorables a la apertura pero cuando se comienzan a percibir las consecuencias sociales y políticas de la democratización, esta asociación entre liberalismo y democracia se hace más problemática. En estos casos, EEUU interviene para favorecer claramente la opción de la dictadura³⁰.

En un contexto de deterioro económico y gran inflación aumentan las presiones sociales de diverso signo. Las clases medias y el proletariado urbano resienten los efectos de la crisis. El sector agrario se niega a seguir subvencionando la industrialización estancada por la falta de mercados y los terratenientes impiden la reforma agraria que podría sacar del aislamiento a vastos sectores y ampliar el mercado interno. Bajo este panorama la Alianza para el Progreso (1961-1963) no produce demasiados entusiasmos ni en América Latina ni en los sectores más conservadores de EEUU³¹. Los problemas políticos desbordan ampliamente los técnicos y las estrategias de desarrollo que habían despertado grandes entusiasmos en la década anterior se ven definitivamente agotadas. En este marco, la emergencia de la revolución cubana modifica profundamente el panorama. La apertura real de una alternativa socialista en la región intensifica las polarizaciones de la guerra fría.

³⁰ Claramente es el caso de los países centroamericanos. Guatemala, Nicaragua y República Dominicana persisten en dictaduras mediatizadas por la presencia de compañías norteamericanas del azúcar y la fruta. Somoza, asesinado en 1957, es reemplazado por sus hijos que lavan la cara al régimen con una fachada de democratización. Trujillo es asesinado en 1961 pero se entronizan sus matadores. Algo similar ocurre en El Salvador y Honduras.

³¹ La cantidad de fondos no fue de la magnitud esperada y fluyó en mayor abundancia hacia países que ya tenían programas propios de reforma y que contaban con capacidad técnica y política para llevarlos a cabo. Por otra parte, las exigencias para acceder al crédito implicaban el uso de estos recursos para favorecer el comercio exterior de Estados Unidos.

Bajo la llamada “Doctrina de la Seguridad Nacional” los militares latinoamericanos, entrenados y apoyados por Estados Unidos, encuentran una justificación para intervenir en la vida política.

Ahora bien, aunque estos procesos muy generales dan cuenta de la situación global del continente, en cada país encontramos una configuración particular de los elementos. Volveremos sobre esas configuraciones en el análisis de la trayectoria de los autores, no obstante consideramos importante destacar aquí algunas notas distintivas sobre la evolución de Brasil y Argentina, en varios sentidos países emblemáticos de los procesos señalados.

El caso de Brasil es clave debido a que representa las tendencias del periodo de una manera muy acentuada. La revolución de 1930, que coloca a Vargas en el poder contra oligarquías paulistas, responde en principio a una ampliación de la base política semejante a la de Yrigoyen en Argentina en la década previa. No obstante, hacia la primera mitad de la década el programa de reforma política termina desplazado ante el temor despertado por el avance del comunismo y el fascismo. Se instaura entonces en 1937 el *Estado Novo*, un régimen autoritario que adopta una postura relativamente ambigua hacia ambas fuerzas³². Desde este amplio espacio de poder, Vargas dirige la transformación económica, social y política del país. Instala un régimen de economía dirigida a través del control del comercio primordialmente para protección de las exportaciones. El resultado secundario es la expansión de la industria y de los obreros urbanos que, a través de una oportuna legislación laboral y sindical, pronto se transforman en su base de apoyo fundamental. Su astucia política le permite conciliar durante un periodo considerable de tiempo intereses agroexportadores e industriales, con redistribución a obreros y tutela de las clases medias³³. No obstante, hay que señalar que esta situación se ve claramente favorecida por los buenos precios internacionales del café hasta fines de los 50, cuando caen los precios mundiales debido a la entrada de la competencia africana. Esta coyuntura permite mantener el equilibrio mencionado y contener las tensiones sociales, incluso en los momentos de

³² Proscribe el comunismo y encarcela a Luis Carlos Prestes uno de sus líderes más destacados, pero incluye en su gestión cultural a algunas personalidades destacadas del movimiento. Combate al integralismo pero adopta al mismo tiempo un fascismo mitigado: un proyecto de constitución con rasgos corporativistas, fuerte centralización del poder y un aparato de propaganda y censura ideológico-política.

³³ Aún así, Brasil no está exento de los desequilibrios producidos por la existencia de un vastas zonas tradicionales, marginadas del progreso industrial así como del desarrollo de una industria liviana que se transforma en importadora de metales y combustibles.

quiebre representados por el gobierno de Dutra (1945-1950) y hacia finales de la década de Kubitschek.

Esta mayor continuidad en los procesos económicos, sociales y políticos posibilita a Brasil la consolidación de un proyecto de autonomía económica de más largo aliento basado en un poderoso desarrollo industrial. Entre 1956 y 1960 Volta Redonda, el mayor establecimiento latinoamericano para la producción de hierro y acero, duplica su producción y Brasil refina casi todos sus productos del petróleo. Estos indicadores apuntalan la independencia económica, necesaria aunque no suficiente para la soberanía política. Horowitz califica la revolución brasileña iniciada en los 30 como un socialismo cauteloso, realizado “desde arriba”, que sólo hacia los 60 está en condiciones para convertirse en una revolución “desde abajo” (1966).

En Argentina la década del 30 también comienza con una revolución, pero de corte fundamentalmente conservador. En lugar de un régimen fascista se opta por la restauración formal del régimen constitucional pero se practica el fraude sistemático. También se instaura un régimen dirigista orientado fundamentalmente a proteger los intereses del sector exportador y las clases terratenientes. Más que la presencia del comunismo (minoritaria en relación con Brasil) durante toda la década funciona la amenaza de una dictadura. En 1943 el general Ramírez, ministro de guerra, confiado en la victoria del eje, encabeza un golpe de Estado de tendencias autoritario-clericales. No obstante, al año siguiente, ante la inminente victoria de los aliados, es reemplazado por el vicepresidente Farrell. Se busca entonces una salida constitucional y se convoca a elecciones. Los partidos tradicionales se agrupan en una coalición de centro e izquierda sostenida por una alianza de clases medias y altas, mientras que Juan D. Perón, ministro del trabajo del régimen militar, es apoyado masivamente por las clases populares, junto con la iglesia y el ejército. Esta forma en que se producen los alineamientos sociales y políticos marca de manera particular la experiencia Argentina. Las fuertes polarizaciones en torno al peronismo, las múltiples rupturas y reposicionamientos impiden la consolidación de proyectos de más largo plazo.

Por otra parte, en este país la prosperidad de la guerra dura sólo hasta fines de los años 40. En 51 se produce una sequía y en 1953 la caída de precios internacionales. Aunque Perón utiliza también mecanismos dirigistas para subvencionar sector industrial, emprende varias nacionalizaciones y una política de pleno empleo, a partir de 1950 tiene que aplicar medidas más conservadoras: alentar, mediante reajuste interno de precios, la producción

primaria para la exportación y solicitar crédito al capital extranjero para la expansión industrial. Esto es aprovechado por la oposición, convertida entonces al nacionalismo económico, para una realizar crítica despiadada. Por otra parte, en los primeros años de la década de los 50 entra en conflicto con la iglesia, pierde su apoyo y no logra captar el de los sectores conservadores. En este sentido, Perón se enfrenta a mayores limitaciones que el varguismo brasileño. La revolución libertadora y el intento conciliador de Frondizi con el peronismo, truncado por un nuevo golpe militar, no permiten consolidar un proyecto de mayor envergadura en un país marcado por rupturas políticas más radicales. Según Halperin Donghi aflora en Argentina una tendencia recurrente “a permitir que conflictos que no parecían lo bastante graves para justificar reacciones tan vehementes, desplegaran plenamente su formidable potencial disruptivo” (2003: 12).

2. Crisis y reconstrucción de la civilización moderna occidental

La coyuntura de crisis y reconstrucción del capitalismo y el orden internacional tiene una expresión fundamental en el campo de las ideas, tanto en lo que refiere estrictamente a las ideologías políticas como la filosofía y la teoría social con las que aquellas se articulan de variadas formas. También en este aspecto la época revela una gran agitación y un extraordinario proceso de producción intelectual. Y también en este ámbito podemos constatar las respuestas que, desde América Latina, se generan para comprender y procesar los cambios ocurridos. Reconstruir este panorama intelectual resulta fundamental para poder identificar las fuentes de las que se nutre el pensamiento de nuestros sociólogos.

La sensación dominante en Europa durante los años de entreguerras es la de un mundo que se derrumba. La enorme devastación producida por la primera guerra y la depresión económica ofrecen la demostración material de esta sensación. En el plano ideológico-intelectual este asunto emerge en los términos de una “crisis profunda de la civilización moderna occidental”; crisis que abarca núcleos de pensamiento y acción diferenciados aunque estrechamente interconectados. Asimismo, este diagnóstico se presenta en distintas variantes mediante las cuales se expresan diversas fuerzas sociales y políticas en conflicto. Por una parte, el triunfo del comunismo primero y la llegada posterior del fascismo cimbran las divisiones ideológicas típicas del siglo XIX: liberalismo, conservadurismo y socialismo, con sus ramificaciones internas. Por otra, emergen nuevas configuraciones ideológico-intelectuales a partir de una combinación de elementos de aquellas. Dos

grandes temas ocupan la agenda de debate del momento: la emergencia, en el terreno social, de la sociedad de masas y la reorganización del orden internacional después de las guerras y la crisis.

Podríamos decir que durante el periodo de entreguerras la tensión entre comunismo y fascismo polariza el panorama ideológico en Europa oscureciendo aquella otra más fundamental entre comunismo y capitalismo que las fuerzas de la izquierda habían buscado instalar. Dentro del gran tronco del socialismo, tanto la primera guerra mundial como la revolución rusa producen escisiones y reposicionamientos, en un movimiento teórico y práctico que hasta la primera década del siglo había alcanzado un importante grado de unidad internacional (Anderson, 1998)³⁴. Mientras que el conflicto bélico genera una tensión entre los “patriotas” que se pliegan a defender la causa nacional y los que mantienen la vocación internacionalista y revolucionaria; la revolución rusa, provoca una división entre quienes siguen la línea hegemónica de construcción del Estado soviético y quienes se desgajan de ésta a partir de diversas coyunturas: la derrota en los primeros años de la década del 20 en el resto de Europa de la oleada revolucionaria comenzada en el 18 (lo que contribuye a aislar la revolución rusa e intensificar sus conflictos internos) y luego, entre mediados y fines de la década, la muerte de Lenin y el ascenso de Stalin que terminan de configurar el perfil y la estrategia del comunismo soviético en las dos décadas posteriores y provocan nuevas escisiones³⁵.

Así, frente al comunismo se colocan otras configuraciones político-ideológicas (viejas o nuevas) del socialismo. La más importante en Europa es sin duda la socialdemocracia, tanto en la versión de Eduard Bernstein, como en la de sus antecesores, la Sociedad Fabiana y el posterior laborismo inglés. En términos muy generales estas corrientes rechazan la lucha de clases, el partido único y la dictadura del proletariado. Buscan llegar

³⁴ Tal como sostiene Anderson: “Todo el desarrollo del marxismo en las últimas décadas anteriores a la guerra había logrado una unidad de teoría y práctica mucho mayor que en el período precedente, a causa del ascendente de los partidos socialistas organizados de la época. Sin embargo, la integración de los principales teóricos marxistas en la práctica de sus partidos nacionales no les infundió un espíritu particularista ni los segregó unos de otros. Por el contrario, el debate y la polémica internacionales eran consustanciales a ellos: si ninguno de ellos alcanzó el universalismo olímpico de Marx y Engels, ello fue una consecuencia necesaria de su arraigo más concreto en la situación y vida particulares de sus países (...) Así, cuando estalló la guerra, en 1914, la escisión con motivo de ella se produjo no entre los diversos contingentes nacionales, sino a través de ellos” (1998: 21s).

³⁵ Hacia mediados de los años 20, y con la llegada de Stalin al poder, la URSS se ve envuelta en la tensión entre la emergencia de “un estado que necesitaba coexistir con otros estados -comenzó a obtener reconocimiento internacional como régimen político a partir de 1920-, y el movimiento comunista, cuya finalidad era la subversión y el derrocamiento de todos los demás gobiernos” (Hobsbawm: 79).

al socialismo no por la vía revolucionaria, sino gradual, reformista, dentro de las instituciones democráticas. El supuesto, más o menos implícito, es que las sociedades capitalistas se están democratizando y, por tanto, la táctica más conveniente en las condiciones del capitalismo europeo es la utilización del estado burgués para producir reformas, en lugar de destruirlo o reemplazarlo por un gobierno obrero. De allí que la vía electoral se vuelva muy importante, para lo cual proponen partidos no de clase sino nacionales, de masas, esto es, de corte interclasista. En términos ideológicos, podríamos decir que la prioridad otorgada a la democracia encubre una posición ambigua en relación con el capitalismo. En términos políticos, se trata de una actitud claramente pragmática e incluso oportunista en relación con la coyuntura europea (como se verá claramente por su papel durante el periodo de la guerra fría).

Otra vertiente, fundamental por la influencia específica que ejerce en Germani, es la del socialismo liberal que encuentra su expresión más destacada en Italia, en las figuras de Piero Gobetti y Carlo Roselli. Si la socialdemocracia sostiene una postura reformista pero (al menos en el discurso) dentro del marxismo, el socialismo liberal se aparta decididamente de él. Exiliado en París, Roselli impulsa el movimiento *Giustizia e Libertà* en 1929, pilar del socialismo liberal, de cuño reformista, antisoviético, inspirado en los ideales del Risorgimento italiano. Roselli acentúa la ruptura teórica con el marxismo y concibe el socialismo fundamentalmente como una filosofía de la libertad, no contrapuesto al liberalismo sino como su legítimo continuador³⁶.

Hacia 1935, durante la etapa de los frentes populares y democráticos contra el fascismo, las corrientes del tronco socialista, incluido el comunismo, se unen con vertientes del liberalismo y el republicanismo en la lucha contra el totalitarismo. No obstante, el optimismo de la alianza se desvanece pronto debido a las tensiones internas. Un tema recurrente en la época es la relación con el comunismo en el marco de una polarización ideológica creciente en torno a la oposición entre autoritarismo – democracia. Son los comienzos del paradigma intelectual del totalitarismo. Utilizado primero para caracterizar

³⁶ Perry Anderson llama la atención sobre la particularidad del liberalismo italiano producto de su propia historia desde la unificación nacional y que explica, en parte, la visión radical liberal del socialismo de un Roselli o de un Bobbio: “En ningún otro país fue el destino del liberalismo tan polimorfo y paradójico. Precisamente debido a que sus ideales clásicos fueron a la vez tan ensalzados y burlados en Italia, conservaban un poder normativo radical que habían perdido en todos los demás países, y resultarían capaces de adoptar los modelos más inesperados y combustibles en oposición al régimen establecido” (1989: 47).

al fascismo y el nacionalsocialismo, pasa luego englobar al comunismo, en posiciones que intentan colocarse como una “tercera fuerza”.

Por su parte, en Europa central y meridional el relativo debilitamiento de la izquierda durante los años 20 y comienzos de los 30 tiene como contrapartida el mencionado avance de la extrema derecha intensificada por la crisis del 29. La llegada del fascismo en Italia en 1922 es seguida, en la década del 30, por una oleada de gobiernos autoritarios y la emergencia, en 1933, del nacionalsocialismo en Alemania. Aunque estos movimientos son en gran medida deudores del conservadurismo del siglo XIX, aparecen con rasgos diferenciados y novedosos en varios puntos respecto de aquel³⁷. En este contexto, el fascismo y el nacionalsocialismo se colocan como una alternativa de poder enfrentada tanto al liberalismo como al marxismo, con un discurso que propone una aglutinación más en torno a miedos y odios comunes que a principios fundamentales (Sabine, 1996). Así, junto a un encendido nacionalismo estimulado por las disputas interimperialistas³⁸, profesan un “socialismo” de corte “popular” pero contrario al marxismo y al sindicalismo³⁹. La diferencia más importante, en contraste con la derecha tradicional, es que la derecha fascista busca apoyarse en la movilización de las masas. En este sentido, está lejos del rechazo a la sociedad industrial que impregna el espíritu conservador

³⁷ Hobsbawm señala que sería adecuado aunque insuficiente calificar de “fascista” a esta oleada mundial contra las instituciones liberales. Adecuado, porque el fascismo y el nacionalsocialismo inspiraron y apoyaron decididamente a todas las fuerzas antiliberales y brindaron una confianza histórica a la derecha mundial. Insuficiente porque no todas estas fuerzas compartían los orígenes y objetivos del fascismo. Algunas provenían del autoritarismo y el conservadurismo de viejo cuño europeo (Horthy en Hungría, Mannerheim en Finlandia, Pisudski en Polonia); otras, de un conservadurismo renovado por las teorías organicistas y corporativistas del Estado; aquí se incluyen sobre todo los estados predominantemente católicos (Salazar en Portugal, Austria); otras una mezcla de las anteriores (Francisco Franco en España). En todo caso, lo que tenían en común estos regímenes eran sus enemigos: el liberalismo y la revolución. La diferencia más importante es que, a diferencia de la derecha tradicional, la derecha fascista buscaba apoyarse en la movilización de las masas (2007: 119-125).

³⁸ Mientras el fascismo italiano se inspira en una versión de Hegel, articulada por Rocco y Gentile, que enfatiza la idea del Estado totalitario e imperial; el nacionalsocialismo alemán recoge las teorías sobre la relación entre raza y cultura (Gobineau, Chamberlain, Wagner) y sobre el territorio, desarrolladas por los geógrafos y militares Rudolf Kjellén (idea de “geopolitik”), Halford Mackinder (importancia estratégica del control sobre el “centro terrestre”: Europa oriental y Asia) y Karl Haushofer (en Sabine, 1996).

³⁹ En realidad esta vocación popular y socialista es meramente una cuestión de prédica verbal. El fascismo y el nacionalsocialismo tienen su base de apoyo fundamental en la clase media arruinada por la inflación y la depresión, en excombatientes resentidos y en las elites conservadoras incluido el gran capital (lo que ha llevado a Maurice Duverger a calificarlos de dictaduras conservadoras). Como contrapartida, el movimiento obrero es fuertemente reprimido y sus organizaciones sometidas por el terror de la maquinaria estatal, aunque también en los trabajadores es posible encontrar apoyos al régimen (Touchard, 2000). En términos intelectuales, la idea de la nación asociada al “volk” se combina con un profundo desprecio hacia las masas a las que se atribuye una mediocridad y un miedo original que las arrastra a un sometimiento instintivo hacia el líder y la elite dominante (Sabine, 1996).

decimonónico. Por el contrario, aparece como una ideología productivista, modernizadora, con particular énfasis en el desarrollo tecnológico. En este sentido, no representa necesariamente una anti-modernidad sino la cara autoritaria de la propia modernidad. Tal como señala von Beyme, en el fascismo “La glorificación de la tormenta de acero y la mitificación de la máquina de guerra tecnificada se encontraba al lado de la difamación de los aspectos ilustrados de la modernidad” (1994: 36).

De este avance de la ultraderecha, se escinde también una vertiente moderada del conservadurismo, de inspiración católica, opuesta tanto al laicismo liberal como al fascismo, que promueve ideas como el sufragio universal, la existencia de sindicatos, la descentralización estatal e incluso la libertad religiosa. Es el origen de la posterior democracia cristiana. Esta vertiente se expresa en Italia, primero, a través del Partido Popular Italiano, bajo la inspiración de Luigi Sturzo y más tarde, hacia 1945, con Alcide De Gaspari. En Francia, por su parte, Jacques Maritain rompe con la Acción Francesa y adhiere también a los fundamentos liberal-democráticos desde esta perspectiva católica.

Frente a estas dos grandes fuerzas ideológicas (comunismo y fascismo), el más afectado, sin duda, es el tronco liberal. Con la primera guerra y sobre todo con la crisis económica del 29, el liberalismo es profundamente cuestionado, tanto en su forma de *laissez-faire* económico, como en sus presupuestos filosóficos (libertades individuales, representación, legalidad) e instituciones políticas (republicanismo, sufragio, partidos políticos, parlamentarismo, etc). Pero, junto con ellos, quedan cuestionados también los fundamentos más profundos a los que se asocian: la razón como fuente de conocimiento y ordenamiento del mundo social; la ciencia y la noción de progreso como expresiones fundamentales de ella. Por su parte, la difusión del nacionalismo, sobre todo en su versión de derecha, pero también en la de sectores de la izquierda, tiende a poner en cuestión el universalismo y el individualismo de la tradición liberal así como el internacionalismo y el conflicto de clases sociales de la tradición marxista. En su lugar, emergen visiones organicistas sobre el “pueblo” o las “masas” como bases del espíritu nacional.

En términos económicos, la crisis del capitalismo y del comercio internacional pero también el ascenso del comunismo, generan nuevas visiones. Frente a quienes mantienen una férrea defensa del liberalismo (von Mises, von Hayek), se colocan diversas perspectivas, más o menos novedosas, para enfrentar la crisis y reconstruir, aunque en diversos términos, el capitalismo. A grandes rasgos podemos señalar el reemplazo de la

teoría de la asignación por las del empleo; la sustitución de los enfoques micro por los macroeconómicos, la inclusión de aspectos dinámicos del equilibrio económico y la idea de la intervención consciente del hombre en el diseño de las políticas económicas (Rodríguez y Ávila, 270). En términos intelectuales estas ideas están ligadas a la recuperación de la escuela histórica alemana (List, Sombart), al auge de las teorías corporativistas (Perroux, Manoilescu) y, sin duda, a los aportes de la figura central del momento John M. Keynes. Una de las más importantes nociones que comienzan a circular en la época es la de la planificación, ligada a la crisis del liberalismo económico y los avances que en este terreno revelan el comunismo soviético y Francia. La noción surge primero en la economía, desde una perspectiva muy técnica y vinculada a la necesidad del Estado de intervenir en época de guerra para controlar los factores económicos y evitar el caos del mercado. Posteriormente la noción se amplía para incluir una acepción más integral de planificación social, lo que profundiza las reflexiones sobre la posibilidad de conciliar planificación con democracia, igualdad y libertad⁴⁰.

Ahora bien, la irrupción de la sociedad de masas y el problema de su integración política pone en serios problemas los fundamentos del liberalismo social y político decimonónico, en particular, la idea de democracia y coloca en la discusión el tema de las *elites*. Muchos intelectuales liberales de la época, sobre todo de los países europeos más afectados por las catástrofes, se desplazan entonces hacia la derecha (Pareto, Michels, Von Mises, Ortega y Gasset) e incluso algunos de ellos terminan en las filas del fascismo. Dentro de este último caso, por ejemplo, Pareto plantea la inevitabilidad del dominio de la elite sobre las masas. Hace una crítica a la prioridad de la acción racional y enfatiza los elementos no lógicos de la acción: los residuos (sentimientos, instintos, fuerzas inconscientes) y las derivaciones (racionalizaciones de los residuos que estarían en el origen de las ideologías). Para el italiano, la política consistiría precisamente en la capacidad de las elites para manejar los “residuos” de la población. Pero existe también una vertiente del liberalismo que aunque rechaza el fascismo se ve igualmente afectada por el dilema del gobierno de las masas. Envueltos por un realismo político acorde con los tiempos, algunos autores plantean como solución viable una versión minimalista, restrictiva y procedimentalista de la democracia: es el caso de Joseph Schumpeter quien concibe a ésta como un método político (la competencia electoral por la captación de votos) más que como un fin en sí mismo. Influído por Weber, Schumpeter considera que el gobierno es un asunto de especialistas,

⁴⁰ Una vasta literatura sobre el tema se produce en el periodo, tanto en la perspectiva económica y técnica (Strumiline, Bettelheim, Domar) como en la perspectiva social (Mannheim, Wooton).

profesionales de la política, que desarrollan sus propios intereses, el principal de los cuales consiste en mantener el poder (Nun, 2002).

A diferencia del comunismo, producto de una sólida y rica tradición intelectual, los regímenes fascista y nacionalsocialista carecen de una filosofía propia definida orientándose primordialmente por una estrategia de poder expansionista que exalta la violencia y la guerra, el heroísmo y la disciplina. No obstante, a fin de dar legitimidad a esta estrategia, capitalizan la desmoralización generalizada y promueven una serie de orientaciones filosóficas cuyo punto en común es una “rebelión contra la razón”.

En efecto, las décadas del 30 y el 40 son el escenario de la emergencia de corrientes “irracionalistas”. La mayoría de ellas encuentran inspiración en autores del siglo XIX como Hegel Kierkegaard, Nietzsche, Schopenhauer, y el romanticismo e historicismo en general (Carlyle, Wagner, George); pero también en autores antipositivistas de principios de siglo XX como Bergson y Sorel. Excepto Hegel -adoptado más que nada en términos generales del nacionalismo-, todos los demás autores rechazan en mayor o menor medida a la razón como fuente única de verdad y ante ella colocan otras fuerzas humanas a las que consideran más creadoras y/o potentes: la “voluntad” (Schopenhauer, Nietzsche), el “inconsciente” (Hartman), el *élan* o fuerza vital (Bergson), el “mito” (Sorel). Dos corrientes de pensamiento se asocian a estas ideas: la fenomenología y el existencialismo.

La presencia de estas corrientes tiene un impacto en la teoría del conocimiento. Frente a aquellas fuerzas, la razón aparece con un carácter puramente instrumental, utilitario, por tanto, insuficiente para captar el mundo tal cual es. Sólo la “intuición” puede realizar esta tarea. Esto implica, para algunos, que la ciencia deja de ser una fuente válida de la verdad; para otros, una radical separación entre el conocimiento de la naturaleza y el conocimiento del mundo humano. Se renueva, en este marco, el debate metodológico clásico entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu generado alrededor de las figuras de Dilthey, Windelband y Rickert. De todas formas, desde los años 20 y en tensión con las orientaciones mencionadas, se desarrolla la corriente del positivismo lógico, a partir del llamado Círculo de Viena (Carnp, Neurath, Gödel) que plantea una versión renovada del empirismo, el positivismo y el racionalismo, así como una concepción de ciencia unificada vinculada, en ciencias sociales, a la tradición comteana.

Ahora bien, la articulación de las corrientes filosóficas irracionistas con la derecha fascista es muy relativa ya que si, por una parte, el fascismo busca apropiarse de ellas, al menos en alguna de sus versiones, por otra, éstas no necesariamente son afines al fascismo y, por el contrario, se presentan a menudo como una herramienta para combatirlo, aún cuando (o incluso porque) implican una crítica a los fundamentos de la forma dominante de la racionalidad modernidad occidental. Así, mientras una parte de la filosofía fenomenológica y existencialista se identifica políticamente con el fascismo, el nacionalsocialismo (Heidegger u Ortega y Gasset) o es elaborada directamente por filósofos del régimen (Gentile, Rosemberg); otra se dirige en una dirección francamente opuesta (Sartre o algunos aspectos de la obra de H. Arendt). De la misma forma, podemos encontrar dentro del propio marxismo una importante vertiente de crítica a la razón moderna, pero con un sentido diferente, en la versión historicista de Lukács, pero especialmente en la Escuela de Frankfurt ambos influidos, en parte, por Weber, en una dirección alternativa a la de Schumpeter. En este sentido, podríamos resaltar en la época una preocupación general por las formas de racionalidad de la acción humana en un momento de crisis civilizatoria. Dentro de este marco, puede comprenderse también la inclusión del psicoanálisis en la reflexión de las ciencias sociales (Erich Fromm, Wilhem Reich), así como en general, de la psicología para explicar problemas de autoridad y personalidad.

Tanto el problema de la planificación como el de las exigencias de la sociedad de masas y el de la racionalidad de la acción social son abordados profusamente durante estos años por un autor de enorme repercusión en América Latina: Karl Mannheim. De origen húngaro, exiliado primero en Alemania y posteriormente en Inglaterra, Mannheim desarrolla su obra fundamental en torno a la relación entre conocimiento y política intentando establecer las bases para la reconstrucción racional de las modernas sociedades de masas. Aunque tendremos ocasión de revisar más en detalle su influencia en nuestros sociólogos, es importante consignar aquí, de forma panorámica, sus preocupaciones y argumentos principales. Mannheim plantea un diagnóstico de las sociedades contemporáneas según el cual la emergencia de la sociedad de masas ha producido una inevitable transición del *laissez-faire* a una sociedad planificada. No obstante, esta necesidad de planificación se encuentra envuelta en un dilema central de la época: el desfase existente entre un crecimiento inusitado de la racionalidad funcional de la economía y las técnicas (de la producción, del poder, de la guerra) y la irracionalidad que domina la esfera moral (atraso de la racionalidad sustantiva). Este desfase amenaza con

poner aquellas técnicas al servicio de una dominación minoritaria, esto es, la dictadura (Mannheim, 1944). ¿Cómo evitar que esto ocurra? ¿Cómo conciliar planificación con democracia y libertad?⁴¹ Mannheim le otorga un lugar privilegiado a la ciencia, en particular la sociología, y a los intelectuales, en tanto elite creativa, como clarificadores de los valores fundamentales que deben guiar a políticos, planificadores, maestros y ciudadanos. Ahora bien, mientras en su célebre *Ideología y utopía* (1941) los intelectuales, gracias a su posición social limítrofe, actúan como mediadores entre fuerzas antitéticas y obran en favor de la síntesis de perspectivas existentes en la sociedad; en escritos posteriores (1943), la sociología y los intelectuales desempeñan un papel más instrumental en la transformación de las masas en actores racionales mediante técnicas del control social. Se trata de una “intervención terapéutica planeada” sobre los sujetos sociales (la misma técnica de los nazis pero con valores invertidos) para volverlos más racionales superando el individualismo anterior y promoviendo una capacidad colectiva de juicio racional⁴².

Dentro de este panorama, es importante destacar el contraste con lo que ocurre en EEUU. Mientras en Europa avanza la derecha, en Estados Unidos, en 1932 llega el demócrata Roosevelt que pone en práctica el *New Deal*, sustentado en gran medida por las ideas de Keynes. A pesar de que también aquí la crisis económica golpea duro, la ausencia de conflictos armados en el territorio, así como su creciente consolidación como potencia internacional, mantienen un clima ideológico de relativa apertura que se extiende hasta la segunda posguerra. En términos intelectuales, continúa firme una tradición integradora, progresista y reformista, opuesta a cualquier forma de radicalismo (como ocurre en Europa con el marxismo). Como lo expresa Alexander: “La vida intelectual norteamericana, bajo la decisiva influencia del pragmatismo, conservaba el optimismo y la confianza en cuanto a las posibilidades de reconstruir el mundo occidental” (2008: 26). Aún así, admite el autor, la tendencia antifilosófica, atórica y profundamente empirista de esta tradición

⁴¹ Esta expresión ha sido, a menudo, blanco de críticas al autor. Se sostiene que Mannheim toma como sinónimos las expresiones “planificación para la democracia” y “democracia planificada”. En la primera se alude a la acción más unidireccional de una elite planificadora, mientras que en la segunda se alude al control de esa elite por los ciudadanos. A. D. Lindsay señala que Mannheim estaba más comprometido con la primera que con la segunda, de allí las connotaciones elitistas y conservadoras de su posición (en Loader, 1985: 173).

⁴² En este paso, sostienen Kettler, Meja y Stehr (1995), se produce un desplazamiento de la política como conflicto y competencia a la política como planificación técnica. Los intelectuales pasan de ser catalizadores del diálogo social y político, a detentadores de un supraconocimiento o supraentendimiento. Su concepción se vuelve entonces menos democrática y más elitista.

norteamericana revela también sus límites. Un hecho de profundas consecuencias intelectuales en la época de entreguerras es la migración de científicos e intelectuales europeos hacia Estados Unidos pero también a América Latina, lo que produce un intenso proceso de recepción y reelaboración de ideas que redundará, en muchos casos, en la emergencia de nuevos paradigmas. Así, por ejemplo, muchos de los integrantes del Círculo de Viena y algunos filósofos afines de Berlín (Hempel, Reichembach) se exilan en Estados Unidos donde, en contacto con las tradiciones del empirismo y pragmatismo anglosajón, pierden su identidad original y contribuyen a expandir la filosofía positivista (Giddens en Bottomore y Nisbet, 2001: 288).

En América Latina todos estos movimientos ideológicos e intelectuales del periodo de entreguerras tienen una gran repercusión, aunque adoptan un perfil propio a partir de la configuración social y política regional. También el liberalismo, ligado aquí los intereses de la oligarquía terrateniente vinculada al comercio exterior, entra en crisis. Tanto el comunismo, y varias modalidades del socialismo, como el fascismo (el falangismo y el salazarismo) encuentran arraigo en nuestras sociedades⁴³ y su enfrentamiento es vivido con particular cercanía e intensidad, sobre todo en aquellos lugares que participan directamente en el conflicto bélico (Brasil) como en los que reciben una parte importante del exilio europeo, principalmente español (Argentina y México) pero también italiano (Argentina) y en menor medida francés y alemán (Brasil y Argentina). A la inversa, también destacados intelectuales latinoamericanos pasan años en Europa (como exiliados o voluntariamente) y su pensamiento acusa una influencia profunda de estas experiencias (uno de los casos emblemáticos es José Carlos Mariátegui). Aunque ni uno ni otro dominan por completo la escena política, comunismo y fascismo se colocan -en mayor o menor medida según los países- como indudables fuentes de presión social y política.

Como ya lo mencionamos, los llamados populismos constituyen la solución política más destacada ante la crisis del capitalismo y de las instituciones liberales. En términos ideológicos se trata de movimientos difíciles de encuadrar ya que rompen tanto con la lógica de los esquemas europeos como de las propias tradiciones locales, aún cuando hunden sus raíces en ciertas constantes de éstas (el personalismo, el paternalismo y el

⁴³ Apenas concluida la revolución de 1917 y durante las décadas del 20 y 30 se fundan los partidos comunistas de la región (Argentina, en 1918, México en 1919, Uruguay en 1921, Brasil y Chile en 1922, Perú en 1928 son los primeros y más importantes partidos). Asimismo, entre fines del 20 y durante los 30 se organizan algunos partidos o movimientos de inspiración fascista: el integralismo en Brasil en 1932 (inspirado en el integralismo de Portugal), el sinarquismo en México (1937).

militarismo). Si bien, al igual que en Europa, los problemas que enfrentan son la irrupción de las masas en la vida política y el posicionamiento económico y político del país en el desarticulado orden internacional, en Latinoamérica adquieren sentidos particulares debido a la forma de su desarrollo capitalista y a su composición social (existencia de un amplio sector rural tradicionalista, una minoría ilustrada identificada con los intereses oligárquicos y un desarrollo político muy incipiente de las clases medias y obreras urbanas).

En términos generales podríamos decir que la inspiración ideológica más marcada de estos movimientos es el nacionalismo. No obstante, dentro de esta amplia denominación caben orientaciones diferenciadas. En muchas ocasiones este nacionalismo se identifica con visiones tradicionalistas, católicas, hispanistas y autoritarias, de origen más bien conservador y oligárquico (inspiradas sobre todo en Maurras, de Maeztu y pensadores elitistas como Ortega y Gasset). Dentro de esta vertiente, se pueden señalar distintos grados de acercamiento al catolicismo así como variantes respecto del apoyo del constitucionalismo político. No obstante, junto a él y en mayor o menor tensión con él, también se gesta una vertiente popular, más o menos revolucionaria, que pugna por la realización de una democracia sustancial (social, de tintes corporativos más que política) a través de la justicia social y que gana simpatías en no pocos sectores de la izquierda. Esta última vertiente se vincula por lo general a un fuerte sentimiento antiimperialista que se viene gestando desde principios del XX y que se fortalece con el quiebre de las potencias europeas. Un elemento común a ambos es la tendencia al militarismo. Tanto el gobierno de Vargas como el de Perón se constituyen a partir de elementos de este complejo y diverso nacionalismo que mantiene relaciones sumamente ambigüas tanto con el fascismo como con el comunismo y que es, a nuestro juicio, el fenómeno ideológico más importante del periodo en la región.

En términos intelectuales también en América Latina se difunden en este periodo las corrientes, espiritualistas e “irracionalistas” como reacción al marcado positivismo de fines y principios de siglo. En particular, es muy acentuada la recepción de la cultura alemana en el periodo de entreguerras. Esta recepción se produce fundamentalmente a través de los vínculos con España, en particular, de la labor de la *Revista de Occidente* fundada y dirigida por José Ortega y Gasset⁴⁴. Así, José Gaos, discípulo de Ortega, a partir de su llegada a México refuerza esta labor de recepción desde las ediciones del Fondo de Cultura Económica que, a su vez, se difunden por gran parte del continente. También en el campo

⁴⁴ Otros autores que ejercen influencia en América Latina son Unamuno y Zubiri.

de la sociología la *Revista Mexicana de Sociología*; la colección de sociología de la editorial Losada en Argentina, dirigida por Francisco Ayala y la revista *Sociología*, creada por Emílio Willems en Brasil, realizan una importante labor de traducción y divulgación de autores alemanes (Zabludovsy, 1998; Villas Boas, 1997).

También en este caso, la vinculación de la filosofía espiritualista con las vertientes autoritarias, elitistas y profascistas es relativa. Así, aunque encontramos autores vinculados sobre todo al elitismo orteguiano (José Vasconcelos) y a veces al fascismo (Carlos Astrada, Jordán Bruno Genta o Gustavo Martínez Zubiría), también están quienes permanecen dentro la tradición liberal progresista (José Gaos y Francisco Romero). Más constante es la vinculación de estas corrientes con diversas formas de nacionalismo y latinoamericanismo en las que se destaca con frecuencia el elemento historicista y circunstancionalista y, en ocasiones, una suerte esencialismo nacionalista⁴⁵. Se promueve una búsqueda del “ser nacional” y/o de la autenticidad y originalidad del pensamiento latinoamericano expresada claramente en la emergencia de una “filosofía latinoamericana”, así como en la producción de grandes ensayos histórico-sociales de interpretación nacional (Ezequiel Martínez Estrada, Gilberto Freyre, Samuel Ramos, Fernando Ortiz), que constituyen la nota fundamental de la intelectualidad latinoamericana hasta avanzados los años 40.

Ahora bien, a partir de la segunda posguerra el panorama se modifica sustancialmente. En términos ideológicos, el dato fundamental es el derrumbe del fascismo y la emergencia de la guerra fría, lo que provoca un proceso de realineamiento ideológico e intelectual. En los primeros años posteriores al conflicto bélico la palabra clave es “reconstrucción” y, esta vez, se piensa en términos más amplios y duraderos de los que resultan del primer conflicto bélico. Lo que se reconstruye fundamentalmente es el capitalismo y, con él, la hegemonía de la cultura moderna occidental, ahora bajo el liderazgo indiscutido de Estados Unidos quienes, por su parte, pasan de la noción roosveltiana de un mundo (“One World”) al “conteniment” de George Kennan y la doctrina de Truman frente a la menos fuerte pero ya consolidada URSS.

⁴⁵En México, el grupo Hiperión es una clara expresión de esta tendencia a promover el pensamiento y la cultura nacionales. En algunos casos extremos se llegaron a formular intentos de metafísicas y ontologías nacionales (“Metafísica brasileña”, de Graça Aranha; *Mito Gaucho*, de Carlos Astrada, *Ontología del mexicano*, de Emilio Uranga).

Si el mundo ideológico e intelectual de la época de entreguerras, dominado por las sensación de crisis, se presenta como un complejo mosaico de posiciones enfrentadas a partir de múltiples desgajamientos y cruces fecundos, desde la segunda posguerra esta riqueza de matices se pierde en gran medida, asfixiada por el maniqueísmo ideológico de la guerra fría. Así, las posiciones se vuelven más rígidas por la presión de alineamiento hacia un bando u otro.

En términos económicos se extiende en el mundo occidental un desprestigio tanto del liberalismo clásico como de las intervenciones estatistas extremas y emergen las propuestas de “economía mixta”, “economía social de mercado” o el “Estado de bienestar”. Distintas versiones de la planificación o programación económica son puestas en práctica en varios países del mundo occidental. Incluso comienzan a aparecer en el horizonte intelectual las teorías sobre la tendencia a la convergencia de las sociedades industriales, según las cuales, una vez alcanzado cierto nivel de desarrollo económico la diferencia entre sistemas sociales y políticos se vuelve irrelevante, si no por paralelismos institucionales, al menos por paralelismos funcionales. Aunque el autor más destacado de esta perspectiva es Raymond Aron, otros autores desde puntos de vista ideológicos muy diferentes pueden incluirse explícita o implícitamente en la misma línea de argumentación (Rostow, Brzezinski, Huntington, Galbraith, Marcuse).

En términos políticos, por el contrario, se constata en el mundo occidental el retorno triunfal del liberalismo cuyos postulados básicos (división de poderes, derechos individuales, partidos políticos, rechazo de las dictaduras) se extienden por casi todo el arco ideológico. Se produce entonces una confluencia en torno a un consenso democrático mínimo en el que se incluyen cuatro grandes tendencias: la democracia cristiana (De Gasperi, K. Adenauer, Erhard) que combina una economía social de mercado con un acentuado tradicionalismo cultural; el conservadurismo anglosajón, que combina liberalismo económico, constitucionalismo político y conservadurismo cultural, y la socialdemocracia, cada vez más alejada de sus orígenes marxistas y más antisoviética, centrada en los temas de la igualdad, participación y responsabilidad (Aróstegui y otros, 2001; Touchard, 2000). Como sostiene Hobsbawm, “la base política de los gobiernos occidentales de la guerra fría abarcaba, así, desde la izquierda socialdemócrata de antes de la guerra a la derecha moderada no nacionalista de antes de la guerra” (2007: 243).

En el terreno intelectual se produce una renovada confianza en la razón, la ciencia, técnica y el progreso. La hegemonía norteamericana y los espectaculares avances tecnológicos estimulados por la guerra, que modifican radicalmente la vida cotidiana en todo el mundo (sobre todo en los países ricos pero, a su medida, también en los pobres), ejercen una poderosa marca e impulsan una expansión sin precedentes de la educación científica en todos los ámbitos. No obstante, un hecho fundamental de esta segunda coyuntura es la descolonización del tercer mundo y su ingreso al escenario geopolítico mundial. Esta nueva realidad coloca en la discusión las relaciones entre el mundo occidental y no occidental y sus repercusiones en las pretensiones de universalidad del conocimiento científico así como, en general, de la civilización moderna. Ambas cuestiones están en el corazón de la expansión de las ciencias sociales producida a partir de la posguerra y que desarrollamos a continuación.

3. El desarrollo de las ciencias sociales

Aunque los procesos de institucionalización de las ciencias sociales comienzan en nuestros casos de estudio desde mediados del treinta e inicios de los cuarenta, sin duda se benefician y toman impulso del proceso de expansión de la ciencia y del sistema universitario a nivel mundial que tiene lugar a partir de la segunda posguerra. De Sierra, Garretón, Murmis y Reyna han afirmado que “en términos internacionales, la institucionalización de las ciencias sociales fue al mismo tiempo, convergente y autónoma en los diferentes países” (en Trindade, 2007: 39). En este sentido, podríamos decir que existen relaciones muy variables entre las dinámicas nacionales del desarrollo de las ciencias sociales, ligadas a diferentes contextos institucionales y político-culturales, y los procesos regionales e internacionales del mismo. Aunque en este apartado brindamos un panorama de estos últimos, al trabajar la trayectoria intelectual de los autores tendremos ocasión de volver para observar cómo se articulan específicamente en los contextos nacionales y a los autores de nuestra investigación.

Para la Comisión Gulbenkian, a partir de 1945 tres procesos afectan profundamente la estructura de las ciencias sociales. En primer lugar, el cambio en la estructura geopolítica del mundo, marcado por tres nuevas realidades: la indiscutible hegemonía norteamericana, la guerra fría y la descolonización de los países del tercer mundo. Este cambio repercute sobre todo en la definición de problemas y prioridades de los científicos sociales, pero

también en los supuestos y motivaciones políticas del conocimiento producido. En segundo lugar, la expansión de la capacidad productiva y la ampliación de la escala de todas las actividades humanas. Entre 1945 y 1970 el mundo se encuentra en un momento singular de bonanza económica (en mayor o menor grado según la región) que estimula una creciente inversión en investigación científica; y, aunque la parte destinada a las ciencias sociales es menor en comparación con otras ramas, en términos absolutos representa una cantidad mayor que la conocida nunca antes en el campo. Finalmente, y como consecuencia de lo anterior, la ampliación cuantitativa y geográfica del sistema universitario, lo que lleva a un aumento exponencial del número instituciones, de científicos y estudiantes, así como una especialización creciente y una contaminación temática y de enfoques entre las tradicionales áreas de estudio (Wallerstein, 1996: 37-39)⁴⁶.

Este marcado interés por la ciencia está, en parte, relacionado con el halo de prestigio que ésta adquiere durante el periodo mismo de la segunda guerra mundial (Bell, 1984). A diferencia de lo que ocurre durante la primera, en esta segunda guerra cristalizan muchos descubrimientos científicos de principios de siglo, sobre todo de la física y la química, en la producción de artefactos para el esfuerzo bélico. Los ejemplos más espectaculares son quizá la creación de la bomba atómica, el desarrollo del radar y del computador electrónico. Pero también en el área de las ciencias sociales y humanas la guerra estimula indagaciones: en psicología se elaboran experimentos para la “guerra psicológica” así como medios para mantener la moral de soldados y civiles; en economía, la guerra produce e impulsa importantes innovaciones en términos de planificación de la producción; y a través de la formación de equipos interdisciplinarios surgen los “estudios de área” con objetivos de conocimiento integral de las zona de influencia política. Así, al finalizar la guerra parecen darse condiciones para pensar que la movilización de recursos con objetivos precisos en el área de las ciencias sociales podría provocar avances científicos semejantes a los de las ciencias de la naturaleza. Como hemos mencionado, la guerra fría y la expansión de la presencia norteamericana en el mundo proveen, a partir de entonces y por el lapso de unas tres décadas, un nuevo estímulo para llevar adelante la empresa.

⁴⁶ Según Hobsbawm antes de la segunda guerra en Alemania, Francia e Inglaterra (tres de los países más desarrollados y cultos del mundo) los estudiantes universitarios constituían una décima parte del 1% de su población conjunta total (150,000 de 150 millones), mientras que para los años 80 constituían aproximadamente el 2,5% de la población total. En muchos casos el número de estudiantes se triplica o cuatriplica en el lapso de un par de décadas. Igual crecimiento espectacular se observa en países periféricos como Brasil, México, India, Filipinas (Hobsbawm, 2007: 299).

Esta expansión se manifiesta en gran medida como un proceso de internacionalización de la ciencia. Desde 1945 en numerosos países se crean instituciones con objetivos de concentrar y procesar información sobre diversos problemas sociales y económicos. Estas instituciones están frecuentemente financiadas por EEUU u otros grandes estados, fundaciones y empresas transnacionales. En este caso, los ejemplos más claros son las fundaciones Rockefeller y Ford. Asimismo, se establecen una serie de organismos e instituciones regionales e internacionales con objetivos de modernización de la enseñanza y la investigación en ciencias sociales. Las más representativas en este sentido son: las comisiones económicas regionales establecidas por las Naciones Unidas, entre las que destaca la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), creada en 1948; la División de Ciencias Sociales de la Unión Panamericana, (1948); el Departamento de Ciencias Sociales de la UNESCO (1949) y el Internacional Social Science Council (1954). Desde estos organismos se promueven asociaciones internacionales de las diversas disciplinas, centros nacionales y regionales de investigación y una red internacional de publicaciones. Así, en 1949 la UNESCO crea la *International Sociological Association* (ISA) que funda el *Boletín*, la publicación *Current Sociology* y la *Revista Internacional de Ciencias Sociales*⁴⁷. En términos locales, en 1950 se crea la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), primera asociación regional de la disciplina, que rápidamente afilia a las principales instituciones sociológicas de América Latina⁴⁸.

En América Latina, la División de Ciencias Sociales de la Unión Panamericana, a cargo de Theo Crevenna, juega un papel fundamental en la vinculación regional. En 1949 Crevenna organiza y dirige la revista *Ciencias Sociales* del organismo, en la que participan numerosos intelectuales de la región, y al año siguiente compila un gran estudio sobre las clases medias donde se reúnen trabajos de latinoamericanos (22 trabajos) y norteamericanos (8 trabajos), editado en seis tomos por la misma Unión: *Materiales para el estudio de las clases medias en América Latina*⁴⁹. En atención a un tópico que comienza

⁴⁷ La ISA se colocó paulatinamente en tensión con el *Institut International de Sociologie* (IIS), única institución internacional de sociología, fundada en 1893 por René Worms y que agrupó a las figuras más notorias de la disciplina europea, con excepción de Durkheim y sus seguidores. En 1971 el IIS se termina afiliando a la ISA que se convierte entonces en la institución internacional oficial de la disciplina (Blanco, 2005).

⁴⁸ Durante la década de los 50 la ALAS organizó varios e importantes encuentros. En 1951, en Buenos Aires; en 1953 en Rio de Janeiro y en São Paulo; en 1955, en Quito; en 1957, en Santiago de Chile y en 1959 en Caracas. Para una historia de estos primeros congresos, ver en Blanco, 2005.

⁴⁹ Se trata de un estudio pionero que incluye trabajos muy heterogéneos en cuanto a la formación intelectual de los autores, al tipo de enfoque utilizado y, por tanto, las definiciones sobre la naturaleza, constitución y papel de las clases medias (Solari, Franco y Jutkowitz, 1987: 303).

a difundirse en la época, el objetivo fundamental del estudio es calibrar el papel de las clases medias en el desarrollo social y la estabilidad política del continente.

Asimismo, desde 1948 se llevan a cabo varias misiones para relevar el estado de las ciencias sociales en la región y promover diversos apoyos al desarrollo de las mismas. En 1949 el Social Sciences Research Council envía a Sudamérica al antropólogo Ralph Beals con este objetivo. En 1950 el Departamento de Ciencias Sociales de la UNESCO emprende la misma misión bajo la responsabilidad del sociólogo John Gillin. En 1952 el *International Social Science Bulletin* editado por la UNESCO, consagra todo un número a las ciencias sociales en la región. También en estos años el Departamento, a través del sociólogo T.H. Marshall, planifica una serie de seminarios sobre enseñanza de la investigación en ciencias sociales. En la reunión de 1956 celebrada con estos propósitos en Rio de Janeiro se acuerda la conformación de dos organizaciones regionales: la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), con sede en Chile, y el Centro Latinoamericano de Pesquisas em Ciências Sociais (CLAPCS), con sede en Rio de Janeiro, centradas en la docencia e investigación respectivamente⁵⁰. El proyecto de FLACSO inicia en 1949 con creación de la Escuela Latinoamericana de Sociología (ELAS) bajo la dirección de José Medina Echavarría primero y posteriormente de Peter Heintz⁵¹; mientras que el CLAPCS comienza a funcionar desde su misma creación (y durante mucho tiempo) bajo la dirección de Luiz Aguiar Costa Pinto. En 1949, lanza la revista *América latina*, primera publicación en ciencias sociales con vocación regional. En 1961 se crea el Grupo Latinoamericano para el Desarrollo de la Sociología, en el que participan varios miembros de aquellas entidades.

Todo este proceso de multiplicación institucional, nacional e internacional, va acompañado de importantes innovaciones tanto en la definición de los problemas a enfrentar así como en los enfoques y métodos más adecuados en las ciencias sociales. En cuanto a los problemas y temas, el interés en las ciencias sociales está en principio estrechamente vinculado al mencionado proceso de reestructuración del orden internacional: por una parte, a la idea de que las catástrofes sufridas en las últimas tres décadas (revoluciones, crisis económica, guerras mundiales, pobreza) se deben a un conocimiento insuficiente del

⁵⁰ Más tarde, en 1967, surge el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), con la participación de importantes científicos sociales de la región.

⁵¹ Hacia 1960 la FLACSO logró acuerdos de intercambio con la École Pratique des Hautes Études de París, con la Universidad de Carolina del Norte y la Universidad de Chicago de Estados Unidos (en Trindade, 2007: 40).

funcionamiento de las sociedades; por otra, a la convicción de que el desarrollo de éstas podrá cimentar sobre bases más firmes la reorganización económica, social y política del mundo. En términos muy generales, el tema más importante del periodo es el cambio social. Pero, mientras en los años inmediatos de la posguerra los esfuerzos están orientados por la “reconstrucción”, sobre todo económica, de los países devastados por el conflicto bélico, hacia las décadas de los 50 y 60 otros factores –el nuevo impulso del comercio internacional restaurado, la intensificación de la guerra fría y la descolonización de los países del tercer mundo- colocan el problema más amplio y profundo del “desarrollo” (y el “subdesarrollo”) como preocupación central, tanto de políticos como de científicos sociales.

Desde un inicio América Latina juega un papel fundamental en la presión para colocar en la agenda de las Naciones Unidas el problema del desarrollo económico de las zonas atrasadas del mundo (Sunkel y Paz, 1975). En efecto, al calor de los mencionados experimentos intervencionistas e industrialistas ensayados en los diversos países para enfrentar la crisis, así como del marcado nacionalismo y antiimperialismo de entreguerra, durante los años 30 y 40 se va creando en ciertos grupos vinculados a la economía de los países latinoamericanos una incipiente conciencia sobre las disparidades histórico-estructurales entre los países y regiones a nivel mundial (en concreto la situación de dependencia del comercio internacional en virtud de la especialización en la exportación de materias primas) y la necesidad de una reorientación de perspectivas⁵². La política del *New Deal* norteamericano, las experiencias económicas del nazismo y el fascismo, así como los proyectos de planificación en el bloque socialista se convierten en los principales estímulos externos para la conformación de esta nueva perspectiva⁵³. Dentro de este marco, la creación de la CEPAL en 1947, y su posterior actuación bajo el liderazgo de Raúl Prebisch⁵⁴, adquiere connotaciones particulares respecto de las demás comisiones económicas de la ONU: no sólo atiende a los problemas económicos urgentes de las

⁵² Devés se refiere a la existencia, en las décadas del 30 y 40, de un nuevo grupo de intelectuales –más bien economistas e ingenieros- con un proyecto modernizador pero que no logra todavía canalizar en un paradigma más abarcador. Empresarios y economistas como Adolfo Dorfman o Pedro Aguirre Cerda (de la CORFO, en Chile), Roberto Simonsen o Azevedo Amaral (en Brasil), Federico Pinedo (en Argentina), entre otros conformarían este grupo (Devés, 1997).

⁵³ En efecto, entre las fuentes del pensamiento de la CEPAL y de Prebisch en particular se ha señalado el keynesianismo (Keynes y varios seguidores de Europa central y oriental en Oxford y Cambridge: Rosenstein-Rodan, Mandelbaum), el corporativismo (Werner Sombart, Mihail Manoilescu, Ernst Wageman François Perroux); el pensamiento historicista (List) y algunos innovadores dentro del pensamiento neoclásico (Cassell, Kondratieff, Kindleberger, Sommer). Ver en Love (1996) y Furtado (1979).

⁵⁴ La CEPAL comenzó bajo la dirección del mexicano Gustavo Martínez Cabañas (primer Secretario Ejecutivo) y el cubano Eugenio Castillo quien contrató a Raúl Prebisch.

economías latinoamericanas sino que se embarca en una misión teórico-intelectual más amplia al poner sobre el escenario de la discusión la necesidad de adoptar una perspectiva particular para abordar los problemas económicos de los países latinoamericanos y, en general, subdesarrollados⁵⁵ (Kay, 1989). La tensión entre lo intelectual y lo ideológico-político es un rasgo constitutivo del discurso cepalino (Hodara, 1987; Yocelvezky, 1997).

Para América Latina, la CEPAL con las particularidades señaladas, constituye un hito fundamental en la definición del rumbo de las ciencias sociales, en particular, de la sociología en la posguerra. Para amplificarlo o para criticarlo, la sociología latinoamericana tiene como un referente fundamental el pensamiento económico elaborado por la institución. Solari, Franco y Jutkowitz señalan que el alto nivel intelectual que caracteriza a la CEPAL así como su enorme influencia en los debates políticos constituyen un hecho notable que no se repite en ninguna de las otras comisiones de las Naciones Unidas e indican cuatro líneas de influencia intelectual de la CEPAL en la renovación de la sociología a partir de la posguerra (1987: 70): 1. La creación de un pensamiento sobre América Latina como un todo llama la atención de los sociólogos sobre los rasgos comunes a las sociedades latinoamericanas y, por tanto, genera la necesidad de elaborar un enfoque sociológico desde esta perspectiva regional; 2. La intención de formular de políticas para la superación del subdesarrollo resulta en una “ideología del desarrollo” frente a la cual los sociólogos, preocupados por la transformación social, se ven obligados a posicionarse; 3. La cantidad de datos sobre América Latina en general y sobre los diferentes países que la integran elaborados desde la institución se convierte pronto en una fuente básica para las investigaciones sociológicas de corte empírico; 4. Finalmente, la preocupación de la CEPAL, hacia mediados de los 50, por los llamados “aspectos sociales del desarrollo” propicia un acercamiento entre economistas y sociólogos. Dos datos destacan en este sentido: la incorporación a la CEPAL, ya desde 1952, de José Medina Echavarría, el primer exponente de la renovación de la sociología en la región, y la creación en 1962 del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES).

Ahora bien, aún cuando los trabajos de la CEPAL constituyen un referente central para las ciencias sociales de la posguerra, la sociología presenta un desarrollo paralelo con

⁵⁵ Así lo expresa el propio Raúl Prebisch: “El capitalismo periférico es parte del sistema mundial, pero tiene sus propias particularidades. Sobre la base de esas particularidades, las teorías desarrolladas en los centros se caracterizan, desde la óptica de la periferia, por una falsa pretensión de universalidad” (Prebisch, 1981: 31)

particularidades propias que, en todo caso, se articulan de diversas formas con el discurso económico. Es lo que ocurre precisamente con la problemática de la “modernización” elaborada desde la sociología. Si bien convergente en muchos puntos con el problema del desarrollo, ésta presenta sus propias raíces y elaboraciones diversas. Entre las convergencias podemos mencionar la tendencia a reducir e identificar la “sociedad moderna” con la “sociedad industrial” y, por tanto, con el desarrollo tecnológico; orientación que enraiza en Saint-Simon y Comte pero no se la encuentra ni en Marx ni en Weber (Rossi, 1994; Wallerstein, 2003). En este sentido, la sociología del desarrollo tiende a enfocar insistentemente los problemas de urbanización, estratificación y movilidad social, que acompañan el proceso de industrialización. No obstante, en términos sociológicos la problemática de la modernización presenta un aspecto socio-cultural fundamental: refiere a un proceso de racionalización y secularización en el que se involucran valores, actitudes, ideologías que trascienden e incluso entran en tensión con los aspectos más infraestructurales.

En cuanto a los enfoques y métodos de las ciencias sociales en la posguerra, el dato más relevante a considerar es la tendencia a la conformación de un patrón internacional de desarrollo científico que, en muchos casos, entabla relaciones tensas con las diversas tradiciones nacionales de pensamiento social cultivadas hasta el momento. En términos generales podríamos decir que este patrón está informado por las tendencias y estándares dominantes en Estados Unidos, país en el que se dan las principales innovaciones intelectuales e institucionales en la posguerra. Así, se produce un relativo declive de la reflexión especulativa y de la gran teoría en favor de las investigaciones empíricas, de gran refinamiento técnico en la recolección y tratamiento de los datos. Las ciencias sociales adoptan (y adaptan) modelos de las ciencias naturales y se consideran respecto de éstas diferentes sólo en grado pero no clase. Se refuerzan por tanto las tendencias más nomotéticas del conocimiento: ganan terreno la búsqueda de regularidades empíricas y, en general, los métodos y técnicas cuantitativas. A partir aproximadamente de 1940 las principales innovaciones y hallazgos en el campo de las ciencias sociales (al menos en su versión hegemónica) derivan en su mayoría de técnicas matemáticas y estadísticas así como teorías derivadas de análisis cuantitativos⁵⁶. Como sostiene la comisión Gulbenkian:

⁵⁶ Algunos ejemplos en diversas disciplinas son: la creación de modelos de crecimiento en economía, los diversos tipos de test de inteligencia, prospectivos (Rorschach, Murray); el examen de actitudes y los sondeos de opinión pública (Lazarsfeld, Campbell, Gallup); el muestreo a gran escala en la investigación social (Hansen); el análisis multivariado en investigación social (Stouffer, Lazarsfeld); la sociometría y los sociogramas (Moreno). Incluso el estudio sobre la personalidad autoritaria y la estructura familiar

“La expansión económica reforzó la legitimación mundial en las ciencias sociales de los paradigmas científicos subyacentes a las realizaciones tecnológicas que lo respaldaban” (1996, 39).

En América latina el avance de este patrón tiene importantes consecuencias. Según Devés (2003) la institucionalización de las ciencias sociales según aquel modelo impone un tipo de quehacer intelectual que prioriza el aspecto instrumental por sobre el reflexivo. Esto provoca un quiebre epistemológico y una bifurcación entre dos formas de trabajo intelectual: las ciencias sociales (vueltas hacia el modelo de las físico-naturales) y las humanidades. Más aún, las ciencias sociales se constituyen en muchos de nuestros países por oposición y en abierta descalificación de la tradición secular de ensayo de interpretación histórico-social, dominante en la mayoría de los países hasta los años 40. Bajo esta tradición se conforma la figura del “intelectual latinoamericano” preocupado por la reflexión sobre la realidad social y política como paso previo para su transformación⁵⁷. En varios casos esta tradición continúa en las siguientes décadas bajo la forma de una sociología nacional (y nacionalista)⁵⁸. Ahora bien, sea por considerarla falta de rigor, o expresión de una cultura aristocrática y oligárquica, las nacientes disciplinas de las ciencias sociales rechazan este tipo de saber generalizante, ametódico y apuestan firmemente por las normas y valores universales que regulan el descubrimiento, la verificación y aplicación de los conocimientos científicos. Este enfrentamiento, en el que se funden aspectos metodológicos e ideológicos, a menudo opaca un importante elemento común: el deseo de pensar los problemas específicos latinoamericanos y nacionales, perspectiva que se no se suele reconocer a la corriente de sociología científica (a la que se califica de proimperialista); por otra el hecho de que la mentada rigurosidad del método no siempre redundaba en un más fructífero planteamiento de los problemas tal como pueden ser formulados por los ensayistas⁵⁹.

emprendida por los miembros del Instituto de Investigación Social de Frankfurt está orientada por un enfoque cuantitativo (en Bell, 1984).

⁵⁷ Juan Marsal (1966), define a este intelectual como un pensador que generaliza conocimientos para un público más amplio que su círculo profesional inmediato. Su actividad intelectual está en mayor o menor medida ligada a la práctica e incluso a la lucha política. En este sentido, es una figura opuesta al experto o al especialista.

⁵⁸ Ejemplos destacados son Guerreiro Ramos; en Brasil; Arturo Jauretche o Jorge Abelardo Ramos en Argentina.

⁵⁹ De hecho, Devés señala que, aunque el distanciamiento se prolonga por varias décadas, más tarde las dos perspectivas tienden a reencontrarse. Hacia los 80 y 90, los estudios de la comunicación y fundamentalmente los “estudios culturales” reivindicarán precisamente esta integración.

Finalmente, otro aspecto de gran relevancia para comprender el desarrollo de las ciencias sociales tanto a nivel mundial como regional es el ya mencionado fenómeno de la migración. Los dos conflictos bélicos en Europa fungen como impulsores de un importante flujo de intelectuales hacia otros puntos de Europa, EEUU y América Latina que promueve diversos cruces e influencias⁶⁰. En términos generales podríamos decir que con estos movimientos se produce un gran encuentro entre la tradición teórica europea continental y la anglosajona y norteamericana. Así, por ejemplo, en el periodo de entreguerras la sociología alemana alcanza un importante desarrollo y difusión y se introduce - principalmente a través de la lectura de Parsons sobre Weber- en Estados Unidos⁶¹. Algo similar ocurre con el psicoanálisis, en gran medida difundido a través de exiliados austríacos y alemanes y con fuerte impacto en la sociología y la antropología culturalista norteamericana.

No obstante, desde mediados de los 40 y durante los 50, producto de las consecuencias de la guerra (la devastación material e institucional de Europa y el triunfalismo reinante en EEUU), es más bien la sociología norteamericana la que expande su influencia al resto del mundo, aunque es una influencia mediada por estos previos cruces e intercambios. Algo de esto ocurre con Talcott Parsons, el mayor exponente de la sociología norteamericana de posguerra, cuya obra, según Alexander, intenta “reconstruir la sociología europea brindando una síntesis que eliminara las escuelas conflictivas que la habían dividido” (2008: 26). En efecto, en *Estructura de la acción social*, Parsons busca integrar las tradiciones europeas instrumental-utilitarista e idealista-normativa de la acción a fin de restaurar sobre nuevos cimientos no sólo la teoría social occidental sino la propia sociedad occidental. Posteriormente el estructural-funcionalismo parsoniano pretende (aunque no lo logra necesariamente) corregir la teoría liberal utilitarista decimonónica reconociendo las determinaciones de la estructura social de una manera que no amenace la subjetividad y la libertad.

⁶⁰ Algunos nombres que destacan en el ámbito de las ciencias sociales son: los miembros de la Escuela de Frankfurt y Hannah Arendt (alemanes), Alfred Schutz (austriaco), Florian Znaniecki (polaco) que se exilan en Estados Unidos. También se pueden mencionar los casos de Karl Mannheim (bulgaro-alemán) y Franz Neumann (alemán) refugiados en Inglaterra, así como la migración española a América Latina, especialmente a Argentina (Francisco Ayala) y México (Medina Echavarría) .

⁶¹ Hay que aclarar que la sociología alemana no era precisamente desconocida en EEUU antes de los 30. En particular Simmel había sido incorporado por la Escuela de Chicago, dominante hasta entonces en el país (Ritzer, 2005: 59).

En América Latina la experiencia del exilio europeo desde mediados de los 30 (sobre todo italiano y español) resulta fundamental en el desarrollo específico de la sociología. En términos generales podríamos decir que este exilio contribuye a completar el mencionado encuentro de la sociología europea (francesa y alemana) con la sociología norteamericana y anglosajona en expansión. En este sentido, la figura central es el español José Medina Echavarría⁶². Llegado a México en 1939, por intermediación de Daniel Cosío Villegas y Alfonso Reyes, se incorpora rápidamente como profesor de sociología y psicología social en la UNAM⁶³. Durante su estancia en México desarrolla una intensa labor docente mediante cursos y conferencias en diversos espacios de la capital y el interior del país, y publica también sus primeros libros⁶⁴. Uno de los más importantes, considerado tanto por Germani como por Fernandes el texto inaugural de la renovación de la disciplina en América Latina, es *Sociología, teoría y técnica* (1941), que reúne una serie de conferencias dictadas por el autor en la Universidad de Morelia. En el prefacio a la primera edición del libro, Medina Echavarría expone claramente su perspectiva:

“Se trata de que no puede existir una ciencia sociológica sin una teoría y sin una técnica de investigación. Sin una teoría, o sea sin un cuadro categorial depurado y un esquema unificador, lo que se llama sociología no sólo no será ciencia, sino que carecerá de la significación para la investigación concreta y la resolución de los problemas sociales del día. Sin una técnica de investigación definida, o sea sometida a cánones rigurosos, la investigación social no sólo es infecunda, sino que invita a la acción siempre dispuesta del charlatán y del audaz. En estas dos palabras: teoría y técnica, no se encierran, pues, sutilezas académicas sino necesidades vitales” (1941: 16).

Con estas palabras Medina Echavarría sintetiza su postura sobre el necesaria integración (en una idea de ciencia unificada) entre la tradición teórica europea y la tradición de investigación empírica norteamericana.

⁶² Aunque figura central por los alcances continentales de su obra editorial y la influencia de su pensamiento sociológico en nuestros autores, no es la única. Otros exiliados fundamentales se vinculan al surgimiento de la sociología en la región: Francisco Ayala en Argentina o Recaséns Siches en México son otros ejemplos paradigmáticos.

⁶³ En la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la Universidad Nacional Autónoma de México y más tarde (en 1941) en la Escuela Nacional de Economía y en la de Filosofía y Letras, en esta última con un curso de Psicología social junto a Juan Roura Parella.

⁶⁴ *Manual de sociología* (1940); *Panorama de la sociología contemporánea* (1940); *Sociología, teoría y técnica* (1941); *Responsabilidad de la inteligencia*, y varios artículos en la *Revista Mexicana de Sociología* y *El Trimestre Económico*.

Además de su labor docente y académica, desde su arribo y hasta su partida de México (1946) Medina Echavarría se desempeña como coordinador de la Colección de Sociología del Fondo de Cultura Económica y en 1943 se le concede en la UNAM una licencia para fundar, junto con Cosío Villegas, el Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México. Su extraordinaria labor editorial en el FCE es fundamental para la formación de varias generaciones de sociólogos en América Latina. Las obras de Fernandes y Germani se construyen en buena medida con la bibliografía editada por Medina para el FCE y su perspectiva se ve fuertemente influida por ella. El proyecto de publicaciones es construido en estrecha conexión con su labor docente y de investigación. De allí la importancia atribuida a la edición de obras clásicas, manuales introductorios, obras de temas especializados de la disciplina, así como los libros de debate más actuales en las ciencias sociales (Moya, 2007)⁶⁵.

De la vasta gama de autores y perspectivas editadas por la Colección de Sociología del Fondo nos interesa destacar tres por la marcada influencia que ejercen sobre la sociología latinoamericana. En 1942, se publica *Historia económica general* de Weber y hacia 1941 Medina Echavarría comienza la primera traducción en español de *Economía y sociedad*⁶⁶. Esta traducción se publica en 1944 adelantándose en varios años a la edición italiana (1962), inglesa (1968) y francesa (1971). Asimismo, dentro de la subsección *Cuestiones de hoy* -centrada sobre todo en los temas de la crisis contemporánea- se publican las obras más importantes de Karl Mannheim⁶⁷. Establecido en la London School of Economics, Mannheim es director por esos años de la “International Library of Sociology and Social Reconstruction”, colección con la que el Fondo, a través de Medina Echavarría, establece acuerdos de publicación. Finalmente, Echavarría difunde autores del Círculo de Viena como Hans Reichenbach y Félix Kaufmann así como del norteamericano George

⁶⁵ Dentro de los clásicos se incluyen textos de Alfred Weber, Comte, Veblen y Tönnies. Dentro de los textos introductorios o históricos de la disciplina se publican obras de Bernard y Menzel así como las de dos autores latinoamericanos: Fernando de Azevedo y Alfredo Poviña. En temas especializados se encuentra a Barnes y Becker y Recaséns Siches. Otros autores favoritos incluidos por Medina Echavarría son Znaniecki y Linton. Este panorama, aunque no exhaustivo, nos da una idea del tipo de perspectivas que se difunden a través de la Colección del Fondo.

⁶⁶ Echavarría coordina el proyecto de la traducción y realiza la del primer tomo (*Teoría de la organización social*). Los siguientes tomos fueron traducidos por Juan Roura Parella (Segundo tomo: *Tipos de comunidad y de sociedad*); Eduardo García Máñez (Tercero tomo: *Sociología del derecho*) y Eugenio Ímaz (*La ciudad*); José Ferrater Mora (Cuarto tomo: *Tipos de dominación*).

⁶⁷ En 1941 publica *Ideología y utopía* (traducción de Salvador Echavarría); en 1942, *Libertad y planificación social* (Traducción de Rubén Landa); en 1944, *Diagnóstico de nuestro tiempo* (traducción de José Medina Echavarría); en 1953, *Libertad, poder y planificación democrática* (traducción de Manuel Durand Gili).

Lundberg. Las obras principales de estos autores son traducidas y editadas por la colección de sociología del FCE en 1953 (*La filosofía científica*), 1946 (*Metodología de las ciencias sociales*) y 1949 (*Técnica de la investigación social*) respectivamente.

Estos autores nos parecen importantes no sólo por la perspectiva teórica o metodológica que introducen (una “solución” al dilema metodológico clásico entre ciencias de la naturaleza y del espíritu, la novedad de la sociología del conocimiento, la idea de una ciencia unificada) sino por la matriz ideológica que difunden: un liberalismo atemperado, orientado a la reconstrucción radical de la cultura occidental, sobre la base de una planificación democrática; matriz que, como veremos, impregna fuertemente al proyecto de renovación de la sociología.

Capítulo II

Florestan Fernandes

1. Trayectoria vital e intelectual

Los autores que han trabajado la trayectoria intelectual de Florestan Fernandes han propuesto diversos criterios para periodizar su pensamiento y obra. En términos generales, la mayoría coincide –e incluso es la percepción del propio Fernandes⁶⁸– en destacar un importante momento de ruptura que se produce alrededor de 1964 con la instauración del golpe militar en Brasil. Barbara Freitag (2005) plantea la tesis de una ruptura epistemológica entre dos fases de la trayectoria de nuestro autor: la fase “académico-reformista” (de 1945 a 1968, año en que es expulsado de la USP) y la fase “político-revolucionaria” (de 1969 a 1986 año en que es elegido Diputado Federal). Entre estos dos momentos habría una reorientación profunda de problemas y de marcos de interpretación. En términos muy generales podríamos señalar que se pasa de la problemática de la modernización incompleta a la del capitalismo dependiente.

Sin duda esta distinción tan tajante puede y debe ser matizada, en parte porque las dimensiones académica y militante acompañan a nuestro autor durante toda su trayectoria; en parte porque, a pesar de la evidencia de la coyuntura histórico-política que marca el quiebre, la transición temática en su obra es bastante más prolongada, esto es, algunos desplazamientos conceptuales se pueden notar en obras de comienzos de los 60, a partir de la ruptura con Goulart producto de la lucha contra la Lei de Diretrizes, y el viraje completo sólo se hace evidente en obras publicadas a partir de 1973. Desde esta perspectiva, Miriam Limoeiro enfatiza la continuidad y señala que existe en la obra de Florestan Fernandes un “proceso progresivo de construcción teórica en el que las nociones se van tornando más precisas y se transforman en conceptos y en el que una nueva problemática se va delineando, ganando contornos más claros” (1996: 10). Para la autora se trata el

⁶⁸ “El mayor contraste entre la situación del sociólogo en nuestros días y en las décadas de 1940 o 1950 está en el nivel de las expectativas” (*As mudanças sociais*, 223).

Aunque los vientos de cambio venían anunciándose en el debate sociológico, y en la propia obra de nuestro autor, desde principios de la década del 60, la irrupción del golpe militar del 64 es un hecho clave que marca la ruptura en términos vitales para Florestan Fernandes. Aún así, como sostiene Bárbara Freitag, no será sino hasta el regreso de su exilio en Canadá, en 1973, que esta transformación se hará evidente en su obra.

movimiento que va de la cuestión de la “dependencia cultural” al “capitalismo dependiente”. Antonio Candido también enfatiza el sentido de progresión entre las tres primeras décadas de su trayectoria (años 40, 50 y 60), dado por la creciente imbricación entre la faceta académica - universitaria y la política - militante. Con todo, nos parece que, para los fines de nuestra investigación, la distinción de Freitag presenta la ventaja de señalar con claridad el énfasis diferenciado de los dos grandes momentos.

A partir de 1986 se suele destacar una última etapa (1986-1995): la del “solitario militante”, para Freitag o del “militante-ciudadano” para Liedke Filho. Esta etapa está vinculada a la actuación de Fernandes como cuadro político del Partido de los Trabajadores.

Para los fines de nuestro trabajo, nos interesa concentrarnos en la primera gran etapa señalada por Freitag. Ahora bien, dentro de esta podemos distinguir, con Enno Liedke Filho (2005), dos momentos diferenciados: el de la “formación académica” que abarca desde 1941, año en que ingresa como estudiante a la USP, hasta 1953, año en que se integra a la cátedra de Sociología I; y el de la “sociología en una era de revolución social” que va de 1954 hasta 1964.

Antes de entrar a la primera etapa consideramos que algunos elementos de su experiencia vital pueden iluminar aspectos importantes de su trayectoria intelectual y de sus planteamientos teóricos. De origen muy humilde, hijo de una inmigrante portuguesa –doña Maria Fernandes, lavandera y trabajadora doméstica-, tuvo que dejar la escuela desde muy pequeño (cursó hasta tercer año de primaria) para ayudar a su madre. Se crió en la vida difícil e inestable de los barrios pobres de São Paulo, cambiando de residencia constantemente (Bela Vista, Bosque da Saúde, Penha, Brás). Trabajó de lustrabotas y mesero; en diversos negocios: carnicería, panadería y sastrería entre otros. Su último y más firme trabajo, en el que duró incluso hasta finalizar la licenciatura y le permitió casarse, fue como visitador médico.

El propio Florestan ha enfatizado en reiteradas ocasiones hasta qué punto esta situación de vida se convirtió en una huella profunda en su posterior trayectoria intelectual:

“Eu nunca teria sido o sociólogo em que me converti sem o meu passado e sem a socialização pré e extra-escolar que recibí, a través das duras lições da vida (...) Iniciei a

minha aprendizagem ‘sociológica’ aos seis anos, quando precisei ganhar a vida como se fosse um adulto, e penetrei, pelas vias da experiência concreta, no conhecimento do que é a convivência humana e a sociedade (...) A criança estava perdida nesse mundo hostil e tinha de voltar-se para dentro de si mesma para procurar, nas ‘técnicas do corpo’ e nos ‘ardis dos fracos’, os meios de autodefesa para a supervivência. Eu não estava sozinho. Havia a minha mãe. Porém, a soma de duas fraquezas não compõe uma força. Éramos varridos pela ‘tempestade da vida’ e o que nos salvou foi nosso orgulho selvagem (...)” (en Ianni, 2004: 17).

De aquí proviene también su primer contacto con la política. Hacia los 30 participó en las manifestaciones a favor de Getulio Vargas:

“Em 1930, por exemplo, eu corri pelas ruas gritando ‘queremos Getulio’. Porque o sentimento de oposição era muito forte nas massas populares. Eu era um autêntico condenado da terra” (Fernandes, 1991).

Luego, en los múltiples lugares en que trabajó, Fernandes tuvo contacto con anarquistas, socialistas y comunistas de los que recibió alguna influencia. Finalmente, Fernandes profundizó su conocimiento del movimiento socialista a partir del contacto con la familia de un compañero de trabajo italiano, Scalla, vinculada al socialismo europeo (Fernandes, 1991).

A pesar de haber dejado la escuela desde muy pequeño, Florestan Fernandes continuó sus estudios de manera informal; primero con los libros de un amigo de su madre, luego en la biblioteca de su madrina. Muchos años más tarde logró finalizar el “curso de madurez”⁶⁹ en el Ginásio Riachuelo (hizo los siete años en tres) e ingresó a la Facultad de Filosofía de la Universidad de São Paulo, en 1941 (a los 21 años), donde despegó su brillante carrera académica⁷⁰.

A nuestro juicio, esta situación de vida se vincula al menos con dos aspectos centrales de su obra: el papel de los sujetos como constructores activos de la historia y el

⁶⁹ Equivalente a la preparatoria.

⁷⁰ Obtuvo el 5to lugar en el examen de admisión. Florestan Fernandes relata que en principio él quería estudiar ingeniería química pero, debido a la necesidad de trabajar, no podía dedicar tiempo completo a la universidad. (Fernandes, 1991).

posicionamiento claro a favor de los sectores populares. Sobre el primer punto, José de Souza Martins sostiene que en su sociología el hombre no es un fragmento, un detalle o un mero instrumento de procesos objetivos; por el contrario, “es un agente de su propio destino y, al mismo tiempo, dotado de conciencia y de voluntad. Su sociología es, pues, una ciencia del desencuentro que puede haber entre el hombre concreto y las posibilidades históricas de la situación social en que vive su vida” (1998: 14s).

A este énfasis por los hombres concretos y las maneras en que experimentan la historia, se suma un claro posicionamiento en favor de “los de abajo” (expresión que solía utilizar). Sus investigaciones de los años 50 y 60 centradas específicamente sobre indígenas, negros, inmigrantes, trabajadores, marginales, aún cuando se realizan desde una perspectiva interpretativa y metodológica que postula una neutralidad valorativa e ideológica, no esconden nunca su simpatía por los oprimidos y atestiguan una preocupación constante en su obra por “entender el desarrollo del capitalismo a partir de la experiencia dramática de la víctima” (Martins, 1998: 27).

1941-1953. Formación universitaria: antropología, sociología y militancia política

Como señalamos, este primer periodo abarca desde 1941, año en que ingresa en la USP como estudiante de sociología, hasta 1952, año en que obtiene el cargo de Livre-docente en la Cátedra de Sociología I de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de São Paulo. La unidad de este momento está dada por su participación en dos ámbitos de actuación: la militancia política y vida universitaria. Debido a su juventud y a su origen social alejado del mundo intelectual de la época, en esta etapa de gran fermento cultural Fernandes es más un testigo que un protagonista; sus vínculos con las grandes personalidades son muy limitados y más bien marginales. No obstante, su brillante carrera académica pronto lo coloca en los frentes de discusión más importantes de las ciencias sociales.

Este periodo transcurre durante dos transiciones fundamentales. A nivel internacional, abarca el periodo que va aproximadamente desde mediados de la Segunda Guerra Mundial a la posguerra y el auge de la guerra fría. A nivel nacional, desde el comienzo de la crisis del *Estado Novo* y el periodo de apertura y movilización político-ideológica que se da a partir de 1945, hasta el segundo ocaso de Vargas y el inicio del desarrollismo.

La entrada de Brasil en la guerra , con los aliados en 1942⁷¹, tuerce el rumbo del *Estado Novo* y obliga a Vargas a cambiar la dirección de su política, presionado por sus contradicciones. En efecto, desde 1937 el régimen se ha caracterizado por una especie de democracia social en la que el trabajador es colocado por encima del ciudadano individual y sus derechos políticos. Hay una fuerte valoración de lo nacional y popular, pero de corte autoritario, con un Estado fuerte y vertical que busca conciliar intereses pero reprime cualquier oposición política (Souza Neves y Rolim Capelato, 2004). A partir del 42, por tanto, se hace evidente la contradicción de un gobierno que en el plano internacional lucha contra el fascismo, defiende la democracia y la restitución de las libertades, pero las niega para los propios brasileños⁷². Esta situación se profundiza con el fin de la guerra, se agudizan las manifestaciones en contra del gobierno y Vargas es depuesto.

De alguna manera el *Estado Novo* es el resultado del juego de fuerzas sociales y políticas que durante los agitados años 30 disputan el poder. Por una parte, encontramos el enfrentamiento entre federalistas y centralistas expresada a nivel ideológico como un conflicto entre liberales y nacionalistas. Entre los primeros, están las emergentes burguesías de los estados industriales, en especial, de São Paulo que buscan defender su posición hegemónica respecto del resto del país. Desde mediados de los años 20, São Paulo se coloca como una de las fuerzas económicas más importantes, a tal punto que es señalada como la “locomotora de Brasil”. Esta disputa se expresa en 1932 en lo que se conoce como la Revolución Constitucionalista, que enfrenta a los liberales paulistas contra Vargas en torno al problema de la autonomía de los estados. A pesar de que esta batalla es ganada por Vargas, éste busca conciliar intereses y la Constitución del 34 termina siendo menos centralista de lo que el propio gobierno quería.

Entre las fuerzas las fuerzas del nacionalismo encontramos un arco variado que incluye a un sector importante del ejército, de la iglesia y algunas organizaciones políticas de clase media, de inspiración fascista. Los católicos nacionalistas se agrupan desde los años 1922 en el Centro Don Vital, bajo el liderazgo de Jackson de Figueredo y posteriormente (en 1928) de Alceu Amoroso Lima (conocido también como Tristão de Ataíde)⁷³. En 1932 se

⁷¹ Junto con Estados Unidos, Brasil invade la Guayana holandesa.

⁷² Esta posición quedará plasmada, por ejemplo, en el *Manifiesto de los mineiros*, en 1943, firmado por políticos, empresarios e intelectuales de Minas Gerais.

⁷³ Jackson de Figueredo representó las posturas más vinculadas al espiritualismo y al autoritarismo fuertemente anticomunista. Amoroso Lima, en cambio, recibió una importante influencia de Maritain lo que

funda la Asociación Integralista de Brasil (AIB), liderada por Plínio Salgado, Miguel Reale y Gustavo Barroso. Este movimiento congrega a varias organizaciones fascistas del país. De un nacionalismo radical, se identifican en muchos aspectos con los ideólogos del *Estado Novo*. Plínio Salgado funda en 1931 el periódico *La Razón* desde donde difunden sus ideas.

Por otra parte, a la disputa entre liberales y nacionalistas se agrega, también desde los años 20 otra fuerza social y política: el comunismo. El partido comunista brasileño (PCB) se funda en 1922 y marca fuertemente el imaginario nacional. Hacia 1935 se constituye la Alianza Nacional Libertadora (ANL), entre comunistas y antiguos “tenientes”⁷⁴ de izquierda, liderada por Luís Carlos Prestes, quienes defienden un programa que incluye el antiimperialismo, la reforma agraria y el derrocamiento del gobierno. Ese mismo año, una rebelión de la ANL es violentamente reprimida, los dirigentes encarcelados y el comunismo y la alianza considerados ilegales.

Ante el temor a una revolución social comunista, los liberales, opositores de Vargas, respaldan su política autoritaria; actitud sintetizada de manera contundente por un político de Minas Gerais en la frase “hagamos la revolución antes de que el pueblo la haga”. El 10 de noviembre de 1937 tiene lugar el golpe militar que da lugar al *Estado Novo*. No obstante, inmediatamente en el poder, Vargas busca apoyo y legitimidad en amplios sectores de la sociedad, especialmente en las masas trabajadoras urbanas a través de una importante política laboral y social. De alguna manera, es la victoria del proyecto centralista sobre las unidades de la federación. Como símbolo de esta victoria se hace una quema pública de las banderas de los estados en un acto cívico en Río de Janeiro.

En este contexto de autoritarismo estatal redistributivo y guerra mundial, Florestan Fernandes comienza su carrera universitaria y hace sus primeros acercamientos a la militancia política. En 1941 ingresa a la Facultad de Filosofía y Letras de la USP y en 1943 concluye su licenciatura. Ese mismo año comienza a publicar sus primeros artículos en el periódico liberal *O Estado de São Paulo*, dirigido por Julio de Mésquita Filho y también en

lo llevó a identificarse en su juventud con la democracia cristiana. Si bien cuando conoce a Figueredo adhiere a sus concepciones, hacia la década de los 40 vuelve a moderar su posición (Salem, 1982).

⁷⁴ Se conoce como tenentismo a una serie de movimientos encabezados por jóvenes oficiales del ejército brasileiro (de rango medio y bajo) en los inicios de la década de 1920 que promovieron cambios en la estructura de poder oligárquica. Básicamente proponían reformas políticas como el voto secreto y el impulso a la educación pública. Aunque ninguna de las revueltas tuvo éxito inmediato, se considera a este movimiento como un antecedente fundamental de la revolución del 1930.

Folha da Manhã, periódico de izquierda, dirigido por Hermínio Sacchetta, ex secretario del PCB en São Paulo, convertido luego al trotskismo⁷⁵. En estos primeros años de la facultad Fernandes frecuenta, además, las conferencias organizadas por el PCB que, en la ilegalidad como partido, organiza eventos de divulgación teórica sobre Marx, Engels, Rosa Luxemburgo.

Hacia 1938, Sacchetta junto con José Stacchini, funda el Partido Socialista Revolucionario, sección brasileña de la IV Internacional. En 1943, Sacchetta convence a Florestan Fernandes para ingresar al partido, en la clandestinidad desde los sucesos de 1935. Se trata de una organización muy pequeña, una “verdadera microuniversidad” como la denomina Fernandes, donde también militan otros intelectuales como Vítor de Azevedo, Plínio Gomes de Mello y Alberto da Rocha Barros. Tal como recuerda Fernandes, “os operários eram poucos, mas ainda assim o contato com eles me abriu um horizonte novo” (3).

De todas formas, la participación de Fernandes en la agrupación está principalmente ligada a actividades de tipo intelectual. En 1944, Sacchetta funda la editorial Flama y lanza una colección de estudios marxistas desde donde edita, entre otras, *Miseria de la Filosofía* de Marx, *La cuestión agraria* de Kautsky y *Reforma o revolución* de Rosa Luxemburgo. Para esta colección, en 1946 Florestan Fernandes traduce y redacta una presentación a la *Contribución a la crítica de la economía política* de Marx. En el texto introductorio hace una interpretación sociológica de Marx, posteriormente juzgada por él como excesiva⁷⁶, en la que percibe anticipaciones de ideas de Weber. De todas maneras, se trata de una lectura diferente de la que comúnmente se hacía de Marx en la época, desde un enfoque más doctrinario y dogmático:

“Dei grande destaque ao pensamento do que mais tarde se chamou na Europa de ‘o jovem Marx’. Situaram-me como *enfant terrible* da sociologia brasileira por causa disso. Eu sentia uma grande afinidade com esse jovem Marx. Nele, o homem era visto como parte da natureza, portador de cultura e criador da história” (Fernandes, 1991).

⁷⁵ El primer artículo de Fernandes en *O Estado de São Paulo* es “O negro na tradição oral” (15 y 22- 07-1943) . En *Folha da Manhã* encontramos: “Mais America” (19-08-43), “Nota sôbre Frederico Nietzsche” (19-10-44), “A crise da cultura e o liberalismo” (16-03-1944), “O ‘romance social’ no Brasil” (27-04-44), “O romance político contemporâneo” (27-07-44), “Entre o romance e o folklore” (12-01-45), “As tarefas da inteligência” (1-03-45).

⁷⁶ Ver en *Em busca do socialismo* (1995) y también en *Movimiento socialista e partidos políticos* (1980).

Con esta traducción Fernandes descubre el marxismo, no sólo como doctrina política sino como forma de conocimiento de la realidad social. Y así como en estos comienzos realiza una lectura sociológica de Marx, luego incorporará una lectura crecientemente marxista de la sociología. Así, por ejemplo, ya en 1948, aparece en la revista *Sociologia*, su artículo “Análise sociológica das classes sociais” (separata, vol. X, núm. 2-3, São Paulo, 1948) con el que se enfrenta a las posiciones empiristas de Pierson y Willems. Esta incorporación del marxismo resulta novedosa y llamativa en una época en la cual Marx era todavía un autor relativamente ajeno a la tradición de la sociología académica mundial.

A fines de enero de 1945, Florestan Fernandes es enviado por el diario *Folha da Manhã* a hacer la cobertura del 1er. Congreso Brasileiro de Escritores (ABDE). Se trata de uno de los más importantes eventos que pretende reunir a los intelectuales en la lucha contra el *Estado Novo*. En la editorial escrita para el periódico, “A mobilização da inteligência” (21-01-45), Fernandes alude al papel de los intelectuales en los términos mannheimianos que lo caracterizarán en las próximas décadas. Así, sostiene que en una conyuntura como la que se vive, el intelectual “deixando de discutir somente os seus interesses restritos, acaba se identificando com os interesses da nação” (en Montalvão, 2002: 116).

Ese mismo año, 1945, con el fin de la segunda guerra y la victoria de los aliados -entre los que se encuentra ahora la URSS-, Getulio Vargas, acosado por las manifestaciones en su contra, es obligado a generar una reapertura democrática. A principios de 1945 se concede amnistía a los presos políticos y en mayo se presenta un nuevo Código Electoral convocando a elecciones a la presidencia y al Congreso para finales de año.

Comienza entonces un periodo de intensa agitación política en todos los niveles. Se produce un vuelco hacia la izquierda de la clase media y se forman muchos movimientos. Según recuerda Antonio Candido, colega y amigo cercano de Fernandes, es una época de grandes esperanzas, de creer que la unión soviética se iba a liberalizar y occidente a socializar. Esto explica tantas tentativas de frentes amplios: liberales, demócratas, socialistas marxistas y no marxistas (Candido, 2001). Los liberales y antivarguistas se reagrupan en la Unión Democrática Nacional (UDN), mientras que el Partido Social Democrático (PSD) y el Partido Trabalhador Brasileiro (PTB) forman una alianza afin al gobierno y a Vargas e impulsan la candidatura del general Eurico Gaspar Dutra, quien resulta ganador de las elecciones presidenciales.

Por su parte, después de la amnistía y otra vez en el escenario político, el comunismo también reorienta su política: el amplio apoyo de los trabajadores a la continuidad de Vargas lleva a una aproximación política al varguismo, dando fuerza al movimiento “queremista”. En las elecciones al Congreso el comunismo logra la inclusión de 15 parlamentarios (14 diputados y un senador), entre ellos Luís Carlos Prestes encarcelado durante 9 años por el *Estado Novo*. Finalmente, el propio Getulio Vargas es elegido senador con un gran número de votos. Esta presencia fuerte del varguismo en la política nacional permite que muchas de las políticas sobre la organización del trabajo queden intactas con la Constitución del 46, la cual, por otra parte, restablece buena parte de los antiguos poderes a los estados del país.

En estos momentos Florestan Fernandes se une al frente organizado por Sacchetta, la “Coligação Democrática Radical”, que incluye una gran variedad de tendencias de la izquierda. Su manifiesto es firmado por importantes académicos, periodistas e intelectuales de la época. Candido, en cambio, ingresa a la Unión Democrática Socialista (UDS) más tarde incluida en la Izquierda Democrática y luego, a mediados del 47, transformada en el Partido Socialista Brasileiro. A pesar del gran impulso inicial y las expectativas despertadas por la Coligação, esta pierde fuerza en los años posteriores, en paralelo con la frustración de las esperanzas de cambio provocada por el nuevo escenario de la guerra fría.

En efecto, a partir de 1947, comienza a gravitar fuertemente en la política nacional la entrada en la guerra fría así como la intervención de Estados Unidos en América Latina. Dutra se revela pronto como un aliado de los intereses norteamericanos, propugna por una apertura a los capitales extranjeros y colabora con Truman en la lucha contra el comunismo. Vargas rompe entonces con Dutra y se abre un fuerte debate sobre el rumbo de la política económica y social, en el que se enfrentan fundamentalmente liberales y nacionalistas. La cuestión del petróleo, se convierte en el centro de la controversia cuando Dutra pretende abrir el mercado brasileño a la participación del capital extranjero. Se organiza entonces, desde la oposición, la campaña con el slogan “el petróleo es nuestro” y el Centro de Defensa del Petróleo y de la Economía Nacional, que nuclea a los sectores nacionalistas⁷⁷. La cuestión de la “soberanía nacional” y el “desarrollo autónomo” se colocan en un primer plano. A partir de esta campaña, Dutra refuerza el control sobre los

⁷⁷ La campaña alcanzó incluso al público infantil a través del escritor Monteiro Lobato, quien simbolizó el desarrollo del país en las historias de “El pozo del Vizconde” y “La granja del pájaro carpintero amarillo”.

obreros y vuelve a proscribir al comunismo: en 1947 se cancela el registro al PCB y al año siguiente se destituye de su mandato a los parlamentarios comunistas.

En este contexto comienza el debate sobre las bases económicas del desarrollo y hacen su aparición los primeros jóvenes economistas que se enfrentan a las corrientes ortodoxas monetaristas, defendidas por los liberales. En 1951 Vargas es elegido presidente. Otra vez en el poder, concentra sus esfuerzos en un refuerzo a la política industrializadora y en la diversificación económica. Por esa época, además, se hace público en el primer informe y recomendaciones de la CEPAL. En el debate entre liberales y nacionalistas, Vargas opta por una solución mixta: incentivos al sector privado para hacer inversiones pero junto con una importante intervención estatal, a través de las propias empresas nacionales y la fuerte regulación de las privadas; solución que parece encontrar aceptación tanto en el sector nacionalista del ejército como en los jóvenes intelectuales y tecnócratas.

Hacia 1952 se crea el Banco Nacional de Desarrollo Económico (BNDE) y despegan un periodo de colaboración entre técnicos del banco y economistas estructuralistas. En 1953 finalmente se consigue el control nacional del petróleo y la creación de Petrobrás. Pero en vez de aligerar las tensiones entre las distintas vertientes políticas, estas se profundizan cuando se sobreviene una crisis económica (por inflación) y la política conciliatoria de Vargas resulta en una mayor desestabilización. En el contexto de la guerra fría, la UDN interpreta las políticas nacionalistas como un riesgo de movilización de masas y un peligroso avance del comunismo; posición compartida también por un sector del ejército. Por su parte, Vargas refuerza su vinculación con el sector obrero organizado, principal base de apoyo. La crisis termina de estallar cuando en mayo de 1953 Vargas concede a los sindicatos (a través de su ministro de trabajo João Goulart) un aumento del 100% del salario mínimo y poco más de un año después uno de los principales opositores de Vargas sufre un atentado. Acosado por la oposición Vargas se suicida en agosto del 54.

Florestan Fernandes continúa su militancia en el PSR hasta principios de los años 50. No obstante ser un militante leal y comprometido (Saccheta, 1996), se ve cada vez más presionado por las obligaciones académicas. En 1945 se incorpora, junto con Candido, como segundo asistente de la cátedra de Sociología II, a cargo de Fernando de Azevedo. Al mismo tiempo comienza la maestría en la Escola Livre de Estudios Superiores. En 1947 concluye la maestría y comienza el doctorado. Estas exigencias dificultan cada vez más la militancia. En estos momentos es el propio Hermínio Sacchetta quien recomienda a

Fernandes dedicarse por completo a las tareas de la universidad, desde donde sería más útil al movimiento (Sacchetta, 1996).

Aunque breve, entonces, esta etapa de militancia le da a la formación intelectual de Fernandes una amplitud y profundidad de horizontes que sin duda repercute en la configuración de su perspectiva sobre la sociología. Años más tarde, sobre este punto Fernandes sostiene:

“Graças ao estudo do marxismo, ao qual eu podia aplicar as técnicas que aprendera na universidade, passei a me colocar o problema do que deveria ser a Sociologia, assim como de sua relação como outras ciências, de uma perspectiva era relativamente diferente daquela que se poderia ter dentro do ensino acadêmico” (en Rugai Bastos, 2006: 17).

Ahora bien, en este contexto de grandes transformaciones y tensiones político-ideológicas tiene lugar la institucionalización de las ciencias sociales en Brasil, en cuyos inicios se da la formación universitaria de Florestan Fernandes. En los años siguientes a la Revolución Constitucionalista de 1932, las burguesías liberales de los estados industriales despliegan una estrategia cultural para hacer frente al avance del varguismo. En 1933 se crea en São Paulo la Escola Livre de Sociologia e Política (ELSP) y en 1934, la Universidad de São Paulo (USP)A. A través de estas instituciones, la elite paulista, liberal y disidente, busca renovar sus cuadros dirigentes con vistas a recuperar su posición hegemónica. En el mismo contexto, aunque con matices políticos diferentes, en 1935 se crea en Rio de Janeiro la Universidad del Distrito Federal (UDF). Desde su creación, las tres instituciones contratan profesores extranjeros, europeos y norteamericanos, a fin de fortalecer las propias orientaciones profesionales y dar prestigio académico a las nuevas casas de estudio⁷⁸.

Estos proyectos, en realidad, vienen modelándose desde los años 20. Durante esta década tiene lugar un intenso debate entorno a la formación de la identidad y conciencia nacional brasileña cuyo escenario privilegiado es el de la educación. En este debate, una parte de las elites intelectuales liberales, sobre todo del estado de São Paulo, se enfrenta a los intelectuales de la iglesia católica que asumen posiciones políticas y sociales fuertes. El enfrentamiento de lemas expresa claramente esta disputa: “republicanizar la república” vs. “recristianizar la república”.

⁷⁸ Hasta la creación de la USP había en Brasil tres universidades: la de Rio de Janeiro, creada en 1920, la de Minas Gerais, en 1927 y la de Rio Grande do Sul, creada en 1931.

A través de la creación múltiples espacios de actuación –la revista *A Ordem* (1921), el Centro Don Vital (1922), la Acción Universitaria Católica y el Instituto Católico de Estudios Superiores (antecedente de la Pontificia Universidad Católica)- la iglesia busca la recuperación de valores espirituales, morales y religiosos, como forma de lograr la cohesión y unidad de los elementos dispares que conforman el país. La conciencia nacional aparece ligada a los valores religiosos. Atacan el materialismo y racionalismo de los liberales a los que ven como responsables de un ateísmo disgregador de la sociedad. Con la Constitución de 1934, los católicos obtienen un importante triunfo: se establece la enseñanza religiosa en las escuelas primarias, en horario de clases normal, aunque de manera opcional. Asimismo, hacia los años 40 surgen las primeras universidades católicas (Schwartzman, 1996).

Los liberales, por su parte, sostienen un proyecto de modernización cultural basado en ideales iluministas, en contra de la mentalidad tradicional y arcaica de las antiguas oligarquías. Se trata de impulsar la conciencia política y ciudadana en las clases populares como medio para promover el progreso y terminar con el desorden y el retraso del país (del que hacen responsable a la Iglesia por reforzar la ignorancia de las clases populares). Si por un lado, se trata de un proyecto que coloca en las *elites* modernas el papel central en la reforma de la sociedad, por otro, sus alcances desbordan de alguna manera esta limitación en la medida en que se propone no sólo una educación moral y cívica sino una educación para *todos*. Este proyecto se inspira básicamente en las concepciones de Durkheim sobre el papel de la educación en la formación de una conciencia nacional, y de Dewey sobre la escuela como espacio fundamental de construcción de la democracia.

En términos de la educación universitaria, el programa de los liberales enfatiza la extensión del campo del saber científico y positivo -hasta ese momento centrado en las áreas de las ciencias físico-naturales- al estudio de la sociedad. En este sentido, no es casual que el eje central de las recientes universidades (USP y UDF) sea precisamente la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras. Complementariamente a la formación científica, el proyecto apuesta a la constitución de una nueva figura intelectual: el profesional de las ciencias sociales habilitado para operar como asesor técnico en la implementación de reformas sociales.

Varios hitos marcan la actuación de los reformistas en el terreno de la cultura y la educación. Un primer gran momento es el de la Semana de Arte Moderno de 1922 organizada en el apogeo del modernismo brasileño. Además de impulsar una renovación de lenguajes artísticos, este movimiento introduce una importante reflexión sobre lo “auténticamente nacional” (Miceli, 2003). Por esos mismos años se desarrolla el movimiento de la *Escola Nova* impulsado por la Asociación Brasileña de Educación, bajo el ideario de Dewey. De aquí surgen como figuras centrales Anísio Teixeira, Lourenço Filho y Fernando de Azevedo. Por su parte, Júlio de Mesquita Filho, dueño del periódico *O Estado de São Paulo*, se encarga desde los años 20 de promover el debate a través de la *Encuesta sobre la instrucción pública en São Paulo*, cuyos resultados, publicados en el periódico, servirán de base para la formulación de un plan educacional en perspectiva científica. Tanto la encuesta como el plan están a cargo de Fernando de Azevedo. Otro momento clave es el del “Manifiesto dos pioneiros”, firmado entre otros por Júlio de Mesquita Filho, Anísio Teixeira, Fernando de Azevedo, Paschoal Leme, Cecília Meireles, C. Delgado de Carvalho⁷⁹. Cuando a principios de los 30 el gobierno de Vargas autoriza la enseñanza religiosa en los establecimientos educativos públicos, los liberales reformistas reaccionan con la redacción de este documento que reafirma el valor de la ciencia y la técnica como fundamentos del saber moderno. Finalmente, en 1934, bajo el gobierno local de Armando de Salles Oliveira, se crea en São Paulo el Departamento Municipal de Cultura (germen del Instituto Paulista de Cultura, a su vez germen del Instituto Brasileiro de Cultura) que congrega a intelectuales modernistas como Mario de Andrade, Paulo Duarte, Sergio Milliet, Rubens Borba de Moraes, Fabio Prado.

Las primeras cátedras de sociología de Brasil surgen en el marco de este movimiento reformista pedagógico y cultural hacia mediados de los años 20, como auxiliares dentro del campo de la pedagogía. A diferencia de lo que ocurre en el resto de América Latina⁸⁰, la etapa llamada de “sociología de cátedra” se desarrolla de manera tardía sobre todo en las Escuelas Normales (Liedke Filho, 2005)⁸¹. Durante estos años se editan, además, los primeros manuales que difunden las principales corrientes sociológicas europeas⁸².

⁷⁹ Es el único del grupo con previa formación en sociología.

⁸⁰ En el resto del continente, como hemos señalado, la primeras cátedras surgen en las facultades de Derecho y, en menor medida, Filosofía y Economía.

⁸¹ La primera cátedra de sociología, en el Colégio Pedro II, está a cargo de C. Delgado de Carvalho. En 1928 se crean otras dos, una en la Escola Normal do Distrito Federal, por iniciativa de Fernando de Azevedo, y la otra en la Escola Normal de Recife, por inspiración de Gilberto Freyre y propuesta de Carneiro Leão. En 1933 se funda en São Paulo el Instituto de Educación y en este la cátedra de Sociología General y Educacional, introducida, em 1931, en el Curso de Perfeccionamiento, instituido por M. B. Lourenço Filho, y

Pero el periodo de esta “sociología de cátedra” es relativamente breve (en comparación con otros países). Muy pronto las ciencias sociales y la sociología en particular encuentran cabida para su institucionalización disciplinar en las recién creadas universidades. Hacia mediados de los 30, aquellos personajes del movimiento pedagógico se convierten en los artífices de las nuevas instituciones de educación superior. Mientras Anísio Texeira y Lourenço Filho, lideran hacia 1935 la fundación de la UDF en Rio⁸³, Julio de Mésquita Filho y Fernando de Azevedo, son dos de los principales impulsores de la USP⁸⁴. Asimismo, desde mediados de los años 30 aparecen diversos emprendimientos relacionados con la difusión de la disciplina. En 1935, Fernando de Azevedo funda la Sociedad de Sociología de São Paulo, convertida en 1948 en Sociedad Brasileña de Sociología, con sedes en São Paulo, Rio y Recife, integrada a principios de los 50 la Asociación Internacional de Sociología (ISA) y luego a la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS); también en Rio se crea el Clube de Sociologia; en 1935 aparece la *Revista do Arquivo Municipal*, promovida por el Instituto Municipal de Cultura, en la que se publican los primeros frutos de la reciente universidad paulista; y, en 1939, aparece *Sociologia*, la primera y más importante publicación especializada de la disciplina durante varias décadas.

Asimismo durante estos años comienza a desarrollarse una industria editorial en concordancia con la elaboración de un proyecto de afirmación de una cultura nacional. Aquí tiene un papel fundamental la Compañía Editora Nacional, nacida en 1926⁸⁵, y su Coleção Brasileira, dirigida por Fernando de Azevedo de 1931 a 1946, en la que

dirigida por Fernando de Azevedo. A iniciativa también de Azevedo son creadas en el Código de Educación de 1933 cátedras de sociología de la educación en todas las escuelas normales del estado de São Paulo. (Azevedo, 1958).

⁸² C. Delgado de Carvalho publica *Sociología educacional* (1931), *Sociología y educación* (1933) y *Sociología experimental* (1934). En 1935 Fernando de Azevedo publica *Principios de sociología* y en 1940 *Sociología educacional*, traducida al español por el FCE en 1942. En Rio de Janeiro, Carneiro Leão publica, en 1940, *Fundamentos de sociología y Sociologia rural*, bajo la influencia de corrientes norteamericanas. Otras obras de teoría sociológica son las de Alceu Amoroso Lima (Tristão de Ataíde), *Preparação à Sociologia* (1931) y *o Problema da Burguesia* (1932), los estudios de A. Costa Pinto, de la Universidad de Brasil y los ensayos de Pinto Ferreira, autor de la obra *Sociologia* (dos tomos) y Mário Lins, ambos de Pernambuco inspirados en la noción de espacio social de Leopold von Wiese (Azevedo, 1958).

⁸³ La creación de la UDF es parte de un programa integrado de Instrucción Pública para el Distrito Federal impulsado por Anísio Texeira, Secretario de Instrucción Pública de Rio de Janeiro entre 1931 y 1935.

⁸⁴ También participaron de la creación de la USP Armando de Salles Oliveira, Almeida Júnior, Vicente Rao, Rocha Lima, entre otros. Armando de Salles Oliveira será candidato para la sucesión de Vargas, frustrada por el golpe de estado de 1937.

⁸⁵ Como iniciativa comercial de Octales Marcondes y José Bento Monteiro Lobato.

Fernandes y otros científicos sociales publicarán numerosos textos. Otras editoriales importantes en la difusión de las ciencias sociales son Instituto Progresso Editorial, Livraria Progresso.

Ahora bien, todo este movimiento liberal reformista se enfrenta durante los años 30 al avance de las ideas autoritarias que tendrán su momento de esplendor durante el *Estado Novo*, en el contexto de la Guerra Civil Española y la segunda guerra mundial. Para la ideología que sustenta el régimen, el liberalismo es considerado un producto extraño, asociado al individualismo y al materialismo. Durante los primeros años de conformación institucional del Brasil, sus fallas habrían impedido la organización del pueblo-nación; tarea ineludible que le competía ahora a un Estado fuerte. La representación a través del voto y los partidos debía, por tanto, ser eliminada y suplantada por una representación colectiva, clasista, que evitara los conflictos sociales a través de la mediación del Estado.

Los ideólogos más representativos del autoritarismo son Francisco Campos, Azevedo Amaral y Oliveira Vianna. A pesar de sus diferencias, a grandes rasgos defienden la unificación del país -dividido por ideologías extranjerizantes (liberales y marxistas)- mediante la construcción de una conciencia nacional, forjada por el Estado, a través de los principios de disciplina, obediencia y autoridad. Frente a la democracia formal, “de fachada”, atomística, proponen una democracia verdadera, corporativa y orgánica. Buscan movilizar el “alma nacional” o el “alma de la patria”, esto es, se identifican con una filosofía espiritualista en contraste con el individualismo y materialismo de doctrinas extranjeras. De los tres, sólo Francisco Campos adhiere abiertamente a los totalitarismos europeos. Es una ideología de Estado, que celebra el ingreso de las masas a la vida política pero las coloca bajo el control y la organización de la autoridad estatal.

Uno de los aspectos más importantes de esta concepción es la valoración de lo popular, como inversión de la tradición ideológica iluminista y positivista que le imputa al pueblo ignorante los males del país. De allí que el nacionalismo que se promueve esté asociado a la valoración de las tradiciones autóctonas, populares y sobre todo del interior del país. En este marco ideológico tiene lugar el debate sobre la tensión entre el sertão y el litoral como fundamentos culturales de la nacionalidad brasileña. Para los nacionalistas identificados con Vargas, el sertão es considerado como el *locus* simbólico de la unidad nacional, una “reserva de brasilidad” o “reserva moral” del país. En este contexto, Vargas organiza en 1939 la gran marcha del país rumbo al sertão. Asimismo, durante estos años se intensifica

el debate sobre el problema racial como fundamento del ser brasileño. En oposición al extranjero, identificado con la población blanca del litoral, se postula la teoría del mestizaje como definición del Brasil auténtico. Se plantea entonces el ideal de la armonía entre razas, clases y regiones, en pos del objetivo de unidad nacional. En este marco aparece la tesis de Jacques Lambert sobre “Os dois Brasis” que tendrá, junto con la de Redfield, un impacto considerable en las interpretaciones sobre la modernización del país.

Aunque en términos políticos el *Estado Novo* muestra un evidente autoritarismo, en el ámbito de la cultura se permite una política relativamente plural. A algunos opositores se los incluye en proyectos del gobierno, incluso a comunistas como Carlos Drummond de Andrade, Lúcio Costa y Oscar Niemeyer, sin pedirles fidelidad ideológica. Asimismo, la revista *Cultura Política*, que junto a *Ciencia Política*, congrega a muchos de los pensadores autoritarios, incluye un amplio espectro de colaboraciones que va desde la extrema derecha católica hasta comunistas⁸⁶. Sin duda esto es parte de las propias complejidades y contradicciones al interior del *Estado Novo*.

En este contexto ideológico tiene lugar un importante proceso de reformulación del pensamiento social brasileño que se articula con la naciente institucionalización de las ciencias sociales. Durante la década de los 30 y principios de los 40 surgen las obras de Sérgio Buarque de Holanda, Gilberto Freyre y Caio Prado Júnior. Las obras de estos intelectuales expresan una honda preocupación por la formación histórica de Brasil como fuente para explicar sus males contemporáneos y los obstáculos para el cambio. Aunque este tipo de preocupación forma parte de la tradición de pensamiento brasileño desde el siglo XIX (como ocurre en general en toda Latinoamérica), esta generación, a diferencia de las anteriores, logra tener un impacto muy importante en la producción académica universitaria que se empieza a consolidar en las próximas décadas. Tanto como los profesores extranjeros contratados en las misiones universitarias, las obras de estos intelectuales constituyen una fuente fundamental de los temas y perspectivas que abordan las nacientes ciencias sociales.

⁸⁶ Aquí tuvo un papel importante el católico Gustavo Capanema entre 1934 y 1945 al frente del Ministerio de Educación.

En 1933, Gilberto Freyre publica *Casa grande e senzala*. Influido por la antropología cultural norteamericana⁸⁷, en los años 30 y 40 Freyre se dedica al análisis de la formación de la sociedad patriarcal, relacionando la colonización portuguesa y la presencia del negro en la formación del Brasil. Sus estudios dan continuidad a los análisis desarrollados por Nina Rodríguez y Silvio Romero a finales del siglo XIX y principios del XX, considerados por Fernando de Azevedo (1962) como un antecedente inmediato de la antropología y la sociología. En su libro, Freyre realiza un estudio de la contribución de los distintos grupos culturales, especialmente del negro, a la formación social brasileña: costumbres, alimentación, vivienda, relaciones interraciales. En lugar de considerar el mestizaje racial como factor de retraso, Freyre desarrolla la tesis de la “democracia racial” de Brasil. Si por una parte, esta tesis considera el mestizaje como un factor constructivo y positivo de la cultura brasileña, por otro, abona en cierta forma al mito de la inexistencia de prejuicios raciales en el país⁸⁸. Este libro, es una de las principales referencias para las posteriores investigaciones de Florestan Fernandes y sus discípulos (Cardoso y Ianni) sobre el tema.

Sergio Buarque de Holanda, por su parte, publica en 1936 *Raízes do Brasil* en el que analiza el abismo abierto entre el país ideal (liberal, moderno, europeizante) y el país real (sus necesidades, sus singularidades históricas). Formado en Alemania, Buarque de Holanda se identifica con el historicismo. En su libro manifiesta un interés por las tensiones entre permanencias/continuidades y los cambios sociales, así como por darle visibilidad a los personajes anónimos de la historia brasileña. Tanto Freyre como Buarque de Holanda se incorporan en 1935 al proyecto de la UDF.

Caio Prado Júnior, por su parte, publica en 1942 su principal obra *Formação do Brasil conemporâneo*, de corte marxista, donde aparecen por primera vez las clases sociales como categoría analítica central pero en una perspectiva que, distanciándose de los diagnósticos realizados por el PC en la línea de la III internacional⁸⁹ (a pesar de ser él mismo miembro del PCB⁹⁰), enfatiza las particularidades locales del desarrollo capitalista brasileño. Este texto inaugura una línea de estudio sobre el carácter de la economía colonial seguida y enriquecida posteriormente por otros intelectuales (Fernando Novais, Celso Furtado).

⁸⁷ Freyre realizó estudios de maestría en Estados Unidos. A pesar de su orientación liberal y regionalista, se opone en 1935 a la represión de los comunistas.

⁸⁸ Con esta tesis Freyre se enfrentó a quienes, desde posiciones racistas, planteaban la necesidad de un “blanqueamiento” de la sociedad brasileña. Es el caso, por ejemplo, de Oliveira Vianna.

⁸⁹ Esta línea, por ejemplo, es representada claramente por Nelson Werneck Sodré.

⁹⁰ En 1935, Prado Júnior redacta el programa de la Alianza Nacional Libertadora.

Esta generación representa una fructífera transición entre la tradición ensayística de pensamiento social enraizada en el siglo XIX y el establecimiento de parámetros científicos y académicos de producción intelectual. Sus obras tejen hilos de continuidad histórica entre uno y otro periodo de la reflexión social al instalar una serie de problemas fundamentales que serán abordados por sucesivas generaciones de científicos sociales. A pesar de que el proyecto intelectual de Florestan Fernandes se construye en oposición a la figura del ensayista, su producción y la de sus discípulos son en gran medida deudoras de aquellas grandes líneas de interpretación⁹¹.

Ahora bien, hacia los años 40, cuando Fernandes inicia su carrera universitaria, los acontecimientos políticos del país impactan sobre el rumbo que toman las instituciones recién creadas y, por tanto, el desarrollo de las ciencias sociales. En 1939, en el contexto de las persecuciones políticas iniciadas en 1935 y los intentos por homogeneizar y centralizar la educación, se cierra la Universidad del Distrito Federal, dirigida por Anísio Teixeira quien, junto con el prefecto de Rio, Pedro Ernesto, es acusado de comunista⁹². Al igual que sucede en la USP y la ELSP, también la UDF contrata numerosos profesores extranjeros, franceses en particular, entre los que se encuentran Jacques Lambert y, como profesor visitante, Radcliff-Brown. También cuenta entre sus profesores brasileiros a destacados intelectuales como Arthur Ramos, Gilberto Freyre, Sérgio Buarque de Holanda, Candido Portinari, Lúcio Costa, Lourenço Filho, Afrânio Peixoto, entre otros. Al cierre de la UDF, estos profesores se distribuyen en distintos espacios. Anísio Texeira, principal impulsor de la universidad, se va al estado de Bahía, donde desarrolla nuevos emprendimientos políticos e intelectuales⁹³.

⁹¹ Antonio Candido, en cambio, mantendrá siempre una posición muy abierta respecto de la virtudes del ensayo.

⁹² Alceu Amoroso Lima es uno de los impulsores más enérgicos del cierre de la universidad. En carta al ministro (católico) Gustavo Capanema (16/06/1935) reclama: “A recente fundação de uma Universidade Municipal, com a nomeação de certos diretores de Faculdades que não escondem suas idéias e pregação comunistas, foi a gota d'água que fez transbordar a grande inquietação dos católicos. Para onde iremos por esse caminho? Consentirá o governo em que, à sua revelia mas sob a sua proteção, se prepare uma geração inteiramente informada dos sentimentos mais contrários à verdadeira tradição do Brasil e aos verdadeiros ideais de uma sociedade sadia? (citado por Albuquerque Fávero, 2004: 151). En reemplazo de Texeira, al frente de la Secretaría de Instrucción Pública es colocado el católico conservador Francisco Campos.

⁹³ Gilberto Freyre se establece en Recife, su ciudad natal. Lourenço Filho, en cambio, comienza a trabajar para el varguismo. Sergio Buarque de Holanda se traslada a São Paulo, a la Escola Livre de estudios Superiores y a la FFCyL de la USP.

Por su parte, la antigua Universidad de Río de Janeiro (creada en 1920) es reemplazada en 1937 por la Universidad de Brasil y, a su interior, se crea la Facultad Nacional de Filosofía que absorbe en 1939 a varios profesores y alumnos de la UDF. Uno de los personajes centrales de esta Facultad y del posterior Instituto de Ciencias Sociales es Luiz de Aguiar Costa Pinto, quien en 1947 obtiene su cargo de livre docente en Sociología. En las décadas del 50 y 60 Costa Pinto tendrá un papel fundamental en la articulación regional de la sociología⁹⁴.

La experiencia de las ciencias sociales en Rio de Janeiro presenta importantes puntos de contraste con la de São Paulo. A diferencia de lo que ocurre en la USP, la Facultad Nacional de Filosofía de la Universidad de Brasil se mantiene siempre involucrada en las disputas políticas e ideológicas del periodo varguista, y constituye una de las arenas más importantes de este debate. Como expresa Jackson: “Nao se deve extrañar, assim, que uma das marcas da sociologia carioca seja, até o presente, um comprometimento político mais evidente do que o da sociologia paulista” (Jackson, 2007). Otra diferencia es que en Rio la enseñanza y la investigación están desvinculadas. Los institutos de investigación se establecen de manera independiente de la estructura académica oficial de la Universidad.

En São Paulo, por el contrario, se constata en términos generales una mayor vida académica propiamente dicha. Aún así, es importante distinguir rasgos diferenciados entre la Escola Livre de Sociologia e Política (ELSP) y la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la USP. Aunque las dos experiencias surgen en el mismo contexto y tienen algunos puntos y personajes en común (Emilio Willems en particular), presentan diferencias en las que se emergen, sin duda, motivaciones políticas.

La ELSP es fundada por empresarios (con Roberto Simonsen a la cabeza) cuyo objetivo es formar cuadros técnicos, líderes políticos y administrativos, sobre todo, a través de estudios de posgrado. La Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la USP, en cambio, implementa un proyecto más propiamente académico e intelectual, orientado en principio a formar profesores e investigadores de alto nivel académico. Según señala Luiz Carlos Jackson, esta diferencia se vincula con los matices políticos que atraviesan ambas instituciones: mientras la ELSP, al ligarse a sectores de la burguesía pertenecientes al

⁹⁴ Costa Pinto es originario de Bahía, llega a Rio en 1937, como estudiante de la UDF se incorpora a la juventud comunista. Luego se incorpora a la Facultad Nacional de Filosofía. En 1942, una vez concluidos sus estudios, es invitado como asistente a la cátedra de sociología de Jacques Lambert, con quien escribe dos obras.

Partido Republicano Paulista, adquiere un matiz más conservador; la USP, vinculada a sectores del Partido Democrático, representa una postura más liberal y moderna (2007).

Esta diferencia política parece tener un correlato, aunque no muy definido, en el tipo de perspectiva que predomina en cada institución. La ELSP también contrata profesores extranjeros (los primeros llegan hacia 1939) pero se inclina hacia la vertiente norteamericana (especialmente la Escuela de Chicago) de estudios ecológicos y urbanos, con una marcada tendencia hacia los métodos y técnicas cuantitativos y un énfasis en la capacidad técnica y ejecutiva del profesional. Donald Pierson, discípulo de Robert Park, es una de las figuras más destacadas que imprimen su sello a la institución a través de los estudios empíricos de comunidades⁹⁵. En esta misma línea también encontramos a los profesores Horace Davis y Samuel Lowrie. Los otros dos personajes fundamentales de la ELSP son Emilio Willems y Herbert Baldus, ambos alemanes, ligados a la antropología social. Willems, formado en la tradición intelectual alemana, se dedica a temas de aculturación. Baldus, por su parte, realiza numerosos estudios sobre sociedades indígenas en situación de contacto o cambio cultural⁹⁶. En cuanto a los brasileros, Oracy Nogueira, muy cercano a Pierson y a la escuela de Chicago (donde realiza su doctorado) es tal vez el más representativo profesor de esta institución. Así, una tendencia fuertemente descriptiva y empirista es la que prevalecería en esta institución⁹⁷.

En la USP, la influencia más importante en términos de la concepción académica es sin duda la de los profesores franceses, llegados en el marco de las “misiones culturales”⁹⁸ para fortalecer el nivel de la universidad. Desde el mismo año de su creación, en 1934, comienzan a llegar los primeros profesores de la misión universitaria francesa. Entre los más reconocidos intelectuales están Paul Arbousse-Bastide, Claude Lévi-Strauss, Fernand Braudel, Pierre Monbeig, Jean Maugüe, Roger Bastide, George Gurvitch y Charles

⁹⁵ Pierson cuenta durante varios años con disponibilidad financiera por parte de la Smithsonian Institution para realizar sus investigaciones sobre comunidades y proponer reformas políticas.

⁹⁶ Los tres eran profesores de los siguientes cursos de posgrado en la ELSP: “Pesquisas sociais na comunidade paulista” (Pierson), “Etnologia Brasileira” (Baldus), “Assimilação e aculturação no Brasil” (Willems).

⁹⁷ Es interesante notar que, a pesar de las distinciones políticas entre las instituciones, la vinculación entre orientación teórica o sociológica y la ideología política es relativa. Oracy Nogueira, de filiación comunista, se ve impedido para regresar a Estados Unidos en 1952 para defender su tesis de doctorado debido al macartismo que niega su entrada al país.

⁹⁸ Se trata de la tercera “misión” (así llamada oficialmente) francesa en Brasil. La primera, de carácter artístico, tiene lugar bajo el mandato de Dom Joao VI; la segunda, de carácter militar, se produce durante la Primeira República. La tercera es organizada por George Dumas a solicitud de Julio de Mésquita Filho (Novais, 1994).

Morazé⁹⁹. La elección de Francia no es casual. Desde los años 20, como hemos mencionado, el clima de la elite intelectual paulista está dominado por la tradición comteana-durkheimiana francesa. Ahora bien, entre lo que las *elites* paulistas van a buscar a Francia y lo que llega hay una distancia debida al propio desarrollo heterogéneo de la tradición durkheimiana francesa, así como a las propias transformaciones en las ciencias sociales de la época.

En efecto, en Francia, desde los años 30, la escuela de Durkheim comienza a experimentar cambios intelectuales y políticos. Por una parte, está el proceso de constitución de la etnología como disciplina¹⁰⁰: hay un distanciamiento de las tendencias más filosóficas y se fortalece la investigación empírica y de campo, en contacto con las tradiciones alemana, anglosajona y norteamericana. De todas formas, frente al empirismo y culturalismo representado en la ELSP, la USP se ligará más a una tendencia de estudios estructurales macrosociológicos vinculados a lo más central de la herencia durkheimiana. Pero además, por esos años se produce un acercamiento entre una rama de durkheimianos, en particular Paul Rivet, y la izquierda francesa¹⁰¹. Aunque ninguno de los extranjeros se vincula a la política en Brasil, estos son elementos que contribuyen, no sólo a la diferenciación entre la ELSP y la USP sino al distanciamiento entre los objetivos políticos de la burguesía paulista y la defensa de un proyecto científico autónomo por parte de los profesores formados en la universidad paulista.

Pero también la USP y la ELSP reciben la influencia de la sociología alemana, que comienza a adquirir importancia durante esos años en conexión con la sociología norteamericana. Aquí la figura de Willems y de la revista *Sociologia* es fundamental. En ella aparecen traducciones de los principales sociólogos y etnólogos alemanes del momento: Thurnwald, uno de los más importantes, pero también Weber, Sombart, Tönnies, Simmel y Von Wiese.

⁹⁹ En la elección de los profesores tuvo un papel clave Georges Dumas, filósofo, médico y psicólogo francés, quien tenía contactos con Brasil desde principios de siglo y a quien contacta Teodoro Ramos por encargo de Júlio de Mesquita Filho (Peixoto, 1998).

¹⁰⁰ El *Institut d'Ethnologie* de la Universidad de París, fundado por Mauss, Lévy Bruhl y Paul Rivet, así como la entrada de la Fundación Rockefeller para la financiación de investigaciones en Francia, son considerados un parteaguas en la historia de la disciplina (Peixoto, 1998).

¹⁰¹ Al parecer la cercanía de Lévi-Strauss a Rivet habría provocado la desconfianza de las elites paulistas y, bajo el pretexto de no ser suficientemente durkheimiano como éstas esperaban, no le renuevan el contrato y, en 1938, regresa a Francia (ver en Peixoto, 1998).

A pesar de compartir con Pierson la necesidad de vinculación entre teoría e investigación empírica, Fernandes recuerda que Willems, formado en la teoría social alemana, adopta una perspectiva más ecuménica, un poco más distanciada del empirismo (en Rugai Bastos, 2006). No obstante, será el propio libro de Willems, *Cunha. Tradição e transição em uma comunidade rural do Brasil*, publicado en 1947, la ocasión renovar las diferencias entre la ELSP y la USP. Caio Prado Jr., en su reseña al libro, publicada en la revista *Fundamentos* (del PCB), hace una crítica en la que enfatiza justamente la correlación entre empirismo y conservadorismo político. Aunque la postura de Florestan Fernandes es más matizada, en su polémica sobre las clases sociales con Pierson y Willems (“A análise sociologica das classes sociais”), parece apuntalar la crítica de Caio Prado Jr.

Además de la revista *Sociologia*, otra de las fuentes importantes de difusión del pensamiento sociológico europeo es la colección del Fondo de Cultura Económica dirigida por Medina Echavarría y la colección de Losada dirigida por Francisco Ayala. En un contexto en el que el mercado editorial de las ciencias sociales en Brasil es todavía muy reducido, la afluencia de obras en español resulta fundamental para el proceso de institucionalización de las ciencias sociales. En particular, para la difusión de autores alemanes de reciente auge como Weber y Mannheim¹⁰². En 1950, Willems traduce *Ideología y utopía* de Mannheim que, hasta el momento, es citada y ampliamente en su versión del inglés y el español (realizada por Medina Echavarría para el FCE en 1944).

Una característica importante de esta primera etapa de la constitución de la USP y la ELSP es la visión interdisciplinaria o, más exactamente, no-disciplinaria sobre las ciencias sociales. En toda una primera etapa, no se diferencia claramente sociología y antropología e incluso estas dos con psicología. Hacia 1934 existe en la FFCyL una subsección de Ciencias Sociales organizada en torno a cinco materias obligatorias (Sociología I y II, Economía política, Finanzas e historia de las doctrinas económicas, Derecho político y Estadística). Las cátedras de Sociología I y II se vuelven, en este marco, un amplio paraguas para cobijar las distintas orientaciones disciplinares: sociología, antropología, ciencia política. Por ejemplo, Paul Arbousse-Bastide y Lévi-Strauss, ocupan las cátedras de Sociología I y II respectivamente. Mientras el primero, le imprime una orientación vinculada a la sociología política; el segundo incluye en su programa básicamente temas vinculados a la

¹⁰² Así, por ejemplo, en la bibliografía de la tesis de doctorado de Florestan Fernandes, aparecen citadas numerosas obras de sociología de estas editoriales. Del FCE: Kaufmann, Jaeger, Mannheim, Tönnies, Weber, Echavarría; de Losada: Aron, Freyer, Gurvitch. También aparecen de Espasa-Calpe Argentina: Rickert y Simmel (Fernandes, 1958).

etnología y la antropología: mito, relaciones de parentesco, pueblos primitivos. Roger Bastide por su parte, ingresa a la cátedra de Sociología I en 1938 y combina temas de etnología y psicología, asimismo introduce como exigencia fundamental la lectura de autores brasileños (ensayistas e historiadores), elemento que lo destaca frente a otros profesores extranjeros; y Emilio Willems, primero profesor de Sociología en la ELSP, ingresa a la USP en 1941 como profesor de Antropología y se centra en estudios étnicos y rurales. Recién hacia fines de los 40 es que se definen con más precisión los perfiles disciplinares y, por tanto, la contribución de cada profesor en áreas específicas¹⁰³.

Y es que es importante destacar que, al momento de su llegada, la mayoría de estos profesores no son todavía intelectuales realmente consagrados, tal como se volverían más tarde muchos de ellos (Lévi-Strauss, Braudel, Bastide). Se trata de jóvenes en consolidación de sus propios intereses y perspectivas. Por lo demás, su huella e influencia en la intelectualidad brasileña es muy diferenciada. Hay quienes marcan definitivamente orientaciones duraderas, como es el caso de Roger Bastide, Jean Maugüé o Emilio Willems, mientras otros pasan más inadvertidos.

Aún así, la presencia de todo este grupo de intelectuales ejerce una gran influencia en el perfil que adopta la institución durante varios años. Según Florestan Fernandes esta influencia es menos importante por la transferencia de conocimientos propiamente etnológicos de Europa o Estados Unidos a Brasil que por la comprensión de la naturaleza y los recursos de la etnología y la sociología como disciplina científica en sí misma: en general, los profesores tienen una postura muy abierta respecto de las corrientes teóricas y metodológicas y enfatizan ventajas y límites de cada una, lo que propicia una disposición analítica y crítica muy enriquecedora para los jóvenes en formación. Para nuestro autor, las contribuciones de etnólogos extranjeros encuentran un ambiente intelectual propicio para ser incorporadas de manera crítica por las ambiciones de los propios intelectuales brasileños (1958: 30s).

Swartzman refuerza de alguna manera esta percepción de Fernandes y sostiene:

“Mas que una perspectiva sociológica coherente, los franceses trajeron patrones y supuestos implícitos respecto de la naturaleza del trabajo académico, que fueron siendo

¹⁰³ En la ELSP se otorgan títulos de posgrado diferenciados en Sociología, Antropología y Ciencia Política y hacia 1947 se instituyen oficialmente las especializaciones en las tres disciplinas (Fernandes, 1958).

transmitidos en el contacto del día a día con sus alumnos. Su estilo de trabajo tendía a ser monográfico, basado en investigaciones de campo extensivas y que incorporaban elementos intelectuales de la sociología de Durkheim, del funcionalismo antropológico y de las nuevas contribuciones del psicoanálisis. Sus pocos discípulos brasileños incorporaron esos patrones de trabajo y se prepararon, por primera vez en la historia brasileña, para una vida académica profesional” (Swartzman, 1996).

Martins apunta otra contribución fundamental. Desde su perspectiva, los profesores franceses dejan como herencia una tradición que se caracteriza por una vocación interdisciplinaria a nivel teórico y metodológico; vocación que supone el esfuerzo de comprensión de los nexos visibles e invisibles que tejen la realidad social, dentro una concepción de totalidad de lo social (1998: 14).

Ahora bien, ¿cómo se inserta Florestan Fernandes en este escenario? Desde su ingreso a la universidad, Florestan Fernandes se revela como un estudiante brillante, con una enorme capacidad de trabajo que lo caracterizará durante toda su carrera. Esto lo ubica inmediatamente bajo la égida de los profesores que ejercen el liderazgo de las ciencias sociales paulistas en la década de los 40 y hasta mediados de los 50. Apenas concluida la licenciatura, en 1944, recibe varias ofertas para incorporarse como profesor asistente¹⁰⁴. Decide aceptar el cargo en la cátedra de Sociología II, con Fernando de Azevedo, como hemos visto, uno de los fundadores de la USP y director de la Facultad de Filosofía Ciencias y Letras entre 1941 y 1942. La tesis de maestría, realizada en la Escola Livre de Estudos Superiores y finalizada en 1947, es dirigida por Herbert Baldus, profesor de la cátedra de “Etnología Brasileira” en la ELSP, y responsable de la “sección etnológica” de la revista *Sociologia*, dirigida por Emilio Willems, de quien Fernandes también se hace asistente de investigación. En 1951, Fernandes termina el doctorado, bajo la tutoría de Fernando de Azevedo y ese mismo año se incorpora al Proyecto UNESCO, bajo la dirección (para São Paulo) de Roger Bastide. Finalmente en 1953, Fernandes es designado por este último como su sucesor en la cátedra de Sociología I.

Además de publicar en periódicos paulistas, en esta primera etapa Florestan Fernandes escribe numerosos artículos para las primeras publicaciones especializadas en ciencias sociales. Sin duda la más importante, como hemos señalado, es la revista *Sociologia* creada por Emilio Willems y Romano Barreto en 1939 (hasta 1966). Desde su creación hasta 1948

¹⁰⁴ Le ofrecen ser asistente en tres cátedras Economía, Estadística y Sociología II (en Rugai Bastos, 2006).

Willems incorpora en la revista a colaboradores tanto de la ELSP como de la USP. Aunque una buena parte de la revista la ocupan los trabajos de los profesores destacados (Willems, Baldus, Pierson, Bastide), también se incluyen trabajos de la primera generación de estudiantes. Junto con numerosos artículos y reseñas de Florestan Fernandes encontramos también colaboraciones de Antonio Candido y Gioconda Mussolini. En estos artículos Fernandes expone sus primeros trabajos sobre folclore brasileño, influido sin duda por los maestros etnólogos, pero también sus reflexiones sobre la investigación científica¹⁰⁵. Hacia 1949, cuando la revista queda en manos de Pierson y Nogueira, la presencia de sociólogos de la USP disminuye notablemente y la revista enfatiza la publicación de estudios de comunidades. Sin duda, esto refleja el distanciamiento paulatino entre las dos instituciones.

Otra publicación en la que participa Fernandes y que se coloca desde el principio (1935) como revista especializada en ciencias sociales es la *Revista do Arquivo Municipal*, en la que tiene una presencia fundamental Herbert Baldus. Entre 1944 y 1950, Fernandes publica algunos de sus artículos más importantes de la época (la serie “Os Tapirapé”, “Mário de Andrade e o folclore brasileiro”, “Tiago Marques Aipobureu: um bororo marginal”) así como un gran número de reseñas en las que se comienza a perfilar su concepción de la sociología y su posición frente a otros practicantes de la disciplina.

A partir de 1947, Baldus edita también la *Revista do Museu Paulista* (nova série), que paulatinamente reemplaza a la *Revista do Arquivo Municipal*¹⁰⁶. Con una publicación anual, la revista en realidad se convierte en un espacio de edición de obras íntegras, supliendo la carencia de un mercado editorial para las ciencias sociales. Aquí se publica en 1949 la tesis de maestría de Fernandes *A análise funcionalista da guerra: possibilidades de aplicação à sociedade Tupinambá* y en 1952 la de doctorado *Função social da guerra na sociedade Tupinambá*.

De esta forma, hacia principios de los 50, Fernandes ya tiene ganado un importante prestigio en el ámbito de las ciencias sociales paulistas y está en condiciones de asumir el

¹⁰⁵ Durante estos primeros años, Fernandes publica los siguientes artículos: “Folclore e grupos infantis” (vol. 4, núm. 4, 1942), “Educação e cultural infantil” (vol. 5, núm. 2, 1943), “Aspectos mágicos do folclore paulistano” (vol.6, núm. 2-3, 1944), “O problema do método na investigação científica” (vol. 9, núm. 2, 1947). Asimismo, entre 1944 y 1946, publica reseñas en casi todos los números.

¹⁰⁶ En 1947, Baldus es invitado a dirigir la Sección de Etnología y editar la revista del Museu Paulista por el entonces director del museo, Sérgio Buarque de Holanda.

relevo de la primera generación de profesores. ¿Cuál es el significado de esta primera etapa en su trayectoria?

A nuestro juicio toda esta primera etapa sienta algunas bases fundamentales para el posterior proyecto intelectual de Fernandes. En primer lugar, como herencia del movimiento reformista educativo (Durkheim y Dewey) pero también de los profesores extranjeros, franceses y norteamericanos, llegados a la USP, se afirma fuertemente la posibilidad y necesidad de emprender un abordaje “científico” de los problemas sociales. Esta posición tiene dos vertientes. Por una parte, apuntala la reflexión científica en contraposición a la tradición de ensayo social. Desde las primeras y numerosas reseñas de Florestan Fernandes a las obras más destacadas de sus maestros y colegas¹⁰⁷, es posible rastrear la exigencia de una reflexión forjada a partir de instrumentos analíticos precisos y fundada en datos empíricos, independientemente de la calidad de las interpretaciones generales. Pero también, esta posición implica una definición política en contra del conservadurismo ideológico (católico y militar) que rechaza la ciencia por sus supuestos nexos con el comunismo. Frente a este último, la defensa de la “ciencia de lo social” implica a la apuesta por “un pensamiento radical, comprometido con la comprensión efectiva de la realidad brasilera y orientado por las posibilidades de su transformación” (Jackson, 2007). Si en el primer aspecto se evidencia una distancia respecto de la generación de Buarque de Holanda o Caio Prado Jr., en el segundo aparece una evidente continuidad.

Asimismo, dentro de esta concepción científica del análisis social, Fernandes rechaza las perspectivas de análisis de tipo culturalista que enfatizan las particularidades y rasgos culturales distintivos y únicos de Brasil como factores explicativos. Por el contrario, a partir de la influencia de los profesores franceses y, en parte, de la ideología tanto liberal como marxista, Fernandes perfila en esta época una perspectiva universalista y estructural de análisis de las relaciones sociales, pero sin abandonar la consideración de la especificidad histórica. Esta perspectiva le permite, por ejemplo, develar los problemas de desigualdad social y atraso estructural encubiertos en la preocupación por supuestos rasgos culturales originales. Desde este punto de vista, Fernandes se enfrenta tanto a los estudios de Freyre y Buarque de Holanda como a la línea de etnología representada por sus

¹⁰⁷ Entre las más importantes, encontramos: *Arte e sociedade*, de R. Bastide; *A aculturação dos alemães no Brasil*, de Willems; *Estudos de ecologia humana*, de Pierson; *A mitologia heróica de algumas tribus indígenas*, de Schaden; *Raízes do Brasil*, de Sérgio Buarque de Holanda.

maestros Pierson y Willems. Asimismo, esta posición lo aleja de la sociología de corte nacionalista que se empieza a gestar por la época y que Fernandes asocia al autoritarismo político.

Complementariamente, y a partir de la confluencia entre la teoría social europea y norteamericana que tiene lugar en las nuevas instituciones superiores, se comienza a vislumbrar la existencia de un patrón de trabajo científico específico, según el cual teoría e investigación empírica están indisolublemente ligadas. En este sentido, Fernandes buscará alejarse tanto de los estudios meramente especulativos (en los que incluye a la tradición ensayística) como del empirismo puramente descriptivo (promovido por los estudios de comunidad de la ELSP). Aunque esta “equidistancia” presente al autor más de un problema (mientras que en la época y frente a la orientación de Pierson y de la ELSP, la orientación de Fernandes es considerada como teorista, sus críticos posteriores lo acusarán de empirismo acrítico), es importante resaltar ahora el tipo de proyecto científico que lo anima.

La importancia que adquiere el funcionalismo en los primeros trabajos de Fernandes está en estrecha conexión con esta concepción. En toda esta primera etapa, Fernandes se dedica fundamentalmente al estudio del indio brasilero mediante la exploración del método funcionalista. Estos trabajos están marcados por una perspectiva que vincula estrechamente sociología y antropología, en la tradición de Radcliffe Brown y la antropología/sociología inglesa y francesa. Para Florestan Fernandes, el funcionalismo puede ser utilizado como una herramienta eficaz para el estudio de determinados problemas sociológicos (los que refieren al flujo actual de la vida social) en un nivel empírico.

Ahora bien, como se ha planteado en numerosas ocasiones, ¿cómo es posible conciliar la imagen del militante trotskista con la del investigador funcionalista? A reserva de que desarrollemos este punto en el próximo capítulo, se pueden adelantar dos elementos de respuesta sobre la base de lo apuntado en esta primera etapa de su trayectoria intelectual.

Por una parte, en una perspectiva amplia e integradora sobre los fenómenos sociales, el funcionalismo es considerado una (pero no la única) de las vías posibles de aproximación a la realidad social. En el espíritu que anima la herencia de los profesores de la misión, Fernandes busca sopesar cuál es el aporte específico que este tipo de análisis puede realizar a la explicación sociológica, pero no excluye de ninguna manera otras vías de

aproximación a los problemas sociales a las que Fernandes concederá creciente atención: Marx y Weber. Sin duda, esta concepción puede prestarse a controversias, pero lo cierto es que en el caso de Fernandes se está intentando fundamentar una de las dimensiones del carácter científico de la sociología.

Por otra parte, el funcionalismo es considerado fundamentalmente como una herramienta analítica, un instrumento técnico que, como tal, puede ser utilizado según diferentes concepciones ideológicas (aquí se percibe la influencia de Mannheim). Aunque en el pasado o en el presente el funcionalismo haya estado o esté acompañado de posturas ideológicas conservadoras, esta conexión no constituye un producto inevitable del funcionalismo. Al respecto el propio Florestan Fernandes aclara su posición:

“no se debe perder de vista que algunos científicos sociales (funcionalistas) revelaron inclinación abierta por variantes radicales de la ideología liberal (como se podría ejemplificar con Thurnwald y, principalmente, Malinowski, y que una valoración constructiva del uso científico de ese método no impide la adhesión de los sociólogos ya sea de ideologías compuestas (como el tercer camino liberal-socialista de Mannheim), ya sea de ideología socialista (lo que ocurre con el autor de estas líneas)” (citado por Solari, Franco y Jutkowitz, 1981: 199).

Finalmente, en esta etapa comienza a perfilarse, junto con la reflexión sobre la sociología como disciplina, la reflexión del sociólogo como figura intelectual. En 1944 Fernandes empieza a desempeñarse como profesor asistente e intenta darle un giro a la enseñanza de la teoría y a la manera de entender la teoría en sociología, no como una historia de las ideas, de alta abstracción, sino como instrumento analítico de la investigación empírica (en Rugai Bastos, 2006). En este giro, está implicada una nueva imagen del intelectual como científico profesional. El contrapunto del tipo de sociología promovido por Fernandes son los intelectuales de tiempo parcial, vinculados a otras actividades como la literatura o la abogacía.

Una de las figuras más importantes que impactan el pensamiento de Fernandes en esta época y que engloba mucho de perfil sociológico construido por nuestro autor, es Karl Mannheim. En uno de sus primeros artículos, “A crise da cultura e o liberalismo” (16-03-44), publicado en *Folha da Manhã*, encontramos ya una importante referencia a las obras de este autor. Podríamos decir que la influencia de Mannheim es representativa del tipo de

vinculación que podía establecer Fernandes entre el marxismo militante y la sociología académica. Así lo reconoce el propio Florestan en una entrevista posterior:

“Mannheim, em particular, foi muito importante; ele era chamado, na Almanhã, de um socialista róseo. Sua carreira intelectual na Inglaterra, em termos políticos, fica impreganada de um espiritualismo que o incentiva a passar, da busca de uma conciliação entre socialismo e democracia, à procura de um ‘terceiro caminho’ que implicava um claro retrocesso intelectual e político. De qualquer maneira, porém, através das pistas que ele abre em *Ideologia e utopia*, *Homem e sociedade em uma época de transição* e em outros livros, eu podia ligar os estudantes às grandes correntes da Sociologia classica e ao que se estava fazendo graças á pesquisa empírica na Psicologia Social e na Sociologia moderna, nos Estados Unidos e na Europa. Como todas as limitações que a crítica marxista pode apontar, ele me permitia abrir o caminho para a compreensão dos grandes temas sociológicos do presente, para a crítica do comportamento conservador, para os problemas da Sociologia do Conhecimento e para a natureza ou as conseqüências do planejamento democrático e experimental. Em especial, Mannheim permitia tomar a contribuição de Weber e de vários autores alemães de uma maneira um pouco mais rigorosa e, inclusiva, punha a contribuição de Marx á Sociología dentro de uma escala mais imaginativa e criadora. Não se tratava de ver Marx em termos dos dogmatismos de uma escola política. Marx emergia diretamente de seus textos e do seu impacto teórico na Sociologia. De modo que Mannheim teve uma importancia muito grande para mim nesse período, em que tentava descobrir o meu próprio caminho” (Fernandes en Rugai Bastos, 2006:19).

1954-1964. Sociología científica y transformación social

Este periodo abarca aproximadamente desde 1954, año en que obtiene el cargo de Livre-docente en la Cátedra de Sociología I de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de São Paulo, regida hasta el momento por el profesor Roger Bastide, y 1964, año en que se produce el golpe militar y se comienzan a producir virajes conceptuales en su obra. La unidad de este momento está dada por su papel en la constitución de una “sociología científica” orientada hacia los problemas de desarrollo, que marca el perfil de la disciplina en la USP y en Brasil durante mucho tiempo. Aunque el principal ámbito de actuación es la universidad, también aquí la militancia política, aunque en este caso no partidaria sino universitaria y académica, tiene una presencia importante.

Este segundo momento tiene lugar aproximadamente entre el fin de Vargas, en su segundo gobierno, y la dictadura de 1964. A este periodo, correspondiente a los gobiernos de Kubitschek y Goulart, se lo conoce como el de la “república populista” y está identificado con el momento de auge del desarrollismo, aun cuando éste viene constituyéndose desde principios de la década con el propio Vargas.

Hasta su suicidio en 1954, Vargas es el dirigente más importante de la gran transformación económica y social ocurrida en Brasil desde la década del 20. A través de la intervención estatal, busca conciliar los intereses de los exportadores agrícolas y del naciente sector industrial, al mismo tiempo que, mediante una política redistribuidora, gana al sector obrero y, en menor medida a la clase media, como base de apoyo político. No obstante, esta política enfrenta dos dificultades importantes: la existencia mayoritaria de un sector rural poco tocado por las transformaciones en curso y la formación de una industria liviana que se transforma en importadora, de metales, combustibles, maquinaria, etc., lo que renueva el problema del intercambio (Donghi, 1983: 384s). Ambos elementos, constituyen factores de un gran desequilibrio económico que el desarrollismo intentará enfrentar.

Como vimos, desde fines de los 40 se produce un intenso debate sobre el futuro de la economía brasileña en el que participan liberales, nacionalistas y los jóvenes economistas de la CEPAL. Los liberales, proponen la apertura del país al capitalismo externo así como medidas fiscales y financieras que equilibran la economía pero desestimulan el desarrollo industrial. Entre quienes defienden estas posturas encontramos a Eugênio Gudín y Daniel Carvalho (que reafirman la condición agroexportadora de Brasil) o Octavio Gouveia de Bulhões, Denio Nogueira (que defienden una industrialización subordinada al equilibrio monetario)¹⁰⁸. Frente a éstos se colocan los desarrollistas que promueven la intervención del Estado en la economía y el estímulo a la industrialización como base para el desarrollo. Entre quienes defienden estas posiciones encontramos a los economistas “estructuralistas” de la CEPAL¹⁰⁹ a los que se suman distintas variantes de nacionalismo¹¹⁰.

¹⁰⁸ Estas corrientes se expresaron fundamentalmente en la *Revista Brasileira de Economia* y en *Conjuntura Econômica* (1952).

¹⁰⁹ Las ideas de la CEPAL se difundieron principalmente en la *Revista Econômica Brasileira*.

¹¹⁰ Bielschowsky distingue tres vertientes del desarrollismo en términos de las disputas económicas del periodo: desarrollismo del sector privado; desarrollismo del sector público, no nacionalista (esto es, desarrollo mediante ingreso de capital extranjero, regulado por el estado), representado por Roberto Campos; desarrollismo del sector público nacionalista, donde se encuentran las posiciones nacionalistas más radicales y las cercanas al PCB que sostienen la debilidad del empresariado nacional (citado en Gomes Martins, 2008).

Aunque Vargas, con su gran sagacidad política, logra introducir una fórmula mixta entre política liberal ortodoxa y desarrollista nacionalista, esto no evita las manifestaciones políticas en su contra, especialmente por parte de la UDN, a la que se ha sumado ahora una parte del ejército que ve en su administración una “república sindicalista” demasiado próxima la fórmula soviética¹¹¹. No obstante, el dramático suicidio de Vargas en 1954 parece torcer nuevamente el rumbo los acontecimientos. La alianza PSD-PTB se reafirma y lanza la candidatura de Juscelino Kubitschek y João Goulart para la presidencia y vicepresidencia, fórmula que resulta ganadora en 1955 frente a la UDN. Aunque la alianza apoya mayoritariamente las políticas desarrollistas, un sector del PSD, se identifica con políticas liberales, mientras que el ala de izquierda del PTB, ex comunistas, defienden un nacionalismo radical que impulsa la ruptura de los nexos con el capitalismo imperialista. Estas tensiones logran contenerse durante el gobierno de Kubitschek, no obstante, a partir de 1962, en un nuevo contexto nacional e internacional, se recrudecen y llevarán a una ruptura de la alianza.

Al comienzo de su gobierno, Kubitschek lanza un Plan de Metas para el desarrollo del país que le da enorme popularidad y que, al tiempo que amplía la intervención del Estado en la economía, promueve la apertura al ingreso de capitales extranjeros a Brasil. Kubitschek intenta también (al igual que Vargas) una política conciliatoria. Hace algunas importantes concesiones a los liberales, en particular sobre política cambiaria, que favorece la asociación de industriales brasileños con extranjeros y la instalación de una industria de bienes durables. Sin embargo, en términos generales el nuevo gobierno se orienta por los lineamientos recomendados por la CEPAL y el BNDE que, a grandes rasgos, promueven la profundización de la industrialización por sustitución de importaciones y la intervención estatal en el planeamiento de la economía. Nacionalismo y desarrollo económico constituyen, entonces, los ejes ideológicos más importantes de la época.

Candente en la esfera política, el problema del desarrollo pronto se coloca como un eje central de la agenda intelectual y académica. El liderazgo de Florestan Fernandes en la sociología paulista, a partir de 1954, tiene lugar en el marco de este debate sobre el desarrollo en el que participan múltiples actores e instituciones. La designación de

¹¹¹ Estos sectores militares producen en los últimos años del varguismo algunos intentos golpistas que son bloqueados por Henrique Teixeira Lott, ministro de Guerra. No obstante, cada vez se profundiza la escisión en las Fuerzas Armadas entre militares nacionalistas y liberales golpistas.

Fernandes como sucesor en la cátedra de Sociología I, es entonces un punto de inflexión fundamental, no sólo en la carrera personal de Fernandes, sino en el rumbo que toma la orientación de la sociología a partir del nuevo contexto político del país. Desde esta nueva posición, Fernandes busca desplegar una concepción sociología cuyas notas centrales se han ido definiendo desde el periodo de su formación académica pero que en el nuevo contexto tienen oportunidad de dar frutos.

Hacia principios y mediados de la década de los 50 tienen lugar algunos cambios en las ciencias sociales paulistas. Por un lado, algunos profesores se van definitivamente del país, Emilio Willems (en 1949) y Roger Bastide (en 1954). Por otro, una nueva generación, formada por los profesores extranjeros, accede a los cargos de profesores y asistentes. Sin duda el caso más importante es el de Florestan Fernandes como livre-docente, siendo todavía muy joven (34 años). Asimismo, se produce una afirmación de las orientaciones disciplinares específicas que convivían antes de manera poco diferenciada¹¹². Así, cuando Paul Arbousse-Bastide deja la cátedra de sociología II, toma la cátedra de Política en lo que serán los comienzos de institucionalización de esta disciplina en la USP. A la salida de Willems de la cátedra de Antropología, creada en 1941, Egon Schaden y posteriormente João Batista Borges Pereira toman la posta y enfatizan todavía más la distinción disciplinar con la sociología. Varios de los egresados de las primeras generaciones, toman el rumbo de estas nuevas orientaciones. Es el caso de Gioconda Mussolini, discípula de Willems, que se integra a la cátedra de antropología; Gilda de Mello e Souza, asistente de Roger Bastide, que se integra al área de filosofía, o Lourival Gomes Machado, asistente de Arbousse-Bastide que se orienta hacia la ciencia política. Esta especialización se refuerza a partir de la edición de nuevas publicaciones disciplinares así como de la realización de los primeros congresos nacionales e internacionales¹¹³. Con estos cambios, también la sociología define un perfil más específico. En 1953 tiene lugar el II Congreso Latinoamericano de Sociología y al año siguiente el I Congreso Brasileño de Sociología. Dentro las vertientes existentes, la de Florestan Fernandes conseguirá una notoria preeminencia.

Una vez en la cátedra, Fernandes, influido por la experiencia de trabajo con Donald Pierson en la ELSP, forma un consistente equipo de investigación con jóvenes egresados, a los que orienta en su formación de posgrado e integra a sus proyectos académicos. Aunque

¹¹² Estos cambios, introducidos hacia 1941, se vinculan a las disposiciones generales establecidas para la homogeneización de la estructura de Educación Superior por el Estado Novo.

¹¹³ También en estos años se crea la Sociedade Brasileira de Antropologia e Etnologia y se realizan de la I y II Reunião Brasileira de Antropología.

los más destacados son Fernando H. Cardoso y Octavio Ianni, el grupo cuenta con otras importantes figuras como Marialice Forachi y Maria Sylvia de Carvalho Franco, Luiz Pereira. Este grupo pronto gana fama como “escuela paulista de sociología”, denominación poco cara a Fernandes pero utilizada desde entonces como un sello distintivo¹¹⁴. A pesar de las dificultades institucionales y financieras durante toda una primera etapa, este grupo produce un obra notable que consolida el prestigio de la sociología paulista por muchos años¹¹⁵.

A lo largo de casi década y media, varios temas ocupan la atención del equipo liderado por Fernandes. Durante una primera época, la cuestión racial tiene un lugar privilegiado. Fernandes, por recomendación de Roger Bastide, es incorporado al proyecto UNESCO que viene desarrollándose desde fines de los 40, y que incluye progresivamente a investigadores locales y nuevas áreas de estudio¹¹⁶. Ambos escriben, en 1955, *Relações raciais entre negros e brancos em São Paulo* (São Paulo, Anhembi)¹¹⁷. Por iniciativa de Florestan Fernandes F. H. Cardoso y O. Ianni emprenden, en la línea del proyecto UNESCO, una investigación sobre el sur de Brasil, cuyos resultados aparecen en *Cor e mobilidade social em Florianópolis*¹¹⁸. Rápidamente las investigaciones del grupo de Fernandes definen una perspectiva particular. Se alejan de la visión culturalista y psicologista que prevalece en muchos colaboradores del primer proyecto y proponen

¹¹⁴ En numerosas ocasiones Fernandes manifiesta su rechazo a esta denominación así como la atribución de su liderazgo debido a que con ello se corría el riesgo de presuponer una falta de libertad que asegurase una producción científica autónoma y creativa. No obstante el reconocimiento de la variedad de temas y problemas abordados por los distintos “miembros” del grupo, Martins asegura que existe un importante argumento que justifica la denominación: “Es una escuela que se define por la construcción de una perspectiva sociológica enraizada en las singularidades históricas, sociales y culturales de la sociedad brasileira; en contrapunto, por tanto, una perspectiva crítica en relación con las orientaciones interpretativas producidas en los países dominantes, cuya realidad sociológica es en gran medida otra” (Martins, 1998: 18).

¹¹⁵ Es interesante destacar que a pesar de este papel fundacional y los años dedicados a la institución el profesor Fernandes nunca tuvo su propia sala de trabajo en la USP. Compartía una con dos funcionarias administrativas. Asimismo, sus asistentes tuvieron que trabajar durante el gobierno estadual de Jânio Quadros sin remuneración.

¹¹⁶ El proyecto se desarrolla por iniciativa primero de Arthur Ramos, profesor de antropología en Rio de Janeiro y, hacia 1949 director del departamento de ciencia Sociales de la UNESCO, y luego bajo la dirección de Alfred Metraux y Ruy Cohelo. Aunque en principio el estudio está contemplado sólo en la ciudad de Bahía, poco a poco se van incorporando nuevas zonas de estudio (la ciudad de Salvador, Rio de Janeiro, São Paulo, Recife) y nuevos investigadores (Charles Wagley, Thales de Azevedo, Luiz de Aguiar Costa Pinto, Roger Bastide, Florestan Fernandes). Para una descripción de los orígenes del proyecto UNESCO, ver Marcos Chor Maio (1999).

¹¹⁷ En 1959 es reeditado como *Negros e brancos em São Paulo* (Companhia Editora Nacional).

¹¹⁸ La investigación se realiza en 1955 y el trabajo se termina en 1957 y en 1960 aparece publicado. De esta investigación surgen las tesis de maestría de Fernando H. Cardoso y Octavio Ianni defendidas en 1957.

estudiar el problema desde el enfoque de la formación histórico-social brasileira¹¹⁹. Estas investigaciones sobre el problema racial tienen una doble importancia. A través de ellas, Fernandes establece una diferencia en la perspectiva de abordaje con la que pretende legitimar su posición frente a otras orientaciones sobre el tema (recordemos que se trata de un problema clave del pensamiento brasileño desde el siglo XX). De alguna manera intenta demostrar el tipo de resultados que puede ofrecer su perspectiva científica; perspectiva que presenta grandes coincidencias con el patrón internacional de ciencias sociales que se viene gestando por esos años, entre otros, por los propios organismos de Naciones Unidas. De modo complementario, estos estudios sobre la cuestión racial están atravesados ya por los problemas de la modernización abordado, bajo la problemática general del cambio social, en otros escritos.

Hacia fines de los 50 y comienzos de los 60, los estudios del grupo se enfocan cada vez más hacia el problema de desarrollo del capitalismo y la formación de clases sociales en Brasil. En 1961 se crea el Centro de Estudios de Sociología Industrial y del Trabajo (CESIT). Desde aquí Fernandes y su equipo impulsan dos proyectos: “A empresa industrial em São Paulo” y “Economia e sociedade no Brasil: análise sociológica do subdesenvolvimento”. Dentro del centro cada miembro se dedica a un aspecto particular: F.H. Cardoso, al estudio del empresariado; Ianni a la crítica del Estado desarrollista; Luiz Pereira, a la calificación de los obreros industriales y el propio Fernandes, junto con Paul Singer, a los aspectos específicos del crecimiento económico¹²⁰. Fernando H. Cardoso juega un papel fundamental en la captación de recursos para el financiamiento de los proyectos por parte de la Fundación de Apoyo a la Investigación del Estado de São Paulo (FAPESP) y la Confederación Nacional de las Industrias (CNI).

Junto con estos temas y estrechamente vinculado a ellos, durante estos años Fernandes produce una cantidad importante de textos sobre la sociología como ciencia. Como hemos señalado, su perspectiva se comienza a definir en la década anterior, no obstante es en este

¹¹⁹ Además de las obras publicadas junto con Roger Bastide, los escritos más importantes sobre la cuestión racial en Florestan Fernandes son: *A integração do negro na sociedade de classes* (Rio de Janeiro, MEC, 1964) y *O negro no mundo dos brancos* (São Paulo, DIFEL, 1972). Asimismo, podemos incorporar como parte de esta preocupación, sus escritos sobre folklore en los que intenta localizar el preconcepto racial. A esta inquietud pertenecen *Folclore e mudança social na cidade de São Paulo* (São Paulo, Anhembi, 1961) y algunos artículos incluidos en *Mudanças sociais no Brasil* (São Paulo, DIFEL, 1960).

¹²⁰ Desde 1962 el CESIT recibió apoyo del gobernador Carvalho Pinto, lo que permitió ampliar el número de investigadores y la captación de recursos financieros. Por su parte, el gobierno de Carvalho Pinto también se benefició de este contacto estrecho con la universidad mediante el cual pudo legitimar su Plan de Acción, en un contexto de pleno desarrollismo.

momento que el tema se desarrolla plenamente. A nuestro juicio, no se trata de un tema más en su producción, sino que tiene un papel estratégico en la perspectiva intelectual y política de Fernandes sobre el problema del desarrollo. Es desde de una toma de partido en el debate sobre el desarrollo y la modernización que su perspectiva de la sociología como ciencia cobra sentido. Sus escritos sobre esta cuestión son numerosos y abarcan una gran cantidad de aspectos: históricos, teóricos, metodológicos, políticos¹²¹. En este sentido, Solari, Franco y Jutkowiz han señalado que “de todos los sociólogos latinoamericanos es por ello el que ha estado más cerca y estaría quizás en mejores condiciones de escribir un tratado de sociología” (1976).

Como mencionamos, se trata de una perspectiva que concibe a la sociología como una ciencia, esto es, un conocimiento riguroso y sistemático, con pretensiones de universalidad, que avanza (es acumulativo) a través la interrelación constante entre teoría e investigación empírica. Este tipo de ciencia social es el fundamento para la posibilidad de intervención racional en la realidad social con vistas a la solución de problemas y su transformación, esto es, la planificación. Más que en la homogeneidad temática –que de todas formas podríamos argumentar que existe, bajo el gran paraguas del desarrollo y la modernización– es en torno a este tipo de abordaje que se consolida el grupo de Fernandes.

Frente a la preeminencia que adquiere la orientación científica de Fernandes, otras vertientes de la sociología existentes quedan eclipsadas. En esta situación encontramos la línea de “estudios de comunidad” y de sociología de la cultura que, orientada hacia la psicología, es cultivada por Oracy Nogueira en la ELSP, así como la heredada por Roger Bastide en la USP. La asistente y principal discípula de este último, Maria Isaura Pereira de Queiroz, pasa en 1954 como asistente a la cátedra de Sociología II, a cargo de Fernando de Azevedo. A diferencia de lo que ocurre en Sociología I, en esta cátedra se encuentran orientaciones más diversas entre sus integrantes: Fernando de Azevedo, Antonio Candido

¹²¹ Durante la época que nos ocupa los escritos más importantes sobre el tema aparecen compilados en las siguientes obras: *Ensaio sobre o método de interpretação funcionalista na sociologia* (São Paulo, Edusp, 1953); *A etnologia e a sociologia no Brasil* (São Paulo, Anhambi, 1958); *Fundamentos empíricos da explicação sociológica* (São Paulo, Nacional, 1967); *Ensaio de sociologia geral e aplicada* (São Paulo, Pioneira, 1959); *A sociologia numa era de revolução social* (São Paulo, Companhia Editora Nacional, 1963). Ya en los años posteriores a su partida de la USP, Fernandes continúa la reflexión en los siguientes libros: *Elementos de sociologia teórica* (São Paulo, Companhia Editora Nacional, 1970); *A sociologia no Brasil: contribuição para o estudo de sua formação e desenvolvimento* (Petrópolis, Vozes, 1977); *A investigação etnológica no Brasil e outros ensaios* (Petrópolis, Vozes, 1975); *A condição de sociólogo* (São Paulo, Hucitec, 1978); *A natureza sociológica da sociologia* (São Paulo, Atica, 1980).

(que permanece como asistente en la cátedra hasta 1958¹²²), Azis Simão, Ruy Coelho y la propia Maria Isaura. Los temas que preocupan a este grupo son más heterogéneos: estudios de educación y cultura, movimientos mesiánicos, sociología rural y urbana y sociología electoral, industrial y del trabajo. Además de mayor diversidad temática, en esta cátedra encontramos concepciones distintas sobre la enseñanza, la investigación y la sociología como disciplina; en general concepciones que más cercanas a las humanidades. Así, por ejemplo, Antonio Candido, amigo muy cercano de Fernandes, representa un tipo de sociología más abierto a la literatura y por lo tanto más afín al ensayismo, estilo que también comparte Maria Isaura Pereira de Queiroz, como buena discípula de Bastide, más sensible a las relaciones entre sociología y arte.

Tal como ha observado Carlos Jackson, las revistas y periódicos en que publican estos personajes se convierten en caja de resonancia de los debates intelectuales de la sociología paulista en la época. Ya hemos mencionado que, desde la etapa de formación universitaria, Fernandes escribe profusamente para la mayoría de publicaciones especializadas de São Paulo. A diferencia de sus maestros extranjeros, Fernandes y su grupo no crean ni dirigen ninguna revista sino que su estrategia consistirá en intervenir activamente con su posición, generando el debate, en la mayoría de las ya existentes (Jackson, 2004). Un espacio particular donde esta estrategia tiene lugar es de las reseñas. Ya desde la etapa anterior, Fernandes despliega gran audacia intelectual al realizar comentarios críticos a las obras prominentes publicadas en la época¹²³. En esta nueva etapa, también sus discípulos se incluyen en la misma dirección.

Además de las mencionadas en el apartado anterior (*Sociologia, Revista do Arquivo Municipal, Revista do Museu Paulista*), en esta etapa se suman nuevas publicaciones: *Revista de Antropologia, Anhembi* y *Revista Brasiliense*. La primera, creada por Egon Schaden en 1953, publica fundamentalmente textos de la USP, marcando una distancia

¹²² Antonio Candido publica en 1959 su principal obra *Formação de la literatura brasileira*, con la cual legitima su transferencia institucional a la Facultad de Letras, donde se incorpora en 1960 a la cátedra de Teoría Literaria y Literatura Comparada.

¹²³ Es llamativa por ejemplo su crítica a la segunda edición libro *Raízes do Brasil*, de Sérgio Buarque de Holanda, director del Museu Paulista en cuya revista publica Fernandes, gracias a la intermediación de su orientador Herbert Baldus. Sobre la obra de Sérgio Buarque de Holanda, escribe Fernandes: “Toda tentativa de pntese é empolgante e fecunda; mas os riscos São tanto maiores quanto mais inconsistente se revela a base Emp.rica e analítica sobre a qual se constrói (...) Observa-se, igualmente, uma ênfase excessiva nos aspectos da cultura. Isso traduz, provavelmente, a influência da abundante literatura etnológica conhecida pelo autor. Mas, tem vários inconvenientes, já que leva a subestimar os efeitos e determinações da organização social” (Fernandes, en *Revista do Arquivo Municipal*, 1949).

importante con la producción de la ELSP. En este sentido, por ejemplo, encontramos duras críticas a los estudios de comunidades, cuyos principios expresara Oracy Nogueira en artículo anterior, por parte de Octavio Ianni (“Estudos de comunidades e conhecimento científico”) y Maria Sylvia de Carvalho Franco (“O estudo sociológico de comunidades”). Por lo demás, la revista incluye colaboraciones de ambas cátedras de sociología. Así, aparecen varios estudios realizados por Antonio Candido y Maria Isaura Pereira de Queiroz, así como de Gioconda Mussolini¹²⁴.

Las otras dos publicaciones, de carácter político-cultural, son editadas por Paulo Duarte (*Anhembi*, 1950-1962) y Caio Prado Jr. (*Revista Brasiliense*, 1955-1964). En ambas, Fernandes y su equipo tienen una presencia destacada, a pesar de que se trata de proyectos política e ideológicamente divergentes. Precisamente por su carácter político-cultural estas revistas permiten llevar la posición de Fernandes más allá del ámbito estrictamente académico.

La primera, vinculada a la tradición liberal, representa un proyecto cultural para las elites dirigentes ilustradas. Además de la revista, *Anhembi* edita algunos libros importantes de ciencias sociales. Fernandes se incorpora a ella a través de Roger Bastide, colaborador y amigo personal de Duarte (uno de los allegados a la fundación de la USP). Aquí, encontramos varias críticas del grupo de Fernandes a distintas obras (Cardoso a Richard Morse, Foracchi a Gurvitch y Ianni a G. Freyre o Pereira de Queiroz) con un argumento recurrente: falta de rigor metodológico, falta de consistencia entre fundamentos teóricos y pruebas empíricas. Así, por ejemplo, en la reseña a la tesis de Gilda de Mello e Souza (*A moda no século XIX: ensaio de sociologia estética*), orientada por Roger Bastide, después de algunas líneas elogiosas, Fernandes sostiene:

“Poder-se-ia lamentar, porém, a exploração abusiva da liberdade de expressão (a qual nao se coaduna com a natureza de um ensaio sociológico) e a falta de fundamentação empírica de algumas das explanações mais sugestivas e importantes” (en *Anhembi*, 1951).

Otro pasaje ejemplar lo encontramos en la crítica de Octavio Ianni a *Sociologia, introdução ao estudo de seus princípios*, de G. Freyre:

¹²⁴ Durante los años 50 es la única publicación de ciencias sociales de la FFCyL de la USP, lo que genera cierto eclecticismo en los contenidos y orientaciones (Jackson, 2004).

“Em diversas passagens verifica-se certa confusão entre o tipo de abstração que realiza o artista e aquela efetuada pelo cientista. Não é outro o significado das afirmações entusiásticas do autor a propósito de Proust” (en *Anhembi*, 1958).

La revista de Caio Prado Jr., por su parte, expresa la posición de una fracción crítica del PCB contra las concepciones dominantes en el partido. En el marco de esta disputa se inserta la intención de incluir en el debate político interpretaciones sociológicas, no exclusivamente marxistas, del proceso de formación de la sociedad brasileña, preocupación central de Caio Prado Jr., muy afín a los análisis científicos que produce el equipo de la cátedra de Sociología I. Complementariamente, la *Revista Brasiliense* constituye el espacio privilegiado para la expresión de la posición política e intelectual del grupo; posición que se manifiesta desde el primer artículo que escribe Fernandes para la revista “*Ciência e sociedade na evolução social do Brasil*”, posteriormente incluido en el libro *A etnologia e a sociologia no Brasil*:

“Dada a vinculação do pensamento racional e da ciência como o desenvolvimento das grandes cidades e com a expansão de suas funções metropolitanas, é de supor-se que a ciência encontra, na sociedade brasileira atual, condições estruturais e institucionais que permitirão a sua utilização como uma forma de consciência, de explicação e de solução dos múltiplos problemas com que o homem se defronta em um país tropical e subdesenvolvido” (186).

Carlos Jackson sugiere que mientras la identificación con *Anhembi* está dada por la creencia común en la racionalidad científica general y en el mutuo interés por el prestigio académico; con la *Revista Brasiliense*, existe una afinidad dada fundamentalmente por la orientación ideológica de su línea editorial (2004).

Algo similar sucede con la participación de Fernandes en dos publicaciones de la Universidad de Minas Gerais, otro centro importante de educación superior¹²⁵. La *Revista Brasileira de Estudos Políticos*, editada por la Facultad de Derecho, en la que Fernandes comparte el espacio de manera más equilibrada con la cátedra de sociología II; y la *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, editada por la Facultad de Ciencias Económicas, dedicada al problema del desarrollo y en la que la presencia de Fernandes y su equipo es central.

¹²⁵ De esta universidad provienen algunos de los más destacados autores de la teoría de la dependencia: Vania Bambirra y Theotonio Dos Santos.

Ahora bien, las diferencias a través de las cuales se construye la perspectiva de Florestan Fernandes no son sólo académicas, temáticas o de enfoque, sino también -y tal vez fundamentalmente- políticas, en la mayoría de los casos entrelazadas con las académicas. Como hemos señalado en el apartado anterior, para Fernandes el enfoque científico está estrechamente vinculado a una lucha contra el pensamiento conservador oligárquico. En este sentido, a pesar de las diferencias que puedan señalarse con el grupo de Sociologia II, éstas están más restringidas a aspectos de forma ya que existen entre ambos grupos afinidades ideológicas más de fondo. El caso más emblemático en este sentido es el de Antonio Candido. Aunque en varios sentidos éste parece constituir un caso opuesto al de Fernandes, las diferencias quedan en un segundo plano cuando se evidencian objetivos políticos afines. Así, por ejemplo, Antonio Candido, defiende la fecundidad que el ensayismo, con su libertad de expresión, puede tener para el análisis sociológico¹²⁶ y, complementariamente, apunta los problemas de la obsesión por la científicidad¹²⁷. No obstante, al referirse a posicionamientos políticos sostiene:

“A importância da Sociologia e Política e da Faculdade foi deslocar a sociologia brasileira das classes dominantes para as classes dominadas. Os grandes nomes da sociologia brasileira eram Gilberto Freyre e Oliveira Vianna, que estudavam as classes dominantes, na perspectiva da história. A realidade imediata do Brasil contemporâneo foi estudada pela Escola de Sociologia e pela Faculdade em suas camadas humildes: Samuel Lowrie estudou os caiçaras; eu estudei o peceiro rural; Egon Schaden, o índio destribalizado; Florestan, o negro. Por assim dizer, nós radicalizamos a sociologia brasileira” (en Entrevista a Jackson, 2002)¹²⁸.

¹²⁶ En “A sociologia no Brasil” (1957), Candido sostiene la existencia de un enriquecedor “sincretismo”, característico de la evolución cultural brasileña, en el que el abordaje científico puede ser estimulado por la intuición y la creatividad del investigador (citado en Jackson, 2007b).

¹²⁷ En una crítica a *Organização social dos Tupinambá*, publicada en la *Revista do Museu Paulista*, Candido sostiene: “Sendo o de menor interesse sociológico [o capítulo 1 do livro], talvez seja, não obstante, o que melhor ilustra as qualidades e as lacunas do autor: de um lado, a capacidade de percorrer incansavelmente os dados disponíveis, virando-os e revirando-os até a exaustão das suas possibilidades informativas; de outro a insistência em aspectos porventura demasiados, que não contribuindo para uma conclusão segura, parecem utilizados mais como demonstração de força” (...) “diríamos que o defeito capital do trabalho é a acentuada prolixidade de algumas partes e, aqui e ali, certo abuso de casuística. Nota-se ainda relativo descuido de expressão, que desejaríamos mais apurada num livro, que, como este, está destinado a carreira longa e brilhante” (*Revista do Museu Paulista*, nova série, III, 1949).

¹²⁸ Antonio Candido y su grupo de *Clima*, se aglutinan en el *Suplemento Literário* del periódico *O Estado de São Paulo*. Si bien aquí también participan los sociólogos paulistas, lo hacen fundamentalmente bajo la modalidad de reseñas. Sólo Florestan Fernandes y Egon Schaden participan activamente con artículos (Jackson, 2004).

En el aspecto político (además de la brecha abierta con la ELSP¹²⁹) la confrontación más importante de la sociología propuesta por Fernandes y su equipo se da, en esta segunda etapa, con el pensamiento social y político elaborado en Rio de Janeiro en el contexto del auge del nacionalismo y el desarrollismo. El blanco de ataque más específico del grupo de Fernandes será la producción del Instituto Superior de Estudios Brasileños y el objeto de la controversia girará en torno a las relaciones entre sociología y desarrollo.

Como hemos señalado, las ciencias sociales en Rio de Janeiro, expuestas a un mayor involucramiento en los conflictos ideológicos y políticos del varguismo, sufren una mayor dispersión. En 1958 se crea en la Facultad Nacional de Filosofía el Instituto de Ciencias Sociales, dirigido por Victor Nunes Leal, y posteriormente se edita la *Revista de Ciências Sociais*, de corta duración, pero de relevancia para el debate (1960-1964). Como señalamos ya, en esta facultad, la cátedra de sociología queda desde 1947 en manos de Luiz de Aguiar Costa Pinto, luego de una contienda por la misma con Alberto Guerreiro Ramos¹³⁰. A pesar de algunas diferencias de perspectiva y puntos de interés (Costa Pinto, por ejemplo, está particularmente interesado por la cuestión rural), su sociología tiene en común con Florestan Fernandes la preocupación por el problema del desarrollo en una perspectiva científica y universalista.

No obstante, estos espacios de la sociología en la Universidad conviven en Rio con una multiplicidad de organismos, creados sobre todo a partir de 1955 por iniciativa política, dedicados a la investigación y a la elaboración de propuestas de desarrollo. Entre los más desatacados encontramos: Instituto Brasileño de Derecho Público y Ciencia Política, fundado por Temístocles Cavalcanti, vinculado a la Fundación Getulio Vargas; el Instituto Superior de Estudios Brasileños (ISEB), heredero del Instituto Brasileño de Estudios Políticos (IBESP-1953); el Centro Brasileño de Investigaciones Educativas (CBPE), creado por el INEP/MEC, bajo la dirección de Anísio Teixeira y cuyo coordinador de investigaciones es Darcy Ribeiro; el Centro Latino-Americano de Pesquisas em Ciências

¹²⁹ Aquí también habría que matizar ya que Oracy Nogueira, a pesar de su apego a la perspectiva empirista norteamericana, también es un militante de izquierda. Este compromiso político le impidió el ingreso a Estados Unidos, donde había iniciado su doctorado, gracias a un convenio con la Universidad de Chicago, en 1945 (Jackson, 2007a).

¹³⁰ Guerreiro Ramos no pudo ingresar a la cátedra de sociología ni a la de ciencia política, a las que se incorporaron Costa Pinto y Vitor Nunes Leal respectivamente. Según la percepción del propio Ramos, en el nuevo contexto de posguerra, su pasado integralista obstaculizó su carrera académica. En cambio consiguió incorporarse como asistente técnico en el Departamento de Administração do Serviço Público (DASP) (Chor Maio, 1997).

Sociais, proyecto gemelo de FLACSO, creado en 1957 por la UNESCO, su *Boletim* y su revista *América Latina* en los que juega un papel fundamental Luiz de Aguiar Costa Pinto vinculando las ciencias sociales brasileñas con la región; finalmente, la Pontificia Universidad Católica (PUC-RJ) cobijada por Alceu Amoroso Lima.

Por supuesto, aunque con sede en Chile, la CEPAL y su producción encuentra a lo largo de los años 50 un amplio eco en los intelectuales brasileños y constituye un punto de referencia central en el debate. Esta influencia encuentra un punto de máximo interés cuando, hacia finales de la década, el organismo desplaza y amplía su atención hacia una visión global, más social y menos economicista del desarrollo, impulsando el encuentro con sociólogos, politólogos e historiadores.

Aunque en todos estos centros se producen importantes trabajos vinculados con el problema del desarrollo, sin duda el más representativo de todos y frente al cual se posiciona la sociología de Fernandes es el ISEB. Este organismo juega un papel central en la elaboración ideológica del gobierno de Kubitschek, al punto que es considerado el símbolo del nacional-desarrollismo. Se trata de una iniciativa político-intelectual que pretende funcionar como un fermento de ideas para la construcción de un proyecto de desarrollo económico, político y social nacional. Entre sus miembros se encuentran personajes del integralismo como Roland Corbisier, Álvaro Vieira Pinto y Guerreiro Ramos; miembros del PC como Nelson Werneck Sodré, así como personajes del grupo de Itatiaia como Hélio Jaguaribe, unidos ahora por el programa nacional-desarrollista¹³¹. Esta heterogeneidad de sus integrantes provocará conflictos internos, no obstante, paulatinamente, hacia los años 60, el Instituto se va identificando en su conjunto con un nacionalismo de izquierda.

La doctrina isebiana parte de una crítica a la dependencia económica internacional y a la consiguiente “alienación” social y política de la nación. Este concepto, así como otros frecuentes dentro del ISEB, como “autoconciencia” “heteronomía” o “autenticidad” provienen sin duda de las influencias fenomenológicas y sartreanas dentro del grupo. Desde esta perspectiva, el concepto de alienación se desplaza del terreno de las contradicciones sociales al de la nación, relegando los conflictos entre fuerzas sociales y

¹³¹ El ISEB tiene como antecedentes dos organismos; el llamado Grupo de Itatiaia, formado al calor de la lucha por la nacionalización del petróleo y que se congrega en el IBESP, liderado por Hélio Jaguaribe, cuyo objetivo era asesorar al gobierno en políticas de desarrollo, y la Liga de Emancipação Nacional, integrada por comunistas nacionalistas, cerrada por el propio Kubitschek.

promoviendo una visión según la cual es posible y necesaria una alianza entre obreros y burguesía nacional, contra el capitalismo imperialista. De esta manera, a través de la acción de un Estado fuerte e interventor, expresión de esta alianza de clases, se proponen superar el subdesarrollo, aumentar la productividad y propiciar la participación social y la realización del bien común.

Un elemento importante, que marca los límites de este proyecto (y su posterior ruptura interna) es que, aunque la crítica se dirige al capital extranjero no se cuestiona al capitalismo como sistema en sí mismo. Por el contrario, se acepta el capital que se afirma en el país como fuente de desarrollo. Esto hace posible que, a pesar del encendido nacionalismo del discurso, una parte importante del grupo no cuestione la apertura hacia el capital extranjero y norteamericano en particular producida a partir del gobierno de Kubitschek¹³². Aún así, es importante destacar que el ISEB en general representa un nacionalismo de corte popular frente a la Escola Superior de Guerra, institución también influyente en el gobierno de Kubitschek, gran antagonista del ISEB, y que representa un nacionalismo más elitista, preocupado por cuestiones de seguridad nacional, influido por militares norteamericanos¹³³.

Una de las publicaciones más representativas de ISEB durante una primer etapa es la revista *Cadernos de Nosso Tempo*, editada de 1953 (como herencia del IBESP) a 1956. De gran repercusión, en ella se exponen problemas de planificación económico social y racionalización del Estado. Más tarde, cuando se afirma el giro a la izquierda, algunos de los miembros ISEB también participan en la iniciativa *Cadernos do Povo Brasileiro* que, con un lenguaje accesible, busca llevar el debate de ideas sobre el desarrollo al pueblo. En estas dos publicaciones pueden identificarse algunas de las divergencias internas del instituto sobre aspectos como el carácter de la revolución brasileña (burguesa o socialista), la posición frente a la entrada de capitales extranjeros, la cuestión de la nación y las clases sociales.

¹³² Mientras Roland Corbisier y Guerreiro Ramos asumen posturas cada vez más radicales, y rechazan la participación de capital extranjero en la economía nacional, Jaguaribe plantea que, disciplinado, aquel podía contribuir al desarrollo nacional. Hacia 1958, a propósito de la publicación del libro de Jaguaribe *O nacionalismo na atualidade brasileira* (donde defiende un “nacionalismo de fines” por oposición a un “nacionalismo de medios”, esta disputa termina con la salida de Ramos (en 1958) y Jaguaribe (en 1959) del ISEB.

¹³³ Grin Debert (1998) señala que, en términos de la política internacional, mientras el ISEB está más influido por la cuestión Norte/Sur, esto es, del ideario tercermundista, la ESG está más preocupada por el conflicto Este/Oeste y el alineamiento frente a la Guerra fría.

El ideario nacionalista irradiado desde el ISEB es compartido, en mayor o menor medida, por diversas organizaciones. Una de las más significativas es el PCB que coincide en líneas generales con esta perspectiva, en el marco de la política etapista de fomento a la “revolución burguesa” y apoyo a los movimientos nacionales y populares defendida desde el fin de la guerra. Durante los años 50 y sacando provecho del legado varguista, el PCB vive un momento de auge debido a su importante papel en la campaña por la nacionalización del petróleo, luego en el movimiento por las reformas de base¹³⁴ y, en general, en la promoción de una amplia coalición nacionalista. En 1958, en el contexto de transformaciones internas en el partido, se edita la *Revista de Estudos Sociais*, con un perfil más teórico que enfatiza el análisis de la realidad brasileña.

Esta especie de amplio programa nacionalista nuclea poco a poco a otros sectores de la sociedad brasileña. Así, encontramos, por ejemplo, los Centros de Cultura Popular, creados a inicios de los 60, donde intelectuales y artistas se encuentran con el pueblo, a través de un mutuo adoctrinamiento de carácter pedagógico. Desde aquí surgen los mencionados *Cuadernos do Povo*. La cultura es vista como un espacio privilegiado para el impulso a una transformación pacífica. También desde los grupos católicos se producen estos acercamientos al pueblo; aparecen el Movimiento de Cultura Popular (MCP), impulsado por Paulo Freire y el Movimiento de Educación de Base (MEB), lanzado por la Juventud Católica y la Acción Católica. Otro de los proyectos culturales que se suma es el Teatro Experimental do Negro (TEN), creado en 1944 por Abdias do Nascimento que tiene como objetivo la reafirmación identitaria del negro en Brasil¹³⁵.

A este movimiento se liga Alberto Guerreiro Ramos, mulato bahiano, de origen humilde, y representante más destacado del nacionalismo dentro del pensamiento sociológico. Miembro del ISEB, de joven simpatiza con el integralismo. Influida por corrientes existencialistas y fenomenológicas, propugna por una ciencia comprometida, participante pero no marxista, como base para una ideología nacional. Rechaza tanto la ortodoxia

¹³⁴ El movimiento por las reformas de base comienza hacia fines de los 50 como parte de una ola de presión por cambios estructurales en distintos ámbitos (reforma agraria, en primer lugar, pero también reforma educacional, política, económica) en favor de los trabajadores. Impulsado por distintos sectores de la sociedad civil y en particular por la izquierda, João Goulart lo asume como programa para su gobierno. Los productos más importantes de este movimiento de reformas fueron el Estatuto del Trabajador Rural, que garantizaba derechos laborales y sindicales a los trabajadores rurales, y la ley 4131 que restringía el lucro a las empresas multinacionales.

¹³⁵ En 1950 el TEN promovió el 1er. Congresso do Negro Brasileiro que, por intermedio de Roger Bastide, se incorporó a las discusiones sobre el proyecto UNESCO. En 1955 organizó la Semana do Negro y editó el periódico *Quilombo*.

marxista como lo que considera una sociología universitaria, acrítica, aséptica que promueve una concepción alienada de la realidad nacional, a través de un universalismo abstracto que encubre las particularidades de la estructura social brasilera y su específica temporalidad. Califica este transplante irreflexivo de ideas extranjeras como una “sociología enlatada” o “importada”. En la historia del pensamiento social brasileño Ramos distingue entre una vertiente crítica que representa un esfuerzo de creación y descolonización (Silvio Romero, Euclides da Cunha, Alberto Torres, Oliveira Vianna) y una vertiente alienada, que constituye una simple glosa de la producción cultural de los centros extranjeros (Tobías Barreto, Pontes de Miranda, Tristão de Ataíde, Mário Lins). Con esta última vertiente Ramos identifica a Roger Bastide, Florestan Fernandes o Luiz de Aguiar Costa Pinto, estableciendo así la polémica con los sociólogos más importantes del momento. Asimismo, Ramos distingue entre “ciencia en hábito” (de oficio, profesional, especializada) y “ciencia en acto” (comprometida, participante, transformadora). En suma, Ramos plantea la necesidad de una sociología auténtica, enraizada en las peculiaridades del país, que contribuya al proceso de autoconciencia y emancipación nacional en curso.

Su obra más importante es *Redução sociologica*, publicada en 1958 por el ISEB. El título, que alude al conocido método fenomenológico de Husserl, indica el tipo de actitud que el autor plantea debe prevalecer en el sociólogo. Se trata de una desnaturalización de las percepciones inmediatas y una autorreflexión sociológica que permita modificar objetivos y métodos en virtud de las particularidades de la estructura social a la cual la reflexión sociológica está vinculada, en procura de un conocimiento auténtico.

Entre Ramos y Fernandes se establece una importante controversia que tiene por objeto central la cuestión de la particularidad o universalidad del conocimiento producido en Brasil, cuestión que repercute tanto en los abordajes metodológicos como en las interpretaciones sobre la realidad brasileña y en los proyectos de transformación planteados por cada uno. La defensa de la sociología como ciencia universal, por parte de Fernandes, se hace en gran medida contraponiéndola a las concepciones defendidas por Ramos y los nacionalistas del ISEB.

Las connotaciones sobre la coyuntura política son claras. Frente a las acusaciones de alienación, falta de conciencia y compromiso, aislamiento intelectual que realiza Ramos a

Fernandes¹³⁶, éste afirma la posibilidad de una ciencia autónoma, en particular, de las *elites* y del poder económico y político; perspectiva que Fernandes percibe como ausente en el ISEB, comprometido ideológicamente con el gobierno de Kubitschek. Al defender entonces su concepción de la sociología, Fernandes cree proteger el espacio intelectual de las justificaciones del poder. En un texto posterior, Fernandes explica claramente esta posición:

“Mi generación se rehusó a incorporarse a las elites culturales del país: optamos por un radicalismo científico como una forma de protección y un recurso de autoafirmación [...] la USP y la ELSP son mecanismos de fracciones de las clases dirigentes para conservar la hegemonía de São Paulo. Nosotros intentamos legitimar un dominio propio de autonomía intelectual en nombre de la ciencia y de la solución racional de los problemas sociales” (en Trindade, 2007: 115)¹³⁷.

Sin duda, las relaciones de las ciencias sociales con las elites dirigentes durante la época no son nada simples. Costa Pinto, las describe muy bien en el siguiente comentario:

“no espaço de pouco mais de uma década as continências da vida brasileira fizeram a ideologia das elites dirgentes passar da quase ‘coqueluche’ para o quase pânico diante delas. É que, se ausencia delas significava problemas, a sua expansão poderia acarretar outros problemas igualmente temidos. No caso, mais de uma vez, a timidez ideológica pagou ônus do duplo medo: o medo do problema e o medo da solução dele, que é uma nota constante do comportamento das elites brasileiras nos últimos tempos” (citado por Liedke Filho, 2005: 384).

Aunque desde el inicio de su carrera Florestan Fernandes percibe estas contradicciones, hasta fines de los 50 su trayectoria está marcada también, de modo paradójal, por sus posiciones frente a ellas. Si por un lado Fernandes, como miembro de una segunda generación de la FFCyL de la USP no comprometida directamente con el poder político, defiende la autonomía intelectual y científica frente a las elites paulistas; por otro, en la medida en que éstas, en su enfrentamiento al poder centralizado, posibilitan la expansión de las ciencias sociales, Fernandes queda limitado por los patrones culturales demarcados

¹³⁶ Expresadas ya en el Primer Congreso Latinoamericano de Sociología y reforzadas casi diez años después en el prefacio a la segunda edición de *Redução sociológica*, de 1963.

¹³⁷ Citado de *A sociologia no Brasil; contribuição para o estudo de sua formação e desenvolvimento*, Petrópolis, Vozes, 1977.

por esta elite y, en cierta forma, subordinado a su horizonte ideológico. Algo de esta paradoja se revela en la oposición de estos intelectuales al *Estado Novo* y a la continuidad que este presentó en el nacionalismo desarrollista. Consideramos que a la luz de esta circunstancia es posible por ejemplo, comprender la paradoja señalada por Bárbara Freitag:

“Por un lado, Fernandes recurría a una sociología positivista, con teorías basadas en Durkheim, Weber, Radcliffe Brown, Mannheim y Hans Freyer, esencialmente ‘académicas’ y ‘conservadoras’; y, por otro, nuestro autor demostró ser un cientista social crítico y comprometido, que en la Campaña en Defensa de la Escuela Pública (1962), dirigida a los oprimidos, excluidos y marginalizados, defendió con vehemencia una causa política, quebrando la ‘neutralidad’ del cientista, exigida por el positivismo” (2005: 5).

Ahora bien, hacia fines de la década del 50 comienzan a notarse los síntomas de agotamiento del desarrollismo manifiestos en aumento de la inflación, profundización de las desigualdades regionales y sociales, desajuste en la balanza de pagos, deuda externa. En 1960, con un discurso contra la corrupción, resulta electo presidente Jânio Quadros, apoyado por la UDN, y vicepresidente João Goulart, del PTB¹³⁸. No obstante, a los pocos meses Quadros renuncia y luego de unos días de gran crisis, asume la presidencia João Goulart. Aunque este intenta, mediante el programa de reformas de base, estabilizar al país y conseguir apoyo para mantenerse en el poder, la crisis económica sumada al descontento de amplios sectores, no logra impedir el golpe militar en 1964.

Sin duda en este desarrollo de los acontecimientos tiene un papel importante la Revolución Cubana y la posición de Estados Unidos en América Latina. A principios de los 60 aparecen en el escenario político brasileño las Ligas Camponesas, organizadas por Francisco Julião en el nordeste azucarero y en el sertão, que agrupan a arrendatarios encuadrados hasta el momento bajo un régimen señorial (Halperin Donghi, 1983: 480). Aunque en un principio apelan a la tradición de rebeliones mesiánicas, luego, a partir del ejemplo cubano, se proclaman marxistas-leninistas. Goulart intenta responder a la presión de este movimiento instaurando un ente de planeamiento económico al frente del cual coloca a Celso Furtado y anunciando la reforma agraria, en el marco de las mencionadas reformas de base. Esta política genera una oposición cada vez más acentuada, no sólo por parte de los sectores conservadores y liberales del parlamento sino también por el ejército,

¹³⁸ En la Constitución de 1946 se prevé una elección separada para presidente y vice.

al que Goulart creía tener a su favor y, por supuesto, Estados Unidos (Halperin Donghi, 1983).

Frente a este nuevo contexto de radicalización abierto a principios de los 60 las posiciones, no sólo de Fernandes, experimentan virajes. Como hemos dicho, el propio ISEB adopta cada vez más una perspectiva crítica del desarrollismo y más cercana a posiciones de izquierda.

En 1958 los discípulos de Fernandes, Cardoso y Ianni, junto a otros intelectuales como Arthur Giannotti, Ruth Cardoso, Paul Singer y Fernando Novais conforman un grupo de lectura de Marx conocido como Grupo de estudios d' O Capital con vistas a inaugurar un marxismo académico diferenciado de los análisis estructuralistas, del ISEB, la CEPAL, el PCB y el propio Fernandes. Esta presencia creciente del marxismo se siente en sus tesis de doctorado defendidas a principios de los 60, orientadas también por Fernandes¹³⁹, así como en los trabajos del CESIT.

Aunque Florestan Fernandes no participa del grupo de lectura, sus posiciones experimentan también variaciones: retrocede el tono optimista que las caracteriza unos años antes y crece la presencia de categorías marxistas en los análisis sociológicos sobre la sociedad brasileña. Aún así, se mantienen muchos elementos de sus análisis previos. Uno de los puntos de quiebre más importantes para el sociólogo paulista, es el conflicto suscitado por la Lei de Diretrizes e Bases da Educação no Brasil, impulsada en 1960, por las elites conservadoras (en particular, por el periodista y líder de la UDN, Carlos Lacerda). Esta ley busca restaurar la educación religiosa así como el financiamiento privado a la educación. En oposición a esta iniciativa se organiza la Campanha em Defesa da Escola Publica; gran movimiento social a favor de la democratización de la educación, liderado por un grupo importante de intelectuales entre los cuales se encuentra Florestan Fernandes con una participación clave¹⁴⁰. Desde esta campaña, que incluye manifestaciones y foros de discusión, Fernandes expone ya su escepticismo frente un Estado burgués (en concreto el gobierno de João Goulart) que defiende la educación

¹³⁹ Ianni, "O negro na sociedade de castas", publicada luego como *As metamorfoses do escravo: apogeo e crise da escravatura no Brasil meridional*. Fernando H. Cardoso "Formação e desintegração da sociedade de castas: o negro na ordem escravocrata do Rio Grande do Sul", ambas defendidas en 1961.

¹⁴⁰ Otros intelectuales importantes fueron Roque Spencer Maciel de Barros, Darcy Ribeiro, Fernando Henrique Cardoso y Octavio Ianni.

pública como discurso ideológico pero jamás como práctica política eficaz (Freitag, en D’Incao, 1987).

Aunque todavía persisten las tesis de planeamiento racional mediante la ciencia, los acontecimientos del país abren una brecha entre el ideario político socialista que impulsa a Fernandes y la actividad académica y universitaria. Su doble condición de académico y político, sociólogo y socialista, sufre una severa crisis. Los encuentros y desencuentros conflictivos de estas dos facetas son tematizados por Fernandes y caracterizados como el producto de la condición vital del intelectual en sociedades periféricas (Martins, 1998).

En 1964, Fernandes hace efectivo su cargo en la USP con el trabajo *A integração do negro na sociedade de classes*, en un clima de gran tensión. Aunque se mantiene una aparente estabilidad durante algunos años posteriores al golpe, finalmente hacia 1968 es apartado de su cargo en la USP, junto a muchos de los protagonistas de toda esta etapa comentada.

En suma, en esta segunda etapa Florestan Fernandes se instala firmemente en la academia y promueve un proyecto de sociología científica como base para el estudio de la sociedad brasileña. Los elementos esbozados en la etapa anterior se profundizan hasta depurar una perspectiva más definida sobre los principios básicos para la producción de conocimiento sobre el mundo social, con el objetivo de fundamentar un “conocimiento activo e integrado en la propia situación estudiada”. Este ideal de ciencia está en estrecha relación con su concepción de sociedad moderna, es decir, para Fernandes hay una relación (no siempre exitosa y congruente) entre el desarrollo de este nuevo tipo de sociedad y el desarrollo del pensamiento racional. El racionalismo es, en estos momentos, un elemento distintivo sobre todo en relación a la sociología de corte nacionalista que se promueve en el ISEB.

Al postular una sociología como conocimiento científico, Fernandes distingue ciencia e ideología. Aunque esta definición alude claramente a la producción de los intelectuales al servicio del poder (como es el caso del ISEB) Fernandes no defiende necesariamente una sociología ausente de valores. Esta ambigüedad, como veremos, le presentará algunas dificultades para justificar ciertos aspectos de su perspectiva. Al mismo tiempo, es importante destacar que frente a sus antagonista del ISEB, Guerreiro Ramos, no es precisamente la necesidad de un conocimiento científico y técnico como fundamento del cambio social lo que está a discusión, ya que ambos parecen defender esta necesidad e incluso apelando a la misma influencia de Mannheim. Lo que parece estar en juego es más

bien una concepción más académica de la sociología (en Fernandes) versus una sociología más directamente comprometida (en Ramos).

Como parte de esta definición de ciencia, Fernandes incluye la investigación empírica, tarea fundamental de la sociología, no obstante hace una crítica a los estudios de comunidad en tanto no consideran una perspectiva estructural en la que se integren los datos construidos. Esta visión estructural, en un sentido muy amplio de totalizadora e integradora, es también constitutiva de su perspectiva.

Finalmente, esta etapa está marcada por un tono optimista respecto de la sociología científica y académica, a la que considera de alguna manera protegida o posible de proteger de las intromisiones del poder. No obstante, a comienzos de los 60 esta “utopía” se desvanece. Años más tarde, en 1974, en la nueva introducción redactada para la segunda edición de *Mudanças sociais no Brasil*, Fernandes describe claramente esta situación en los términos que reproducimos a continuación y que, a nuestro juicio, contribuyen ampliamente a comprender su perspectiva:

“O maior contraste entre a situação do sociólogo em nossos dias e nas décadas de 40 ou 50 está no nível de expectativas. Então, duas coisas pareciam certas. Primeiro, que ao sociólogo cabia assumir suas responsabilidades intelectuais em um nível puramente profissional. Feita uma descrição ou uma interpretação, suas implicações ou conseqüências relevantes acabariam sendo percebidas e se concretizando, de uma forma ou outra. Segundo, que a sociedade brasileira estava caminhando na direção da revolução burguesa segundo o ‘modelo’ francês, sob aceleração constante da autonomia nacional e da democratização da renda, do prestígio social e do poder. Havia, por tanto, a presunção de que o alargamento do horizonte intelectual médio refluiria na área de trabalho do sociólogo, criando para as investigações sociológicas de cunho crítico uma ampla base de entendimento, tolerancia e, mesmo, de utilização pratica gradual. Tratava-se de uma ‘utopia’ e, o pior, de uma utopia que se achava redondamente errada. Tal utopia pode ser fácilmente comprendida se se toma em conta sua origen acadêmica (transferencia de ideais de trabalho por parte de profesores de origem européia e trinados para trabalhar nas universidades europeias) e a falta de concomitancia entre *papéis profissionais* e oportunidades de participação dos sociólogos no movimento político-social ” (1979: 21).

Sin abandonar necesariamente los principios científicos para la producción de conocimiento que lo caracterizaron en los 50, Fernandes dedicó el resto de su vida a reforzar esta vinculación entre los intelectuales y los movimientos sociales y políticos.

2. Análisis de la obra

La sociología como conciencia técnica y crítica de la sociedad

El problema de la sociología, sus características como ciencia, su papel y su relación con la sociedad, emergen para Florestan Fernandes en el contexto de las transformaciones aceleradas por las que está atravesando Brasil y que múltiples actores se empeñan en comprender. En este sentido, y a diferencia de lo que ocurre con Germani quien durante mucho tiempo tendrá puesta su mirada en Europa, su preocupación por la sociología enraiza claramente en un debate nacional. Como hemos visto en el capítulo anterior, desde los años 30 se constata la emergencia de un fuerte debate intelectual centrado en la interpretación histórico-social de Brasil, mediante el cual se pretende dar nueva forma a la nación. Lo que singulariza la voz de Florestan Fernandes en ese concierto de actores es la perspectiva “científica” desde la cual busca legitimar su posición. Ahora bien, ¿por qué cree que la ciencia es un buen lugar intelectual para posicionarse en relación a otros? ¿cuál es el aporte específico que puede proporcionar la interpretación de Brasil en términos científicos?

La importancia que Fernandes atribuye a la ciencia tiene que ver, antes que nada, con el “patrón civilizatorio” en el que se inserta Brasil y los países latinoamericanos en general. Fernandes no alberga dudas de que, desde la colonización, América Latina forma parte de la expansión del mundo moderno occidental y, por tanto, ha absorbido sus aspiraciones, valores y modelos de organización social. La ciencia es uno de los elementos fundamentales de este patrón civilizatorio y en ocasiones –aunque no siempre, como veremos- es tan enfático que este rasgo parece caracterizar globalmente al patrón. De allí

que a menudo se refiere a la modernidad como la “civilización fundada en la ciencia y en la tecnología científica”¹⁴¹.

El papel de la ciencia dentro de este marco civilizatorio es proporcionar un tipo particular de conocimiento sobre el mundo que, al mismo tiempo, implica una relación pragmática, de intervención práctica sobre el mismo. Las ciencias sociales, sostiene Fernandes, “nacieron bajo el signo de la acción”, por tanto, su función no sólo es la “explicación” de la realidad social, sino la “aplicación” de los conocimientos alcanzados. Tal como lo fue para los padres fundadores del pensamiento social científico, el ideal es “conseguir el control de la vida social para los hombres”. Las ciencias particulares proporcionan las técnicas necesarias para la organización racional de las sociedades (Fernandes, 1971). Pero, ¿qué implica para Florestan Fernandes este “control racional”?

Podríamos decir que esta interpretación sobre la ciencia en relación con el mundo moderno está, en gran medida, informada por Weber. Fernandes, efectivamente concibe a la ciencia como producto de un proceso de secularización y racionalización de las actitudes y concepciones del mundo. En los textos en los que se dedica a trazar el desarrollo del pensamiento sociológico e identificar las condiciones socio-históricas que acompañan su evolución, el proceso de secularización y racionalización es colocado como el requisito fundamental del pensamiento científico. Así, Fernandes señala que

“O florescimento da sociologia nas sociedades européias modernas foi precedido de dois processos histórico-sociais. Em primeiro lugar, de um processo de secularização de atitudes e dos modos de compreender a natureza humana, a origem ou o funcionamento das instituições, e os motivos do comportamento humano. Em segundo lugar, de um processo de racionalização que projetou na esfera de ação coletiva a ambição de conhecer, explicar e dirigir o curso dos acontecimentos, das relações dos homens com o universo às condições de existência social. Ambos os processos criaram condições para a transformação do pensamento racional em *fermento social*, isto é, em fator construtivo na dinâmica da vida em sociedade” (1958: 193s).

¹⁴¹ Un ejemplo lo encontramos en las siguientes palabras: “tudo isso recomenda que encaremos o desenvolvimento da sociologia à luz do padrão de civilização que fez da ciência, da tecnologia científica e da educação baseada na ciência os fulcros da filosofia social do homem moderno” (1963: 53s).

Esta insistencia en la importancia de la secularización y racionalización de las visiones del mundo está estrechamente vinculada con el contexto histórico. Como hemos señalado en el capítulo anterior, la reflexión de Florestan Fernandes está marcada por la presencia, en vastos sectores del país, de fuertes núcleos tradicionales y conservadores ligados a la mentalidad señorial de las clases dominantes y a valores religiosos, con gran penetración en las diversas clases sociales¹⁴². La propia institucionalización de las ciencias sociales en las universidades tiene lugar en un clima de enfrentamiento entre liberales y católicos. De allí que la oposición de un “pensamiento racional autónomo” vs. “formas irracionales”, adquiera el sentido de una lucha social contra la herencia de un orden social y culturalmente opresivo. En este sentido, también Sergio Buarque de Holanda y Emílio Willems se habían apropiado de categorías weberianas para caracterizar las transformaciones del Brasil¹⁴³.

Ahora bien, en Florestan Fernandes ¿se trata del proceso de racionalización tal como fue descrito por Weber? Para el sociólogo alemán, lo que caracteriza a la ciencia, como producto específico de occidente, es ante todo un tipo de racionalidad formal-instrumental sustentada en la matematización del mundo, la experimentación y demostración racional, así como en el cálculo medios-fines (Weber, 1984: 24). Aunque Fernandes comparte en alguna medida esta visión -en particular la relación instrumental con respecto al mundo- su concepción más general del papel de la sociología en las sociedades modernas va más allá de la idea weberiana de ciencia y de racionalización. Desde nuestra perspectiva, esta distancia con Weber es también la distancia de Fernandes con el modelo liberal decimonónico y su contraste con la experiencia histórica concreta de los países latinoamericanos. Asimismo, tiene que ver con el acercamiento hacia problemáticas derivadas de algunas variantes del marxismo, en particular, Mannheim y, a través suyo, Lukács; y en general a la tradición alemana que acentúa el papel de la conciencia social en los procesos macro-sociales.

En efecto, para Fernandes, el proceso de racionalización sobre el que se sustenta la sociología como ciencia se asocia a un fenómeno más amplio de *conciencia social*. El punto clave en el que, a nuestro juicio, Fernandes diverge de la concepción weberiana es la

¹⁴² En un trabajo sobre el folclor en la ciudad de São Paulo (“Folklore de uma cidade em mundança”) Fernandes sostiene que “a concepção tradicional do mundo atravessava todos os estratos sociais, colorindo mais ou menos as atitudes, os comportamentos e os ideais de vida do ‘escravo’, do ‘plebeu’ e do ‘nobre’” (en Ianni, 2004: 321).

¹⁴³ Y más tarde vendrá la obra de Raymundo Faoro.

presencia de una voluntad social asociada al proceso de conocimiento. Este no es el mero producto de la racionalidad formal-instrumental, impersonal, abstracta, objetiva sino que está indisolublemente ligado a una racionalidad sustantiva, esto es, a valores y proyectos colectivos de los sujetos sociales¹⁴⁴. Dice Fernandes:

“nos ‘países subdesenvolvidos’ ainda prevalece a fórmula segundo a qual ‘só vê algo sociologicamente quem quer algo socialmente’. A situação coletiva de existencia entrelaça o ‘querer comum’ e ‘análise sociológica’, convertida em instrumento de autoconsciência da realidade” (1963: 309).

La “fórmula” a la que alude Fernandes, citada en varios textos suyos, es tomada de Hans Freyer y evoca precisamente el vínculo existente entre hecho y valor así como el fundamental enraizamiento histórico social de la sociología y su papel en el desarrollo histórico. A primera vista, podría extrañar esta combinación de tradiciones de autores disímiles en muchos puntos; no obstante las referencias conjuntas a Freyer, Mannheim y Weber son frecuentes y comunes a otros destacados, e igualmente divergentes, sociólogos brasileños de la época como L.A. Costa Pinto y Guerreiro Ramos¹⁴⁵. Asimismo, la síntesis de tradiciones intelectuales parece constituir un rasgo bastante difundido en la época. Precisamente Fernandes alude en varias ocasiones a la síntesis elaborada por Freyer entre Marx y Weber (en Rugai Bastos, 2006: 17).

En los textos de Fernandes, el proceso de racionalización como forma de autoconciencia social se asocia en primer lugar a la ruptura con cualquier tipo de fundamentación sagrada del orden social. Gracias a este proceso se extiende la percepción social más allá de los límites de lo sancionado por la tradición, la religión o la metafísica y emerge la noción de la sociedad como un orden contingente, producido socialmente, por los propios seres humanos. Asimismo, en la medida en que se trasciende la idea del carácter sagrado, absoluto e inmutable de las normas, valores e instituciones, se abre la posibilidad del

¹⁴⁴ Esta distinción entre racionalización y conciencia saca a la luz una vieja polémica sobre el conocimiento proveniente de la tensión entre las tradiciones kantiana y hegeliana y las formas en que éstas vinculan sujeto y objeto en la relación de conocimiento. Para la primera, objeto y sujeto, hecho y valor, mundo conceptual construido por el investigador y mundo empírico, objetivo, permanecen separados, mantienen una relación de exterioridad; mientras que para la segunda, están dialécticamente implicados. Así, la idea del conocimiento como racionalización, esto es como saber objetivo, queda tensionada con la idea del conocimiento como conciencia (sujeto-objeto).

¹⁴⁵ Para un comentario sobre la recepción de estos autores y en general de la tradición alemana en la sociología brasileña, ver Villas Bôas, 1997.

análisis crítico del orden social existente así como de la intervención deliberada en las condiciones de existencia (Fernandes, 1958).

Fernandes refiere frecuentemente a este proceso como a una revolución cultural en el “horizonte intelectual medio”. Esta transformación cultural tiene además una dimensión social y política clave, sobre la que se funda la posibilidad de la función crítica del pensamiento. La sociología emerge a partir de un cambio fundamental en las relaciones sociales de poder y dominación, en la medida en que los papeles de producción intelectual, así como otros papeles sociales, dejan de ser prerrogativa de determinadas castas o círculos sociales. El desarrollo de la sociología como pensamiento racional autónomo está estrechamente ligado a lo que Fernandes percibe como el derrumbe de un orden social cerrado y estático y la emergencia de un orden social nuevo, abierto e incluyente, al menos en cuanto a sus fundamentos culturales y morales. En términos históricos, esta transformación se asocia con la revolución burguesa en Europa y con el proceso de desintegración del régimen esclavócrata y señorial (o régimen patrimonialista) y la constitución de una sociedad de clases en Brasil. En este sentido, señala que

“é legítimo admitir que a desagregação do regime escravocrata e senhorial possui, para o desenvolvimento da sociologia no Brasil, uma significação similiar à da revolução burguesa para a sua constituição na Europa”. Esta significación tiene que ver con la “autonomia do pensamento racional no sistema sócio-cultural” (1958: 197).

En términos del conocimiento, este proceso abre la posibilidad del relevamiento creciente y sistemático de los problemas fundamentales de la sociedad a la esfera de la conciencia social para su procesamiento racional. Es decir, promueve una ampliación constante del horizonte de visibilidad de los problemas sociales y una búsqueda de sus causas profundas. Esta ampliación es tanto cuantitativa, esto es, implica una inclusión de nuevos elementos de la vida social como objetos de problematización, como cualitativa, es decir, el descubrimiento de conexiones y relaciones profundas y significativas que permitan explicar los niveles de mayor complejidad de la realidad.

Un claro ejemplo de cómo estas dos dimensiones, cultural y social, se vinculan en el proceso histórico, lo encontramos en la descripción que hace Fernandes del papel del movimiento abolicionista, hacia fines del siglo XIX, en el derrumbe del antiguo orden en Brasil y, por lo tanto, en la creación de una perspectiva crítica del orden social existente:

“Assim, quando o abolicionismo ganhou maior impulso, todos os aspectos da vida social brasileira, ligados direta ou indiretamente à escravidão, caíram na esfera de consciência social e puderam ser apreciados, axiológicamente, acima do influxo do ‘poder dos costumes’ e do ‘caráter sagrado das instituições’” (1958: 196).

Así, el proceso de racionalización, tal como lo entiende Fernandes, implica fundamentalmente la posibilidad de crítica respecto a las relaciones de poder vigentes, concepción que sin duda rebasa los límites acotados para la racionalidad, al menos la de tipo formal-instrumental, por Weber.

Es importante señalar que para Fernandes esta “ampliación del horizonte intelectual medio” abarca tanto al conocimiento de sentido común, como al pensamiento racional sistemático, expresado como conocimiento científico. En este sentido, Fernandes llama la atención sobre la estrecha vinculación entre el lego y el cientista, o, más específicamente, entre ambiente cultural general y producción científica (1963). Esta vinculación tiene una doble dimensión: por un lado, la capacidad inventiva científica está ligada al horizonte cultural y al flujo de innovación institucional existente en la sociedad; por otro, las repercusiones de los descubrimientos científicos en la vida práctica varían de acuerdo a las oportunidades abiertas por el contexto socio-cultural. Así, aunque ciertas características generales del conocimiento científico puedan ser comunes a cualquier sociedad, estas características siempre operan a través de condiciones variables (valores, situaciones de poder, estructuras sociales) que repercuten internamente en el trabajo científico. Para Fernandes, entonces, la ciencia, como forma de conciencia, no puede ser escindida de sus condiciones de producción, del tipo de sociedad en que se inserta y, por tanto, hay siempre una relación fundamental con lo extra-científico.

Ahora bien, para Fernandes lo que distingue a la ciencia y a la sociología como forma particular de conciencia social, ligada a, pero diferenciada del sentido común, es su dimensión “técnica”. En tanto orientada al abordaje de problemas sociales más complejos y profundos, el procesamiento de éstos necesita llevarse a cabo mediante procedimientos analíticos específicos:

“A transformação de recursos da investigação etnológica em meios racionais de auto-consciência das condições de existencia faz-se acompanhar de um padrão peculiar de análise positiva” (1958: 20).

La diferencia entre las diferentes formas racionales de reflexión social y la que emerge con la institucionalización de las ciencias sociales es precisamente el carácter “positivo” del análisis que informa la creciente inclusión en la esfera de la conciencia de los problemas sociales considerados relevantes. Por positivo Fernandes refiere menos a la existencia de leyes universales (en el sentido comteano) que a los fundamentos empíricos propios del análisis sociológico. De allí que Fernandes se refiera a la sociología como una “técnica de conciencia social”:

“na medida em que as investigações sociológicas empírico-indutivas toman por objeto os processos histórico-sociais de formação de la sociedade brasileira ou de sua organização e transformação no presente, a sociologia tende a assumir o caráter e as funções de uma técnica racional de conciencia e de explicação das condições de existencia e do curso dos eventos histórico-sociais” (1958: 204).

Así, para Fernandes la sociología, en tanto conocimiento racional, es una forma de conciencia; pero una conciencia que es al mismo tiempo técnica y crítica de la realidad. Sin duda esta posición abre una multiplicidad de interrogantes: ¿de qué manera se produce el entrelazamiento de “querer común” y “análisis sociológico”? ¿cómo resolver la inevitable tensión entre implicación e imparcialidad que se atribuye al proceder científico? Esto es, ¿cómo se vinculan la dimensión técnica y la crítica en la sociología?

Consideramos que, a pesar de las inevitables tensiones y ambigüedades que pueda presentar esta perspectiva, lo relevante en la obra de Florestan Fernandes es el intento de articulación entre estas tres dimensiones -conciencia, técnica y crítica-, sus potencialidades y sus límites, tanto para la propia concepción del conocimiento como para sus análisis sustantivos sobre la realidad social brasileña y latinoamericana. En los apartados que siguen intentaremos mostrar los aspectos más importantes de este intento de articulación.

Lo científico y lo extra-científico

En la línea de argumentación que venimos proponiendo, podemos distinguir dos cuestiones centrales en las reflexiones de Fernandes sobre la sociología: por un lado, el problema de la ciencia como un valor en sí misma y el tipo de sociedad que puede asumirla como tal y, por otro, el problema de la autonomía de la ciencia en relación con las valoraciones y demandas extra-científicas, de otras esferas sociales. Aunque a menudo Fernandes trata de manera conjunta estos dos asuntos, desde nuestra perspectiva, tienen matices diferentes ya que aluden a experiencias históricas distintas pero también a visiones diferentes sobre la relación entre ciencia y modernidad.

La primera cuestión, la de la ciencia como un valor en sí misma, está asociada fundamentalmente a dos situaciones históricas. Por un lado, las supervivencias de valoraciones y actitudes “pre-científicas” frente al mundo, propias del “antiguo orden”, que revelan zonas, geográficas y sociales, donde el proceso de secularización y racionalización no se ha producido o se ha producido en forma parcial e insuficiente. Aquí se incluye básicamente la situación de los países subdesarrollados caracterizados como en proceso de transición, con vastas zonas en las que dominan formas “tradicionales” de pensamiento. Pero también se pueden incluir aquí las tendencias “anti-científicas” surgidas en las sociedades de desarrollo avanzado a partir de la crisis de la civilización occidental y el recrudecimiento de tendencias “espiritualistas”, de rechazo a la razón y la ciencia y su papel en el mundo. Al referirse a este aspecto de la situación de la sociología en Brasil, Fernandes sostiene:

“a sociologia não pode medrar onde a ciência é repelida como forma de explicação das coisas, do homem e da vida (...) a ciência só pode expandir-se, efetivamente, entre os povos cuja civilização liberte a inteligência e a consciência do jugo do obscurantismo. Como isso, o que passa a ser essencial, numa certa fase de suas obrigações perante a ciencia e a sociedade, vem a ser a conquista e a defesa de condições materiais e morais do trabalho científico. O combate ao atraso cultural inscreve-se entre seus papéis intelectuais, como e enquanto cientista (e não simplesmente como e enquanto cidadão), porque seu ponto de partida exige dele que atue como agente de inovação institucional ao mesmo tempo em que proceda como produtor de uma modalidade do saber científico” (1963: 55).

Encontramos aquí una primera relación de la ciencia con los valores. Se trata de los valores que actúan como condición de posibilidad misma de la ciencia y que sólo son posibles, según el autor, bajo las premisas generales de la civilización moderna occidental. Desde esta perspectiva, la sociedad moderna es percibida, frente a lo tradicional, a partir de un núcleo más o menos homogéneo de valores centrales (la racionalización y la secularización).

Ahora bien, la segunda cuestión implica que, aún asumiendo la ciencia como un valor deseable por la sociedad, ésta aparece imbricada en el juego de intereses y valoraciones sociales extra-científicos provenientes de otras esferas sociales así como de los grupos en conflicto que conforman las sociedades modernas. En este punto emerge el problema de la autonomización de las esferas y el conflicto de sujetos y valores propio de la de las sociedades modernas. Aquí la posición de Fernandes se hace más ambigua y aparece atravesada de algunas tensiones. Desde nuestra perspectiva, estas tensiones están estrechamente vinculadas con la doble condición, de científico y socialista, de nuestro autor y los intentos por conciliar ambas posiciones. En términos generales podríamos decir que, a pesar de reconocer la relación constante con lo extra-científico (valores, motivaciones e intereses sociales), la autonomía y, sobre todo, la objetividad de la ciencia se presentan como deseables y posibles¹⁴⁶.

Veamos. Para Fernandes, la ciencia constituye, al menos en parte, un cosmos cultural autónomo con sus propias normas y valores (obligaciones, procedimientos e ideales) que poseen carácter universal ya que no dependen de las comunidades en las que se inserta la práctica científica:

“A homogeneidade intelectual da ciência reside nesse processo, que confere extrema unidade ao desenvolvimento das investigações científicas e faz como que os cientistas, que partilham de concepções extra-científicas do mundo tão diferentes, concurrem de modo

¹⁴⁶ Es importante destacar que dependiendo de los textos del autor que se seleccionen para el análisis, las tensiones adquieren mayor o menor relevancia. En efecto, mientras algunas obras enfatizan más la idea de objetividad sustentada en patrones científicos (*Fundamentos empíricos da explicação sociologica; A etnologia e a sociologia no Brasil*), otras resaltan más la idea del compromiso de los intelectuales y la crítica a la visión liberal de la ciencia (*A sociologia numa era de revolução social y Ensayos de sociologia geral y aplicada*). De todas formas, consideramos que hay un núcleo de argumentación más o menos permanente que justifica la presencia de las tensiones señaladas en el conjunto de su obra, al menos durante nuestro periodo de estudio.

ordenado e convergente para o progresso dos setores de pesquisa ou de aplicação em que trabalham” (1958: 210).

En ocasiones, al referirse a lo que ocurre al interior del trabajo científico, Fernandes parece defender la posibilidad de realización de esta autonomía de la ciencia precisamente mediante las técnicas y métodos científicos. En una línea de pensamiento muy próxima a Weber y Mannheim, parece afirmar que aunque los valores sociales están imbricados en la ciencia, existen dentro de ella mecanismos de control que aseguran la objetividad de los análisis. Así, por ejemplo, al abordar el problema del estudio sociológico de las clases sociales sostiene:

“O sociólogo, como os demais membros de uma sociedade de classes, está sujeito aos impactos dos mecanismos culturais e de atuação grupal existentes em uma sociedade de classes. Em outras palavras, o condicionamento social das atividades humanas afeta, profundamente, o pensamento científico: as análises sociológicas das classes sociais resultam das e refletem as condições de existência social em uma sociedade de classes”. As implicações e conseqüências de tal condicionamento são analisadas por Scheler e Mannheim: o pensamento científico dispõe de recursos especiais para aproveitar de modo construtivo e positivo as motivações sociais do conhecimento sociológico. Em lugar de constituir um obstáculo, as vinculações existentes entre a investigação sociológica e as condições de existencia social nas sociedades de classes são fatores responsáveis pelo acúmulo de conhecimentos sôbre a morfologia, o funcionamento e a dinâmica das classes sociais” (1971: 88).

Aunque en la cita anterior, Fernandes no explicita claramente dónde y cuándo intervienen los valores y motivaciones extra-científicos, éstos parecen tener lugar, como en Weber, en el momento de la selección de problemas. En este momento existen siempre determinaciones (expectativas y valores) provenientes de la colectividad y/o del mismo investigador como miembro de esa comunidad. No obstante, una vez seleccionado el problema, la técnica y el método científicos utilizados en el análisis del mismo son los que garantizan un tratamiento neutral y objetivo:

“Esse processo (el estudio de los problemas sociales según expectativas extra-científicas) não afeta nem a integridade do investigador, nem os seus propósitos de se devotar às investigações segundo as técnicas e os métodos científicos. Reduz, apenas, o alcance de

elaboração dos materiais e a natureza dos alvos científicos visados. Empenhado em contribuir para o conhecimento de determinada realidade, o investigador negligencia certas obrigações que poderia ter perante a comunidade de especialistas, a que também pertence deixando de explorar os prováveis resultados das investigações úteis para o progresso da teoria científica” (1958: 19).

Según esta afirmación parece plantearse que es posible conciliar los objetivos y valoraciones sociales (en la selección del problema) y los objetivos propiamente científicos, siempre y cuando la prioridad a los primeros no actúe en detrimento de los segundos (volveremos sobre este punto al referirnos a la polémica de Fernandes con Guerreiro Ramos). No obstante, lo que no explica Fernandes es si hay alguna conexión sustancial entre la selección de los problemas como ciudadano y la aplicación de técnicas como científico.

A continuación se puede ver un ejemplo del uso de estas ideas para el análisis crítico de la cuestión del preconcepto racial en Brasil, tan ampliamente discutido en aquellos años. En el artículo “Tendências teóricas da moderna investigação entológica no Brasil” (1956), Fernandes critica la obra de Arthur Ramos (*Introdução à Antropologia Brasileira*) como ejemplo de las implicaciones de la ausencia de procedimientos científicos rigurosos en el pensamiento social. Toma la premisa de Ramos, según la cual “no existió ni existe en Brasil un preconcepto de raza”, y cuestiona fuertemente el tipo de análisis mediante el cual se llega a esta afirmación:

“As inconsistências não derivam da liberdade do sujeito-investiador na seleção dos aspectos ‘relevantes’ ou ‘significativos’ da realidade, nem da consideração fragmentária das situações de existência e dos processos que nelas operam, mas do modo de construir as inferências e de explorá-las em fins descritivos ou interpretativos” (1958: 23).

Así, el problema no está en los valores sociales implicados en la selección y construcción del problema sino en la “técnica” de formación de las inferencias así como en la utilización de un procedimiento intuitivo para formular las hipótesis. Para Fernandes, esta forma de proceder transforma la convicción subjetiva del sujeto investigador en criterio de verdad y, por lo tanto, obstaculiza la formulación de hipótesis alternativas sociológicamente relevantes y empíricamente verificables.

Otro ejemplo lo encontramos en los comentarios a Gilberto Freyre (*en Casa grande e senzala*). En este caso se reprocha la vía intuitiva mediante la cual Freyre afirma, por ejemplo, la “reacción vegetal del indio frente al blanco” o “el azúcar mata al indio”. Según Fernandes estas afirmaciones se vinculan a una hipótesis según la cual “os fatores dinâmicos do processo de colonização e, por consequência, do de destribalização, se inscreviam na órbita de influência e de ação dos brancos”. Frente a esta hipótesis Fernandes plantea una “rotación de perspectivas” que permita formular otra hipótesis “etnológicamente relevante”, a saber, “os fatores dinâmicos que operavam a partir de instituições e de organizações sociais indígenas”. Desde esta perspectiva sería posible constatar, por ejemplo, que la reacción del indígena no fue vegetal sino “humana” dentro de sus posibilidades (1958: 24s).

En ambos casos, se tiende a ubicar como un problema metodológico lo que en el fondo implica una diferencia ideológica. No se pretende necesariamente una neutralidad valorativa, un desconocimiento de lo ideológico, pero se considera posible su procesamiento mediante los procedimientos y técnicas de análisis científico.

Ahora bien, al referirse a la utilización social, práctica, de los conocimientos científicos (la sociología aplicada), Fernandes sostiene una visión más conflictiva respecto de las interferencias de lo extra-científico. En algunos pasajes de su obra Fernandes deja explícitamente claro su rechazo hacia la concepción liberal de ciencia que sostiene la posibilidad y necesidad de neutralidad valorativa y la distancia del científico respecto del uso social de sus descubrimientos. Veamos el siguiente planteo:

“Houve uma época em que os cientistas sociais ignoravam, olímpicamente, as implicações morais de sua condição de cientista; hoje, não podemos manter esse alheamento. De um lado, porque nada justifica a convicção otimista do cientista da era liberal segundo a qual a evolução progressiva do gênero humano se faria, fatalmente, na direção da racionalidade. O uso das técnicas culturais depende estreitamente da maneira pela qual os grupos localizados nas posições dominantes da estrutura de poder encaran suas responsabilidades e procuram servir a seus interesses egoísticos (...) De outro lado, porque atingimos um ponto crucial de expansão da ciência num mundo sujeito a contradições e a tensões vinculadas a fatores irracionais” (1963: 57).

El párrafo anterior es elocuente. Fernandes se preocupa particularmente por señalar el uso que de la ciencia pueden hacer las clases dominantes, los grupos de poder así como los sectores directamente anticientíficos (en este caso, se empalman las dos cuestiones mencionadas: la ciencia como valor en sí y la ciencia frente a lo extra-científico). Ante esta situación, para Fernandes el científico “debe tomar posición”, incluso a riesgo de enfrentarse a los grupos poderosos, y desarrollar una “ética de la responsabilidad científica”:

“Em países subdesenvolvidos, os cientistas encontram certa receptividade, em virtude da propensão geral para a valorização dos frutos da prosperidade econômica, do progresso cultural e do desenvolvimento social. Ainda assim, os alvos ideais legitimamente fundados na expansão da civilização baseada na ciência e na tecnologia científica colidem, abertamente, com os motivos e os fins de círculos sociais que desejam a mudança rápida e intensa, mas só dentro dos limites dos seus interesses sociais. Se o cientista não quiser converter-se em mero instrumento de grupos sociais poderosos, ele precisa ver claro onde os propósitos extracientíficos ameaçam e interrompem a marcha da civilização moderna” (1963: 57).

“É deveras importante que o cientista se proponha os alvos ideais que persegue, em termos do padrão de integração da civilização baseada na ciência e na tecnologia científica, porque de outro modo ele fica desarmado perante as iniciativas dos grupos que manipulem o poder e orientem o uso que se venham a fazer dos dados ou das descobertas da ciência” (1963: 56).

Ahora bien, según estas líneas, Fernandes afirma que esta ética de responsabilidad científica, el compromiso del científico, debe estar subordinado a los valores de la “civilización moderna” o “civilización basada en la tecnología científica”. En este punto se abren al menos dos problemas. En primer lugar, surge el cuestionamiento de ¿cuáles son estos valores? En numerosas ocasiones Fernandes, en una especie de argumentación circular, se limita a sostener que los científicos deben estar comprometidos con la ciencia o con la civilización científica, quedando implícito cuáles son específicamente los valores o ideales específicos asociados a ella. Así, por ejemplo, afirma que las opciones a las que se ve enfrentado el científico deben ser hechas

“segundo uma estratégia consciente, que lhe permita realizá-las sem prejuízo da atitude e do conhecimento científicos e tendo em mira as vantagens que elas representam para a evolução da ‘civilização científica’” (1963: 55).

O sostiene que al científico

“...compete-lhe discernir, no cenário histórico, ‘o que convém’ e ‘o que não convém’ a o progresso real da ciencia e do padrão correspondente de civilização. Os motivos e os fins do cientista devem relacionar-se, tanto em termos de considerações imediatistas quanto em função de objetivos remotos, com a emergencia e a consolidação do horizonte cultural inerente à concepção científica do mundo” (1963, 57).

En este tipo de afirmaciones Fernandes parece sugerir, no sólo que el problema de los fines y de los valores no es externo ni ajeno a la esfera de la ciencia, sino que la ciencia, en sí misma, encarna los “verdaderos” ideales de la civilización moderna. En otras ocasiones, Fernandes es más explícito y, en la línea de Mannheim, sostiene que la consolidación de un orden social democrático y el uso de la planificación como factor de orientación para el cambio social son las condiciones fundamentales para que la ciencia cumpla su papel de autoconciencia de la sociedad. Por tanto, la defensa de la democracia es vital para el científico, no sólo como ciudadano sino como científico, en la medida en que al defenderla está asegurando las condiciones de su propio trabajo intelectual. Fernandes puntualiza, además, que mientras para algunos sectores la existencia de una democracia planificada constituye el desenlace final del proceso histórico, para los científicos es apenas un requisito, un medio, para alcanzar fines más amplios (el socialismo?).

El problema entonces es cómo justifica Fernandes la relación entre ciencia y democracia. Si Fernandes admite que la ciencia y las técnicas sociales pueden ser utilizadas instrumentalmente por el poder, entonces la relación entre ciencia y democracia no es necesaria, ni está dada, es sólo una posibilidad. En ese caso, hay que justificar por qué y cómo el científico puede y debe hacer esta elección y no otra. ¿Qué es lo que impide que el científico opere en favor de ideales antidemocráticos? ¿El método o la técnica? Surge una segunda cuestión ¿con qué criterios puede juzgar el científico las ventajas o desventajas, lo que conviene y lo que no para la civilización científica? ¿De dónde provienen estos criterios? O son extra-científicos o provienen de los propios procedimientos científicos. En otras palabras ¿cómo puede la ciencia emitir juicios de valor?

Solari, Franco y Jutkowitz han señalado cierta ambigüedad en este aspecto del pensamiento de Fernandes: en ocasiones parece defender que los juicios de valor se encuentran en la sociología a título de hechos sociales que el sociólogo no puede ignorar, pero a veces parece afirmar que la ciencia misma proporciona juicios de valor derivados de criterios científicos (1986: 48s). En este sentido, la consolidación de un orden democrático ¿es un valor que existe como hecho social, como un dato dado, o un juicio de valor sobre la marcha de la sociedad derivado de criterios científicos? Este interrogante se vuelve particularmente importante a la hora de juzgar los desfases existentes en las sociedades latinoamericanas; por ejemplo, entre el nivel científico alcanzado y el horizonte intelectual y moral existente.

En efecto, para Fernandes la ciencia se erige como un factor clave como acelerador de los cambios necesarios para superar los obstáculos al desarrollo. No obstante, para que la ciencia pueda cumplir plenamente este papel (el papel que le cabe en las sociedades desarrolladas y modernas) son necesarias ciertas condiciones socio-históricas: una sociedad democrática que favorezca el desarrollo científico. Sin ella, los cambios son refuncionalizados por las clases dominantes a fin de mantener el orden social. Aquí es donde aparece el desfase típico de nuestras sociedades. Como veremos, también Germani plantea este problema al señalar la dificultad de distinguir entre requisitos mínimos e implicaciones o consecuencias del desarrollo.

Por otra parte, hay un problema con la expresión del “querer común” a propósito de la frase de Freyer. Presupone que este existe o puede construirse una voluntad social unificada. Pero ¿quiénes encarnan esa voluntad común? ¿cómo asegurar que esta voluntad no esté colonizada por intereses particulares? ¿qué instrumentos tiene la ciencia (en tanto ciencia) para develar esto? Aquí identificamos dos vías posibles para comprender estas tensiones. Como mencionamos en un comienzo, Fernandes enfatiza una visión homogénea sobre los valores de la sociedad moderna para contraponerla a la mentalidad tradicional que, en el contexto histórico que escribe representa el mayor desafío y obstáculo para la implantación de una concepción científica del mundo. No obstante, al hacerlo tiende a minimizar la conflictividad de intereses y conciencias sociales propio de las sociedades modernas. Pero también parece operar aquí la influencia de Mannheim y la idea de los intelectuales como mediadores y catalizadores entre perspectivas opuestas.

De todas formas, aunque la tensión no deja de estar presente en la obra del autor, el problema parece alcanzar cierta solución con la idea de “posibilidades objetivas”, presente en la obra de Weber a través de los conceptos de “conciencia posible” o “conciencia adecuada”. La ciencia aunque no pueda proporcionar juicios de valor como tal, puede, por su capacidad de previsión, ir más allá de las condiciones del momento actual y proyectar posibilidades a través del análisis de los comportamientos colectivos organizados. El científico no propone objetivos ideales nuevos, ni planes utópicos de sociedad, estos están dados en la sociedad; pero el científico es capaz de clarificar las opciones de realización de estos ideales así como medir y evaluar la correspondencia entre lo ideal y lo real.

Así, el proceso histórico social abre posibilidades que son aprovechadas de manera distinta por los sujetos según su contexto, sus experiencias históricas concretas y su capacidad de organización. Como conciencia crítica y técnica, la sociología clarifica estas posibilidades así como el papel que le cabe a cada grupo en la sociedad, por tanto, contribuye a disminuir la brecha entre posibilidades objetivas y actitudes subjetivas. En este sentido, cumple un papel de reconstrucción de opciones y orientación de actores sin perder la “objetividad científica”.

En este contexto de ideas, el esfuerzo de Florestan Fernandes por instaurar patrones científicos de investigación social en Brasil adquiere una connotación “política” particular. Aunque su posición respecto de los valores no está exenta de aspectos debatibles, no lleva al autor a desentenderse de los problemas prácticos o de los compromisos con los conflictos de la época. Por el contrario, en las sociedades latinoamericanas la ciencia y los científicos sociales tienen un papel crítico y transformador fundamental mediante: a) la elevación de los problemas fundamentales a la esfera de la conciencia social para su procesamiento racional; b) el análisis (científico) de las condiciones previsibles de la intervención racional en el control de las situaciones en que ellas emergen socialmente (1971). En el campo de la sociología aplicada, que Fernandes incluye entre las ramas fundamentales de la disciplina, es que estos asuntos se tornan objeto de vital importancia para los científicos sociales.

Antes de abordar la dimensión técnica del problema, es importante referirnos a la polémica de Florestan Fernandes con Guerreiro Ramos en la que se ponen en juego dos puntos tratados hasta ahora: la universalidad de la ciencia y la tensión entre objetivos sociales y

objetivos propiamente científicos (teóricos, metodológicos, técnicos)¹⁴⁷. Esta polémica puede aclarar mejor las posiciones de nuestro autor. Guerreiro Ramos impugna el carácter elitista, alienado e inauténtico de la sociología profesional impulsada por Fernandes e insiste en un mayor compromiso de los intelectuales con los problemas estrictamente nacionales. Resulta paradójico, aunque no del todo incomprensible, que en la defensa de sus posiciones Guerreiro Ramos utiliza en parte argumentos provenientes de las mismas influencias que Fernandes, Mannheim y Freyer¹⁴⁸, en particular, la idea de la sociología como “autoconciencia crítica” de la sociedad y la búsqueda de la objetividad del conocimiento. En efecto, la disputa entre los autores gira más en torno a las vías de realización efectiva de ciertos propósitos que en cuanto a la definición de estos últimos. Así, para Florestan Fernandes el papel de autoconciencia crítica y la objetividad de la sociología se vinculan ineludiblemente a la incorporación de patrones de investigación universales y rigurosos. En este sentido, aún cuando las motivaciones del sociólogo sean las de comprender la específica realidad nacional, el conocimiento de esta realidad debe subordinarse a los procedimientos científicos universales. Por el contrario, para Guerreiro Ramos la objetividad y la posibilidad de conciencia crítica pasan por la subordinación de la producción de conocimiento a los problemas fundamentales colocados en determinadas coyunturas por la sociedad. Para este autor, la sociología debe cumplir un papel más pragmático en relación a la construcción de la nación, so pena de convertirse en mera reproducción de teorías y métodos transplantados¹⁴⁹. Frente a estas afirmaciones, Fernandes sostiene que la condición de universalidad de la ciencia no tiene por qué significar la condena de los científicos de países subdesarrollados a verificar las teorías producidas en otros países. Por el contrario,

“Os sociólogos que vivem nos chamados países subdesenvolvidos desfrutam, assim, de oportunidades ideais para observar e explicar processos sociais que seriam ignorados ou mal conhecidos de outra maneira” (1963: 70).

¹⁴⁷ Para un tratamiento más profundo de esta polémica consultar las tesis de Edison Bariani Jr. (2003) y Tatiana Gomes Martins (2008).

¹⁴⁸ En el apartado 1 de este capítulo I hemos mencionado ya que una influencia fundamental en Guerreiro Ramos y en los intelectuales del ISEB es la fenomenología.

¹⁴⁹ Estas visiones contrapuestas llevan a los autores a hacer evaluaciones muy diferentes sobre el desarrollo de la sociología en Brasil y sus autores más representativos (para más detalles sobre el debate ver en Gomes Martins, 2008: 48s). Ahora bien, no obstante la polémica, es llamativo que ambos autores mantuvieran un notorio respeto y reconocimiento por el trabajo del otro. Así, Fernando Henrique Cardoso recuerda las simpatías despertadas en Fernandes por Guerreiro Ramos, a la vez que este último reconoce tanto el alto nivel informativo de las investigaciones así como el creciente compromiso militante de Fernandes.

Complementariamente:

“os sociólogos dos países desenvolvimos descrevem os aspectos estruturais e dinâmicos da sociedade de classes sob condições que não são universais, negligenciando esse fato na construção de teorias. (...) Além disso, a descoberta de lacunas teóricas desse gênero não nos deve impedir de aproveitar, devidamente, a parte positiva das contribuições daqueles sociólogos, impondo-se que vejamos nas limitações das teorias existentes um incentivo para tentarmos retificá-las e completá-las mediante esforços apropriados” (1963: 78).

Finalmente, la polémica tiene repercusiones en cuanto al estilo de investigaciones que se deben impulsar y, en consecuencia, al uso de los recursos para el financiamiento de las mismas¹⁵⁰. Aquí la disputa se presenta entre el estudio de los “detalles de la vida social” vs. las “interpretaciones genéricas”. Guerreiro Ramos recomienda la restricción de las investigaciones sociológicas a aspectos globales de la sociedad brasileña y su adecuación a los recursos disponibles y al “nivel” cultural del país. En este sentido, rechaza la utilidad de los estudios de comunidades por considerarlos un desperdicio de recursos que pueden y deben ser comprometidos en el desarrollo nacional. Por su parte, Fernandes rechaza estas posturas y las interpreta como una falacia que implica un grave retroceso en el desarrollo de patrones científicos de trabajo:

“alguns cientistas sociais pensam que deveríamos cultivar um padrão de ensino simplificado e estimular somente investigações sobre a situação histórico-social global, como se nos competisse acumular explicações comparáveis às que o conhecimento do senso comum produziu na Europa, no período de desintegração da sociedade feudal e de constituição da sociedade de classes. Segundo suponho, nada seria mais errado e perigoso. O conhecimento científico não possui dois padrões: um adaptável às ‘sociedades desenvolvidas’; outro acessível às ‘sociedades subdesenvolvidas’” (1958: 186).

Como vemos, se trata de una polémica académica a la que subyace, sin duda, la cuestión política del nacionalismo brasileño y, en particular, la vinculación de los intelectuales con el poder.

¹⁵⁰ Esta polémica se genera sobre todo durante el II Congreso Latinoamericano de Sociología. En este evento, Guerreiro Ramos presenta su *Cartilha brasileira do aprendiz do sociólogo* (1954) en la que enumera una serie de recomendaciones para enfrentar lo que concibe como una crisis de las ciencias sociales en Brasil. En los puntos 4to y 7mo. de la cartilla se concentra lo fundamental de la polémica con Fernandes.

La dimensión técnica

Florestan Fernandes dedica muchas páginas de su obra a justificar la sociología como ciencia empírica e inductiva. Y este es, quizá, uno de los puntos de contacto más importantes con Germani. Esta insistencia tiene que ver con el rechazo a cualquier forma de especulación y la necesidad de fundamentar las afirmaciones a partir de los hechos, la realidad empírica. El problema de fondo son las formas de objetividad del conocimiento. Se propugna por un conocimiento “objetivo” que, en su caso, significa (al igual que “positivo”) fundado en los hechos empíricos.

Ahora bien, esta insistencia en los fundamentos empíricos de la sociología no conduce al autor a una postura empirista ingenua. La ciencia no consiste meramente en la recolección de los datos. Por el contrario, en la línea propuesta por Medina Echavarría y también presente en Germani, Fernandes piensa a los hechos empíricos en estrecha conexión con hipótesis y problemas definidos teóricamente. Así, recuperando a François Simiand suele repetir que “*não há teoria sem fatos que a comprovem, nem fato algum sem teorias que possam explicá-los*”. Teniendo en cuenta esto, el problema que se presenta es cómo lidia la sociología con los hechos o el mundo empírico.

Para Fernandes, en ciencias sociales se vuelve fundamental la “reconstrucción” de la realidad a estudiar (1967). En efecto, en la ciencia los fenómenos que se observan y que se quieren explicar no son susceptibles de aprehensión inmediata. Por el contrario, necesitan ser reproducidos a partir de una serie compleja de operaciones cognitivas mediante las cuales son documentados y elaborados interpretativamente los fenómenos investigados. Estos procedimientos incluyen el reconocimiento (selección, obtención y manipulación) de las instancias empíricas que reproducen los aspectos esenciales de los hechos o fenómenos y permiten integrarlos en totalidades coherentes. En términos formales, las reglas que permiten hacerlo son universales (para todas las disciplinas científicas), en términos operacionales, hay variaciones propias de los campos de conocimiento. En las ciencias experimentales se pueden aislar con relativa facilidad las instancias empíricas fundamentales que permiten poner en evidencia las condiciones de producción del fenómeno estudiado, por tanto, en ellas hay una relativa fusión entre observación y explicación. En las ciencias sociales, que son “ciencias de observación” por el contrario, estos momentos se separan con nitidez. El primero es el de la distinción entre lo esencial y

lo accidental mediante la construcción analítica de casos típicos, esto es, de significación general. El segundo, es el del tratamiento interpretativo que permite explicar los fenómenos observados. En los dos momentos de la reconstrucción está presente la teoría:

“Na verdade, a própria estrutura da pesquisa, a seleção e modo de levantar os fatos brutos e o estado em que os fenômenos são considerados na manipulação analítica desses fatos dependem, fundamentalmente, do sistema de referência escolhido pelo investigador. Definindo os dados e as proposições que funcionarão como base da explanação, o sistema de referência acaba delimitando os alvos teóricos da investigação, a natureza dela como contribuição científica ‘descritiva’ ou ‘interpretativa’ e as propriedades de os fenômenos ou as condições de sua produção que serão significativas para a análise” (1967: 16).

Fernandes busca desde un principio alejarse del empirismo (y positivismo) vulgar según el cual la ciencia se caracteriza por la acumulación de hechos. En la medida en que nuestra experiencia sensorial es selectiva, nunca podemos captar “todo”. No obstante, captación selectiva no significa necesariamente “imperfecta”. Fernandes retoma las ideas del economista francés Antoine-Augustine Cournot para sostener que no es el número de casos sino el modo de tratarlos lo que permite conocer fenómenos como los sociales, esto es, de equilibrio inestable. Para Cournot, los fenómenos humanos pueden ser interpretados racionalmente, esto es, de manera no azarosa o fortuita. En este caso proceder racionalmente implica separar lo esencial de lo accidental. No obstante, la particularidad de los fenómenos sociales reside en que en ellos tanto lo constante y lo regular como lo accidental y fortuito puede adquirir relevancia interpretativa. La cuestión crucial que se presenta al investigador es, entonces, cómo determinar las instancias empíricas sociológicamente significativas, que poseen importancia explicativa. Una vez resuelto esto, el número de casos dependerá del tipo de investigación. En estas afirmaciones encontramos dos sentidos de lo “esencial”: a) lo esencial como lo regular, lo constante, lo homogéneo y b) lo esencial como lo relevante o significativo. Esta segunda acepción es la importante para las ciencias sociales.

Para enfrentar el problema de la objetividad y de la selección de lo esencial-relevante tal como se presenta en las ciencias sociales, Fernandes plantea la cuestión de la formación de las inferencias inductivas. En sociología hay una variedad de procesos de inducción de acuerdo a las pretensiones interpretativas, la variedad de problemas derivados de estas pretensiones y la complejidad de los problemas abordados. No obstante, a pesar de esta

apertura y flexibilidad inicial, la tesis central que propone Florestan Fernandes es la existencia de tres vías fundamentales de abordaje sociológico proporcionadas por los tres clásicos: Marx, Durkheim y Weber.

Para Florestan Fernandes la sociología se presenta como un largo esfuerzo de especulación acumulativa sobre una serie de problemas centrales que se presentan en niveles y dimensiones específicas de la realidad social. Sin duda aparece aquí la influencia clave de Comte y la visión de la sociología como ciencia unificada. Cada línea de pensamiento clásica, lejos de ser excluyente respecto de las demás, representa una aproximación a determinados problemas desde puntos de vista específicos. El supuesto fuerte que sostiene esta lectura es que la importancia de los clásicos no reside en sus presuposiciones de orden teórico o ideológico sino, desde un punto de vista metodológico, en el horizonte de problemas que permiten plantear y resolver. De esta forma, el principio de unificación científica estaría en que la explicación sociológica exigiría siempre una técnica de inducción, a partir de mismos fundamentos lógicos, aunque ésta admita distintas vías según el tipo de problemas y de niveles analíticos que se considere. Así:

“Assim, os três principais métodos de interpretação, que vêm sendo explorados construtivamente, lidam com problemas teóricos próprios e com os materiais empíricos que permitem resolvê-los. O método de compreensão, cuidando os problemas pertinentes à socialização e às bases sociogenéticas de interação social, permite abstrair as variáveis operativas de um campo ahistórico; o método objetivo (o genético-comparativo), focalizando os problemas ontogenéticos y filogenéticos colocados pela classificação das estruturas sociais, permite abstrair as variáveis operativas, combinadas em constelações nucleares mutáveis, de um campo supra-histórico; e o método dialético, tratando das relações existentes entre as atividades socialmente organizadas e a alteração dos padrões da ordem social que caem na esfera de la consciência social, permite abstrair as variáveis operativas de um campo histórico” (1967: 34s).

Cada uno de estos problemas y niveles se vincula a las contribuciones de los tres clásicos de la sociología; respectivamente: Weber (comprensión), Durkheim (método objetivo) y Marx (dialéctica). Asimismo, cada uno plantea un acercamiento empírico a la realidad social a través de la construcción de tipos. La noción de tipo es fundamental en Fernandes ya que está en la base de su concepción “empírico-inductiva” de la ciencia. Es la que proporciona la técnica para la formación de inferencias generalizables capaz de relevar lo

esencial o significativo, esto es, la posibilidad de trascender el empirismo ingenuo. Así, cada uno de estos niveles analíticos incluye un “tipo” particular: el tipo medio, el tipo ideal y el tipo extremo.

El “tipo medio” en Durkheim (1967: 71-83), se construye a partir de la identificación de los caracteres exteriores comunes y esenciales a los fenómenos individuales observados, de tal forma que puedan proporcionar un punto de referencia constante e idéntico. Esto es posible a partir de una definición inicial objetiva, es decir, no referida a una noción *a priori* sino a aspectos exteriores observables de los fenómenos. En esta formación de tipos, Durkheim elimina la dimensión temporal ofrecida por la secuencia histórica y manipula interpretativamente hechos referidos a tipos medios, significativos para todas las sociedades particulares que tiendan hacia el mismo tipo. Según Fernandes, subyace a esta concepción la aceptación del principio del determinismo universal, lo que limita la perspectiva del autor.

El tipo ideal weberiano (1967: 84-95), es una construcción uniletal y artificial del investigador en la cual se reconstruye un fenómeno real (fundamento empírico) a partir de un curso de acción estrictamente racional con arreglo a fines, lo que permite dar inteligibilidad y univocidad al fenómeno. A partir de este instrumento heurístico, es posible estudiar los fenómenos reales, influidos por “irracionalidades” (afectos, errores) de toda especie, como desvíos del desarrollo esperado de la acción racional. Es una especie de “experimento ideal” que permite practicar la comparación en otros términos; una comparación entre dos series: una real y otra ideal, que supera las limitaciones de la comparación positivista que lleva inevitablemente a la confrontación de series heterogéneas en términos empíricos. Se trata, asimismo, de otro modo de realización de la objetividad que no reposa sólo en el objeto y sus caracteres sino en la particularidad del tipo de conocimiento mediante el cual se conoce, que no necesariamente es de la misma naturaleza. No se presuponen las regularidades (vs. el determinismo) sino que se constata su existencia cuando parecen evidentes a través del procedimiento interpretativo. También aquí se elimina el factor temporal ya que los tipos ideales son conceptos abstractos de relaciones que son concebidas como estables. Igual que Germani, Fernandes también reconoce en Weber el logro fundamental de una articulación orgánica entre sociología pura y sociología descriptiva, escisión típica de la sociología alemana. No obstante, Fernandes parece desconocer la existencia en Weber de tipos históricos.

Finalmente, en Marx encontramos, según Fernandes, la formulación de un “tipo extremo”¹⁵¹ (1967: 96-118), elaborado para captar lo concreto en su devenir histórico, esto es, la dimensión de la transformación de los sistemas sociales globales; perspectiva que lo diferencia tanto de Durkheim como de Weber. Este tipo está sustentado en la idea de la dialéctica que Marx recoge de Hegel según la cual la transformación histórica implica la confrontación de dos series que se dan en el proceso real: lo que es peculiar, esencial e inmanente a todas las manifestaciones del espíritu (lo general), y lo que es peculiar, esencial e inmanente a cada una de las formas de realización del espíritu en su devenir (lo particular). Marx reelabora de forma radical las proposiciones de Hegel a fin de poderlas explorar para el estudio científico de lo real, lo que Fernandes interpreta como proceder de manera empírica en la observación, interpretación y verificación de los resultados. Así, en Marx el tipo extremo implica la confrontación entre dos series reales, lo particular (conocimiento empírico de las situaciones particulares a ser explicadas) y lo general (conocimiento empírico de situaciones socio-históricas que tienen puntos de contacto con ellas), que forman parte de un mismo universo empírico. El fenómeno típico es aquel fenómeno concreto que realiza en grado extremo, con mayor intensidad, un conjunto de caracteres dado y cuya explicación se podría aplicar para otros casos de la misma naturaleza, independientemente de grados posibles y variables de desarrollo o complejidad. Concretamente es lo que ocurre con el caso inglés para la explicación del capitalismo. También Marx, sostiene Fernandes, acepta el principio del determinismo. No obstante, a diferencia de Durkheim y como en Weber, el alcance de las generalizaciones se ve, con más razón que en Weber, limitado debido al universo empírico restringido de estudio.

En los tres casos, Fernandes encuentra una justificación de que la construcción de tipos se hace sobre los hechos cruciales, decisivos desde la perspectiva adoptada y no sobre una mera acumulación de casos.

Ahora bien, ¿cómo se relaciona esta lectura metodológica con la definición de la sociología como conciencia técnica y crítica? Para Fernandes la función crítica de la sociología y su “participación” en los movimientos sociales de la época no puede reducirse a la adhesión a un modelo teórico-metodológico, el marxismo, aún cuando éste haya sido el primer intento de colocar el problema de la *praxis* en el campo de la reflexión social. En un artículo en el

¹⁵¹ Fernandes aclara en cita a pie (cita 146, en 1967: 108) que estadísticamente el tipo representado por Marx correspondería a la “moda”. En ese caso se podría denominar “tipo modal”. No obstante, en la medida en que no se aplica a caracteres medibles, se podría incurrir en graves confusiones. Por ello, Fernandes utilizó la fórmula de tipo extremo, estraida de Carl Hempel en *Science, Language, and Human Rights*.

que polemiza sobre el asunto con Costa Pinto¹⁵² (1971), Fernandes sostiene que la sociología es más amplia que el marxismo (“A história da sociologia não se reduz à história do Marxismo”) y que a partir del análisis ideológico del conocimiento, proporcionado por la sociología del conocimiento, es posible identificar y rescatar las contribuciones positivas de las diversas tendencias de la “sociología académica” tal como sucede en los intentos conciliadores contemporáneos (Mannheim, Freyer, Halwachs) desestimados por Costa Pinto.

Para Florestan, el compromiso de la sociología parece residir en la exploración crítica y productiva de los modos como los sujetos se colocan frente a la realidad social. Tal como lo observa Gabriel Cohn, en Florestan Fernandes hay una preeminencia de los procedimientos de análisis de la realidad sobre el orden de las teorías y conceptos internamente consistentes, esto es, una subordinación de las cuestiones teóricas a las metodológicas. Su pregunta fundamental es por las diversas modalidades del dominio analítico de los fenómenos. Y su respuesta la proporciona al generalizar a los tres clásicos la noción de “tipo”, en el sentido de tipo de dominio analítico de los fenómenos. Cada vía representa un momento distinto de los procedimientos para dar cuenta de los objetos en su totalidad o integridad. Para hacer esto se eluden o matizan sus discontinuidades. En esta búsqueda es que la sociología realiza su papel. Para Cohn:

“Essa displicença para articular modalidades diversas de acesso à realidade social, para mobilizar formulação metodológica e esquemas teóricos diversos no interior da mesma pesquisa, è uma maneira de dar conta dessa tensão entre a inserção prática angustiada, tensa –e, por que não dizer, em muitos momentos contraditória no seu mundo – e as exigências da consistência interna, do acabamento, da integridade da obra” (Cohn en D’Incao, 1987: 53).

Se trata, al menos en la intención de Fernandes, de un enfoque que busca ponderar la validez y fecundidad, así como los límites, de las diferentes aportaciones en sus respectivos campos o niveles de aplicación. No obstante, esta propuesta ha sido uno de los principales blancos de ataque por parte de los críticos de Fernandes¹⁵³.

¹⁵² “O problema do método na investigação sociológica” es un comentario al escrito de Costa Pinto “Sociologia e mudança social”. Ambos artículos aparecen publicados en la revista *Sociologia*, vol. IX, núm. 4, 1947.

¹⁵³ Jorge Martínez Ríos, por ejemplo, señala la imposibilidad de combinar el análisis de las clases sociales con categorías tomadas de la sociología de Durkheim. Según el autor, “la posibilidad de mediación teórica

La discusión epistemológica y metodológica de este esquema excede con mucho nuestra investigación. No obstante, nos parece importante recoger al menos dos críticas más o menos evidentes. Por una parte, Solari, Franco y Jutkowitz señalan que el punto a discutir no es el supuesto eclecticismo de Fernandes, ni tampoco una adhesión irrestricta al funcionalismo, sino: a) La pretensión de que para los distintos problemas de la sociología existen abordajes diferentes y complementarios; b) La pretensión de que esos abordajes pueden ser considerados desde el punto de vista metodológico desprendiéndolos de las bases teóricas que los sustentan. Y agregan, “como es obvio, puede sostenerse que es la teoría de la que se parte la que determina cuáles son los problemas centrales de la sociología y el tipo de tratamiento que requieren” (1986: 42s).

Asimismo, podemos sumar aquí la crítica realizada por Alberto Oliva (1997). Para este autor, Florestan Fernandes busca comprobar que a pesar de la diversidad de ópticas filosóficas de los clásicos, los tres comparten una perspectiva empirista e inductivista de la sociología. Para Oliva, sólo Durkheim puede ser incluido en este modelo, no así la explicación comprensiva ni la dialéctica¹⁵⁴. Según el autor, Fernandes presenta una visión de la disciplina cuya científicidad es definida como empírica, observacional e inductiva. Detrás de esta posición, que se pretende neutral, se encuentra una filosofía de la ciencia empirista. El empirismo es confundido con la racionalidad científica y finalmente la metodología es identificada con la racionalidad científica misma. Esta posición de Fernandes supone una racionalidad unitaria de la ciencia, esto es, el principio de una ciencia unificada (tesis defendida desde Comte hasta Popper, Hempel y Oppenheim) y desconoce la abrumadora producción crítica sobre las deficiencias del empirismo tradicional (Empirismo Lógico, Racionalismo Crítico, Nueva Filosofía de la Ciencia, Escuela de Frankfurt).

En suma, podríamos argumentar que tras la perspectiva de cada uno de los clásicos hay posiciones epistemológicas diferentes, por tanto, la concepción de realidad social sobre la que montan su enfoque teórico y metodológico es difícilmente convergente o complementaria.

entre Marx y Durkheim es casi imposible”, en “Comentario a Florestan Fernandes”, en *Las clases sociales en América Latina*, México, Siglo XXI, 1998 (11va. Edición).

¹⁵⁴ En su libro *Ciencia e ideología* Oliva hace una crítica a la concepción de la sociología de Florestan Fernandes.

Para los fines de nuestra argumentación, esta reconstrucción permite, en primer lugar, vincular el problema del cambio con el modelo sociológico general de Fernandes a fin de introducir algunos elementos de análisis que luego retomaremos: la noción de “tipo social” y las diferentes temporalidades distinguidas: a-histórico, supra-histórico e histórico. En segundo lugar, nos permite relativizar la idea según la cual la sociología científica latinoamericana adhirió de manera unívoca al funcionalismo, negando otras opciones, en particular, el marxismo. El funcionalismo, así como el marxismo, son considerados por Florestan Fernandes como recursos de la inducción analítica en sociología. El primero permite analizar el flujo actual de la vida social, tanto en sus aspectos estáticos como dinámicos. A diferencia de lo que usualmente se sostiene, Fernandes argumenta que el funcionalismo es un instrumento útil para analizar los conflictos sociales y los cambios en un sistema dado. Pero su limitación, que comparte con el método weberiano, es que es inoperante para analizar los aspectos diacrónicos, históricos. Éstos son enfocados claramente por el marxismo y la dialéctica, método que permite analizar los problemas del desarrollo social como fenómenos histórico-sociológicos. La limitación de este último residiría en su carácter general, no particular (1967: 259).

Ahora bien, Fernandes no sólo se preocupa por las formas del razonamiento inductivo en sociología. Al desarrollar su visión sobre la sociología aplicada, propone una complementariedad científica entre razonamiento inductivo y razonamiento práctico. Aquí es donde termina de completarse su visión de la sociología como conciencia crítica y técnica.

Para Fernandes, la sociología aplicada tiene su propio campo de trabajo y no sólo se aprovecha de investigaciones hechas en otras disciplinas. Este campo es el de la investigación empírica de los problemas sociales de interés práctico (que no son tratados como tales en otros ramos de la sociología) y el estudio de la intervención racional como proceso social (1971). No se restringe a los fenómenos llamados “patológicos” (en el sentido de Durkheim), es decir, a los factores que perturban el equilibrio del orden establecido, sino se aboca fundamentalmente al estudio de las condiciones y efectos de la intervención social proyectada, entendida como proceso social, con la intención de descubrir explicaciones susceptibles de aumentar el control del hombre sobre estos procesos. En este contexto, control significa capacidad de previsión y la teoría, para Fernandes, es el único punto de referencia para la previsión en el conocimiento científico.

En este sentido, la sociología aplicada trabaja con las mismas normas del conocimiento científico y con los requisitos empíricos y lógicos de la explicación sociológica. No obstante, implica una ampliación de la noción de teoría para incluir en ella los procesos que se desarrollan bajo el influjo del cambio social provocado deliberadamente por el hombre. Es decir, la sociología aplicada reclama una “teoria das condições de alteração pela prática dos objetos que elas estudam” (1971: 110). Esto es así porque los sistemas sociales son sistemas abiertos, complejos y discontinuos, en los cuales el orden puede alterarse continuamente según diversas combinaciones de factores operativos.

Este tipo de conocimiento teórico, que no se obtiene en otra rama de la sociología, implica la introducción de criterios de análisis prospectivos en la explicación sociológica mediante la combinación de razonamiento inductivo y raciocinio pragmático (este se encuentra a nivel de la interpretación científica aunque no en el de la observación de los hechos). El problema que se plantea Fernandes es si es posible o no hacerlo dentro de la objetividad científica. Para Fernandes, intereses de acción se pueden combinar con preocupaciones teóricas sin prejuicio mutuo en la medida en que la posición del sujeto-investigador sea determinada en función de razones estrictamente científicas.

Más allá de lo cuestionables o ingenuos que puedan resultar estos argumentos, Fernandes plantea claramente el problema de cómo los conocimientos científicos pueden convertirse en fuerzas sociales. Pero la sociología aplicada provee una ventaja adicional. A diferencia de lo que ocurre en las ciencias naturales o exactas donde la aplicación de los conocimientos no parece tener importancia definida y regular en el proceso mismo de conocimiento; en las ciencias sociales, la aplicación puede funcionar como criterio de verificación de los conocimientos y, por tanto, jugar un papel fundamental para el crecimiento teórico de las mismas. Según Fernandes, Marx fue el primero en señalar este significado de la práctica para la verificación de la teoría así como la exploración del conocimiento científico por la práctica subversiva.

El problema sociológico del cambio social: desintegración y reintegración del orden social

Tres supuestos generales sobre el cambio social permanecen a lo largo de la obra de Florestan Fernandes: a) Las sociedades humanas están siempre en permanente

transformación, por más estables o estáticas que parezcan ser; b) Un “estado de equilibrio” sólo puede ser imaginado y construido, de manera teórica y abstracta, como recurso interpretativo del investigador; c) Los patrones y ritmos del cambio social varían de un tipo de civilización a otro, es decir, de un tipo de sociedad a otra (Fernandes, 1979).

En el texto titulado “Atitudes e motivacoes desfávoráveis ao desenvolvimento”, escrito en 1959 y publicado como introducción a la primera edición del libro *Mudanças sociais no Brasil* (1961)¹⁵⁵, Florestan Fernandes, bajo estos supuestos, presenta una discusión conceptual sobre el cambio social en el marco general de su interpretación del análisis sociológico. Allí Fernandes propone una distinción entre cambio, desarrollo y evolución en la que se revela un complejo modelo de análisis social según la identificación de diversos niveles de abstracción, cortes temporales y espaciales, métodos de análisis y campos sociológicos vinculados a la concepción de sociología que acabamos de analizar.

Cambio es un concepto genérico que se refiere a cualquier alteración en un sistema social, independientemente de condiciones de tiempo y espacio particulares. El cambio puede ser progresivo, regresivo o irrelevante si se le considera respecto a su tendencia a realizar o a obstaculizar el advenimiento de un determinado tipo social.

El estudio del cambio social en el sentido señalado, corresponde a los campos de la sociología sistemática y de la sociología descriptiva. La sociología sistemática se concentra en aquellos fenómenos de alteración del sistema que pueden ser analizados independientemente de la construcción de regularidades de secuencia: a) porque se asocian a condiciones inestables propias de un tipo social; b) porque ocurren en fracciones de tiempo muy restringidas en la interacción entre individuos. La sociología sistemática opera en un plano a-histórico y sincrónico. La sociología descriptiva, por su parte, se concentra en aquellos fenómenos de alteración de un segmento o ámbito concreto de cierto sistema social particular, dentro de límites espacio-temporales muy precisos.

El *desarrollo* implica la multiplicación de las formas de interacción en una determinada sociedad y comprende todos los fenómenos de cambio progresivo que ocurren a través de la diferenciación estructural y de la reintegración de sistemas sociales globales

¹⁵⁵ En la segunda y tercera edición (1974 y 1979) este texto pasó, como un apéndice, al capítulo XII. Como el mismo autor lo explica (en la nueva introducción), este cambio de ubicación revela las propias transformaciones en su trayectoria y pensamiento. El contraste entre las dos introducciones es muy ilustrativo de las transformaciones señaladas en su trayectoria a partir de mediados de los 60.

considerados en condiciones particulares de tiempo y espacio y orientados hacia determinado tipo social. El análisis del desarrollo corresponde a la sociología diferencial. Esta se concentra en los fenómenos de cambio que tienen relevancia para la realización del tipo social correspondiente a determinado sistema social. Se trata del estudio de los tipos sociales en sus manifestaciones concretas. Este tipo de análisis se encuentra en el plano de la duración histórica, es decir, corresponde a la dimensión diacrónica.

Finalmente la *evolución* se refiere a los procesos de cambio progresivo relevantes para la perpetuación o transformación de los tipos sociales propiamente dichos, hacia los cuales tiende un conjunto de sistemas sociales dados. El estudio de la evolución corresponde a la sociología comparada. Esta sociología se concentra en los fenómenos de formación, duración y sucesión de los tipos sociales en sí mismos. Este análisis se ubica en el plano filogenético y clasificatorio de los tipos sociales en un tiempo supra-histórico.

Podríamos sintetizar el modelo de análisis desarrollado hasta el momento en el siguiente cuadro:

Método de interpretación	Problemas que resuelve	Campo temporal	“Tipo” para el análisis empírico	Forma del cambio social	Rama de la sociología
Comprensivo (Weber)	Socialización y bases genéticas de la acción	A-histórico	Tipo ideal	Cambio	Sistemática Descriptiva
Dialéctico (Marx)	Relación entre actividades socialmente organizadas y alteración de patrones del orden social.	Histórico	Tipo extremo	Desarrollo	Diferencial
Objetivo (Durkheim)	Problemas filogenéticos. Clasificación de las estructuras sociales	Supra-histórico	Tipo medio	Evolución	Comparada

A partir del desarrollo anterior se impone, en primer lugar, una distinción entre sistema social y tipo social.¹⁵⁶ Un sistema social es la resultante de la integración de reacciones y actividades sociales de los seres vivos que concurren regularmente para asegurar la estabilidad y continuidad de aquella integración. Podríamos decir que es el conjunto concreto de interacciones sociales integradas en una sociedad determinada en tiempo y espacio. Un tipo social, en tanto, es un patrón de diferenciación e integración de elementos estructurales, organizativos y funcionales que constituyen a los sistemas sociales globales (1971).

Ahora bien, el vocablo “modernización” no tiene nunca en la obra de Fernandes la presencia que adquiere en Germani. Lo encontramos, en todo caso, de manera más frecuente (aunque nunca de modo privilegiado) a partir de los 60, sin duda cuando los términos del debate sociológico sobre el cambio social han sido polarizados por la sociología norteamericana dominante. En consonancia con los debates políticos, particularmente intensos en Brasil hacia mediados de los 50, es más frecuente encontrar en los escritos de Fernandes el término “desarrollo” y, como veremos, algo de esto también ocurre con Germani. De las tres categorías distinguidas por Fernandes para estudiar el cambio social, la de desarrollo ejerce una atracción especial y se coloca en un primer plano subordinando a las otras dos. Esto se vincula, como señalamos, con el contexto histórico e ideológico de mediados de los 50, pero también con la propia concepción según la cual en el tipo social hacia el que tienden nuestras sociedades latinoamericanas el desarrollo social constituye, como veremos, una condición normal de la vida, un factor de continuidad y de sobrevivencia de este patrón y, por tanto, un valor social básico. En este sentido, podríamos decir que el tema del desarrollo es privilegiado por Fernandes debido a que posee, en términos weberianos, una relevancia valorativa. En palabras de nuestro autor:

“Intereses econômicos e políticos, por sua vez, deram ao conceito de ‘desenvolvimento’ (e aos problemas correspondentes) um lugar tão relevante, nos círculos leigos, que os cientistas sociais voltaram a preocupar-se pelo assunto. Parece fora de dúvida que existem fundadas razões teóricas e práticas para justificar esta atitude” (1979: 316).

¹⁵⁶ Aunque aparece de manera recurrente en varios trabajos, esta definición aparece formulada de manera más explícita en “A sociologia: objeto e principais problemas” (1957). En *Esaios de sociologia geral e aplicada* (1971).

Para Florestan Fernandes el tipo de cambio especificado como desarrollo, es comprendido, en las sociedades latinoamericanas, como el proceso de desintegración estructural de un tipo social –el patrón de la sociedad tradicional- y su reintegración en otro –la moderna sociedad de clases. Esto es, el cambio social como fenómeno histórico general va, en las sociedades latinoamericanas, en la dirección del establecimiento pleno del modelo o patrón de civilización moderna occidental, entendido éste como un modelo estructural y dinámico de organización de la economía, la sociedad y la cultura. Este modelo civilizatorio se identifica, en principio, con el orden social de los países “adelantados” y, como dijimos, con la ciencia y la técnica, no obstante, como veremos más adelante, esta afirmación necesitará ser profundizada y discutida¹⁵⁷.

Tomamos como referencia las categorías de “desintegración” y “reintegración” del orden social porque creemos que son las que sintetizan de manera más clara la posición del autor, incluso por la matriz funcionalista, y en particular durkheimiana, que aparece de manera recurrente en su obra. Veamos las siguientes líneas:

“Por eso, parece legítimo distinguir, en el desenvolvimiento de los impulsos y motivaciones societarias relacionadas con la intensificación deliberada del ritmo del cambio social, dos fases esenciales. Una, de desintegración propiamente dicha del orden social establecido.... Otra de reintegración del orden social, a través del influjo de actitudes, aspiraciones y valores sociales. Las dos fases llegan a superponerse en la experiencia histórico-social de los hombres” (1963: 254).

Aún así, en varias ocasiones esta idea es expresada en otros términos a los que se podría atribuir otras connotaciones: “desaparición” y “emergencia” o “formación” de un nuevo orden social. Algo similar sucede con la propia denominación que adquieren los dos tipos sociales. Para el viejo orden a veces se utiliza “antiguo régimen”, “orden tradicional”, “orden patrimonialista”, “estructura social arcaica”. Para el nuevo orden encontramos: “civilización moderna occidental”, “sociedad o régimen de clases sociales” y “orden social

¹⁵⁷ En obras posteriores a 1964, particularmente en *La revolución burguesa en Brasil* este esquema pierde centralidad pero no desaparece del todo. En esta obra, Fernandes plantea que entre el momento de desintegración y el de reintegración encontramos el largo y complejo proceso de la revolución burguesa. En su concepción, la revolución burguesa constituye un fenómeno estructural (y no un mero episodio) que implica históricamente la ruptura con el inmovilismo del orden tradicionalista y la organización de la modernización como proceso social (Fernandes, 1978: 29). Aún cuando la fuerza, el grado de expansión y el destino de esta revolución son problematizados por el autor, es precisamente la idea del tránsito histórico indiscutible hacia una sociedad de clases, esto es, el tipo social o modelo civilizatorio al que se dirige el cambio, lo que le da el carácter de revolución burguesa.

competitivo”. Estas diferentes denominaciones introducen, sin duda, una serie de tensiones en la obra de Fernandes que tendremos ocasión de revisar más adelante. Por el momento vale la pena indicar la presencia del “dualismo” tan característico de los sociólogos de la modernización. En el caso de Fernandes esta visión está claramente enraizada desde sus primeros escritos, en los años 40, en la obra del geógrafo Jacques Lambert (*Os dois Brasis*), pero también en las investigaciones antropológicas de Robert Redfield (*The folk culture of Yucatán*).

Ahora bien, tal como expresa la cita anterior, este proceso de transformación social (desintegración-reintegración del orden) se concibe fundamentalmente impulsado desde el ámbito del orden moral e intelectual, en suma, de la “cultura”¹⁵⁸. En este sentido, Fernandes plantea que existe una relación recíproca entre una base psicosocial compuesta por valores, motivaciones, aspiraciones -es decir, modos subjetivos de ser, pensar y actuar-, y condiciones externas, objetivas, de la acción.

“Mesmo quando elas (actitudes y motivaciones) se manifestam através de condutas individuais e de processos de interação social de indivíduos, tais condutas e processos constituem parta da estrutura, são reguladas pela organização e variam de acordo como as tendências de diferenciação do sistema social” (1979: 323).

Estas últimas modelan el conjunto de elementos de la situación que se elevan a la esfera de la conciencia y actuación más o menos deliberada de los agentes humanos.

Para Fernandes, esta relación entre actitudes y motivaciones y desarrollo puede encararse desde el punto de vista sincrónico, es decir, a través del estudio de los diferentes estados de la moderna sociedad de clases en su forma típico-ideal; como desde el punto de vista diacrónico, es decir, a través del estudio de las tendencias de desagregación y reintegración de la sociedad de clases. De acuerdo a el esquema sociológico expuesto en el apartado anterior, las sociologías sistemática y diferencial, y por tanto las perspectivas de Weber y Marx, permitirían uno y otro abordaje respectivamente.

En el caso del análisis sincrónico, es decir, de la sociedad moderna es su forma típico ideal Florestan Fernandes asume explícitamente las ideas de Weber. Al describir la conexión

¹⁵⁸ A partir de mediados de los 60 el eje de la explicación social tenderá a desplazarse hacia una reflexión más política y económica (Limoeiro, 1996).

entre actitudes y motivaciones y desarrollo en las diferentes fases de diferenciación del orden social moderno, Fernandes sostiene:

“No ‘ponto zero’ da formação e emergencia dessa ordem social, como nos demonstram principalmente as análises de Weber, houve uma autêntica revolução no horizonte cultural do homem médio. Essa revolução possui dois planos distintos, nem sempre devidamente reconhecidos. De um lado, surgiram tendências inconformistas na avaliação dos comportamentos rotineiros e tradicionais, das instituições e dos valores ‘sagrados’ ou intangíveis, que conformavam o presente pelo passado e impediam a renovação econômica, cultural e social das condições de vida [componente desintegrador del viejo orden]. De outro, está o surto de uma mentalidade prática, que levou o homem a refletir sobre os elementos e as forças do meio social ambiente segundo critérios utilitários de teor crescentemente racional [componente constructivo de un nuevo orden]” (1979: 325).

En este párrafo podemos destacar dos elementos: en primer lugar, la concepción del cambio como impulsado desde el ámbito de la conciencia. La “revolución cultural” a la que se refiere el autor, tiene que ver con la emergencia de ciertas valoraciones sociales que operan de manera constructiva en la construcción de un orden social nuevo. En segundo lugar, el contenido de esas nuevas valoraciones se definen específicamente por la presencia creciente de elementos racionales provenientes de intereses prácticos¹⁵⁹.

Aquí hay una dificultad con la interpretación de Weber. No parece pertinente que esta revolución cultural implicara en Weber una “toma de conciencia” de la situación social y el ideal de intervenir racionalmente sobre ella. Justamente una de las características de la explicación de Weber sobre el origen del capitalismo es la paradoja de que a partir de motivaciones y fines religiosos se produce un resultado no previsto necesariamente en el sentido de una secularización de las prácticas económicas. En todo caso, el contenido de este resultado sí fue la expansión de la racionalidad instrumental.

¹⁵⁹ En una larga nota a pie de página incluida en este párrafo, Fernandes cita en primer término las obras de Weber y agrega luego otras contribuciones actuales a la misma problemática. Entre ellas se incluye a Talcott Parsons junto a R.H. Tawney y a Gerth y C. Wrigth Mills. Nos parece relevante esta cita ya que los cuatro autores referidos produjeron importantes interpretaciones sobre Weber, aunque presentan posturas más bien enfrentadas. Si la sociología norteamericana es influyente en la época, al menos en Florestan Fernandes lo es tanto en su versión dominante (Parsons) como en sus versiones más críticas (Mills). A continuación de la nota, Fernandes agrega lo siguiente “en nuestra discusión aprovechamos ampliamente las *fs*”, y cita en primer término los aportes de Mannheim junto a otras contribuciones: S. Asch, H. Blumer, H. Cantril, y nuevamente Gerth y Mills.

Más adelante, Fernandes sintetiza los que considera como componentes-requisitos básicos del nuevo orden social, inalterables en sus distintas fases de emergencia, expansión y apogeo entre los que contempla: a) La inclusión de los elementos estáticos y dinámicos fundamentales del orden social en las esferas de conciencia social, lo que produjo –antes de la aparición de la ciencia y la tecnología científica- una sustancial alteración en la percepción y en el conocimiento del medio social ambiente por el hombre; b) La formación de ideales de vida y de seguridad social que crearon aspiraciones activas de intervención del hombre en la organización de las condiciones de existencia social, susceptibles de alguna forma de control deliberado; c) La elección de la eficacia (o del rendimiento práctico efectivo) como criterio de evaluación y de perfeccionamiento gradual de las normas, instituciones y técnicas de control sociales, lo que confería a la *experiencia* el carácter de principal fuente tanto de la producción de saber como de la verificación de la validez de su contenido o de la consistencia de sus aplicaciones. Nuevamente, los dos últimos puntos parecen más claramente weberianos; en cambio los dos primeros es más cuestionable.

En la sociedad moderna, estas disposiciones penetran simultáneamente en todas las esferas del mundo social: a) en las formas de interacción individual: mediante el cálculo de intereses en juego en las diferentes relaciones e interacciones con otros individuos; b) en la esfera política: mediante la ampliación de las fronteras de la administración según criterios racionales, así como mediante la identificación de intereses ocultos detrás de las fuerzas sociales en conflicto irreductible; c) en la esfera del conocimiento: mediante la aplicación del método científico para el estudio de los procesos y problemas sociales; d) en la esfera económica: mediante la exploración de modelos racionales de organización de instituciones económicas, políticas, educacionales, recreativas, de asistencia, etc. (1979: 327-329).

La reintegración de orden social se concibe, entonces, como un proceso de creciente racionalización en todas las esferas. El problema a resolver es qué tipo de racionalización es la que se desarrolla según Fernandes ¿sólo la formal-instrumental? O también práctica y sustantiva? Aunque en la cita siguiente parece indicar la primera, en la obra en conjunto esto no está tan claro:

“O aumento progressivo da eficácia das normas, das instituições e das técnicas de controle sociais constituía o criterio básico desse aperfeiçoamento do meio social pelo próprio homem” (1979: 326).

Asimismo, la modernización, en cuanto proceso de racionalización, implica la institucionalización del cambio, como patrón de equilibrio, inestable y conflictivo, de funcionamiento del orden. Para Fernandes la sociedad moderna implica “um tipo de ordem social no qual a mudança faz parte do quadro rotineiro da existência humana e constitui uma peça fundamental para o equilíbrio ou a continuidade das condições normais da vida” (1979: 330). Este cambio puede ser controlado y dirigido racionalmente según el grado de dominio activo alcanzado por el hombre sobre las condiciones sociales de existencia.

Sin duda se trata de una peculiar interpretación de Weber. Por el momento cabría señalar que es al menos cuestionable si Weber trató de construir un modelo de desarrollo de la sociedad moderna válido para comparar todas las situaciones históricas concretas. Su visión de la historia y de la sociología como ciencia obstaculizarían una interpretación de este tipo.

Ahora bien, en el caso del análisis diacrónico, esto es, del proceso mismo de desintegración y reintegración, Fernandes asume la perspectiva marxista pero la complementa con aportes de Mannheim y Freyer. Como se mencionó más arriba, el orden social moderno se caracteriza por un patrón inestable y conflictivo de funcionamiento. ¿En qué consiste esta inestabilidad? Fernandes plantea tres puntos fundamentales. En primer lugar, la inestabilidad de la sociedad de clases reposa en las incongruencias existentes entre los fundamentos morales y la organización de la vida humana en ella imperantes. En segundo lugar, la desigualdad económica, social y política impide la percepción, la explicación y la valoración homogéneas de esas incongruencias, pero favorece la emergencia de mecanismos de reintegración del orden social, mediante los cuales las diferentes clases sociales intentan mantener o alterar el orden establecido a través de movimientos sociales. En tercer lugar, las reacciones de clase social a las incongruencias obedecen a actitudes y motivaciones basadas en sus propios intereses en la coyuntura histórico-social, pero las influencias dinámicas de ellas resultantes tienden a reflejarse positivamente en el grado de ligazón entre los fundamentos morales y la organización social de la vida (1979: 332s).

Fernandes parte de que en el orden social de clases impera una distribución desigual de la renta, del poder y del prestigio. Esta desigualdad es una importante fuente (aunque no la única) de inconsistencia entre los fundamentos morales del orden (basados en el progreso material, social y moral del ser humano) y la organización efectiva de las sociedades. Los cambios orientados a preservar o a alterar el patrón de equilibrio del orden social dependen entonces de la capacidad de las clases, dominantes y dominadas respectivamente, de utilizar en su provecho, a través de comportamientos conscientes e inteligentes, las garantías y derechos asegurados por la sociedad. Este último punto es de importancia vital en la interpretación de Fernandes sobre Marx, Mannheim y Freyer. La principal contribución de estos autores, para Florestan Fernandes, residiría en la siguiente idea, subrayada por él:

“não é a sociedade que se transforma; são os homens que transformam a sociedade em que vivem, atuando de forma socialmente organizada sobre suas condições materiais e morais de existência coletiva” (1979: 333)¹⁶⁰.

Según nuestro autor, no se trata de una interpretación voluntarista de la acción. Se asume, por supuesto, que los razonamientos están condicionados por las situaciones sociales de existencia. No obstante existe siempre un margen variable para diversos comportamientos volitivos, conscientes e inteligentes “a pesar de su naturaleza social”.

Dentro de este marco general, el aporte que recoge Fernandes de Marx es la teoría del conflicto como factor de cambio histórico social en la sociedad de clases. Fernandes buscar argumentar que, en la teoría marxista, el conflicto es entendido como fuerza social constructiva:

“...o conflito só se manifesta como força disruptiva y desagregadora em situações histórico-culturales nas quaies ele não possa ser regulado socialmente. Onde el se manifesta ordenadamente, o conflito se inclui entre os fatores dinâmicos da ordem social e pode operar construtivamente, tanto na diferenciação da estrutura social, quanto na reintegraçãp do sistema organizatório da sociedade” (1979: 335).

Y agrega más adelante “A questão consistira em saber se a sociedade de classes cae nessa alternativa e como isso se dá”. En lo que sigue, el texto de Fernandes no explora una

¹⁶⁰ Las cursivas son del autor.

respuesta negativa a este interrogante como tampoco explora la posibilidad histórica del conflicto como fuerza disruptiva. Por el contrario, vuelve a argumentar que en Marx el conflicto incentiva tendencias a la democratización del saber, de las garantías sociales y del poder en la sociedad de clases. Y agrega:

“O principal resultado positivo do conflito consiste em que el permite introduzir critérios racionais de ajustamento nas áreas onde for utilizado com êxito. Portanto, a existência do conflito é acompanhada de alternativa da diminuição das situações em que ele se faz necessário” (1979: 336).

Sin duda, esta interpretación de Marx presenta también sus dificultades. El problema es el de una lectura del conflicto dentro del orden. Para algunos esta lectura sería completamente errada, para otros sería sólo posible como una fase de agudización hasta hacer irreductible el antagonismo. Parece además haber un desfase entre los conceptos de capitalismo y sociedad de clases. Como si el primero no agotara el segundo. Ya que se habla de crisis del capitalismo. El problema es la racionalización del conflicto que tanto se le reprocha a Germani también. Desde nuestro punto de vista estas afirmaciones están marcadas por una expectativa extra-científica muy importante en Fernandes en esta etapa: la posibilidad de realizar una “revolución dentro del orden”¹⁶¹.

Si los aportes de Marx se encuentran ligados al contexto del capitalismo en el siglo XIX, esto es, en la fase expansión de la sociedad de clases, los aportes de Mannheim y Freyer se ligan más específicamente al momento actual, de crisis del capitalismo. Fernandes recoge de Mannheim la preocupación por la crisis de la sociedad actual y el desfase entre el horizonte cultural del hombre moderno y las exigencias de la situación histórico-social. Según Fernandes, para el sociólogo húngaro, en el contexto de la guerra mundial y la segunda revolución industrial, nuevas técnicas de control en el área de la propaganda y de la coerción policial habrían abierto perspectivas de manipulación y conformación de la voluntad, de individuos y grupos que aseguran la emergencia de nuevas formas autoritarias de mando. Frente a estas nuevas técnicas, las clases subordinadas, en particular, las clases medias, dejaron de defender con autonomía y tenacidad las tendencias más profundas de democratización y asumieron comportamientos conformistas asociados a fuerzas

¹⁶¹ Hacia mediados y fines de los 60 la frustración de esta expectativa llevará al autor a plantear con más énfasis la posibilidad de una “revolución contra el orden” y, por tanto, la interpretación de Marx adquirirá nuevos contornos.

conservadoras. Aunque esta situación no abolió la presencia y la necesidad del conflicto social como fuerza constructiva, en todo caso la volvió más difícil y peligrosa.

Ante este panorama, la propuesta de Mannheim es la modificación de las propias técnicas sociales de control a través del recurso creciente a la planificación. Pero, podríamos preguntar, tal como se ha observado en numerosas ocasiones al autor, ¿quiénes son los planificadores? Y, sobre todo ¿quién planifica a los planificadores?, preguntas a las que no se dan respuestas claras. Lo central para Mannheim y también para Fernandes es que la planificación no implica necesariamente la desaparición del conflicto pero sí su disminución a través de la utilización del cambio social provocado y dirigido deliberadamente:

“a planificação envolve um estilo específico de tratamento e controle prático das condições e fatores do ambiente social. Onde ela se introduz com êxito, os arranjos construtivos podem ser obtidos através de elementos e de forças controláveis, independentemente do recurso sistemático ao conflito. Por isso, ela não só acarreta maior consciência da natureza, dos alvos, dos meios e dos efeitos da mudança social progressiva. A planificação confere caráter positivo y maior eficácia às tentativas de utilização deliberada da mudança social. A luta do homem pelo domínio de condições e fatores inestáveis do meio social deixa de ser cega ou parcialmente inteligente, iluminando-se, em todas as suas fases, por intenções e manipulações calcadas em conhecimentos objetivos técnicos ou científicos” (1979: 342).

Y más adelante:

“A consequência geral consiste em que atitudes e motivações de conteúdo estritamente racional deveriam ter decidida predominância numa era em que a mudança social espontânea tende a ser substituída, em várias esferas da vida, pela mudança cultural provocada e dirigida. (...) E é improvável que isso venha a acontecer independentemente de duas coisas: a) maior expansão da ciencia no mundo moderno, que permita entrosar orgánicamente o ‘progresso material’ ao ‘progresso moral’ do homem; b) eliminação das inconsistências existentes entre os critérios de estratificação social e os fundamentos morais da vida humana na sociedade de classes” (1979: 343).

Nuevamente aparece la idea de la modernización como proceso de racionalización, ya sea como racionalización del conflicto entre clases, ya sea como planificación. En ambos casos

se trata de una racionalidad instrumental, técnico-científica. Aunque se señala que en las distintas fases de la sociedad de clases (formación, expansión y crisis) los requisitos dinámicos varían, hay un elemento que da continuidad a los distintos momentos:

“A importância dinâmica relativa do elemento racional aumentou de forma ascendente y contínua, enquanto diminuiu, em proporções inversas, a possibilidade de combiná-lo frutíferamente a condições e a fatores irracionais” (1979: 344).

Desfases y dilemas de la sociedad brasileña

Ahora bien, según esta concepción del cambio social, ¿en qué situación se encuentran las sociedades latinoamericanas? Una primera característica de la obra de Fernandes es que, dentro del gran periodo que nos ocupa (45-60) la referencia a Latinoamérica todavía no es central. La preocupación por los fenómenos del cambio y el desarrollo es fundamentalmente de carácter nacional. Lo que interesa a Florestan Fernandes, como a los intelectuales de su generación, es la interpretación social del Brasil. No obstante, encontramos a menudo referencias a la similitud con otros países “subdesarrollados” o de “evolución retardada”. Esta constatación es relevante porque permite clarificar, como haremos más adelante, algunos aspectos importantes de su concepción sobre el cambio social.

En esta primera etapa de la obra de Florestan Fernandes, objeto de estudio en nuestra investigación, encontramos la tesis de una modernización incompleta así como la caracterización de una sociedad en transición. En términos generales, el grado insuficiente de disgregación interna del orden tradicionalista obstaculiza la reintegración del orden en términos del modelo del orden social de clases. Se trata de órdenes sociales distintos y contrapuestos, por tanto, la constitución psico-social y cultural de los sujetos que los componen es estructuralmente diferente. Es importante aclarar que si bien Florestan Fernandes ubica a cada una (sociedad estamental o sociedad de clases) como “formaciones sociales típicas”, al mismo tiempo estas se despliegan en el tiempo y bajo las condiciones históricas particulares adquiriendo contornos específicos en diferentes fases.

En el prefacio al libro *Mudanças sociais no Brasil*, el autor sintetiza la situación histórico-social del Brasil de la siguiente manera:

“O ‘antigo regime’ ainda não desapareceu; a nova orden social está em plena emergencia e formação. As lealdades morais e as preferências ideológicas prendem-se , confusa e dramaticamente, a forzas sociais vivas, que tentam prolongar o passado ou procuran construir o futuro sem se definirem, plenamente, em torno de alvos coletivos explícitos, consistentes e ordenados. Em conseqüencia, o símile brasileiro do ‘homem de ação’ europeo ou norte-americano não conta com um conhecimento de senso comum capaz de orientá-lo, na atuação prática, de modo unívoco e integrado. Incapaz de ter uma visão coerente da situação total e da significación dinâmica de seus propios interesses e valores sociais imediatos dentro dela, apela para avaliações egoísticas e oportunistas, nas quais se mesclan, extranhamente, identificações com o ‘antigo regime’ e solicitações mais o menos fortes da economia de mercado, da orden de classes sociais e da democracia” (1979: 13).

Ahora bien, como hemos señalado en el apartado anterior, la sociedad moderna implica un patrón de funcionamiento inestable y conflictivo. Existe siempre, por tanto, un nivel de desajuste entre modelos ideales y manifestaciones concretas. En este sentido, indica Fernandes, “todos os países, cujo sistema social se organize segundo os padrões estruturais e funcionais da sociedade de classes, enfrentam problemas sociais na área do desenvolvimento social” (1979: 345). No obstante, en el caso específico de Brasil, los desfases están relacionados con las condiciones históricas específicas en que opera la implantación-transplante de la civilización moderna occidental en regiones subdesarrolladas. ¿Cuáles son estas condiciones?

En primer lugar, las condiciones internas o punto de partida en las que aquella civilización vino a implantarse. Por sus características singulares, el “orden tradicionalista”, tal como se da en las sociedades subdesarrolladas, presenta una gran permeabilidad y resistencia que se constituye en obstáculo para la reintegración del nuevo orden. Veamos un ejemplo, en relación con la industrialización:

“o que se pode chamar de ‘antigo regime’, no Brasil, é algo bem diverso do estado de coisas equivalente na Europa. A escravidão, nas Américas, introduziu um fator de regressão na integração do sistema social, transplantado pelos ‘colonizadores’ da Europa. Qualquer que seja a importancia que atribuamos a essa constatação, o fato é que o ponto de partida típico da industrialização deixou de ser o mesmo. Atendo-nos à situação brasileira, o desenvolvimento urbano não só era recente, mas restrito, superficial e descontínuo; mal

escondía los escombros del orden rural de que emergiera, siendo insuficiente para asegurar las bases de una economía de mercado capaz de garantizar cierta vitalidad e integración orgánica a las tendencias de crecimiento industrial” (1979: 66).

En cuanto al “antiguo orden” Florestan Fernandes toma como punto de referencia teórico las categorías de Weber sobre los tipos de dominación. La fase colonial está organizada por un tipo de arreglo social en el que se combinan y superponen estamentos y castas. Al interior de la “raza” dominante -blancos y en su mayoría portugueses en el caso de Brasil- opera una sólida organización estamental que sirve de base social indispensable para la existencia y fortalecimiento de un Estado patrimonialista (el Imperio colonial portugués). Por otra parte, encontramos una “suborden de castas” formada por indios, negros y mestizos que conforman, en una colonia de explotación, el grueso de mano de obra esclava de la economía de plantación, pero que se irradia por todos los escalones del orden estamental: “todos los estamentos, de los nobles y hombres de bien a los oficiales mecánicos veían en los esclavos ‘sus pies y sus manos’” (Fernandes, 1976, en Ianni, 2004: 396). Entre estos extremos se sitúa una “población libre”, de posición ambigua, generalmente identificada con el sector dominante en términos de lealtad y solidaridad, aunque podía o no estar incluida en el orden estamental (Fernandes, 1976, en Ianni, 2004: 359).

Es importante resaltar que no se trata, para el autor, de una sociedad feudal en el sentido de la experiencia histórica europea. Para Fernandes la fase colonial en América Latina tiene un carácter eminentemente capitalista en cuanto al comercio colonial interno y externo (tesis compartida con André Gunder Frank). Este comercio incluye, por supuesto, la esclavitud de tipo mercantil. No obstante, se complementa, en la producción, con formas de apropiación y expropiación precapitalistas que se traducen en una combinación de esclavitud, servidumbre y trabajo pago. La existencia de esta multiplicidad de relaciones sociales genera al mismo tiempo una variedad superpuesta de formas de dominación: patriarcal, patrimonialista, burocrática o legal (Fernandes, 1976, en Ianni, 2004: 398s). Pero todas ellas, según el autor, refuerzan el orden estamental.

Este orden comienza a desintegrarse, pero muy lentamente, después de la independencia, en un largo proceso de transición neocolonial. El control legal y jurídico colonial es suplantado por controles puramente económicos determinados por los mecanismos del mercado externo y comienza la absorción de modelos de comportamiento, valores y

orientaciones propias del modelo de civilización moderno occidental; sin embargo, la estructura social estamental permanece casi intacta después de la independencia y sólo en un largo proceso de aproximadamente un siglo irá desintegrándose. En este periodo se van estableciendo los elementos de una economía de mercado con dos polos dinámicos: uno interno y otro externo, estrechamente vinculados. A partir de aquí se comienza a desarrollar una sociedad de clases ligada a la implantación y consolidación del capitalismo. No obstante, el antiguo orden revelará una gran permeabilidad que obstaculizará la reintegración completa del orden en términos de la sociedad de clases. Esta circunstancia, por ejemplo, hizo que a pesar de que la industrialización aparece en el horizonte de expectativas, como valor social, en la escena brasileña desde mediados del siglo XIX, sólo se transforme en una fuerza social un siglo más tarde, como consecuencia de las dos guerras mundiales y de los cambios producidos en el capitalismo a nivel mundial.

Una segunda condición que se convierte en un factor de desfase es el carácter heteronómico de nuestros países. La implantación del orden social moderno constituye un proceso vinculado culturalmente a la importación de valores, instituciones y técnicas europeas y, en menor medida, norteamericanas; por tanto, se trata más bien de un “transplante” de valores por difusión e imitación. Este transplante no se da en el vacío sino en el contexto de determinada estructura y dinámica del sistema social. Así, por ejemplo, en relación con el problema de la industrialización:

“...as condições econômicas e sócio-culturais internas não continham elementos que possibilitassem a transplantação literal das técnicas, instituições e valores, pertinentes aos modelos ideais de organização e de exploração econômicas da empresa industrial. Eles foram reproduzidos mas na escala em que o permitia a situação histórico-social brasileira. Ou seja, passando por processos de reinterpretação cultural que acarretaram, em regra: perda da eficácia instrumental das técnicas; empobrecimento do poder organizatório e dinâmico das instituições, e reedução, em superfície e em profundidade, dos influxos morais dos valores no comportamento humano, nos diferentes níveis da empresa industrial” (1979: 66s).

Esta persistencia del antiguo orden produce un desfase entre la presencia de modelos, valores y aspiraciones modernos y las condiciones reales, materiales y morales, para que éstos se hagan históricamente efectivos. Este desfase opera de dos maneras: como discontinuidad en los ritmos del cambio entre las diversas esferas (economía, política,

sociedad, cultura) y como incongruencias entre valores declarados y comportamientos efectivos dentro de cada esfera particular. Para Enno Liedke Filho (2005), estas dos formas del desfase corresponden a dos hipótesis diferenciadas planteadas por Fernandes en distintos momentos del periodo que nos ocupa: la hipótesis de una “demora cultural” manifiesta en los textos escritos entre 1954 y 1959 y la hipótesis de los “dilemas del subdesarrollo” expuesta en los textos elaborados entre 1959 y 1965. La progresión de una a otra estaría dada por el creciente escepticismo respecto de la completa y definitiva integración del orden moderno y la concepción del desfase, ya no como un problema de transición, sino como una dinámica constitutiva del funcionamiento propio de nuestras sociedades.

Este diagnóstico está en la base de todos sus análisis más específicos sobre Brasil. Un caso emblemático de esta concepción, por la continuidad de este tema a lo largo de su trayectoria, son las investigaciones en torno al “dilema racial brasileiro”¹⁶². Estos trabajos se concentran en analizar los modos de integración del negro en los distintos periodos históricos de la sociedad brasilera, resaltando sus valores y comportamientos así como los estereotipos que orientan la percepción del negro por parte del blanco y las formas discriminatorias que acompañan aquella percepción.

En cuanto a la definición del “negro”, Fernandes adopta una perspectiva sociocultural y rechaza cualquier asociación de la raza como dato de la naturaleza o determinación biológica. El pasado, los valores culturales y los patrones de comportamiento, que se recrean en función de relaciones sociales concretas, son los que definen su condición social¹⁶³. De aquí que, a pesar de no eludir la cuestión de la diversidad de procedencia y origen étnico de los negros, es la inserción en las diferentes formaciones socioeconómicas

¹⁶² Este concepto de “dilema” tiene gran influencia de las investigaciones de Gunnar Myrdal y refiere al conflicto que se da entre dos planos de valoraciones sociales: el “plano general” y los “planos específicos de vida individual y grupal”. Mientras en el primero se afirman los ideales de un humanismo liberal, en el segundo se refuerzan una y otra vez instituciones que perpetúan el racismo y el subdesarrollo.

¹⁶³ Los estudios y la perspectiva de Florestan Fernandes sobre los negros en Brasil se encuentran dentro del marco general de un fuerte interés por la cuestión racial por parte de los organismos internacionales, en particular la UNESCO, una vez concluida la segunda Guerra Mundial. A principios de los años 50, esta organización propició una discusión entre especialistas sobre el estatuto científico del concepto de raza y elaboró un documento en el que se negó cualquier asociación determinista entre características físicas, comportamientos sociales y atributos morales, todavía en boga en los años 30 y 40. Asimismo, desde esta perspectiva, la UNESCO escogió a Brasil para emprender una gran investigación sobre los factores que propiciarían o no un ambiente de cooperación y armonía entre las razas, debido a la controvertida creencia de la existencia de una democracia racial brasilera (Chor Maio, 1999: 143). Los análisis de Florestan Fernandes se dirigen precisamente a desmitificar esta imagen.

lo que unifica la condición del negro y el mulato como sujeto social. En este sentido, Rugai Bastos sostiene que al incorporar la mirada desde la organización social, Fernandes rompe con cierta tradición conservadora que restringe la cuestión racial al campo exclusivo de la cultura (en D’Incao, 1987: 142)¹⁶⁴.

Como sucede con su obra en general, la preocupación profunda que anima los estudios de Florestan Fernandes sobre las relaciones raciales es la formación y consolidación del régimen de clases y las particularidades que presenta la incorporación del negro y el mulato en el nuevo patrón civilizatorio. Se trata aquí de explorar en qué medida la transformación de sus valores y orientaciones de acción se ajustan a las circunstancias objetivas que establece el capitalismo tal como se desarrolla en América Latina; y, fundamentalmente, bajo qué circunstancias el negro se puede convertir en agente activo de su propia historia. Este sentido, nuestro autor describe la experiencia del negro como un verdadero drama. Para empezar, el negro no es el protagonista de la abolición de la esclavitud. Las potencialidades revolucionarias del orden que esta abolición contiene son tempranamente neutralizadas, como se señala más arriba, por la naciente burguesía quien se apropia del movimiento abolicionista para reorientarlo en favor de sus intereses económicos. Así, a pesar de la nueva condición jurídica de ciudadano que adquiere con la abolición, el negro se inserta en el nuevo orden sin un proceso de resocialización que tenga bases firmes en la organización social (Fernandes, 1965). Claude Lépine señala que para Fernandes el negro

“parte del punto cero: sin tierra, sin bienes, sin instrucción o cualificación de cualquier especie, su aprendizaje habiendo sido reducido, la mayoría de las veces, a los papeles de animal de carga, sin familia, sin raíces, desgarrado, despojado de su cultura ancestral, solo y desprovisto de formas de organización o de solidaridad étnica, era un ser casi reducido a las condiciones de la animalidad” (en D’Incao, 1987: 132).

Esta situación retarda considerablemente su integración a la sociedad nacional. Tímidamente, hacia los años 25-30 el negro se afirma como brasilero y comienza a identificarse y adoptar los valores, tradiciones y estilos de vida del blanco. Recién hacia los años 50 se incorpora a la sociedad de clases, a las posiciones más bajas, medio siglo más

¹⁶⁴ Borges Pereira plantea que el proyecto de la UNESCO abrió las puertas a una mirada social y sociológica del problema racial, enriquecedora y superadora del culturalismo norteamericano dominante desde los años 30 en la antropología (en D’Incao, 1987: 156).

tarde que el inmigrante. No obstante, esta integración se realiza bajo el signo de un gran individualismo y de la ausencia de formas de solidaridad étnica y social (Fernandes: 1965).

Florestan Fernandes destaca los conflictos que atraviesan su personalidad y condicionan su comportamiento social. Se trata de un ser humano dividido entre su ser físico y su ser espiritual. Socializado en una sociedad dominada por blancos, adquiere los valores e ideales de esta sociedad, pero éstos corresponden a una imagen que no es la suya, por tanto, su afirmación desde el mundo de los blancos es al mismo tiempo una forma de autonegación: “él debería ser una cosa y es otra”, busca constantemente “limpiar su sangre”. Esta falta de una imagen propia y coherente de sí mismo y de las relaciones raciales conducen con regularidad a estados de anomia, inercia y apatía que impiden la formación de una conciencia de clase en el negro y contribuyen al mantenimiento de un *statu quo* constituido por una doble dimensión estructural: racial y social (Fernandes, 1965).

En el otro extremo, algo similar ocurre con el empresario. En la primera mitad de los años 60, desde el Centro de Sociología Industrial y del Trabajo de la Universidad de Sao Paulo, Florestan Fernandes emprende, junto con Fernando Henrique Cardoso y Octavio Ianni, una investigación sobre el empresariado brasileiro. En el contexto de una gran efervescencia política y académica en torno a la viabilidad de un proyecto nacional-desarrollista¹⁶⁵, la investigación se propone analizar tres ámbitos claves del desarrollo: a) la mentalidad del empresario industrial; b) la intervención constructiva del Estado; c) la movilización de la fuerza de trabajo (Fernandes, 1963).

El estudio apunta, por una parte, a valorar la capacidad real del empresariado industrial, de los trabajadores y de la intervención estatal para liderar en Brasil un proceso de desarrollo incluyente, democrático y autosostenido, y, por otra, a descubrir los núcleos existentes para potenciar, con el auxilio de la ciencia (la sociología, en particular), esta capacidad. Se habla así, por ejemplo, de la necesidad de una resocialización del empresario.

También aquí se hace sentir de manera marcada la huella de un orden tradicional que se resiste a la desintegración. Ya sea por la herencia señorial y/o por la recurrencia a formas

¹⁶⁵ Tanto Miriam Limoeiro como Héglio Trindade insisten en el carácter fuertemente ideológico y mistificador que adquirieron los debates en torno al desarrollismo, cuyo principal laboratorio de difusión fue el ISEB (Instituto Superior de Estudios Brasileiros), creado por el gobierno de Kubitschek en 1955 (Limoeiro, 1996 y Trindade, s/f).

predatorias de acumulación capitalista -hay que recordar aquí las limitaciones de la evolución burguesa de los hacendados-hombre de negocios y, sobre todo, de los inmigrantes como principales antecedentes del empresariado¹⁶⁶-, los empresarios industriales mantienen en su conducta económica y social una racionalidad desviada del grado necesario para dar el “salto histórico” hacia el capitalismo maduro. No se trata, como otros autores han planteado, de una falta de racionalidad debida a la ausencia de ciertos valores¹⁶⁷. Por el contrario, existe en los empresarios un comportamiento racional -toda vez que la racionalidad depende de la estructura de la situación histórica en que el agente actúa- pero es, en todo caso, una racionalidad adaptativa, producto de las condiciones en que se desarrolla el proceso de industrialización en América Latina y su relación con las estructuras de estratificación y dominación hacia adentro y hacia fuera. Bajo estas condiciones el comportamiento del empresario se caracteriza por el desperdicio de recursos, la especulación y el logro de ganancias a corto plazo, la transferencia sistemática de riesgos y costos hacia el conjunto de la sociedad y, punto político clave, el temor a la participación de las masas.

Si bien esta investigación está todavía en el contexto de una apuesta por la posibilidad de una burguesía industrial que aliente un proceso de autonomización nacional, Trindade la ubica como el primero de una serie de trabajos orientados a desmitificar la existencia real de una burguesía nacional unificada y poderosa, creencia muy extendida en la época¹⁶⁸ (Trindade, s/f: 3). A través de la investigación empírica, el estudio muestra la diversidad de origen, composición, ideología e influencia política del empresariado industrial, cuestiones todas que afectan la capacidad de este grupo para erigirse como clase que domina y modifica la estructura y el curso de los procesos económicos.

¹⁶⁶Para Fernandes los verdaderos agentes de la desintegración del viejo orden estamental y del desencadenamiento de la revolución burguesa durante el siglo XIX son el hacendado-hombre de negocios (heredero del señor del ingenio rural) y el inmigrante. A lo largo de un siglo estos personajes se incorporan por distintas vías (abandono de la autosuficiencia del ingenio, ampliación de la actividad comercial) a actividades especulativas o lucrativas, asimilan las características de mentalidad y personalidad del medio urbano, convierten su actividad en fuente de riqueza y lucro más que de status, racionalizando la organización del trabajo, descartando costos improductivos y soslayables, etc.. No obstante, en un contexto de coexistencia de diversos órdenes sociales, el cálculo inmediateista, oportunista y egoísta típico de la orientación de estos actores contribuye a reforzar la evolución espontánea, descontrolada y desarticulada del capitalismo (Fernandes, 1978).

¹⁶⁷ Autores como McClelland, Lauterbach, Tenenbaum plantean la falta de interés por el éxito material, la tendencia a la mezcla de los negocios con las relaciones familiares, de compadrazgo y amistad, e incluso la iglesia que serían típicas de los empresarios latinoamericanos (en Solari, Franco y Jutkowitz, 1981: 254).

¹⁶⁸ En particular esta perspectiva es desarrollada en los trabajos del ISEB.

De todas formas, todavía en estos trabajos Fernandes se centra en los dilemas de una sociedad en transición. El orden social competitivo encuentra dificultades para expandirse pero es esperable que el sistema de clases, con sus dinanismos y sus conflictos, logre implantarse completamente. Los dilemas que caracterizan a nuestras sociedades se atribuyen a la sobrevivencia de formas estamentales del orden social tradicionalista. Esta perspectiva tiene su anclaje en una concepción de la revolución burguesa que tiene su epicentro en la década del 30, con la crisis de la llamada dominación oligárquica (aunque Fernandes no usa este término) y la expansión del capitalismo industrial, pero que se comienza a gestar en las últimas décadas del siglo XIX.

No obstante, si bien estos estudios se enmarcan en la concepción de una modernización incompleta en Brasil, hay elementos distintivos que lo alejan de una perspectiva conservadora o determinista del orden social. Para Florestan Fernandes el cambio social espontáneo, el avance de la modernización no logrará, por sí mismo, eliminar las desigualdades. El crecimiento económico que es producto del avance del capitalismo “abre oportunidades”, reubica a los sujetos en nuevas circunstancias, pero estas circunstancias son aprovechadas de modo diferente por los distintos sujetos, en función de su pasado y su situación actual, de sus percepciones y valores.

En este contexto, la intervención racional y consciente de los hombres se vuelve el elemento clave para la aceleración de las transformaciones y, por tanto, del desarrollo. Aparecen aquí los científicos sociales como sujetos impulsores de la transformación. En esta primera etapa de su producción los intelectuales parecen ser los únicos que pueden escapar al estado de anomia que aqueja a las demás clases, que no terminan de conformarse objetiva y subjetivamente como tales y, por tanto, no cumplen su papel histórico, producto del *impasse* o transición particular que se vive¹⁶⁹. De ahí la reflexión constante sobre el sociólogo como científico y como ciudadano y la indisoluble unidad de estos dos papeles. Para Fernandes esta relación se vuelve más estrecha en los países que viven en situaciones de heteronomía como son las sociedades latinoamericanas.

En esta primera etapa de su pensamiento el desfase de la modernización es un desfase entre elementos subjetivos y objetivos. Lo subjetivo puede estar presente (valores, orientaciones, el espíritu “moderno”) pero no ha logrado aún encarnar en instituciones y estructuras

¹⁶⁹ Volvemos a recordar aquí el papel crucial que jugó la lectura de Mannheim no sólo en Florestan Fernandes sino en gran parte de su generación.

objetivas; éstas continúan funcionando bajo esquemas de percepción antiguos y, por tanto, obstaculizan el pleno desarrollo de la sociedad moderna. Esta visión se vincula con la de Limoeiro cuando señala que en la primera etapa hay una prioridad dada a la esfera cultural o de la conciencia social como factor explicativo del retraso o la condición heteronómica.

Por otra parte, aunque aparece claramente el problema de la heteronomía, la dinámica desintegración y reintegración se analiza a partir de factores internos o priorizándolos frente a los externos. En la descripción de esta dinámica todos los sujetos parecen estar inmersos en una situación de “anomia”; no obstante, el papel esclarecedor de la ciencia y los científicos sociales –dadas ciertas circunstancias- abre oportunidades para la conformación de una conciencia que motive y reoriente las transformaciones en curso. En este sentido, los sujetos, en esta etapa, tienen oportunidad de asumir su propia historia activamente.

Finalmente es importante destacar otro aspecto fundamental de la concepción del autor: los desfases y la modernización se originan para el autor en factores “internos” a las sociedades analizadas. Básicamente se trata de la persistencia de relaciones de poder, valores y patrones de conducta de un orden social que se resiste a desintegrarse. Esto revela que la unidad de análisis asumida, explícita o implícitamente, es la sociedad nacional. Aunque efectivamente hay referencia a los vínculos con otras naciones en términos de la expansión de la civilización moderna occidental e incluso se habla de “heteronomía” y “dependencia cultural”, estas naciones son analizadas siempre de manera comparativa como si fueran sistemas sociales más o menos cerrados¹⁷⁰.

Llegados a este punto es importante detenernos en la propia concepción y caracterización del orden social moderno. En las obras producidas entre fines de los años 40 y fines de los 50 encontramos dos denominaciones recurrentes: “civilización moderna occidental” y “sociedad de clases”. Hacia los años 60 aproximadamente aparece una nueva denominación: “orden social competitivo”. Estas diferentes denominaciones abren dos vías de reflexión: 1: sobre la influencia y lectura de los autores; 2: sobre la caracterización del propio modelo de sociedad moderna.

¹⁷⁰ Aunque esta afirmación es válida para el periodo que analizamos, en la evolución del pensamiento de Fernandes hay un progresivo ensanchamiento del marco de análisis. Su incursión hacia mediados y finales de los 60 a la problemática de la dependencia económica está vinculada a esta ampliación del horizonte. No obstante, como veremos más adelante siempre persistirá cierto efecto de comparación producto de su concepción sobre el orden social moderno.

1. En efecto, la caracterización de la sociedad moderna, desde sus primeras obras, como “sociedad de clases” parecería indicar más la presencia de una visión marxista sobre el capitalismo que una weberiana, con la que compatibilizarían más las de “civilización europea occidental” u “orden social competitivo”. En efecto, cada denominación parece enfatizar distintos aspectos: lo social, lo económico o lo cultural ¿Qué interpretación se nos presenta aquí? Tampoco queda muy claro lo siguiente: la sociedad moderna ¿es un tipo ideal, esto es, una construcción metodológica del investigador; una sociedad histórica concreta o un modelo utópico a alcanzar? Las cosas se complican más si pensamos que, en virtud del esquema de interpretación sociológica presentado en un principio, la reflexión propiamente sobre los “tipos sociales” y su clasificación pertenece a la sociología comparada y al enfoque durkheimiano.

A nuestro juicio, existe en toda la obra de Fernandes cierta ambigüedad en este punto; producto en parte de su lectura metodológica de los clásicos, así como de las propias variaciones en su pensamiento y trayectoria. Así, por ejemplo, a principios de los 70, en el primer seminario sobre clases sociales realizado en México, ante los cuestionamientos presentados por Graciarena, Florestan Fernandes niega categóricamente que su noción de “orden social competitivo” esté utilizada en su análisis como un tipo ideal weberiano y señala que, precisamente, es considerada como una categoría marxista. Al respecto sostiene incluso que “Weber tomó de Marx lo central para caracterizar lo que es un orden social competitivo” (1998: 410). La diferencia radicaría en que Marx es más economista que sociólogo y Weber más sociólogo que economista. Sin duda no sería válido extrapolar esta afirmación, realizada en una etapa de su trayectoria en la que el marxismo adquiere más presencia en sus escritos, para interpretar textos anteriores. No obstante es indicativa de las dificultades que presenta su lectura de los autores clásicos de la sociología.

2. Las observaciones precedentes nos llevan a plantear la cuestión de cuál es, en definitiva, el modelo de sociedad moderna a alcanzar que tiene en mente Florestan Fernandes. Para nosotros, existen tres interpretaciones posibles que se entrelazan en su obra generando no pocos puntos oscuros y que dan origen a observaciones de distinta índole: a) el modelo es pensado a partir de la experiencia fáctica de los países capitalistas avanzados; b) el modelo es derivado a partir de un tipo ideal en sentido weberiano que se confronta con las sociedades reales latinoamericanas; c) el modelo es planteado en el sentido de una sociedad planificada, en la línea propuesta por Karl Mannheim.

a) La primera interpretación sobre el rumbo del cambio social es la que más han enfatizado los críticos para justificar una apología del sistema vigente en los representantes de la sociología científica. En efecto, en muchos pasajes encontramos cierta idealización de la experiencia histórica tal cual se dio en los países capitalistas avanzados. Ya sea porque en ellos se originó-despegó históricamente el modelo y/o porque en ellos el modelo encontró condiciones propicias para su desarrollo:

“Lo que está en juego en las naciones subdesarrolladas que pugnan por la ‘aceleración’ del desarrollo, es la manera por la cual se pretende intervenir en el sistema social para reorganizarlo, en grados de aproximación posibles, según los modelos proporcionados por sociedades plenamente desarrolladas, que encarnarían de modo más perfecto y completo determinado tipo social” (1963: 38).

“Portanto é legítimo presumir que o ritmo revelado pela industrialização no Brasil foi afetado, negativamente, pelas condições sociais de existência imperantes na sociedade brasileira, pelo menos durante o primeiro grande surto industrial (...) As perspectivas de que essa situação se alterará, numa direção mais próxima do que transcorreu na Europa ou nos Estados Unidos, são alimentadas por processos recentes” (1979: 67).

“o ‘progresso’ pode ser alcançado na sociedade brasileira, por vias conhecidas, através das experiências históricas de outros povos” (1979: 73).

La propia noción de “desfase” para caracterizar las sociedades latinoamericanas presupone una sucesión de fases ideal o “normal” que se habría producido en aquellos países avanzados. Las sociedades latinoamericanas son concebidas, entonces, a partir de la carencia o presencia de ciertos rasgos básicos de aquella experiencia, aún cuando para la realidad latinoamericana estos puedan ser simplemente irrelevantes.

b) En una segunda interpretación, el modelo de cambio es pensado como un tipo ideal, en sentido de una abstracción construida teóricamente y a partir de la cual se pueden analizar las diversas experiencias históricas-concretas. En algún sentido, es una variante de la primera interpretación debido a que el tipo ideal ha sido construido con base en la experiencia histórica de los países avanzados. De esta manera, el tipo construido para las sociedades desarrolladas, desde su experiencia histórica, se convierte en modelo ideal

desde el cual es posible juzgar los tipos reales que se encuentran en América Latina. En efecto, tal como aparece en la cita anterior, algunos países encarnarían de modo más “perfecto y completo” el tipo social. Por su parte, los países de la periferia tendrían como misión “aproximarse” a este modelo.

Ahora bien, aunque no son pocas las ocasiones en que Fernandes encara de este modo el modelo de sociedad moderna, también es cierto que con frecuencia advierte que el camino del desarrollo en las sociedades latinoamericanas no puede ni debe repetir las etapas del capitalismo clásico; en parte, por las diferencias de contexto histórico en el surgimiento del orden social de clases y por la situación de heteronomía propia de las sociedades de América Latina; en parte por las propias debilidades y errores de la experiencia fáctica de los países desarrollados. Veamos las siguientes líneas:

“Em suas análises, Durkheim toma, como ponto de referência para a caracterização do ‘estado normal’ das sociedades modernas, os requisitos da ordem social capitalista. Outros especialistas, como Mannheim e Fromm, por sua vez, partem de caracteres e tendências que nascem do colapso e reconstrução dessa ordem social. Nessas circunstâncias, impõe-se ao sociólogo indagar qual seria o procedimento mais produtivo e correto [...] Mas resta a pergunta, que nos parece crucial: *o sociólogo deve aceitar, passivamente, a condição de apologista das ‘tendências de desenvolvimento’ que, no fundo, asseguram vantagens certas apenas às camadas que se beneficiam diretamente da ordem social existente?* [...] Sem identificar-se com semelhantes ideologias, o sociólogo não pode admitir, de antemão, que seja pacífico e universalmente defensável o ideal de reproduzir, nas nações subdesenvolvidas do presente, o passado mais ou menos longínquo dos pises adiantados da atualidade. A sociedade, ao contrário do que se supunha em relação à natureza, pode ‘dar saltos’. Por tanto a segunda alternativa pode ter pleno sentido, devendo os especialistas resguardar as possibilidades de opção autônoma” (1979: 322).

Como podemos observar, difícilmente se puede reprochar a Fernandes una defensa del orden capitalista vigente o un desconocimiento de las situaciones de dominación prevalecientes. En todo caso, como afirman Solari, Franco y Jutkowitz, “el capitalismo tal como se da efectivamente en las sociedades desarrolladas proporciona a la orientación científica, tanto el modelo a adoptar, como el muestrario de los errores a superar” (1987: 181).

El problema que persiste, en todo caso, es que se considera a las sociedades desarrolladas y a las subdesarrolladas como si fueran sistemas diferentes, universos independientes, que se aproximan de modos variables al modelo, sin destacar con la suficiente claridad la complementariedad histórica de ambas situaciones (Graciarena, 1998: 291).

Con respecto a este último punto, se ha objetado a la orientación científica dar muy poco peso a la historia concreta. En el caso de Florestan Fernandes es difícil aplicar esta crítica debido a la profundidad con que se rastrean y describen los procesos históricos en sus investigaciones. No obstante, sí se puede señalar cierta tendencia a abstraer los tipos sociales, de tal suerte que más allá de las particularidades y singularidades que se captan en el proceso de desintegración y reintegración del orden social, el punto de partida y el punto de llegada son tratados como momentos más o menos fijos. Por tanto, no se trataría de un análisis histórico propiamente, sino una comparación entre tres tipos ideales: el inicial, el de transición y el final (Solari, Franco y Jutkowitz, 1987: 187).

Por otra parte, esta última cita nos parece reveladora porque abre una grieta para pensar la relación entre sociedad moderna y capitalismo, tal como la piensa el autor. En efecto, como se vislumbra en estas líneas, si por una parte el capitalismo está asociado históricamente a la modernidad, esta última no se agota completamente en aquel. El capitalismo sería una de las vías posibles de realización de la sociedad moderna. Otra, por ejemplo, sería la vía de los países comunistas que, aunque nunca aparecen desarrollados, sí son al menos identificados por Fernandes.

c) Una tercera interpretación es que el modelo de sociedad moderna está pensado a partir de los planteamientos de Karl Mannheim. Como hemos señalado más arriba, la lectura de este autor tuvo un fuerte impacto en todas las generaciones de sociólogos latinoamericanos formados entre las décadas del 40 y 50.

En el marco del debate sobre la convergencia de las sociedades industriales, capitalistas y socialistas, la influencia de Mannheim hace que la interpretación del modelo se identifique con la idea de una sociedad democrática planificada, con altísima participación social y con una fuerte intervención Estatal como instrumento de planificación. Este modelo, no sólo no concuerda con la experiencia histórica previa de las sociedades capitalistas avanzadas sino que surge, como sostiene Fernandes, de su colapso y reconstrucción.

El modelo de sociedad planificada es retomado de lo que estaba proponiéndose en algunas naciones europeas en el contexto de la crisis del 30, la posguerra mundial y la guerra fría. Tanto en Florestan Fernandes como en Celso Furtado encontramos, en particular, referencias al “modelo francés” que tuvo un impacto considerable en los intelectuales brasileños formados bajo la influencia de la misión francesa de los años 40. Este modelo de planificación tiene dos pilares básicos: a) otorga una gran centralidad a la ciencia y a la tecnología como motores de la modernización y el desarrollo, b) confía al Estado la misión de impulsar el desarrollo científico y tecnológico en sectores estratégicos.

El gran dilema que plantea la obra de Mannheim y que es recuperado por Florestan Fernandes es el de la conciliación entre planificación y democracia. Para el autor, la única manera de conservar la libertad en las sociedades industriales es la planificación de la libertad. Se trata de la creación de disposiciones colectivas favorables al cambio progresivo y la adaptación de las viejas instituciones a nuevos objetivos. Por planificación se entiende en ambos autores la expansión y crecimiento (en extensión y profundidad) de la racionalidad en todos los ámbitos sociales, no sólo el económico.

“A expansão da ordem social democrática constitui o requisito *sine qua non* de qualquer alteração estrutural ou organizatória da sociedade brasileira. Se não conseguirmos fortalecer a ordem social democrática, eliminando os principais fatores de suas inconsistências econômicas, morais e políticas, não conquistaremos nenhum êxito apreciável no crescimento econômico, no desenvolvimento social e no progresso cultural. Estaremos, como agora, camuflando pura e simplesmente uma realidade triste, que faz da insegurança social, da miséria material e da degradação moral o estado normal de existência de três quintos, aproximadamente, da população brasileira” (1963: 85).

Ahora bien, como hemos señalado ya, Florestan Fernandes atribuye a la ciencia un papel crucial en la intervención racional para la transformación de la sociedad, esto es, en el desarrollo. Pero en su funcionamiento, esta racionalidad, que es la racionalidad instrumental, se identifica y confunde con la racionalidad capitalista (Solarí Franco y Jutkowitz, 1987: 181). Asimismo, el autor plantea que, para el desarrollo de la planificación es condición necesaria una sociedad democrática, sin la cual los cambios solo benefician a los grupos dominantes. Pero aquí aparece nuevamente el problema entre lo fáctico y lo deseable. En efecto, se admite que puede darse la planificación de modo autoritario o totalitario (tal era la percepción dominante sobre el tema), no obstante, el tipo

de sociedad a la que se dirige la reconstrucción, la sociedad capitalista, incluye entre sus “requisitos normales de funcionamiento” la expansión de patrones democráticos de comportamiento social. Hay aquí una identificación entre capitalismo, democracia y racionalidad que supone cierta idealización del modelo, se identifique este o no con la experiencia real de las sociedades avanzadas. En este sentido, Solari, Franco y Jutkowitz agregan que la imputación de esa racionalidad a la sociedad global es a la vez consecuencia y causa de que se la impute en definitiva al Estado como gran conciliador de los intereses y racionalidades particulares. De esta forma se minimizan u opacan los conflictos entre clases y grupos de intereses que son constitutivos de la racionalidad capitalista.

Podríamos finalmente cuestionar ¿por qué a pesar de su ideología declaradamente socialista, en sus análisis Florestan Fernandes insiste en explorar las posibilidades actuales de un desarrollo capitalista autónomo, en el que cada grupo cumpla su papel? Dos respuestas posibles se abren en este punto: a) porque piensa que todavía no hay condiciones en las sociedades latinoamericanas para el advenimiento del socialismo y, por tanto, lo posible es impulsar la implantación cabal del capitalismo; b) porque tiene confianza en la futura convergencia de las sociedades industriales, capitalistas y socialistas, esto es, que las primeras se van a socializar y las últimas a liberalizar y democratizar. La influencia de Mannheim podría apoyar esta interpretación. No obstante, al discutir el tema del funcionalismo deja clara su diferencia ideológica con Mannheim.

De todas formas, creemos que a pesar de la expresión de sociedad de clases, en esta primera etapa habla de “civilización moderna” sin reducirla del todo al capitalismo (como hace cada vez más en sus obras posteriores) porque hay una idea (ilusión) de que puedan plasmarse otras alternativas, una alternativa propia, de realización de los fundamentos culturales básicos de aquella civilización. De aquí la importancia de la exploración de posibilidades abiertas. Fernandes trata de incluir en sus análisis no la confrontación de lo real, lo dado, con lo deseado, sino de lo dado con lo posible.

“O que nos deve atrair, na experiênciã dos outros povos do mesmo círculo civilizatório, não são os processos históricos transcurridos, mas os processos potenciais, que não chegaram a se transformar em ‘história’. Ou seja, em palavras diferentes, o Brasil (como as demais nações subdesenvolvidas) não deve se propor, como ideal, reproduzir no presente o passado de outros povos, por mais opulento e fascinante que ele possa parecer.

O que nos devemos propor a explorar, pois, são as potencialidades de desenvolvimento, em sua maioria apenas parcialmente alcançadas pelas ‘nações plenamente desenvolvidas’, do círculo civilizatório em cuja periferia está inserida a sociedade brasileira” (1963: 58).

Capítulo III

Gino Germani

1. Trayectoria vital e intelectual

Tomando como referencia los lugares en que vivió, podemos identificar cuatro grandes etapas en la trayectoria vital de Germani: Italia (1911-1934), Argentina (1935-1965), Estados Unidos (1966-1975), Italia (1976-1979). Por el recorte de nuestra investigación, la etapa que nos interesa, y a la que está ligada lo más fecundo de su trayectoria intelectual, es la que transcurre en Argentina, por tanto, en este apartado nos remitimos a este periodo específico. No obstante, es importante destacar previamente algunos datos biográficos y del contexto en que desarrollan sus primeros años de formación en Italia ya que tendrán una influencia decisiva en su trayectoria posterior.

Germani nació en Roma el 4 de febrero de 1911 y fue el único hijo de una pareja de sectores trabajadores. Su madre provenía de una familia de origen campesino y era una ferviente católica. Su padre era sastre y trabajaba en su propio taller. En su juventud había sido un activo militante socialista pero durante la infancia de Germani sólo permaneció como un simpatizante que leía y discutía con amigos sobre las cuestiones sociales y políticas de la época.

Aunque Gino Germani se sentía inclinado a estudiar música, sus padres lo disuadieron y terminó asistiendo a una escuela técnica. Más tarde ingresó a la carrera de Ciencias Económicas de la Universidad de Roma. Su juventud estuvo marcada por el ascenso del fascismo en Italia. Germani acababa de terminar la primaria cuando en octubre de 1922 los fascistas marchan sobre Roma. De allí en adelante tuvo que someterse a la Opera Nazionale Balilla y otras organizaciones juveniles del régimen que resultaron tremendamente opresivas (Germani, 2004: 22).

Muy pronto se incorporó a la militancia antifascista. En 1930, como estudiante universitario, fue sorprendido junto a otros compañeros distribuyendo folletos que convocaban a una manifestación contra la desocupación y los impuestos. Fue encarcelado

durante más de un año¹⁷¹. De las múltiples vivencias en la cárcel destaca su percepción acerca del marxismo y el partido comunista: “Germani descubrió que estos últimos eran rígidos e intransigentes, que no estaban dispuestos a tomar en serio a alguien que no fuera miembro del proletariado y verdadero creyente” (Kahl, 1986: 53). Estas experiencias marcaron profundamente su vida y se convirtieron en un referente permanente de los problemas teóricos que se planteó, en particular, de la naturaleza y características del totalitarismo y sus repercusiones en la formación de la personalidad individual y colectiva.

Germani fue un ferviente simpatizante del movimiento *Giustizia e Libertà* y de su fundador, Carlo Rosselli, teórico del socialismo liberal, de cuño reformista, antisoviético e inspirado en el laborismo inglés. Esta orientación ideológica lo acompaña a lo largo de toda su vida y es una clave fundamental para entender su producción intelectual y sus inclinaciones políticas posteriores.

Desde la época de estudiante universitario en Italia, Germani se mostró interesado por la psicología y la sociología y se introdujo en la lectura de Freud, Kant, Hegel, Marx, Pareto, Durkheim, Spencer a partir de cursos y conferencias paralelos a los de economía en los que participaba como oyente (Kahl, 1986: 53; Germani, 2004: 36).

En 1934, poco antes de terminar los cursos de la universidad, murió su padre y decidió trasladarse con su madre a Argentina donde residían, en buenas condiciones económicas, otros parientes cercanos. Llegó a fines de 1934 y permaneció allí hasta 1965 cuando, en el contexto de una (nueva) crisis política del país y de una acumulación de cuestionamientos a su gestión académica, decidió aceptar una invitación para incorporarse con un cargo permanente a la Universidad de Harvard. Durante diez años residió en Estados Unidos para volver a Italia en 1976 donde pasó sus últimos años de vida.

En el largo periodo que abarca su residencia en Argentina podemos distinguir dos grandes etapas delimitadas por la caída del peronismo y su papel, a partir de 1956, como fundador de la carrera y el departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Según la imagen tradicional, su figura ha quedado estrechamente ligada a este segundo momento de su trayectoria, en el que Germani habría orientado la institucionalización de la disciplina según los lineamientos teórico-metodológicos del estructural-funcionalismo norteamericano, hegemónico en la sociología mundial a partir de los 50. Aunque esta

¹⁷¹ Permaneció preso entre 1930 y 1931 en la isla de Ponza o Del Confine. Tenía 19 años.

imagen es en cierta medida correcta, si abrimos nuestro ángulo histórico de mirada y nos remontamos a la década anterior, podemos advertir una amplia etapa de investigación, docencia y labor editorial de Germani dentro del campo sociológico en la que se registra un diálogo con múltiples tradiciones intelectuales (corrientes teóricas y disciplinas), muchas veces alejadas o divergentes del estructural-funcionalismo, correspondientes a un contexto de intereses y problemáticas diferente al sancionado por aquel imaginario. Al mismo tiempo, podemos observar en esos años un movimiento renovador en la tradición de la sociología universitaria argentina que, si bien no alcanzó a materializarse en la creación de una carrera, presentó rasgos claros de un proceso de institucionalización. Germani fue un actor importante de este movimiento y, desde nuestra perspectiva, es dentro de este amplio proceso que se conforma su concepción de la sociología y de la modernización.

Dentro de la primera etapa de su estancia en Argentina podemos, a su vez, distinguir dos momentos: 1938-1945 y 1946-1955. Estos dos momentos están delimitados por el ascenso del peronismo y el impacto que este acontecimiento-proceso tuvo para la vida cultural y universitaria en general, así como para la trayectoria de Germani en particular. A nuestro juicio, la experiencia argentina del peronismo es fundamental para comprender el pensamiento de Germani porque opera como nexo o puente entre dos contextos (tiempos y espacios) en principio diferenciados: por una parte, el contexto europeo de la entreguerra, de la guerra civil española y de la segunda guerra mundial y, por otro, el contexto posterior a 1945, nacido de la reestructuración económica, política, ideológica del mundo bajo la hegemonía norteamericana y la guerra fría.

A partir, entonces, de los criterios señalados ubicamos tres grandes periodos en la trayectoria intelectual de Germani en Argentina: 1938-1945; 1946-1955; 1956-1962.

1938-1945. Antifascismo, formación universitaria e investigación social

Este primer momento abarca aproximadamente desde 1938, año en que ingresa como estudiante a la carrera de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, hasta 1946 en que abandona el ámbito universitario ante las presiones del peronismo ya en el

poder¹⁷². La unidad de este periodo está dada por su participación en tres ámbitos de actuación que, a pesar de sus múltiples solapamientos, pondrán a Germani en contacto con una diversidad de actores: el movimiento antifascista; el movimiento estudiantil universitario y, especialmente, el Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.

Esta etapa se desarrolla hacia el final de la Guerra Civil Española y en pleno transcurso de la Segunda Guerra Mundial. Ideológicamente se vive, a nivel mundial, una crisis del liberalismo frente al cual se perfilan como opciones ideológico políticas del momento el comunismo soviético y el fascismo. A nivel local, el golpe del 4 de junio de 1943 pone fin a poco más de una década de gobiernos conservadores, de corte autoritario, ligados a las oligarquías terratenientes que, desde la crisis del 29 ven agotado el modelo económico agroexportador que las sostenía en el poder. La industrialización espontánea y acelerada, promovida por la crisis y la guerra, comienza a cambiar la fisonomía del país y genera pronto una masa considerable de trabajadores excluidos del juego social y político. Aunque el grupo de golpistas del 43 está constituido por nacionalistas católicos, que en algunos casos simpatizan abiertamente con el fascismo, a partir de 1942 se hacen sentir las presiones de EEUU para el ingreso a la guerra y el desenlace de esta última tendrá repercusiones importantes sobre el rumbo que toma la vida política del país a partir de 1945.

Durante sus primeros años en Argentina Germani participa activamente en el movimiento antifascista, lo que le permite mantener un vínculo de continuidad con su pasado inmediato en Italia al tiempo que intenta, con muchas dificultades, adaptarse al nuevo país. De esta época juvenil datan sus primeros escritos en publicaciones antifascistas como *Italia del Popolo* y *La Nuova Patria*. A su llegada, Germani encuentra un movimiento sumamente amplio y con sólidas tradiciones, anclado en partidos políticos (Comunista, Socialista, Republicano, y varias agrupaciones anarquistas), publicaciones y otras entidades como asociaciones regionales, sociedades de socorros mutuos, etc. Desde una década y media vienen llegando emigrados italianos que alimentan al movimiento y lo proveen de importantes dirigentes como Oreste Chiossi, Giuseppe Parpagnola, Folco Testena y Albano Cornelli, entre otros.

¹⁷² Aunque estas presiones se hacen sentir desde el golpe de 1943, tomamos como referencia 1946 porque es cuando Germani se ve obligado a dejar la universidad y su labor en el Instituto que, a los fines de nuestra periodización, centrada en su trayectoria vital-intelectual, es lo fundamental de este primer momento.

La sucesión de gobiernos autoritarios en la Argentina de la década del 30 ya había cimbrado al movimiento, no obstante la Guerra Civil Española, la guerra de Etiopía y la Segunda Guerra Mundial introducen fuertes elementos para la polémica y las confrontaciones internas. Uno de los puntos álgidos será la posición frente al comunismo soviético y su incorporación en el movimiento, en particular, bajo el contexto impuesto por la firma del tratado Von Ribbentrop-Molotov y el consiguiente abandono de la política de frentes populares del Komintern que había operado como aglutinante del antifascismo. Este acontecimiento así como la posterior invasión alemana a París y a la Unión Soviética generan múltiples escisiones y reposicionamientos al interior del movimiento antifascista. (Friedmann, 2006).

Entre el 43 y el 45 Germani interviene en las intensas discusiones de los líderes de la época, especialmente entre Giuseppe Parnagnola y Mario Mariani sobre el problema de la unidad antifascista, el futuro político de Italia a la caída del régimen y el colaboracionismo con los ex fascistas. Estas discusiones quedan plasmadas en conferencias dictadas en el Ateneo Italiano y artículos que Germani escribe para dos publicaciones antifascistas de Buenos Aires: *La Nuova Italia* (dirigido por Mariani) e *Italia Libre* (dirigido por Nicola Cilla), firmados bajo el pseudónimo de Giovanni Frati (Germani, 2004: 49)¹⁷³. Este último, es el órgano de difusión de la asociación “Italia Libera Unita”, una escisión de la Asociación Cultural Dante Alighieri, creada por un grupo de exiliados italianos de posición fuertemente anticomunista a quienes se une Gino Germani. Entre los integrantes del seminario y la asociación se encuentran Nicola Cilla (director del semanario), Gioacchino Dolci, Sigfrido Cicotti, Tito Chiaraviglio, Alberto Pecorini, Cesare Civita y Torcuato Di Tella¹⁷⁴ (Germani, 2004). Con estos dos últimos Germani mantendrá importantes lazos en su carrera posterior.

¹⁷³ Algunos de los artículos más importantes escritos en esta época son: “Sul Programma”, “Por qué los italianos no se rebelan” (*La Nuova Italia*, mayo, 1943), “Carlo Rosselli”, “Il Neo-antifascismo” (*La Nuova Italia*, junio, 1943), “Sull’Unità antifascista” (*Italia Libre*, 1943), “Risposta a Parnagnoli” (*Italia Libre*, agosto, 1945), “I giovani, il fascismo e la nuova Italia” (*Italia Libre*, septiembre, 1945). Por su parte, entre las conferencias dictadas en esta época destacan: “Pueblo y fascismo en Italia” y “Planteamiento actual del problema de la libertad” (1945, junto con Paolo Terni) (Germani, 2004: 297).

¹⁷⁴ Este grupo entra también en contacto con la asociación “Nuova Dante” fundada por Dionisio Petriella y dedicada a la organización de diversos servicios culturales para los emigrados italianos. Según Cesare Civita la idea era sustraer a estas asociaciones del influjo de la Dante Alighieri, vinculada al gobierno fascista (Ana Germani, 2004: 68).

Estos escritos, artículos y conferencias constituyen los primeros materiales de reflexión sobre el fenómeno del totalitarismo y posteriormente serán retomados por Germani en publicaciones sobre el tema. A pesar del carácter ideológico-político de estos materiales, en ellos se vislumbran algunos elementos de su posterior análisis “científico” del fenómeno. Al mismo tiempo, en ellos se encuentran claves para la identificación de los supuestos ideológicos de sus reflexiones sociológicas posteriores.

Germani se identifica con el diagnóstico de Carlo Rosselli sobre la consideración del fascismo como una manifestación de una crisis profunda de la cultura occidental, de sus instituciones y sus valores y no un fenómeno pasajero. Por tanto, el antifascismo implica no sólo la negación coyuntural de esta crisis sino la necesidad de una reconstrucción de aquella cultura y sus valores en nuevos términos (en Germani, 2004: 69). También aparecen dos elementos típicos de sus análisis posteriores: la idea de transición y la consideración de los planos estructural y psicosocial en el análisis de los fenómenos sociales. Así, las divergencias sobre las estrategias en el movimiento antifascista reflejan para Germani “la crisis de nuestro tiempo: expresan la incertidumbre de los hombres y los grupos sobre el futuro inmediato de la estructura económica y social en una época que es típicamente de transición”... y más adelante... “cualquier posición programática unitaria tiene que tener en cuenta las sustanciales transformaciones de la estructura social y consecuentes cambios psicológicos provocados por el fascismo” (Germani, 2004: 70s¹⁷⁵). Crisis de la sociedad occidental, reconstrucción de sus valores, transición e impacto de los fenómenos estructurales sobre la personalidad, he aquí esbozados los elementos del marco analítico de Germani.

En términos político-ideológicos Germani sostiene de manera constante la necesidad de mantener la unidad de todas las fuerzas frente al fascismo y en defensa de los valores democráticos. Esto lo lleva a tomar distancia de las posturas más extremas respecto a la alianza o rechazo absoluto a la integración de comunistas en el movimiento. No obstante, al momento de los compromisos organizativos Germani se alinea con las posiciones más liberales y anticomunistas del espectro ideológico. Nuevamente aquí la influencia del socialismo liberal de Roselli: “eliminada cualquier posibilidad de reconstrucción democrático-burguesa, la alternativa está entre un régimen socialista más o menos avanzado o un nuevo sustituto del fascismo” (en Germani, 2004: 71). Se perfila así en

¹⁷⁵ Estos fragmentos son reproducidos por Ana Germani del artículo “Sull’Unità antifascista” (*Italia Libera*, 1943).

Germani, una posición fuertemente antiautoritaria –antifascista primero, pero también anticomunista- enmarcada en lo que se desarrollará como el paradigma del totalitarismo, que busca rescatar, en el contexto de importantes transformaciones sociales, desde una perspectiva socialista liberal, las tradiciones y valores democráticos propios de la cultura occidental en crisis.

Paralelamente a la militancia antifascista, Germani se incorpora a la vida estudiantil universitaria desde donde refuerza estas posiciones en contacto con personajes ligados a la tradición reformista argentina. En 1938, después de algunos años de incertidumbre y soledad, Germani decide retomar los estudios y se inscribe en la carrera de Filosofía de la UBA al tiempo que consigue un trabajo en el Ministerio de Agricultura. Se abre así un mundo nuevo que permite al joven emigrado una inserción distinta en el país. Pronto se incorpora a núcleo de discusiones del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras de la UBA que para ese momento se encuentra en oposición al gobierno conservador aunque ha perdido gran parte del impulso y peso político ganados con la Reforma del 18.

Con la irrupción de la Guerra Civil Española se produce una escisión entre sectores liberales y progresistas, por un lado, y nacionalistas, por otro. Durante algunos años, estas dos fuerzas se alternan en la dirección de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y el grueso del movimiento progresista se mantiene relativamente unido en torno del ideario reformista. Pero hacia fines de la década, con el inicio de la Guerra Mundial las posiciones se radicalizan y se produce, dentro del ala progresista, un enfrentamiento entre comunistas y reformistas. En un principio Germani mantiene aquí la misma actitud de conciliación y apertura a fin de promover la unión frente a las fuerzas autoritarias (Kahl, 1986). No obstante, cuando ante la invasión a Rusia el comunismo cambia radicalmente su posición neutralista, Gino Germani junto a otros dirigentes (Carlos Fayard, Eduardo Prieto, Elena Chiozza) se opondrá a la intromisión de la política de los partidos comunistas y marxistas en asuntos del Centro de Estudiantes (Germani, 2004: 60).

Un aspecto que llama profundamente la atención de Germani a su llegada a la Argentina es la existencia de un nacionalismo de izquierda, muy vinculado al problema del antiimperialismo. En entrevista con Joseph Kahl, comenta:

“en Argentina los nacionalistas siempre habían estado vinculados a los conservadores, así como en Italia el fascismo siempre había estado vinculado a un nacionalismo difuso. O

sea, si alguien era anticapitalista se suponía que era internacionalista porque los capitalistas siempre eran iguales cualquiera que fuera el país de origen; en Europa la izquierda era internacionalista. Pero en Argentina había una especie de izquierda nacionalista, antiimperialista” (Kahl, 1986: 57).

Independientemente de la validez de este diagnóstico histórico, Germani nunca termina de conciliar con este punto de vista y se mantiene siempre distante de las manifestaciones ideológicas del nacionalismo (de derecha o de izquierda). Esta actitud se ve en algún sentido reforzada cuando, con la llegada del peronismo y en los años posteriores, parte de esta izquierda nacionalista adhiere al nuevo movimiento.

La participación en el movimiento antifascista y en la política universitaria propician desde esta época un incipiente acercamiento al Partido Socialista. Aunque nunca se afilia formalmente al partido, éste se convierte durante toda su estancia en Argentina en una referencia fundamental de la que emergen varios lazos políticos e intelectuales. Así, desde los talleres gráficos del diario *La Vanguardia*, órgano de difusión del Partido Socialista, se imprime el semanario *Italia Libre*. Más tarde, hacia los años 40, Germani se vuelve asiduo consultor de la biblioteca de la Casa del Pueblo, ubicada en la sede del partido (Izaguirre). Allí se dedica a revisar la vasta colección sobre ciencias sociales y encuentra textos del empirismo norteamericano que resumirá e integrará tempranamente a sus reflexiones (Germani, 204: 127).

Ahora bien, siendo todavía estudiante y en el contexto de las preocupaciones señaladas, Germani se incorpora a lo que será su primer contacto formal con la sociología y la investigación social (recordemos que ya había realizado algunas lecturas sociológicas de manera autodidacta en Italia). En 1941 comienza a participar como investigador “ad honorem” en el Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras recién inaugurado por Ricardo Levene. Germani se gradúa en Filosofía en 1944 y trabaja en el Instituto hasta 1946. Allí realiza su primera experiencia de socialización intelectual y de investigación dentro de la disciplina¹⁷⁶.

¹⁷⁶ Paralelamente, Germani trabaja en el Ministerio de Agricultura hasta que lo despiden por decreto y sin aviso previo en 1947.

La creación del Instituto de Sociología de la UBA, o más precisamente su re-creación¹⁷⁷, es un hito fundamental porque marca el inicio de un proceso de renovación de la tradición sociológica del país en el que se registran los primeros pasos para la institucionalización de la disciplina. Los aires de cambio se vinculan, en parte, con la importancia que adquiere, desde la Reforma Universitaria, la presencia de la investigación en las universidades (Noé, 2005; Blanco, 2006), en parte, con la llegada de exiliados de la guerra, españoles e italianos, que contribuyen a dinamizar el clima cultural local.

La enseñanza de la sociología en las universidades argentinas se produce tempranamente, hacia fines del siglo XIX, a partir del establecimiento de cátedras de la disciplina (en 1898 se abre el primer curso de sociología en Buenos Aires¹⁷⁸) Estos cursos se imparten casi exclusivamente en las Facultades de Derecho; sólo en el caso de la UBA, en la de Filosofía y Letras. Los centros más importantes donde se enseña la sociología hasta avanzados los años 40 son las universidades de Buenos Aires, La Plata, Córdoba, Litoral y Tucumán¹⁷⁹. A lo largo de los años, en estas instituciones se va generando, aunque de modo bastante disperso y fragmentado, una tradición de sociología universitaria. En un artículo de 1932 titulado “La sociología en las universidades argentinas”, publicado en la revista *Cursos y*

¹⁷⁷ En 1927 se crean una serie de Institutos de investigación en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA: de Filosofía y Letras, de Literatura Clásica, de Historia Antigua y Medieval y también de Sociología Argentina. En 1940 Levene le cambia a este último el nombre por el de Instituto de Sociología.

¹⁷⁸ En 1896 se había abierto la primera cátedra denominada “Ciencia social” para el doctorado de Filosofía y Letras de la UBA; dos años después, tras una reforma del plan de estudios, se cambia el nombre por “Sociología”.

¹⁷⁹ En la Facultad de Filosofía y Letras, el primer curso (de 1898) es dictado por Antonio Dellepiane durante un año y no se vuelve a dictar hasta 1904. En este momento es elegido por una terna Ernesto Quesada quien se hace cargo de la cátedra hasta 1924. Según Pereyra (2007), la primera conferencia dictada por Quesada en abril de 1905 fue un acontecimiento de gran repercusión en los medios académicos locales e internacionales y constituyó una primera apuesta por el carácter científico de la disciplina. A partir del retiro de Quesada, Ricardo Levene, adjunto desde 1911, asume como titular de la cátedra hasta 1947. En 1908 comienza a impartirse la cátedra de sociología en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA, a cargo de Juan Agustín García. Otros dos importantes personajes vinculados a esta cátedra son Alfredo Colmo y Leopoldo Maupas, difusor de Durkheim en Argentina. En La Plata la única cátedra se ubica en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. De forma transitoria se ocupan de esta cátedra Juan Agustín García y Ernesto Quesada. Otras figuras importantes de esta institución son Isidoro Ruiz Moreno, Carlos O. Bunge y Joaquín V. González. Ubicada también en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, en Córdoba la cátedra tuvo como profesores titulares a Isidoro Ruiz Moreno, Enrique Martínez Paz y Raúl Orgaz; junto a este último se desempeñan como adjuntos Alfredo Poviña y Francisco W. Torres. En la Universidad Nacional de Litoral se ubican dos cátedras: una en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de Santa Fe y otra en la Facultad de Ciencias Económicas en Rosario. En Santa Fe, la primera cátedra se dicta en 1910 y está a cargo de Gustavo Martínez Zuviría y como suplente Luciano Molinas. Desde 1920 hasta 1940 José Oliva está al frente de la cátedra. Luego de un breve periodo en el que José María Rosa se hace cargo de la cátedra. Francisco Ayala lo reemplaza como profesor invitado. En Rosario la cátedra está a cargo de Joge Nicolai quien pronto es reemplazado por su suplente, Alberto Baldrich. En Tucumán la primera cátedra es impulsada en 1940 por Renato Treves.

*Conferencias*¹⁸⁰, Alfredo Poviña intenta “construir” esta tradición argumentando la existencia de un “movimiento sociológico” en el país. No obstante, lo cierto es que hasta principios de los 40 el desarrollo de la disciplina se encuentra más bien atomizado y disperso en las diferentes cátedras.

El mérito de Levene en su gestión al frente del Instituto consistirá en generar un espacio de articulación entre quienes hacia inicios de los 40 tienen a su cargo la enseñanza de la sociología en las distintas universidades del país, con el fin de imprimirle un nuevo dinamismo al desarrollo de la disciplina. Sus habilidades para la gestión institucional y la conciliación política permiten que, a pesar de la heterogeneidad e incluso las tensiones ideológicas entre de los miembros del Instituto, se genere cierta unificación del campo de la sociología y se abra una vía para el intercambio, la actualización y la difusión. Así, paralelamente al Instituto de la UBA, surgen iniciativas similares en las universidades de Tucumán –el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociológicas dirigido por Renato Treves en la Universidad Nacional de Tucumán- y Santa Fe -“Cursillo de investigación” organizado por Francisco Ayala para estudiantes, graduados y doctores en la Universidad Nacional del Litoral.

Al espacio abierto por estas entidades se suman otros focos de difusión que actuarán como caja de resonancia de este momento de renovación de la sociología. En 1942, dos años después de su creación, aparece el *Boletín del Instituto de Sociología* de la UBA, la primera publicación periódica especializada en la materia, del que salen 5 números entre 1942 y 1947. Asimismo, por esos años la editorial Losada, fundada en 1938, lanza la primera colección de libros de sociología, la “Biblioteca de Sociología”, dirigida por uno de los miembros del Instituto: Francisco Ayala. Por su parte, el Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES) y su publicación *Cursos y Conferencias* se constituyen como espacios de difusión a partir de la colaboración creciente de sociólogos en sus cursos y artículos. Finalmente, se comienzan a establecer redes internacionales de cooperación técnica en sociología. Levene entabla contactos con institutos de sociología de Estados Unidos, Brasil (con Gilberto Freyre) y México (con Medina Echavarría) e intenta la creación de un Instituto Internacional de Sociología y un primer Congreso Americano de Sociología que finalmente no se llevan a cabo por la negativa de la Unión Panamericana para financiarlo. La revaloración de todos estos factores en investigaciones recientes ha provocado el

¹⁸⁰ Buenos Aires, año II, núm. 6, diciembre de 1932.

desplazamiento del momento de ruptura en la sociología argentina de 1955 hacia la década de 1940 (González Bollo, 1999, Blanco, 2006, Pereyra, 2007).

Ahora bien, este momento es importante no sólo en términos de expansión institucional sino en lo que respecta a las concepciones mismas sobre la naturaleza de la disciplina: su objeto, su método y el papel que está llamada a cumplir en el seno de las sociedades. En este sentido, el impulso a la sociología en la primera mitad de los años 40 se forja en el marco de una coexistencia de tendencias contrapuestas en términos profesionales, ideológicos e intelectuales. A pesar de su juventud y de la ausencia de trayectoria académica de Germani frente a sus colegas del Instituto, pronto logra convertirse en una voz reconocida y construir un posicionamiento diferenciado en estos tres registros.

En efecto, hacia principios de los 40 la sociología es impartida por figuras provenientes de diversos orígenes ideológicos y concepciones de la sociología con un único punto en común: la formación en derecho. Excepto Germani, estudiante y posterior egresado de Filosofía, todos los profesores de cátedras de sociología del país que integran el Instituto son formados como abogados. Desde esta formación inicial, algunos volcarán en la sociología un interés filosófico-jurídico, otros histórico.

Ricardo Levene y Alberto Baldrich, se forman en la Facultad de Derecho de la UBA. Levene puede ser identificado como parte de la tradición liberal del país. A pesar de estar graduado en derecho, forja su prestigio académico e intelectual en el campo de la historia. Su inscripción intelectual en la llamada Nueva Escuela Histórica Argentina¹⁸¹ influye en la orientación que le da a la sociología universitaria: interés por la investigación documental y por el pasado político argentino. Al momento de la fundación del Instituto, Levene es titular de las cátedras de sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La

¹⁸¹ Esta corriente historiográfica fue hegemónica en el país desde principios del siglo XX y con ella se identifican, además de Levene, historiadores como Molinari, Ravignani y Carbia. Se orienta predominantemente hacia una historia política, centrada en la descripción y el análisis erudito basado en la recopilación de fuentes documentales. Hacia 1940 desde la cátedra de Historia del Colegio Libre de Estudios Superiores esta orientación será acusada de diletantismo, carencia de rigor y método, y será combatida en nombre de una práctica histórica moderna, de especialistas (Halperin Donghi, 1986). Estos argumentos, similares a los sustentados por Germani respecto de la sociología, son esgrimidos, entre otros, por José Luis Romero con quien Germani establecerá a mediados de los 50 una fecunda asociación intelectual.

Plata¹⁸². Alberto Baldrich, por su parte, pertenece a las filas del integrismo católico. Hijo del general nacionalista Alonso Baldrich, enseña sociología con una orientación marcadamente filosófica desde fines del 30 en la Escuela Superior de Guerra y en la Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas de Rosario. Entre 1941 y 1945 se desempeña como adjunto de Levene en la UBA.

Raúl Orgaz, Alfredo Poviña y Jordán Bruno Genta, se forman como abogados en la Universidad Nacional de Córdoba y representan tres posturas muy diferenciadas en el arco ideológico. Orgaz, militante socialista, intelectual y político destacado, desarrolla su actividad académica principal en el campo de la historia. Se convierte en titular de la cátedra de sociología en esa universidad en 1918 y se desempeña en el cargo hasta 1946¹⁸³. Alfredo Poviña, discípulo de Orgaz, se halla más vinculado a la tradición liberal; desde el comienzo de su carrera, en los años 30, consolida una importante trayectoria en los medios académicos y, en particular, en el campo sociológico. Es profesor de sociología en la Universidad Nacional de Córdoba y dirige entre 1936 y 1943 la revista de esta institución. A comienzos de los 30, junto con Orgaz, da clases en el Colegio Libre de Estudios Superiores y publica trabajos en su revista así como en importantes publicaciones de la región (*Revista Mexicana de Sociología* y la brasileña *Sociología*); entre 1941 y 1945 se desempeña como adjunto de la cátedra de Levene en la UBA. En 1941, la colección del Fondo de Cultura Económica, dirigida por Medina Echavarría, publica su *Historia de la sociología en Latinoamérica*, texto de referencia fundamental para la disciplina durante mucho tiempo. En 1945 se edita su *Curso de Sociología* y, por esos años, Gurvitch y Moore le encargan la redacción del capítulo dedicado a la Argentina para la obra *Sociología del siglo XX*¹⁸⁴. Jordán Bruno Genta, por su parte, forma parte, junto con Baldrich, del integrismo católico conservador. Es titular de la cátedra de sociología del Instituto Nacional de Profesorado dependiente de la UNL en Paraná y adjunto de la cátedra de sociología en Rosario.

Incluso Renato Treves y Francisco Ayala, los exiliados incorporados recientemente, están formados en derecho: Treves doctorado en jurisprudencia por la Universidad de Turín en

¹⁸² Levene es fundador de esta universidad y su presidente en 1929. En los periodos 1920-1923 y 1926-1930 es decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata; durante este último mandato fundó y dirigió el Instituto Bibliográfico y creó el Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires.

¹⁸³ Es senador en 1932 por el Partido Socialista y candidato a vicepresidente en 1937. Como investigador académico se inclina por los estudios históricos. Es miembro de la filial cordobesa de la Academia Nacional de Historia y del Instituto de Estudios Americanistas.

¹⁸⁴ La edición original es de 1945 y en Argentina se edita por El Ateneo en 1956.

1929 y Ayala doctorado en derecho por la Universidad de Madrid, en 1932. Tras huir del fascismo en Italia, a su llegada en 1938, Treves se establece en la Universidad Nacional de Tucumán donde impulsa la enseñanza de la sociología. Ayala, que se había destacado como un alto funcionario de la república española, llega a la Argentina en 1938 y en 1941 es invitado a la Universidad Nacional del Litoral donde se desempeña como profesor de sociología en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de Santa Fe hasta 1943.

En términos profesionales, esta vinculación de la sociología a personajes provenientes del derecho marca de dos formas el desarrollo de la disciplina. Por un lado, muchos de quienes cultivan la sociología lo hacen como actividad paralela y secundaria a la actividad profesional principal, pero sin una dedicación exclusiva a la misma. Por otro lado, la mayoría de las veces se trata de un interés o curiosidad puramente erudito y, por tanto, orientado de manera general hacia una historia de las ideas sociológicas más que a la práctica de una disciplina científica; hacia la discusión de sus fundamentos filosóficos y metodológicos más que a la investigación social de los problemas actuales.

Germani toma una clara distancia frente a esta tradición y busca posicionarse como un “investigador social”. Lo hace, monopolizando prácticamente las secciones dedicadas a estudios descriptivos y estadísticos del Instituto. Desde su ingreso, Germani comienza su investigación sobre las clases medias en Argentina en el marco de una sección del Instituto denominada “Investigaciones sobre la morfología y aspectos estadísticos de la realidad argentina contemporánea”. Asimismo, en el *Boletín* aparece la sección “Datos sobre la realidad argentina contemporánea” en la que se publican fundamentalmente artículos de Germani¹⁸⁵. Finalmente, Germani es designado integrante de la comisión asesora en Demografía del Cuarto Censo Nacional, labor que le permitirá años más tarde construir una de sus más importantes obras: *Estructura social de la Argentina*¹⁸⁶.

A partir de este posicionamiento, Germani busca romper la identificación del sociólogo con el maestro o profesor que, de manera enciclopédica, se dedica a la historia y análisis doctrinario de las ideas sociales con un sentido más humanístico que científico. En su

¹⁸⁵ Según Alejandro Blanco, de los 58 artículos que aparecieron en el *Boletín* entre 1942 y 1947 (es decir hasta que Levene se va), sólo 6 pertenecen a la sección sobre aspectos estadísticos antes mencionada y 5 de ellos aparecen firmados por Germani (2006: 60).

¹⁸⁶ Participó en la comisión hasta Julio de 1945 y de allí salieron dos artículos: “Los censos y la investigación social” (*Boletín del Instituto de Sociología*, núm.2, 1943) y “El Instituto de sociología y el Cuarto Censo Nacional” (*Boletín del Instituto de Sociología*, núm. 3, 1944).

lugar, propone una figura profesional asociada a la investigación empírica, orientada más hacia el conocimiento científico de los grandes problemas sociales del presente.

En términos ideológicos y políticos, como vemos, el grupo de intelectuales que Levene recluta en el Instituto es marcadamente heterogéneo. Jordán Bruno Genta y Alberto Baldrich pertenecen al catolicismo nacionalista e integrista que, desde fines de los años 20, se encuentra en franco ascenso. Levene, Poviña y Figueroa Román se inclinan hacia posturas más bien liberales. Finalmente, Raúl Orgaz, Gino Germani, Francisco Ayala y Renato Treves pertenecen en términos generales a la tradición socialista liberal y republicana y, desde los años 30, forman parte, en variado grado de compromiso y militancia, del movimiento antifascista.

En los años que van del golpe 1943 a la llegada del peronismo al poder en 1946, las confrontaciones ideológicas y políticas al interior del grupo se intensifican. Los sectores católicos y nacionalistas conquistan amplios espacios dentro de la cultura y la política nacional y su llegada al poder se hace sentir inmediatamente en el ámbito universitario: se restablece la enseñanza obligatoria de la religión católica en las universidades (decreto de enero de 1944) y se reconoce el diploma de Doctor en Teología como título habilitante para la enseñanza de filosofía, psicología y latín (Noé, 2005; Blanco, 2006: 62s). Estas medidas brindan un parámetro para calibrar la tensión que introducen en un campo intelectual mayoritariamente identificado con los sectores liberales y socialistas, desde mediados del 30 aliados contra el fascismo.

Así, con el golpe del 43 Jordán Bruno Genta y Alberto Baldrich se colocan como altos funcionarios del régimen: Genta es nombrado interventor de la Universidad Nacional del Litoral (mientras Ayala es separado de su cargo) y Baldrich interventor Nacional de la provincia de Tucumán y al año siguiente ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación. Por su parte, Ordaz, Ayala, Treves y Germani se ubican rápidamente como opositores al nuevo régimen (y luego al peronismo)¹⁸⁷.

Ahora bien, en términos intelectuales, la emergencia del Instituto y la participación de Germani en él coinciden con (e inciden en) el comienzo de un encuentro y diálogo entre la

¹⁸⁷ Para darse una idea de las tensiones dentro del grupo de Levene, en 1943 mientras Genta se convierte en Interventor de la Universidad del Litoral, Francisco Ayala es separado de su cargo como titular de la cátedra de sociología de esa universidad (Escobar, s/f: 15).

tradición sociológica europea, firmemente instalada en las cátedras argentinas de sociología, y la norteamericana que, lentamente, comienza a repercutir en el medio académico internacional y local. Este encuentro y los debates que a partir de él se originan sobre el sentido de la disciplina están atravesados en todo momento por las fuertes tensiones ideológicas del campo político mencionadas más arriba.

Desde mediados de los años 20, la sociología se desarrolla en un contexto de fuerte hegemonía del pensamiento alemán. En el periodo de entreguerras, Argentina intensifica lazos con la cultura europea, en particular alemana, difundida principalmente por José Ortega y Gasset a través de las editoriales españolas *La revista de Occidente* y la *Biblioteca de ideas del siglo XX*. En el ámbito intelectual este contacto constituye la principal fuente de inspiración para la reacción antipositivista, de cuño espiritualista, que se extiende en el país a partir de los años 30: reacción contra la ciencia, el materialismo, el mecanicismo¹⁸⁸.

Esta reacción está relacionada, en parte, con el avance de los sectores católicos y nacionalistas. El encuentro entre estas dos orientaciones se produce hacia fines de los 20 gracias a una serie de espacios de formación y difusión sobre la “cuestión social”, donde se despliegan posiciones inspiradas en el neotomismo y el maurrasianismo, de revaloración de la hispanidad y aversas al modernismo, al liberalismo y al laicismo a los que hacen responsables por la emergencia del socialismo y el comunismo. Entre estos espacios se destacan los Cursos de Cultura Católica y la Acción Católica (fundados en 1928) y las publicaciones *La nueva república*, *El Pueblo* y, en especial, la revista *Criterio*. En estos ámbitos se forman varios de los posteriores cuadros intelectuales del peronismo: César Pico, Juan Pichón Rivière, Jorge Miguens, Francisco Valsecchi (Neiburg, 1998). De todas formas, el antipositivismo también influye en personajes ligados a tradiciones ideológicas liberales e incluso progresistas como son los casos paradigmáticos de Alejandro Korn y Francisco Romero.

Aunque esta reacción antipositivista asociada al nacionalismo católico es mucho más marcada en la Filosofía, también tiene repercusiones en el pensamiento sociológico. La

¹⁸⁸ Hasta avanzados los años 20 la sociología francesa predomina claramente entre los profesores de sociología del país, a partir de las influencias de Comte, Durkheim, Tarde y Bouglé. Este último llegó a dar una serie de conferencias en el país. Pereyra sostiene, (2007) contra la imagen más difundida, que durante estas primeras décadas de enseñanza de la sociología se cultivó un positivismo sociológico refractario a lo biológico, contra-elitista, anticonservador y reformista basado en una gran actualización bibliográfica.

Revista de Occidente edita desde los años 20 traducciones de los principales sociólogos alemanes del momento: Simmel, Spann, Tonnies, von Vierkandt, von Wiese, Sombart, autores con los que trabaja la mayoría de los profesores de cátedras de sociología del país. Si bien las concepciones de la sociología son diversas y el pensamiento sociológico francés -Durkheim en particular- no deja nunca de ser una referencia fundamental¹⁸⁹, esta influencia del pensamiento alemán en clave espiritualista favorece el predominio de una interpretación “culturalista” de la sociología¹⁹⁰. Es importante destacar que dentro de la sociología y de los miembros del Instituto, esta interpretación es compartida tanto por sectores ideológicamente identificados con la derecha (Baldrich y Genta), como por sectores más liberales y progresistas (Ayala u Orgaz).

Durante los años 40 este predominio general de la sociología alemana continúa. Desde la editorial Losada, Francisco Ayala edita para la colección “Biblioteca de Sociología” a algunos de los autores alemanes mencionados, aunque también incorpora obras de los autores más representativos de la sociología francesa y norteamericana: Gurvitch y MacIver. En términos de la sociología alemana la atención se desplaza hacia Freyer y Weber. Raúl Orgaz, Alfredo Poviña, Renato Treves y Francisco Ayala escriben importantes textos sobre estos autores¹⁹¹ En suma, como sostiene Alejandro Blanco: “hasta fines de los años 40, la sociología alemana se convertiría en el universo de referencia casi exclusivo entre los practicantes de la disciplina” (2006: 110).

No obstante, desde comienzos de esta década nuevas fuentes intelectuales introducen un quiebre en las interpretaciones dominantes. Por una parte, como se pudo ver, el Instituto de Sociología dirigido por Levene evidencia una preocupación explícita por la investigación empírica en sociología. Por otra, el contacto con Medina Echavarría y en general con toda la obra sociológica editada por éste en la biblioteca de Sociología del FCE, le da un nuevo giro a la recepción e interpretación del pensamiento alemán y en general a la teoría sociológica. En ambos casos, Germani aparece como un impulsor firme y persistente de estas innovaciones.

¹⁸⁹ Levene en particular se reivindica como traductor y difusor de Durkheim.

¹⁹⁰ Esta interpretación es en cierto modo comprensible si se tiene en cuenta que las actividades relacionadas con la disciplina se reducen prácticamente a la enseñanza de la misma, como complemento en la formación de estudiantes de otras carreras.

¹⁹¹ En 1938 Alfredo Poviña gana la adjuntía de la cátedra de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA con un estudio sobre Hans Freyer. La obra de la que es objeto de interpretación este estudio, *La sociología ciencia de la realidad. Fundamentación lógica del sistema de la sociología*, es traducida en 1944 por Francisco Ayala para la editorial Losada.

En relación con la investigación empírica hay que aclarar que, aunque existente, no es de ninguna manera una preocupación dominante en el Instituto. Junto con los estudios de morfología social y sociografía ya mencionados, el programa del Instituto incluía otras tres áreas: el estudio de las ideas sociales argentinas y de sus autores más representativos desde la independencia; el estudio de las representaciones colectivas, su estructura y su proceso a través de una sociología cultural (a lo Durkheim) y el estudio de las ideas y creencias que forman el carácter de una nación a través una sociología moral y religiosa. Estas áreas ocupan sin duda la mayor parte de las energías del Instituto y del espacio del *Boletín*. De hecho, puede decirse que la sección dedicada a estudios descriptivos y estadísticos de la Argentina estuvo prácticamente monopolizada por Germani.

No obstante, en la concepción de la sociología que promovía el proyecto de Levene los estudios empíricos estaban claramente incluidos. Para Levene la sociología estudia los hechos sociales de manera objetiva, siguiéndolos en su decurso histórico pero sin confundirse ni caer en una filosofía de la historia; debe además vincularse con los programas de reforma social, de allí que la morfología (estudio del volumen, forma y densidad social) así como la sociografía (descripción de fenómenos actuales y correlación entre los mismos) formen parte importante de la sociología general (Levene en Blanco, 2006: 55)¹⁹². Este interés se ve reflejado particularmente en las gestiones realizadas por Levene para vincular al Instituto con la realización del Cuarto Censo Nacional.

Esta concepción genera una apertura en el Instituto hacia la sociología norteamericana, en particular hacia los estudios sobre las grandes ciudades y la inmigración. Así, por ejemplo, el *Boletín* reproduce con cierta regularidad los sumarios de las principales revistas sociológicas norteamericanas: *American Journal of Sociology*, *American Sociological Review*, *The Public Opinion Quarterly*, *Rural Sociology*, *Social Forces*, *Sociology and Social Research* y *Sociology* (Blanco, 2006: 58).

En la búsqueda de modelos de investigación para sus estudios sobre las clases medias Germani reúne y lee una parte importante de la producción norteamericana. Los trabajos de

¹⁹² La tradición de investigación sociográfica en la línea de Frederic Le Play inspiró a una parte de los profesores de sociología durante la primera década del siglo (especialmente a Juan A. García). Aunque esta línea encontró menos adeptos en el mundo académico, contribuyó a la formación una importante tradición de sociografía estatal (Pereyra, 2007).

encuestas realizados en la ciudad de Pittsburg (1909-1914)¹⁹³, la investigación sobre los Middletown de los Lynd, la de Thomas y Znaniecki sobre los inmigrantes polacos en Estados Unidos (*The polish peasant in Europe and America* 1918-1920), el estudio sobre Londres elaborado por Charles Booth y, en general, los trabajos de la Escuela de Chicago se convierten en una fuente fundamental para sus artículos.

Además de lo hallado en el Instituto de Sociología, Germani obtiene estos materiales a partir de varias fuentes: la Oficina de Estadísticas Laborales de Estados Unidos, la Biblioteca del Ministerio del Trabajo y, en especial, el Instituto de Filosofía de la UBA. Según él mismo relata, en este último encuentra una considerable dotación de libros de autores norteamericanos. Su director se interesaba por la sociología y contaba con “un tesoro” de material: Borgadus, Lundberg, Parsons, una colección de la *American Sociological Review*, el *American Journal of Sociology* y los *Annales de Sociologie* franceses (descendientes del *Année Sociologique* de Durkheim) (en Kahl, 1986: 56).

Es importante destacar que en esta biblioteca Germani encuentra y lee por primera vez *The structure of Social Action* de Parsons (de 1937) texto que, según los críticos de la época, permanece todavía inscripto en la tradición norteamericana de sociología de la acción moldeada por la Escuela de Chicago (Blanco, 2003). En los primeros escritos de Germani esta obra aparece citada de manera bastante tangencial¹⁹⁴, no obstante, la unificación teórico-analítica que propone el sociólogo norteamericano resulta muy afín a la concepción de la sociología que comienza a forjarse en Germani y que la reflexión sobre la modernidad le dará ocasión para ensayar. Esta unificación teórica es uno de los puntos que más atrae la atención de Germani sobre la sociología norteamericana. Pero nuevamente la referencia principal no es Parsons sino, antes, Znaniecki, MacIver (especialmente) y también Faris, Blumer y Ellwood. La razón es en cierto modo simple: Parsons todavía no adquiere la relevancia que tendrá a partir de la publicación de *The Social System and Toward a General Theory of Action* (de 1951)

¹⁹³ Fue uno de los primeros y más significativos estudios estadísticos sobre situación social en Estados Unidos. El proyecto de encuesta estuvo a cargo de Paul Kellogg e incluyó rubros como ‘salarios’, ‘mujeres y oficios’, ‘patrimonio familiar’, ‘la vivienda en un pueblo manufacturero’, ‘accidentes en el espacio laboral y derecho’ y ‘obreros siderúrgicos’. Este estudio inspiró la gran divulgación de encuestas sociales durante el periodo de entreguerras en Estados Unidos (Wayne Parsons, 2007).

¹⁹⁴ En solo dos trabajos en 10 años: el artículo “Anomia y desintegración” (1955) y *Estructura social de la argentina* (1955).

De todas formas, la inclinación hacia la sociología norteamericana no debe hacer perder de vista su profundo conocimiento de la sociología europea. Ya desde Italia, Germani se había iniciado en la lectura de la teoría social y política italiana representada por Mosca y Pareto. De hecho, su noción de clase, más política que económico-social, tiende a derivar de estos autores. Además, a su llegada a Buenos Aires, debido al clima intelectual reinante, Germani absorbe las obras completas de Weber, Simmel, Mannheim y otros teóricos sociales alemanes clásicos (Horowitz, 1992: 42).

Pero Germani no es el único interesado en la investigación empírica y en la sociología norteamericana. Renato Treves y Miguel Figueroa Román comparten también los intereses de Germani y están ampliamente familiarizados con la experiencia de investigación social de Estados Unidos. Así lo atestigua la título y la orientación del Instituto de Sociografía y Planeación, creado y dirigido por Figueroa Román hacia 1945, que continúa, bajo el cobijo del Colegio Libre de Estudios Superiores, la tarea iniciada por Treves en la Universidad de Tucumán.

Así, en relación con la definición de la naturaleza de la disciplina, Germani se encuentra dentro de quienes manifiestan un abierto interés por la sociología empírica y los avances que en este sentido ha logrado la sociología norteamericana. Esta posición lo coloca en tensión con quienes, desde la revuelta espiritualista y antipositivista, defienden aquella concepción “culturalista” de la sociología basada en una lectura con idéntico sesgo de la sociología alemana.

Ahora bien, junto con esta apertura hacia la investigación empírica, hacia los años 40 se producen una serie de desplazamientos en el interés predominante por la sociología alemana. Nuevos autores captan la atención y se produce un replanteamiento de las lecturas e interpretaciones dominantes. En este sentido, se incorpora otra gran fuente de difusión de la sociología alemana y anglosajona: la colección de Sociología del Fondo de Cultura Económica que, a partir de los 40 se convierte en una referencia ineludible para los sociólogos latinoamericanos. Entre las conexiones externas que establece Levene a través del Instituto se destaca precisamente la figura de José Medina Echavarría quien es invitado a participar en reuniones científicas organizadas por el Instituto y con cuyo punto de vista, expresado en su obra *Sociología: teoría y técnica*, editada en 1941, Germani se identifica de inmediato.

Este contacto resulta clave precisamente porque contribuye a delinear el enfoque metodológico, “científico”, de la sociología con el que Germani enfrentará a sus colegas durante más de una década. Esta perspectiva implica una lectura de la sociología alemana, en particular Weber, en clave científica. Rechaza la distinción entre ciencias naturales y ciencias sociales y la consecuente división entre investigación empírica (sociografía-sociometría: ciencia de lo “material” o naturalista) y sociología (“ciencia del espíritu”)¹⁹⁵ que sustenta la interpretación culturalista de la sociología y, por el contrario, plantea que Weber logra reducir la distancia entre ambos al promover una integración entre teoría e investigación empírica.

Pero además, el contacto con Medina Echavarría fomenta la lectura de otro autor europeo que tiene una gran influencia en Germani: Karl Mannheim. A nuestro juicio esta influencia es central ya que a través de ella Germani logra conectar sus reflexiones sobre la crisis de la sociedad moderna y la cultura occidental con sus preocupaciones sobre la ciencia y el papel que la sociología puede cumplir en la reconstrucción racional de las sociedades. Más tarde (a mediados de los 50), otras dos fuentes contribuyen a delimitar esta concepción de la sociología y acercan a Germani con Echavarría: el neopositivismo del Círculo de Viena, en particular Hans Reichenbach y Félix Kaufmann, y la corriente cientista norteamericana, liderada por George Lundberg.

Las reflexiones de Germani sobre la sociología como ciencia, se publican primero bajo el título *Teoría e investigación en la sociología empírica* (Buenos Aires, mimeo, 1946). Nueve años más tarde, se publica su obra más importante sobre el tema: *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*, editado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, México.

1946-1955. Antiperonismo, ciencias sociales y sociedad

Un segundo momento de la trayectoria intelectual de Germani abarca desde 1946, año en que Perón gana las elecciones y Germani es relevado de su actividad en el Instituto, hasta

¹⁹⁵ Esta distinción era sostenida fundamentalmente en las obras de Vierkardt, Tönnies y Freyer. Dentro de la sociología alemana este tema se discute en el 7mo. Congreso de la Sociedad Alemana de Sociología que fue disuelta por el Gobierno nazi y –en coincidencia con lo que sucede en el Instituto de Sociología bajo el peronismo- pasó a la dependencia de la Sociedad Filosófica.

1955 en que regresa al ámbito universitario con un capital académico y político suficiente para transformarse en el fundador de la sociología científica en Argentina. La unidad de este segundo momento está dada por su vinculación con lo que José Luis Romero ha denominado la “universidad en las sombras”. Esta expresión hace referencia a los proyectos y actividades que nuclearon a los intelectuales opositores al peronismo excluidos del ámbito universitario entre 1946 y 1955. Tres espacios de actuación se destacan en este momento: el mundo editorial en expansión; el Colegio Libre de Estudios Superiores y los grupos de estudio privados, formados por colegas y amigos, en los que Germani participó activamente. Desde estos ámbitos se construye una extensa red de intelectuales que son la base para la agrupación de los actores que, hacia 1956, propondrán la renovación de la UBA en general y la creación, entre otras, de la carrera de Sociología.

Esta etapa se desarrolla durante los primeros diez años de posguerra. Ante a una Europa devastada por el conflicto bélico, el escenario geopolítico mundial se recompone al principio lentamente a partir de la hegemonía norteamericana en el mundo capitalista. Derrotado el nazismo y el fascismo, una nueva confrontación polariza ideológicamente al mundo: el comunismo vs. capitalismo. En este contexto, la gestión de Perón no puede menos que causar desconcierto: si por una parte, emprende un proceso de incorporación de las masas trabajadoras bajo el ideal de la justicia social, por otro, despliega un autoritarismo político que es interpretado por una gran parte de los intelectuales y de la izquierda como una forma local de fascismo. La experiencia del peronismo marca un punto de inflexión fundamental en la historia Argentina. En el futuro, la política nacional se verá de una u otra forma polarizada por esta experiencia.

Uno de los ámbitos más afectados por el peronismo es la Universidad. Como hemos visto, la ofensiva de las corrientes nacionalistas y católicas que acompañan políticamente al golpe de 1943 ya se ha hecho sentir en el ámbito cultural y universitario. Hacia 1945, en el marco del fin de la Segunda Guerra Mundial y el consecuente cambio de orientación del régimen militar¹⁹⁶, todo el sector universitario se alza para reclamar la restitución de las libertades y la democracia en el país (en la llamada “Marcha de la Constitución y la Libertad”) y se posiciona como gran antagonista al gobierno de Perón. Este hecho provoca un recrudecimiento de la ofensiva del poder sobre las universidades: se desata una gran

¹⁹⁶ Los militares, que habían confiado en la supremacía de eje, cambian de actitud frente a la nueva correlación de fuerzas internacional abierta hacia el fin de la segunda guerra. En 1945 llaman a elecciones generales y en febrero de 1946 resulta ganador Perón sobre la Unión Democrática.

represión policial sobre los estudiantes, más instituciones son intervenidas y se obliga a renunciar o se despide a centenares de profesores¹⁹⁷. Con la ley 13.031 (de 1947) se cancelan prácticamente todas las conquistas de autonomía y cogobierno logradas desde la Reforma: se anula el gobierno tripartito (profesores, estudiantes y graduados) y la elección de autoridades por parte de los profesores; la representación estudiantil se vuelve mínima, se proscriben las federaciones y centros de estudiantes y, se exige la presentación de un certificado policial de buena conducta para proseguir los estudios. En suma, el Estado se hace cargo del control y gestión de la institución. La mayoría de los cargos universitarios son ocupados entonces por los grupos nacionalistas católicos.

Aunque esta vinculación entre el peronismo y la derecha católica nacionalista es materia de debate, resulta claro -como lo demuestra con la posterior crisis del vínculo- que se funda menos en una afinidad ideológica o doctrinaria de fondo que en la necesidad política de reprimir la fuerte oposición al régimen instalada en las universidades¹⁹⁸, en particular, en el sector estudiantil. Por otra parte, como ha sido señalado en diversas ocasiones, el peronismo carece de una política cultural propia definida (Sigal, 2002; Neiburg, 1998), por tanto, antes que un problema ideológico, tiende a ver en la oposición estudiantil e intelectual un asunto policial. Tal como sostiene Graciarena (1971), la férrea oposición de estos sectores, en tanto, está relacionada con el rechazo más general de las clases medias hacia el peronismo.

Como hemos mencionado, el mismo año en que Perón gana las elecciones (1946) Germani es expulsado de la UBA al parecer por acusaciones de comunismo por parte de Octavio Derisi, Juan Sepich y Luis Felipe García de Onrubia (Germani, 2004¹⁹⁹). Parte importante del grupo del Instituto de la UBA se disuelve. Ricardo Levene renuncia a la cátedra de Facultad de Filosofía y Letras de la UBA en 1947 y a partir de este año el Instituto queda relegado como una sección del Instituto de Filosofía. El *Boletín* también deja de editarse y

¹⁹⁷ Según Noé (2005) “más de 300 profesores fueron expulsados por haber firmado un manifiesto antigubernamental, pero la cifra aumentó”. Entre 1943 y 1946 (año en que se realizaron las elecciones generales y en las cuales triunfó el general Juan Domingo Perón) 1248 profesores universitarios fueron excluidos (un tercio del cuerpo docente), 423 fueron despedidos y 825 renunciaron (Halperin Donghi en Germani, 2004: 102).

¹⁹⁸ De todas formas, como apunta Terán, “existieron manifestaciones culturales que o bien no fueron reprimidas por el Estado, o bien incluso fueron promovidas, preservándose zonas donde intelectuales opositores hallaron un espacio para continuar con su práctica y su producción” (2004: 65). Estas expresiones de permisividad parecen haberse dado sobre todo en el ámbito de las artes plásticas.

¹⁹⁹ Estos nombres son mencionados por Eduardo Prieto en entrevista con Ana Germani. También allí se reproduce una carta de descargo dirigida por Gino Germani a Ricardo Levene (2004: 91s).

sólo vuelve a aparecer en 1952. Raúl Orgaz es separado de su cargo en la Universidad Nacional de Córdoba en 1946; Francisco Ayala se va a Brasil durante 1945 y luego regresa para dedicarse a la actividad editorial y literaria²⁰⁰; Renato Treves regresa a Italia en 1946²⁰¹.

Por el contrario, Alberto Baldrich continúa en la universidad y asume la titularidad de la cátedra de sociología de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, desde allí funda también un Instituto de Sociología. Como adjuntos de su cátedra se suman otros intelectuales de la derecha católica: Juan Pichón Rivière, Jorge Miguens y Rodolfo Tercera del Franco. Por su parte, César Pico, de orientación fascista, reemplaza, a partir de 1948, a Levene en la cátedra de La Plata²⁰².

Casos excepcionales son los de Alfredo Poviña y Miguel Figueroa Román, ambos provenientes del liberalismo pero que permanecen en la universidad bajo el peronismo. Poviña, como hemos señalado, reemplaza por concurso a Levene en la cátedra de Filosofía y Letras de la UBA y permanece allí hasta 1952 cuando es relevado por Rodolfo Tercera del Franco, quien también se hace cargo en esos años del Instituto de Sociología y del Boletín. Figueroa Román, discípulo de Treves en Tucumán, y junto con Germani uno de los seguidores de la sociología empírica norteamericana, continúa enseñando en esa universidad y participando activamente del Instituto de Sociografía y Planeación.

De esta manera, en la trayectoria de los miembros del Instituto se refleja la profunda escisión producida entre los intelectuales más prestigiosos (la mayoría de ellos vinculados ideológicamente a la tradición liberal y de izquierda), y el peronismo. Como señala Terán, “la consigna ‘alpargatas sí, libros no’ representó el abismo abierto entre el mundo de los estudiantes e intelectuales y el de los trabajadores” (2004). En el campo sociológico en particular, se produce una fuerte escisión entre quienes quedan dentro de la institución universitaria, apoyando en mayor o menor medida el régimen peronista, y quienes se colocan como opositores.

²⁰⁰ En 1947 funda la revista *Realidad*, iniciativa que se suma a otros espacios de oposición cultural (*Ver y estimar, Sur, Contorno, Imago Mundi*) durante el peronismo.

²⁰¹ Sobre la trayectoria de Ayala y Treves en el exilio, ver: Treves, Renato y Francisco Ayala, *Una doble experiencia política: España e Italia*, México, El Colegio de México, 1944.

²⁰² Después de su conflictivo papel como interventor de la Universidad del Litoral, Jordán Bruno Genta, uno de los más radicales católicos y simpatizante fascista, se enfrenta con el peronismo y es apartado de sus cargos académicos.

Desde la percepción más difundida -la que contribuyó a conformar el propio Germani años después- la sociología universitaria durante los años del peronismo habría atravesado por una especie de periodo oscurantista del que no hay demasiado para rescatar. No obstante, una observación más atenta de lo que ocurre en el periodo permite una valoración matizada.

En el ámbito estrictamente intelectual se evidencia una producción más bien escasa y fragmentaria. El tipo de sociología que promueven sobre todo los grupos católicos es de corte fundamentalmente humanístico. Se equipara la sociología a una filosofía social, esto es, un conocimiento normativo de tipo ético, moral o político, cuyos elementos constitutivos se encuentran en la civilización greco-latino-cristiana y en el espíritu y la tradición hispánica. En términos generales se enfatiza la existencia de una comunidad nacional, dotada de un espíritu o esencia que es necesario desentrañar. El neotomismo y el vitalismo, en auge en el campo filosófico, constituyen una fuente de inspiración fundamental para estas ideas, mientras que en términos sociológicos, las obras de Tönnies y Vierkandt y las conferencias dictadas por Hans Freyer –representante de la sociología alemana bajo el régimen nazi- en 1954, brindan sustento político e ideológico a estas posiciones.

Con todo, existen excepciones y distinciones de matices que es importante destacar. Hemos mencionado ya a Miguel Figueroa Román quien continúa defendiendo una concepción empírica de la sociología. Con una posición más intermedia se coloca también Plácido Horas (de la Universidad Nacional de Cuyo) quien, a partir de Weber, reclama una interpretación de la sociología como ciencia empírica que vincula comprensión y explicación. Mientras Baldrich, Pico y Pichón Rivière defienden una concepción puramente normativa de la sociología, Poviña, Miguens y Tercera del Franco admiten que, junto a la incuestionable presencia de la filosofía social, la sociología es una ciencia empírica y tienden a ubicar las expresiones católicas de la sociología dentro de la filosofía (Blanco, 2006).

En el ámbito institucional, por el contrario, la disciplina experimenta un fuerte crecimiento en el que se sientan algunas bases organizativas de la disciplina. Hacia 1950 se realiza una Primera Reunión Nacional de Sociología, presidida por Poviña y coordinada por Tercera del Franco; se crea la Academia Argentina de Sociología, presidida por Baldrich (de breve existencia); Poviña funda, junto con otros intelectuales, la Asociación Latinoamericana de

Sociología (ALAS) y al año siguiente (1951) se celebra el Primer Congreso Latinoamericano de Sociología en Buenos Aires; también en 1950 se envía la primera delegación argentina (Poviña, Pichón Rivière y Tercera del Franco) al Primer Congreso Mundial de Sociología organizado por la International Sociological Association (ISA) y se asiste al XIV Congreso Internacional de Sociología organizado por el Institute International de Sociologie (IIS); en los años posteriores se intensifica la participación argentina en encuentros y en organizaciones internacionales y crece casi al doble el número de cátedras en el país (de 9 en 1940 a 16 en 1950). Por su parte, en Tucumán, el Instituto de Sociografía fundado y dirigido por Miguel Figueroa Román pasa en 1946 a depender del Colegio Libre de Estudios Superiores y desde allí se despliega una intensa actividad en torno las cuestiones de planificación (Blanco, 2006).

Ahora bien, mientras la sociología institucional sigue los rumbos del catolicismo y el nacionalismo peronista, Germani, desde una posición muy marginal, transita por diversos espacios culturales a través de los cuales va tejiendo una red de relaciones personales, intelectuales y políticas que más tarde resultarán cruciales para su proyecto. En esta etapa, las preocupaciones de Germani adquieren un tono local y el peronismo se convierte en referente e interlocutor constante de sus reflexiones sobre la sociología y la modernidad.

Un primer ámbito de actuación que actúa como cobijo ante la llegada del peronismo es el mundo editorial. Desde la creación de “Italia Libera Unita” y la edición de *Italia Libre*, Germani conoce a Cesare Civita quien en 1941 funda, junto con Alberto Levi, Paolo Terni y Paolo Amati, la editorial Abril. A partir del golpe del 43 esta editorial comienza a incorporar a profesores y escritores que, por las presiones del nuevo régimen, han sido marginados de sus profesiones²⁰³. En este marco, Germani ingresa a la editorial (en 1945) como jefe de personal y, paralelamente a la realización de tareas administrativas, propone una colección de libros de ciencias sociales, denominada “Ciencia y sociedad”. Tanto el título de la colección como las obras editadas reflejan una convicción fuerte del pensamiento de Germani: la confianza en que la ciencia y, en particular, las ciencias sociales, serán capaces de proporcionar explicaciones y soluciones racionales a la crisis contemporánea, esto es, la confianza en que la sociología como ciencia positiva, empírica e inductiva, puede constituirse en fundamento de la planificación social. Estas convicciones

²⁰³ Desde el comienzo casi, la editorial contó con la presencia de Boris Spivacow quien luego dirigiría Eudeba. También fueron incorporados Cora Ratto de Sadosky, Oscar Varsavsky, Alvaro Yunke, Conrado Nalé Roxlo.

quedarán explicitadas de manera más sistemática en su artículo “Sociología y planificación”, escrito en 1946, donde se evidencia claramente la influencia de Mannheim. En este mismo sentido, hacia 1945 Germani junto con Gregorio Weinberg y el apoyo financiero de Mario Segre proyectan (aunque al parecer no se concreta) la creación de una revista titulada también *Ciencia y sociedad* en la que se expresarían las nuevas tendencias en el campo de las ciencias sociales y que funcionaría como contrapunto de las tendencias difundidas por el grupo de Poviña en la universidad (Weinberg en Germani, 2004: 118).

A pesar de la buena disposición de Civita, la colección de Germani está alejada de la línea editorial de Abril, centrada sobre todo en libros infantiles y juveniles²⁰⁴ y más tarde, en 1948, la colección es adquirida por la editorial Paidós, fundada en 1944 por Enrique Butelman y Jaime Bernstein. Germani conoce a Butelman desde la etapa de estudiantes de filosofía en la UBA y también este último pasa un tiempo en la editorial Abril. A partir del ingreso de Germani a Paidós ambos se hacen cargo de la colección “Biblioteca de psicología social y sociología”. En las décadas siguientes y hasta nuestros días la editorial se convertirá en una de las más importantes de América Latina.

La aparición de Paidós se da en el contexto de un auge de la industria editorial en Argentina. Desde los años 30 se verifica un crecimiento destacado de publicaciones y editoriales. No obstante, a partir de la Guerra Civil Española y hasta mediados de los 50 la actividad de este ramo se intensifica notablemente²⁰⁵ como consecuencia del traslado de importantes intelectuales y editores españoles republicanos, no sólo a Argentina sino a otros lugares de América Latina, en particular México. Las tres casas editoriales más importantes surgidas en la segunda mitad de los treinta son Losada, Sudamericana y Rueda.

Aunque no alcanzan la proyección de Losada, o luego de Paidós, durante los años 40 y 50 aparecen otros proyectos editoriales que revelan un interés creciente por las ciencias sociales: Imán, Lautaro, Deucalión (dirigida por Osiris Troiani), Galatea/Nueva Visión,

²⁰⁴ La editorial se había dedicado en un principio a la publicación de libros para niños y revistas de historietas de gran éxito (*Pato Donald, Misterix, Rayo Rojo, Cinemisterio*). Más tarde lanza una serie de revistas para adultos: *Idilio, Nocturno, Más allá, Claudia, Panorama, Parabrisas* y *7 Días*. Germani estuvo encargado por un tiempo de la sección “el psicoanálisis te ayudará” de la revista *Idilio* respondiendo cartas de mujeres junto a Enrique Butelman bajo el pseudónimo de Richard Rest. (Sánchez, s/f)

²⁰⁵ Entre 1937 y 1938 la producción de libros aumenta un 43%. Entre 1943 y 1944 el número de casas editoriales aumenta de 69 a 153. Entre 1936 y 1939 el número de obras registradas asciende a 5536 contra las 2359 estimadas para el periodo entre 1900 y 1935 (Blanco, 2006: 95s).

Leviatán y Siglo XX (dirigidas por Gregorio Schwartz), Raigal (cerca al movimiento de Intransigencia Radical y a la figura de Antonio Sobral), Hormé (distribuida también por Paidós). La mayoría de estos emprendimientos están en manos de opositores al peronismo y conforman una especie de red de asociaciones que vinculan intelectualmente a sus impulsores. Así lo destaca Alejandro Blanco en relación con la frecuente reiteración de algunos protagonistas de los distintos emprendimientos:

“León Dujovne, director de dos de las colecciones mencionadas (‘Ideas de nuestro tiempo’ y ‘El hombre, la sociedad y la historia’, en editorial Galatea/Nueva Visión), integró el consejo de redacción de la revista *Imago Mundi*, dirigida por José Luis Romero. Su colección ‘Ideas de nuestro tiempo’, incluyó en su catálogo un texto del propio Romero, *Introducción al mundo actual*. Dujovne escribió además, el prólogo para la edición del *Tratado teológico-político*, de Baruch Spinoza, aparecido en la colección ‘Tratados fundamentales’, de la editorial Lautaro, dirigida por Gregorio Weimberg” (...) “La ‘Biblioteca Filosófica’, de la editorial Paidós, dirigida por Enrique Butelman, publicó en 1959 el libro de Dujovne, *Teoría de los valores y filosofía de la historia* (...) “la editorial Raigal editó el primer libro de Germani, *Estructura social de la Argentina*, e inauguró su colección ‘Problemas de la cultura en América’, con la dirección de Norberto Rodríguez Bustamante, con un título de Francisco Romero, *Sobre la filosofía en América*. A su vez, Norberto Rodríguez Bustamante, que era colaborador de la revista *Imago Mundi*, de José Luis Romero, editó de este último *Argentina: imágenes y perspectivas*, y escribió el prólogo a la edición castellana de *La sociedad abierta y sus enemigos*, de Karl Popper, aparecida en 1957 en la colección que Germani dirigía en Paidós”... (Blanco, 2006: 103).

Los materiales editados, prologados y, en algunos casos, traducidos por Germani para Paidós llaman la atención por su diversidad y heterogeneidad en cuanto a tradiciones intelectuales como a orientaciones disciplinares. Así, encontramos una presencia fundamental de personajes del neopsicoanálisis²⁰⁶ (Erich Fromm, Harold Laski, Viola Klein, Walter Hollitscher, Karen Horney); también de la antropología funcionalista y de la escuela de “cultura y personalidad” (Malinowski, y Margaret Mead); de la teoría política (Franz Neumann, Walter Lippmann); del interaccionismo simbólico (G.H. Mead); de la sociología crítica norteamericana (Gerth y Mills); de la sociología francesa (Raymond Aron) y norteamericana (David Riesman), entre otros. Es importante notar que, a pesar de

²⁰⁶ Con esta expresión se hace referencia a las variantes del psicoanálisis que se alejan de los supuestos biologicistas e intenta integrar la mirada social y cultural en relación con los procesos psicológicos.

conocer la obra de Parsons desde los primeros años del Instituto de Sociología, durante este momento no aparece ninguna obra suya en los proyectos de edición²⁰⁷.

Podríamos preguntar con Alejandro Blanco, ¿qué tienen en común estas obras? ¿cuáles son las preocupaciones que hacen comprensible la edición de este conjunto heterogéneo? Blanco sostiene que, debido a que una buena parte de la sociología clásica como contemporánea estaba ya editada en la época (por la *Revista de Occidente*, la editorial Losada y el FCE), la apuesta editorial de Germani constituye una estrategia tendiente a darle una determinada orientación a la sociología:

“Por un lado, en conectar las ciencias sociales con una nueva agenda, la relativa al debate en torno de la sociedad de masas, su conexión con el fenómeno del totalitarismo y el porvenir de la democracia y, por el otro, en ampliar el horizonte teórico y conceptual de la sociología sustrayéndola del contexto de un vocabulario restringidamente disciplinario e inscribiéndola en todo caso en el contexto más amplio de las ciencias sociales” (2006: 115).

En particular, en este periodo se evidencia una preocupación muy marcada por vincular la sociología con la psicología y específicamente el psicoanálisis. Aunque este interés, como hemos visto, se revela tempranamente (desde Italia con la lectura de Freud), a partir de la labor en Paidós adquiere una importancia particular. Desde nuestro punto de vista, es difícil identificar hasta qué punto este interés por la psicología y el psicoanálisis responde a inquietudes intelectuales profundas del propio Germani o a una estrategia editorial e incluso comercial relacionada con el auge del psicoanálisis en la cultura argentina a partir de los 40 y más afín a los intereses de Butelman y Bernstein. Lo cierto es que estos materiales le dan un sesgo particular a la reflexión sobre la modernidad y la sociología y su relevancia para Germani se demuestra en el hecho de que posteriormente se convierten (especialmente Fromm) en un pilar de la bibliografía básica de la carrera de sociología durante toda la etapa de su conformación y consolidación²⁰⁸.

²⁰⁷ De hecho Germani sólo editó para Paidós dos de sus obras: *Ensayos de teoría sociológica*, hacia 1967 y *La sociología norteamericana contemporánea: perspectivas, problemas, métodos*, en 1969. En los Cuadernos del Boletín del Instituto de 1957 se publican obras colectivas en las que aparece Parsons.

²⁰⁸ Aunque en general coincidimos con sus puntos de vista, creemos que en el trabajo Alejandro Blanco (2003 y 2006) hay una sobrevaloración de la importancia que tienen en el pensamiento de Germani algunos autores traducidos y/o prologados para Paidós (Fromm, Neumann, Laski, Ackerman y Jahoda). Esto lo ha

Es importante notar que, a diferencia de lo que en el imaginario intelectual se ha popularizado, lo que edita Germani no es únicamente la sociología norteamericana, sino y en gran medida la sociología del exilio europeo en Inglaterra y Estados Unidos. Sucede que en contraste con sus antecesores inmediatos, Ayala o Echavarría, consagrados traductores e importadores de la sociología alemana (dominante en el ámbito académico), Germani aparece como el traductor e importador de la sociología anglosajona. Esta diferencia se convertirá, desde 1956, en un rasgo diferenciador de la “sociología de cátedra” y la “sociología científica” (Blanco, 2006)²⁰⁹.

Un segundo ámbito de actuación es el Colegio Libre de Estudios Superiores, otro de los espacios fundamentales de constitución de la “universidad en las sombras”. Aquí se refugian durante el gobierno peronista muchos de los intelectuales excluidos de la universidad: Germani, Ayala, José Luis Romero, Francisco Romero, José Babini, Jorge Romero Brest, Vicente Fatone, Roberto Giusti, Norberto Rodríguez Bustamante, Risieri Frondizi, Tulio Halperin Donghi, entre otros.

El Colegio se crea en 1930 y rápidamente se posiciona como opositor al golpe de estado de Uriburu²¹⁰, enfrentado a los sectores católicos y nacionalistas que a partir del gobierno militar acrecientan su presencia en espacios culturales²¹¹. En este aspecto, el Colegio también forma parte del frente antifascista que se consolida en Argentina durante los años 30 y que, hacia 1945, no duda en ver en Perón a un Duce criollo. Su objetivo era establecer un centro cultural independiente de la universidad, intervenida por los militares, que promoviera la investigación y la exposición de resultados en múltiples áreas (ciencia, arte, educación, técnica, economía, sociedad). Según su acta fundadora, el formato de cátedras libres permitiría desarrollar “puntos especiales que no son profundizados en los cursos generales o que escapan al dominio de las facultades” (en Neiburg, 1998: 143). A partir de

llevado a plantear una vinculación de Germani con la escuela de Frankfurt que a pesar de iluminar aspectos fundamentales, por lo general desconocidos, de la obra del sociólogo, a nuestro juicio, resulta algo forzada.

²⁰⁹ Una gran parte de lo que edita Paidós había sido editada por la “International Library of Sociology and Social Reconstruction” dirigida por Karl Mannheim.

²¹⁰ Neiburg relata que la idea de la creación del Colegio fue el fruto de una charla de café entre sus 6 fundadores originales, quienes firmaron el acta fundacional: Alejandro Korn, Aníbal Ponce, Narciso Laclau, Roberto Giusti, Jorge Ibarguren, Luis Reissig. Con el golpe de Uriburu y a propósito de unas conferencias de Nicolai sobre Rusia, se produce una ruptura con Ibarguren quien a partir de ese momento se coloca como intelectual del nuevo régimen posicionando al CLES en abierta oposición (1998: 142).

²¹¹ A pesar de la abierta oposición a la Universidad intervenida, el Colegio no dejó de tener contacto con profesores y altos funcionarios de la misma, incluso como miembros de su consejo directivo (Neiburg, 1998: 146).

1931 parte de las clases dictadas en el Colegio son publicadas en la revista *Cursos y conferencias*. En adelante, el CLES se convierte en centro de reunión de importantes personajes de la política, la economía y la cultura y se revela como una vía de reclutamiento de nuevos cuadros dirigentes. Entre los más destacados pueden mencionarse los hermanos Frondizi quienes hacia 1958 se colocarán respectivamente como presidente de la república -Arturo Frondizi- y rector de la UBA -Risieri Frondizi.

Durante la década peronista específicamente el CLES se constituye como uno de los principales referentes de la oposición intelectual y el punto de encuentro de quienes dirigirán la próxima modernización universitaria. De los 50 profesores que conforman el Colegio en 1950, 28 pasan a ser profesores de la Universidad después de 1955; 6 ocupan cargos directivos y 5 cargos de gobierno en la Revolución Libertadora. Una buena parte de ellos (más del 50%) llega a estas posiciones por primera vez (Neiburg, 1998: 180). En particular, del *staff* inicial de Germani en la carrera de Sociología casi todos habían pasado por el CLES: Rodríguez Bustamente, Erro, Butelman, Di Tella y el propio Germani.

Germani es invitado por primera vez a dar clases en 1946 y se convierte en maestro regular del CLES de Buenos Aires hasta 1952, año en que es cerrado por el peronismo. De allí en adelante sigue dictando conferencias en el de Rosario²¹², junto con otros intelectuales como Gregorio Weinberg, José Luis Romero, Norberto Rodríguez Bustamente, Tulio Halperín Donghi. Es importante señalar que la participación de Germani en el CLES es en cierto modo marginal. Todavía no es un intelectual reconocido, sus conferencias y clases de sociología se dictan en la Cátedra de Economía “Liasandro de la Torre” y la asistencia a las mismas es mínima, comparada con la de otros intelectuales consagrados²¹³. En contrapartida, su participación se destaca por el tipo de contenido -la insistencia en la investigación empírica y en el perfil científico de sus reflexiones- y la perseverancia de sus seguidores (Neiburg, 1998). Durante su paso por el Colegio, Germani entra en contacto con algunos de los estudiantes que posteriormente conformarán su primer grupo de discípulos y su equipo de trabajo en la UBA. El más caso más destacado es, sin duda, el de Jorge Graciarena, una de las figuras más relevantes de su proyecto inicial.

²¹² La filial de Rosario se crea en 1931, pero a partir de 1940 el CLES crea otras en Bahía Blanca, La Plata, Tucumán, Paraná, Santiago del Estero, Mendoza, Viedma, de variable duración y dinamismo. Neiburg llama la atención sobre la ausencia de filial en Córdoba (1998: 1956)

²¹³ Federico Neiburg señala que, durante 1950, la asistencia de 9 personas a la única conferencia de Germani contrasta tanto con el promedio del CLES (70 personas) como con las multitudinarias convocatorias de personajes como Francisco Romero (181) o Ezequiel Martínez Estrada (158) (Neiburg, 1998: 203).

Los cursos y conferencias que Germani dicta en el CLES se centran fundamentalmente en el problema de la crisis contemporánea, la emergencia de la sociedad de masas y las tensiones entre la necesidad de planificación y la conservación de la libertad. Se mantiene en ellos el esquema de análisis en dos dimensiones: estructural y psicosocial, y se refuerza la perspectiva interdisciplinaria que vincula sociología, psicología y antropología. Así lo revelan los títulos de algunos de sus cursos más importantes: “Bosquejo de una psicología social para una época de crisis” (su primer curso de 1946), “Ideología y personalidad”, “Análisis de la crisis contemporánea”, “La crisis contemporánea y el totalitarismo” (cuyo texto aparece publicado en *Cursos y conferencias* con el nombre de “La integración de las masas a la vida política” y el totalitarismo”, en 1956 y luego incluido en *Política y sociedad en una época de transición*). La bibliografía utilizada para estos cursos da cuenta de su vocación interdisciplinaria así como de la relevancia que tiene para la conformación de su perspectiva intelectual la obra editada para Abril y Paidós: Fromm, Mannheim, Laski, G. Friedman, Ogburn, R. Linton, B. Russel, Schumpeter, Benedict, Malinowski, Dobb, Mayer; además de los clásicos: Durkheim, Weber, entre otros (Germani, 2004: 304).

También en estos cursos del CLES Germani continúa desarrollando su preocupación por la sociología como disciplina científica, el método y las técnicas de investigación más actuales. Así lo atestiguan los siguientes títulos: “Sociología”, “Métodos y técnicas de la investigación económico-social”, “Sociología industrial y metodología de la encuesta en la investigación social”, “El problema del método en las ciencias del hombre” (Germani, 2004: 304). Estos temas otorgarán a la participación de Germani en el CLES un rasgo diferenciador respecto de otros ponentes de la disciplina, más centrados en temas jurídicos o filosóficos.

Asimismo, durante esta etapa también comienzan a tomar forma escrita y pública sus reflexiones sobre el peronismo. En 1950 da una primera conferencia sobre el tema: “Algunas repercusiones sociales de los cambios económicos en la Argentina” (*Cursos y conferencias*, año XX, vol. XI, núm. 238, 1952, 560-561). (Kahl, 1986: 62). Y en 1956 da a conocer lo que sería su interpretación más acabada en la ya citada “La integración de las masas a la vida política”.

Al cierre del CLES de Buenos Aires, otros dos espacios se conforman como punto de reunión de los mismos nombres familiares: las revistas *Imago Mundi* (1953-1956) y

Contorno (1953-1959). La primera, dirigida por José Luis Romero, se centra sobre todo en temas de historia de la cultura y la problemática de la crisis contemporáneas. Entre quienes integran el consejo de redacción de la revista se encuentran: Francisco Romero, Luis Aznar, José Babini, Ernesto Epstein, Vicente Fatone, Roberto Giusti, Jorge Romero Brest, José Rovira Armengol, Alberto Salas, Juan Mantovani y León Dujovne. Como secretarios de redacción: Ramón Alcalde y Tulio Halperin Donghi. Como contador Jorge Graciarena. Germani participa de la revista hacia 1956 con el artículo “Surgimiento y crisis de la noción de opinión pública”. La revista *Contorno*, por su parte, dirigida por los hermanos Ismael y David Viñas, se orienta más hacia temas de literatura y política. En este grupo, de influencias marxistas y sartreanas, se incluyen Ramón Alcalde, Juan José Sebrelli, Oscar Masotta, León Rozitchner, Noé Jitrik.

Así como observamos los múltiples encuentros entre los personajes del mundo editorial en auge; también se pueden señalar los existentes entre aquellos y los miembros del CLES. Así, los responsables de las editoriales más importantes de ciencias sociales y humanidades eran asiduos colaboradores del CLES: Francisco Romero (director de “Biblioteca de filosofía”) y Francisco Ayala (de la “Biblioteca de sociología”) de Losada; Gino Germani y Enrique Butelman (colección de “Psicología y sociología”), de Paidós; Gregorio Weinberg, (director de la colección “Tratados fundamentales”) de la editorial Lautaro; Norberto Rodríguez Bustamante, (director de la colección “Problemas de la cultura en América”) de editorial Raigal²¹⁴. De las revistas podemos mencionar como ejemplos el ya mencionado José Luis Romero, quien aparece en prácticamente todos los espacios culturales alternativos y Ramón Alcalde quien participó de las dos revistas (*Contorno* e *Imago Mundi*) y también impartió clases en el CLES de Rosario.

Finalmente, podemos mencionar como parte de estos espacios de socialización intelectual durante el peronismo, los grupos de estudio y discusión privados en los que participa activamente Germani. Según Ana Germani, durante los primeros años de los 50 su padre se vincula a algunos círculos donde se exponen lecturas de diferentes autores y se debaten problemas actuales nacionales e internacionales: los conflictos bélicos, la crisis, las posibilidades de la democracia, etc. A pesar de la escasa información que tenemos sobre ellos, consideramos que estos espacios son fundamentales por la variedad de posiciones

²¹⁴ Asimismo, en las páginas de *Cursos y conferencias* podía encontrarse publicidad de revistas y editoriales de la misma red cultural: *Sur, Nosotros, Imán, El Ateneo* (Neiburg, 1998: 150).

que representan sus integrantes, los lazos de amistad que unen a muchos de ellos con Germani y las afinidades ideológicas, políticas e intelectuales que generan.

Uno de estos grupos está conformado por personajes del antifascismo, fundamentalmente emigrados italianos: Civita, Mario Segre, Alberto Levi, Paolo Terni. Además de los problemas de actualidad internacional, en este grupo se discute a los autores clásicos de teoría social italiana: Pareto, Mosca, Michels a quienes se los pone a dialogar con Marx (Germani, 2004: 124).

Un segundo grupo, muy diferente, está integrado por egresados de Filosofía y Letras: Inés Malinow, Eduardo Prieto, Jaime Bernstein, Norberto Rodríguez Bustamante, Enrique e Ida Butelman. Autodenominado “Versores”, este grupo se dedica originalmente a hacer trabajos de traducción como forma de subsistencia económica. No obstante, el encuentro se vuelve también una forma de resistencia espiritual al clima cultural opresivo del peronismo a través de actividades como la lectura de poesía y representaciones teatrales (Germani, 2004: 125).

Finalmente, Germani frecuenta un tercer grupo, integrado por diversos personajes de la izquierda (varios ex comunistas): Manuel Sadosky, Oscar Varsavsky, Risieri Frondizi, Gregorio Klimovsky, Oscar Cornblit, dentro de los cuales se incluyen docentes e investigadores de ciencias exactas (Sadosky y Varsavsky). Con estos dos últimos Germani tendrá la privilegiada ocasión de discutir sobre el tema de la cuantificación en las ciencias sociales y de exponer, para los matemáticos, a autores norteamericanos como el propio Parsons y los empiristas de la década del 30. También en este grupo se fortalece la concepción de que la ciencia (la matemática y el pensamiento sistemático) era capaz de proponer soluciones a los problemas de la sociedad (Germani, 2004: 127).

1956-1962. Sociología científica, desarrollo y modernización

Finalmente llegamos a la etapa más trabajada sobre Germani en la Argentina. La unidad de este momento, como es evidente, está dada por su papel como fundador y director del Departamento y la Carrera de Sociología en la UBA a partir de 1956. Por lo general este periodo se suele extender hasta 1965-66, cuando Germani se va a Estados Unidos, en las vísperas de un nuevo golpe de Estado. No obstante, tomando en cuenta nuestra propia

periodización general y las consideraciones de Alberto Noé, hemos decidido concluir esta etapa en 1962, momento en que se cierra, según este autor, la primera fase de consolidación de la gestión institucional de Germani y éste deja nuevamente la UBA para exiliarse durante algún tiempo en el Instituto Di Tella y posteriormente partir de la Argentina definitivamente.

Este momento se desarrolla en el contexto general de la Guerra Fría, el proceso descolonización de los países de Asia y África y el afianzamiento de la hegemonía norteamericana en América Latina. A nivel local, este periodo asiste al intento, una vez derrocado el peronismo, de realizar la ansiada transformación hacia el desarrollo y la modernización bajo el signo de la “democracia”. No obstante, muy pronto se revela el rumbo específico que acaba tomando el proceso: el de una modernización dependiente, limitada e incompleta, en el marco de un conflicto social y político que termina de agudizarse y estallar ante la arrolladora presencia de la revolución cubana.

Cuando en 1955 la llamada “Revolución Libertadora” derroca a Perón, él y su gobierno se sostenían ya con fuertes dificultades. Desde los primeros momentos de su reelección, en 1952, se manifiestan las señales de una importante crisis: en junio de ese año muere Eva Perón; la economía comienza a deteriorarse y las relaciones con la oposición se deterioran. Como consecuencia, la represión se agudiza, muchos opositores son encarcelados y, tiempo después, comienza la escisión de algunos sectores de las fuerzas armadas (divididos a la hora de la lucha entre “leales” y “rebeldes”) y la Iglesia Católica.

El triunfo de la “Revolución Libertadora” es posible, entonces, gracias a una alianza cívico militar bastante heterogénea que sólo tiene en común el antiperonismo y (no en todos los casos) la bandera de la democracia. En efecto, entre las fuerzas que apoyan la revolución se encuentra un importante grupo de militares, divididos entre liberales y conservadores (nacionalistas e integristas); la Iglesia católica –que tras haber entrado en un agudo conflicto con Perón en 1954 se pasa a la oposición-; el movimiento estudiantil y las elites culturales reformistas, entre las que se cuenta al grupo renovador de la “universidad en las sombras”.

Esta frágil alianza pronto mostrará sus fisuras, sin lograr, en los años posteriores, institucionalizar un modelo alternativo. Así, a los pocos meses del nuevo régimen, se produce una primera ruptura. Frente al ala nacionalista e integrista (representada por el

general Lonardi) que busca una alianza con los sectores peronistas, se impone el sector liberal (representado por Rojas y luego Aramburu) que busca el desmantelamiento de la obra de Perón y la restauración del mundo anterior a 1943. De esta manera, los años siguientes estarán marcados por los intentos, nunca del todo exitosos, de “desperonizar” al país. La presencia del peronismo en el imaginario social e intelectual se vuelve entonces un factor recurrente del juego social y político²¹⁵.

Cuando asume la revolución, los grupos católicos conservadores logran que se nombre Ministro de Educación a Atilio Dell’Oro Maini, reconocido pensador católico y uno de los fundadores de la revista *Criterio* en los 30. Por otra parte, los sectores progresistas de la universidad, en especial el movimiento estudiantil vinculado al socialismo, logran que se designe a José Luis Romero como rector interventor de la UBA. Este último, como hemos visto, es desde las décadas precedentes un personaje destacado de los círculos intelectuales del país, vinculado a la tradición cultural de la Reforma Universitaria. Romero obtiene su doctorado en Historia en la Universidad de La Plata en 1937 y a partir de entonces se desempeña como docente en esa institución. Aunque desde sus años de militancia juvenil está vinculado al socialismo en 1945 le da a esta orientación un signo institucional y se afilia al Partido Socialista. Cuando en 1946 es separado de la universidad, Romero sigue su carrera académica en el extranjero. Obtiene una beca de la Fundación Guggenheim y se dedica a profundizar sus investigaciones sobre la burguesía medieval en Harvard. A su regreso se desempeña como docente en la Universidad de la República, en Montevideo, Uruguay. Participa en el CLES y funda, como hemos visto, *Imago Mundi*. Según Noé, su designación como rector refleja “el reconocimiento del régimen militar al papel desempeñado por el movimiento estudiantil y por los intelectuales universitarios que lucharon abiertamente contra el gobierno de Perón” (2005: 59).

A pesar de que los rectores interventores se encuentran bajo las directrices generales del ministro de educación Dell’ Oro Maini; este último -en notorio contraste con sus posiciones del pasado- parece comprometerse con la autonomía universitaria, por lo que Romero tiene márgenes de decisión amplios para emprender la ansiada renovación²¹⁶. Aun

²¹⁵ En el intenso debate sobre la interpretación del fenómeno peronista entre 1956 y 1966 pueden verse escenificadas las distintas rupturas y realineamientos políticos producidos entre los diversos sectores que apoyaron la Revolución Libertadora.

²¹⁶ En el discurso que da con motivo de la toma de posesión de Romero, Dell’Oro Maini expresa su reconocimiento al aporte del movimiento renovador a la revolución libertadora y da a conocer un plan de reconstrucción universitaria que incluye el respeto a la autonomía universitaria y la realización de concursos para docentes de la UBA (Noé, 2005: 59).

así, esto no impide que se produzcan importantes tensiones entre ambos funcionarios. El nombramiento de Germani como profesor de la UBA, en octubre de 1955, es una primera ocasión para un enfrentamiento entre los dos personajes, y es ejemplar de los conflictos y tensiones entre las distintas fuerzas que apoyan el golpe del 55. En ese momento, Dell'Oro Maini envía a Romero una conminación a impedir el ingreso de Germani a la universidad debido a sus vínculos con el comunismo (Germani, 2004; Noé, 2005). Esta acusación no deja de ser paradójica a la luz de la orientación cada vez más anticomunista que adquiere Germani. Romero no sólo ignora la conminación sino que encarga a Germani la dirección del Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras. Permanece como profesor interino hasta el año siguiente en que su cargo se hace efectivo mediante concurso.

El segundo y gran enfrentamiento entre Dell'Oro Maini y Romero es motivado por el artículo 28 de la ley 6403 promulgada por el régimen. Esta última restaura la educación laica (de la Ley Avellaneda), pero además le otorga a la universidad el poder para elegir a sus profesores y autoridades. Hasta aquí, una recuperación de los principios reformistas del 18. No obstante, el artículo 28 de esta ley permite la creación de universidades privadas, denominadas “libres”, con capacidad para expedir títulos habilitantes, lo que significaba abrir las puertas de la educación nuevamente a la Iglesia Católica, esta vez por vía de las universidades particulares. Este conflicto moviliza a todo el sector universitario, estudiantil especialmente, y culmina con la renuncia de ambos funcionarios (Dell'Oro Maini y Romero) en mayo de 1956.

En un contexto de plena guerra fría y macartismo, Germani y en general todo el movimiento renovador, es percibido por los sectores conservadores de la Iglesia, como comunista. Sin embargo, en el ámbito universitario, el conflicto entre liberales y nacionalistas de derecha dentro de la dirigencia de la Revolución Libertadora se resuelve en favor de los primeros. A partir del conflicto por el artículo 28, Carlos Adrogué es nombrado en reemplazo de Atilio Dell'Oro Maini y Alejandro Ceballos en sustitución de Romero; ambos del ala liberal del régimen. El nuevo rector interventor continúa la normalización de la universidad (comenzada por Romero) y en 1957, muy próximo al proceso nacional, se dan las elecciones en la Universidad, donde finalmente se elige a Risieri Frondizi como rector. En estos años, el programa renovador de la Universidad trazado por Romero continúa y Germani permanece en la UBA, no sin ataques periódicos por parte de la derecha.

Paralelamente, en el ámbito político la revolución libertadora, en su intento de desperonizar al país, se vuelve fuertemente represora de los opositores, ante la mirada complaciente o indiferente de gran parte de la intelectualidad progresista: se intervienen los sindicatos y el Partido Peronista es declarado ilegal²¹⁷. Incluso dentro de la universidad se proscribió la participación en concursos a todos aquellos que habían tenido compromisos en el peronismo (Neiburg, 1998)²¹⁸.

No obstante, esta estrategia muy pronto mostrará su fracaso debido a la fractura producida en la alianza de la revolución libertadora. En un primer ejercicio electoral para el Congreso Constituyente realizado en julio de 1957 los votos en blanco superan a los de las demás fuerzas políticas poniendo en evidencia el peso del peronismo proscrito. Al año siguiente, en las elecciones generales de 1958, una fracción (relativamente minoritaria) de la Unión Cívica Radical, la UCRI (Unión Cívica Radical Intransigente)²¹⁹, obtiene el triunfo con el apoyo del peronismo, pero también con la Iglesia católica y, nuevamente, un sector de intelectuales, profesionales y universitarios. De esta compleja alianza resulta electo presidente de la nación Arturo Frondizi.

Desde la renuncia de Romero y Dell'Oro Maini en 1956, el conflicto por el artículo 28 sobre las instituciones privadas queda en suspenso y la universidad logra poner en marcha un importante proceso de renovación y modernización. Pero en 1958 será el propio presidente Frondizi quien imponga la reglamentación del artículo, cumpliendo la deuda electoral con la Iglesia católica. De esta forma, se renuevan las líneas del conflicto entre el gobierno y el sector universitario. Como señala Silvia Sigal, este conflicto traumático “no fue sino el primero de una larga serie que Arturo Frondizi reservaba a los sectores progresistas –intelectuales y universitarios- que se habían movilizad para apoyar su candidatura” (Sigal, 1991: 57).

De todas formas, la creación de la carrera de Sociología en 1957 y la gestión institucional del Germani se dan en aquel contexto de renovación de la universidad liderado en primera

²¹⁷ En junio de 1956 se producen los fusilamientos que dieron origen a la investigación de Rodolfo Walsh plasmada luego en su obra *Operación masacre*.

²¹⁸ Neiburg señala que a través del análisis detallado de los concursos se puede obtener una imagen de cómo operó la desperonización en la universidad, promoviendo un proceso sutil de exclusiones en cierta forma equivalente al que había operado durante el peronismo (1998: 218).

²¹⁹ La escisión en el radicalismo se produce hacia enero de 1957 y con ella se forman la UCRI y la UCRP (Unión Cívica Radical del Pueblo). Esta última fracción –más liberal e identificada con el antiperonismo- conserva la mayor parte del aparato partidario. En las elecciones fue representada por Ricardo Balbín.

instancia por José Luis Romero y continuado en gran medida por su equipo²²⁰. Esta renovación -inspirada en la reforma del 18 pero aggiornada a las condiciones actuales- se orienta a la modernización de la universidad y tiene como objetivos fundamentales la promoción de la investigación científica y, en general, la contribución a la transformación y el progreso del país. Para ello, se plantean una serie de innovaciones en varios niveles. Una de las más importantes es la creación de Departamentos. Estos tienen el doble propósito de dismantelar los centros de poder creados tradicionalmente en la universidad y organizar las tareas de investigación y docencia de manera desconcentrada. Dos experiencias destacan al respecto: el Departamento de Pedagogía Universitaria, cuyo objetivo es la instauración de un nuevo tipo de relación entre estudiantes y profesores (más eficaz, igualitaria y productiva); y el Departamento de Extensión Universitaria que busca cumplir con un viejo principio de la reforma del 18: la vinculación de la universidad con la sociedad, especialmente con los sectores populares, de quienes los intelectuales se habían distanciado a partir del enfrentamiento con el peronismo. Como señala Noé, este departamento es para los intelectuales reformistas “la condición de posibilidad del reencuentro con las clases populares. Se abría así la ilusión de un nuevo escenario donde los intelectuales universitarios se integraban con la clase obrera” (2005: 64)²²¹.

En el ámbito académico, con la renovación se expande enormemente la cantidad de profesores con dedicación exclusiva, se fortalecen las bibliotecas, se crea la editorial universitaria (EUDEBA, 1958) y el CONICET (1957) que otorga becas internas y externas y establece puestos de investigador (Blanco, 2006: 188). En la Facultad de Filosofía y Letras se crean los departamentos de Historia, Filosofía, Geografía, Ciencias Antropológicas, Ciencias de la Educación, Psicología y Sociología. En los últimos cuatro casos se crean con ellos las bases organizativas para la fundación de cuatro nuevas carreras (del mismo nombre) en la UBA. Esta aparición de nuevas disciplinas se vincula sin duda con el fuerte crecimiento de la matrícula universitaria, producto del ascenso de las clases medias desde el primer cuarto del siglo²²².

²²⁰ Luego de su renuncia a la rectoría, Romero queda como decano de la Facultad de Filosofía y Letras y profesor titular de la cátedra de Historia Social.

²²¹ Como parte de este proyecto surge el “Centro Piloto de Isla Maciel”, un barrio obrero de Buenos Aires con el que se establecen lazos de colaboración: se crean centros de educación integral, servicios de asesoramiento técnico para instituciones del barrio, bibliotecas, servicios culturales, etc. Asimismo, en este barrio se lleva a cabo una de las primeras investigaciones sobre urbanización por parte del Instituto de Sociología dirigido por Germani.

²²² Según el propio Germani, la proporción de estudiantes subió de 1,1/1000 en 1917 a 7,4/1000 en 1954 (1955: 15). Mangone y Warley señalan que entre 1945 y 1955 se triplicó el número de estudiantes; mientras que el aumento de la matrícula duplicó el aumento de la población total del país (1982: 28-59).

La creación de la carrera de Sociología se instituye en marzo de 1957. Germani, profesor titular de la cátedra de sociología desde 1955, es nombrado director del Departamento y de la recién creada carrera. La carta de presentación de Germani al integrarse nuevamente a la universidad –la que le permite ganar varios de los concursos a los que se presenta– es la publicación de su libro *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico* (Raigal, 1955). Por el tipo de enfoque y por la cantidad y calidad de información procesada este libro tiene un carácter fundacional, pionero en la sociología argentina y latinoamericana. Susana Torrado ha señalado que “desde entonces, la sociología argentina no ha logrado actualizar la suma de conocimiento que su autor aportara en aquel momento” (en Jorrot y Sautu, 1992: 267). Un año más tarde, publica otro artículo de gran difusión “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo” (basado en datos del primero) en el que, como hemos señalado, queda plasmada la primera interpretación con pretensiones científicas del fenómeno peronista. Estas obras adquieren en esos momentos un valor estratégico para Germani ya que se presentan como una demostración de las ventajas y la relevancia de la investigación empírica y analítica para el estudio de los principales problemas de la sociedad argentina.

Ahora bien, la consagración institucional de esta perspectiva incluye no sólo la obra personal de Germani sino también la participación de quienes forman su equipo más cercano. La mayoría de los estudiosos del tema (Neiburg, 1998; Noé, 2005; Blanco, 2006) coincide en que el grupo que se formó alrededor del Departamento y la Carrera de Sociología es el resultado de las alianzas que establece Germani desde el periodo anterior dentro del campo político e intelectual a fin de legitimar su posición. Este grupo vincula fundamentalmente la tradición liberal antiperonista, conformada por intelectuales de cierto renombre (Carlos Alberto Erro, Norberto Rodríguez Bustamante, Eduardo Prieto) con jóvenes intelectuales socialistas (Torcuato Di Tella, Jorge Graciarena) vinculados en muchos casos a la militancia estudiantil (Miguel Murmis, Eliseo Verón, Marta Bechis, Darío Cantón, de Filosofía y Letras; Juan Carlos Marín, de Ingeniería). También se incluyen dentro de la alianza, en la línea del liberalismo progresista, Enrique Butelman y Jaime Bernstein, protagonistas de la reciente creada carrera de Psicología y con quienes continúa una estrecha relación desde el espacio de la editorial Paidós.

Una excepción en términos ideológicos la constituye José Luis de Imaz quien proviene del catolicismo y cuya incorporación, según Noé (2005: 146), cumple un papel legitimador y

neutralizador de los posibles ataques de la Iglesia Católica y los sectores nacionalistas conservadores a la construcción institucional de la nueva disciplina. Otro caso especial lo constituye José Luis Romero. La relación con este último proviene menos de una afinidad académica -los distancian concepciones diferentes de la labor intelectual y trayectorias sociales disímiles²²³- que de un respeto mutuo y un común interés en el perfil innovador que debía adquirir la nueva reforma. Mientras Romero es identificado como un humanista, erudito y cercano a la elite tradicional de intelectuales, aunque con inclinaciones progresistas y modernistas, Germani está más cerca de la figura del científico, el técnico o especialista enfrentado a la tradición ensayista del pensamiento nacional (Neiburg, 1998: 242).

La gestión de Germani al frente del departamento y la carrera de sociología es verdaderamente prolífica. Aunque es cierto que cuenta con condiciones favorables tanto internamente como a nivel internacional, los méritos personales no son menores. En este sentido, Blanco sostiene que “en unos pocos años la sociología llegó a convertirse en una de las disciplinas más dinámicas e innovadoras de la renovación universitaria, alcanzando un prestigio y popularidad que nunca había tenido” (2006: 191).

Durante el primer año de apertura de la carrera (1957-1958), en tanto los estudiantes cursan materias generales, se imparte un “Curso de Especialización en Sociología para Graduados” con la finalidad de formar los cuadros de profesores e investigadores que conformarán el *staff* de la carrera en los años superiores²²⁴. Estos profesores se benefician muy pronto con becas nacionales (UBA y CONICET) e internacionales (UNESCO y universidades extranjeras) que les proporcionarán grandes posibilidades de consolidar una exitosa carrera académica.

La licenciatura en Sociología enfatiza fuertemente la formación en investigación. A los profesores se los recluta siguiendo fundamentalmente un criterio de especialización y

²²³ Algunos protagonistas de la época enfatizan, además, la diferencia de personalidades. Así, “Germani era mal educado, ofendía a la gente sin ningún problema, mientras que Romero era un caballero, no insultaba a nadie. Germani no tenía ningún problema en decir: ‘Usted es un imbécil’. Germani se ganaba el odio de todos, en cambio Romero era más diplomático. Germani era un poco paranoico, asustadizo, siempre pensaba que todo iba a terminar mal, que iban a destruirlo una persecución política de los fascistas, por eso es que Germani vivía toda la crítica como un hecho conspirativo contra él.” (Di Tella, en Noé, 2005: 142).

²²⁴ Este *staff* se conformó paulatinamente con los siguientes nombres y disciplinas: Jorge Graciarena y Ruth Sautu (economía), Ana María Babini (letras), Eliseo Verón, Miguel Murmis, Inés Izaguirre (filosofía), Juan Carlos Marín y Torcuato Di Tella (ingeniería), José Luis de Imaz (derecho y ciencias políticas), Francisco Korn (arquitectura), entre otros.

experiencia en el campo de la sociología, en particular, “capacidad y experiencia para dirigir investigaciones”. A los estudiantes, en vez de tesis o trabajo final para la graduación se exige un número de 100 horas de investigación acumuladas (Noé, 2005). La aplicación de este criterio marca una diferencia sustancial dentro de la configuración previa del campo sociológico. En términos de Alejandro Blanco se trata de la oposición entre profesionales y notables (2006: 226); en los de Neiburg, entre el especialista y el maestro (1998: 234).

De allí que, como sostiene Neiburg, se pudiera rechazar ahora candidatos a un concurso “valorando negativamente como dispersión lo que en los concursos anteriores para las disciplinas más tradicionales había sido valorado como erudición” (235). A pesar de la relación de colaboración construida entre ambos, la contraposición de Germani con José Luis Romero puede considerarse en alguna medida ilustrativa de esta oposición.

Como hemos señalado, apenas Germani ingresa a la UBA el Instituto de Sociología, ahora a su cargo, reanuda sus actividades de investigación. Al comienzo de la carrera se organiza una primera investigación con el apoyo del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras: “Origen social y condiciones de trabajo de los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires” realizado mediante encuestas en cuatro de las diez facultades de la UBA²²⁵. Luego se consolidan varios proyectos más. Hacia 1957, con fondos de la UNESCO, se realizan dos investigaciones sobre el proceso de urbanización: una sobre la Argentina en general y otra sobre una zona obrera de Buenos Aires.

También se consiguen fondos para dos grandes proyectos. El primero, titulado “El impacto de la inmigración masiva en el Río de la Plata”, constituye una iniciativa interdisciplinaria con el Departamento de Historia de Filosofía y Letras, específicamente con el Centro de Estudios de Historia Social dirigido por José Luis Romero.

El otro proyecto de investigación, titulado “Estratificación social y movilidad social en el área metropolitana de Buenos Aires”, forma parte de un proyecto más amplio sobre estratificación y movilidad social en cuatro ciudades latinoamericanas (Buenos Aires, Montevideo, Santiago, Río de Janeiro) auspiciado por el CLAPCS, el CONICET y la UNESCO. Asimismo, para esta investigación se contratan investigadores extranjeros con fondos de los programas Smith-Mondt y Fulbright. Esta investigación puede leerse como

²²⁵ Arquitectura, Filosofía y Letras, Ciencias Económicas y Ciencias exactas y naturales.

parte de una estrategia regional para expandir reconocimiento del Instituto a nivel latinoamericano. En el mismo sentido, Germani participa en la organización y dirección de FLACSO.

Por supuesto, el tipo de investigaciones que domina en el nuevo Instituto es la empírica, orientada hacia el estudio del presente (aunque también se hicieron investigaciones históricas), realizada a partir de una recolección, producción e interpretación de los datos propia (y no de agencias externas como en el pasado). Para fortalecer el aprendizaje de este nuevo oficio, Germani y Jorge Graciarena preparan respectivamente el *Manual del encuestador* y el *Manual de codificación* que instruyen de manera sistemática y organizada sobre cómo llevar a cabo una investigación. Otra particularidad de la investigación realizada en el Instituto es el énfasis en el trabajo colectivo y la producción de “informes de investigación” que sustituyen al tratado o al manual dedicado a la síntesis y comentario de otros libros (Blanco, 2006).

Una de las mayores conquistas de la gestión de Germani en términos del reconocimiento internacional es la captación de financiamiento externo por parte de distintos organismos: la UNESCO, las fundaciones Ford y Rockefeller. Hacia 1960, Germani recibe dos subsidios: de 35.000 dólares por la Fundación Rockefeller y de 210.000 dólares por la fundación Ford. Con estos recursos se contrata a profesores extranjeros²²⁶, se otorgan becas de perfeccionamiento en el exterior²²⁷, se amplía la biblioteca del Instituto, se adquiere equipamiento, se mejora la infraestructura y se apoya el programa de investigaciones. Este hecho se convertirá muy pronto en el principal argumento de algunos sectores estudiantiles en contra de Germani.

Finalmente, las editoriales Eudeba y Paidós contribuyen a ampliar y actualizar la bibliografía de las carreras de Sociología, Psicología y Ciencias de la Educación, creadas conjuntamente en 1957. A esta labor, se suma la reactivación del *Boletín del Instituto* y la creación de las series *Fichas* y *Cuadernos*, publicaciones orientadas a la reproducción de fragmentos de textos y artículos relevantes, traducidos por profesores y estudiantes, utilizados como material de apoyo para las tareas docentes y distribuidos por el recientemente creado Servicio de Documentación de Sociología. De estas series surgen

²²⁶ Kalman Silvert, Irving Horowitz, Peter Heintz, Alain Touraine, Araon Cicourel, Bernard Rosemberg.

²²⁷ Gloria Cucullu, Darío Cantón y Miguel Murmis van a Berkeley, Eliseo Verón viaja a Francia y Jorge Graciarena a Londres.

traducciones de autores como Linton, Herskovits, Parsons, Merton, Lipset, Davis, Lazarsfeld, Beals, Bendix, entre otros.

En esta etapa de madurez profesional se consolidan los dos pilares del proyecto intelectual de Germani: la concepción de la “sociología científica” y la reflexión sobre la modernización. En cuanto a la primera, Germani cuenta con condiciones favorables a nivel interno y externo. Dentro del país, a partir de la coyuntura política creada por la Revolución Libertadora y la renovación de la UBA, Germani gana importantes espacios al grupo de “tradicionalistas” o, según Germani, de sociología “pre-científica”, que continúa desde la Universidad Nacional de Córdoba liderado por Alfredo Poviña. Como hemos visto, este último consolida una importante trayectoria en la disciplina durante la década peronista. Este grupo, que mantiene posiciones sobre todo en universidades del interior del país, se nuclea (en 1959) en la Sociedad Argentina de Sociología (SAS)²²⁸, como forma de contrarrestar la ofensiva de Germani en la UBA. A pesar del triunfo alcanzado por Germani en la capital del país, la vieja guardia de la “sociología de cátedra” no desaparece y, por el contrario, se convierte en un importante adversario en la disputa por la hegemonía del campo durante los años siguientes. Esta disputa se hace particularmente visible en la lucha por los financiamientos pero también las alianzas organizativas.

La SAS desarrolla una intensa actividad: organiza el (anual) Seminario Argentino de Sociología (del que se realizan cuatro encuentros); dos ediciones del Congreso Argentino de Sociología (el primero en Mendoza, el segundo en Tucumán); dos simposios y lanza la revista *Estudios de Sociología* del que se editan 9 números. Otro canal de expresión del grupo son los *Cuadernos del Instituto de Sociología “Raúl Orgaz”*, de la Universidad Nacional de Córdoba, aparecidos en 1957. Además, en el mismo año de creación de la SAS, se funda (bajo el amparo del artículo 28 de la ley 6403) la carrera de sociología en la Universidad Católica Argentina y en 1963 la carrera de sociología en la Universidad del Salvador (Blanco, 2006). El grupo germaniano, por su parte, se aglutina hacia 1961 en la Asociación Sociológica Argentina (ASA). Los miembros son casi exclusivamente los del Departamento de Sociología de la UBA y su objetivo es defender y mejorar el carácter

²²⁸ De ella forman parte Sara Faisal (Litoral), Juan Ramón Guevara (Mendoza), Lázaro Barbieri (Tucumán), Pedro David, Miguel Herrera Figueroa, Fernando Cuevillas, Francisco José Andrés Mulet, José Enrique Miguens y Miguel Figueroa Román (Tucumán) (Blanco, 2006: 220). Esta asociación incluye entre sus miembros a quienes habían formado parte de la Academia Argentina de Sociología liderada por Baldrich en la década anterior.

profesional de la sociología. Las actividades desplegadas por el ASA se difunden a través de la edición del *Boletín de la Asociación Sociológica Argentina*.

La disputa entre ambos grupos adquiere resonancias regionales e internacionales. Como hemos mencionado, Poviña lidera desde principios de los 50 la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), que para fines de la década tiene afiliadas ya a las principales instituciones de la disciplina en América Latina. Asimismo, a nivel internacional, Poviña está estrechamente vinculado al Institut International de Sociologie (IIS). Frente al creciente auge de la sociología empírica norteamericana, este último se mantiene distante y se inclina más bien por una orientación filosófica y humanística de la sociología.

A fin de contrarrestar el peso de estos vínculos, Germani se integra al “Grupo latino-Americano para el Desarrollo de la Sociología”, formado en 1961, en Palo Alto, California, con motivo de la “Conferencia Interamericana sobre Investigación y enseñanza de la sociología”, auspiciada por el Social Science Research Council. En este grupo se reúnen sociólogos de la región comprometidos con la renovación de la disciplina, que habían tenido ocasión de compartir puntos de vista en encuentros anteriores²²⁹. Estos sociólogos pertenecen, a su vez, a otras instituciones, auspiciadas por la UNESCO, que se suman entonces a la alianza regional: FLACSO, CLAPCS y CEPAL. Así, entre los integrantes se encuentran: Peter Heintz, Lucien Brams, José Medina Echavarría, Gino Germani, Florestan Fernandes, Jorge Graciarena, Luiz de Aguiar Costa Pinto, Pablo González Casanova, Eduardo Hamuy y Guillermo Briones, Isac Ganón, José Agustín Silva Michelena. A nivel internacional, este grupo se afilia a la Internacional Sociological Association (ISA) que paulatinamente se coloca en oposición a la IIS (Blanco, 2006). En

²²⁹ El V Congreso del Alas celebrado en Montevideo en 1959, es uno de los escenarios en los que se manifiesta el enfrentamiento de posturas. En esta ocasión Poviña plantea una crítica a la sociología empírica, en clara referencia a Germani: “De ahí se ha llevado a una técnica instrumentista, puramente empirológica, a un recuento minucioso, sin sentido, de los hechos, sin base y sustento doctrinario y teórico (...) se ha sacrificado la teoría en beneficio de la práctica; surge la testomanía y la quantofrenia, que tanto a ha indignado a Sorokin” (Poviña en Blanco: 2006). Pero también en esta ocasión aparece representada la postura contraria por parte de autores como Campos Jiménez (Costa Rica), J. R. Arboleda (Colombia) y Silva Michelena (Venezuela). Este último, junto con otros sociólogos latinoamericanos participa en 1958 en el Seminario Latinoamericano sobre Metodología de la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias Sociales, celebrado en Chile, en 1958. En este encuentro se plantea la necesidad de una reforma radical de los patrones de enseñanza de la sociología así como de sus formas de organización. En esta reunión se congregan la mayoría de los integrantes del posterior Grupo latino-Americano para el Desarrollo de la Sociología.

1959 Germani se integra al comité ejecutivo de la ISA y es encargado de las relaciones de la asociación con América Latina. Dos años más tarde se ubica como su vicepresidente²³⁰.

Complementariamente, Germani funda la sociología científica descalificando también la tradición de ensayo social argentino. Su rechazo se construye fundamentalmente a partir de una crítica metodológica enfocada al grado de especulación, generalidad, intuicionismo y falta de rigor que caracterizarían a esta tradición. En la medida en que esta tradición se identifica con la producción intelectual del siglo XIX, vinculada al momento de construcción de la nación, Germani rescata la originalidad y creatividad de sus exponentes: Sarmiento, Alberdi, etc. De allí que en su planteo de las etapas históricas de la disciplina, esta tradición sea valorada como un momento pre-sociológico, similar al que significó para Europa la filosofía del siglo XVIII. En la medida en que desde principios de siglo XX esta tradición permea el avance de las ciencias sociales, es considerada por Germani como un obstáculo al desarrollo de la moderna investigación científica debido a su falta de precisión y su énfasis literario. Así, aunque la crítica a la sociología académica previa a 1955 se dirige más hacia los fundamentos filosóficos y científicos sobre los que se sustenta (el antipositivismo, el idealismo espiritualista, el culturalismo), también se le reprocha su cercanía o afinidad con una forma de producción intelectual, el ensayo, que enraiza fuertemente en la tradición de pensamiento social argentino y latinoamericano (Germani, 1964). Esta posición se convierte más adelante en otro frente para el ataque por parte del sector estudiantil a la figura de Germani²³¹.

Ya hemos mencionado cómo, a nivel externo, el proyecto de Germani se beneficia de diversas fuentes de financiamiento así como del surgimiento de nuevas organizaciones de la disciplina. Estos beneficios se alimentan, sin duda, del proceso de expansión de las ciencias sociales desde la posguerra en adelante, liderado por la sociología norteamericana. Este movimiento va precisamente en la dirección del establecimiento de un patrón de desarrollo científico internacional, construido a partir de una unificación teórica y

²³⁰ Blanco sostiene que estas diferencias tan tajantes puede ser relativizadas ya que al interior de ambos bandos se pueden encontrar apuestas múltiples. Por una parte, Poviña y su grupo mostraron bastante plasticidad para insertarse en las nuevas organizaciones internacionales (a pesar de estar muy comprometidos con el IIS, siempre participaron en la ISA) y, por ejemplo, Miguel Figueroa Román constituye un miembro atípico del grupo ya que desde siempre defiende una concepción empírica de la sociología. Por otra parte, en el equipo de Germani se pueden identificar miembros que no encajan dentro del perfil profesional y técnico preconizado por él. Tales son los casos de Erro, Rodríguez Bustamante o Butelman (2006).

²³¹ Uno de los blancos de ataque contemporáneos de Germani es Ezequiel Martínez Estrada quien, a pesar de ser un destacado representante de la tradición ensayística nacional, plantea hacia 1956 en *¿Qué es esto?* una interpretación del peronismo que, paradójicamente, presenta puntos de contacto con la de Germani.

metodológica de la disciplina, en la línea pregonada por Germani desde una década anterior. En un trabajo presentado en la “Primera Conferencia Latinoamericana de Escuelas y Departamentos de Sociología”, organizada por el Departamento de Sociología en 1961, Germani sintetiza este patrón de la siguiente manera:

“a) universalización de conceptos, problemas y terminologías; b) universalización de la investigación y sus técnicas; c) creciente diferenciación interna, surgimiento de ramas especializadas dentro de la sociología; d) creación de escuelas de nivel universitario para la formación de investigadores, profesores y profesionales en sociología; e) crecientes aplicaciones prácticas de las disciplinas sociológicas y surgimiento de nuevos roles ocupacionales: el experto en problemas sociales” (Germani, 1979).

Ahora bien, en cuanto al tema de la modernización, en esta etapa se produce un doble movimiento. Por una parte, el tema de la modernización se articula con la problemática del desarrollo económico, lo que proporciona la unificación temática y programática de la disciplina tan buscada por Germani. Por otra, la vinculación más estrecha con ciertos aspectos de la teoría parsoniana y, en general, del estructural-funcionalismo conecta la obra de Germani con los debates más actuales en la teoría sociológica a nivel mundial.

Hemos mencionado ya cómo Germani se inserta, desde mediados de los 50, en toda una red de instituciones a nivel regional organizadas por las Naciones Unidas que, desde la posguerra, promueven la problemática del desarrollo no sólo desde sus aspectos económicos sino a partir de los factores sociales e institucionales que lo determinan (CEPAL, FLACSO, CLAPCS, CLACSO). En relación con este desarrollo regional, la problemática del desarrollo económico aparece tardíamente en el horizonte político argentino: a mediados de los 50, con el triunfo de la Revolución Libertadora y en el contexto de los intentos por “desperonizar” la economía y la sociedad argentina. Una primera coyuntura para la discusión sobre el desarrollo se da con el llamado “Plan Prebisch”, un documento-informe con recomendaciones para reorientar la economía argentina que el economista de la CEPAL entrega al presidente Lonardi, a solicitud de éste, y que es discutido por sectores políticos del gobierno y de la intelectualidad peronista. En este mismo marco, también Germani será consultado por el presidente Aramburu sobre la estrategia para “desperonizar” la sociedad. La respuesta quedará plasmada en el texto “La incorporación de las masas a la vida política y el totalitarismo”.

No obstante, es a partir del gobierno de Arturo Frondizi en 1958 que el desarrollismo se vuelve el objeto de referencia común para análisis y prescripciones diversas dentro del espectro ideológico, político y académico (Altamirano, 2001: 74). Una serie de entidades se convierten durante esta época en focos de debate: la Facultad de Ciencias Económicas, El Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), el Consejo Federal de Inversiones (CFI) y el Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE). También se suman las publicaciones *Qué*, órgano difusor del frondizismo, *Revista de Desarrollo Económico*, publicada por la Junta de Planificación Económica de la provincia de Buenos Aires (junto con el IDES, constituyen iniciativas del por entonces ministro de economía de la provincia, Aldo Ferrer, asiduo colaborador de la CEPAL) y, en 1961, la revista *Desarrollo Económico*, de la propia CEPAL. A pesar de las diferencias que distinguen los puntos de vista de cada uno, todos convergen en que la fórmula general para lograr el desarrollo es el impulso a la industrialización y la planificación social.

Se produce así un momento de encuentro entre política y cultura en el que convergen gobierno desarrollista y elites culturales modernizadoras. Un momento breve, como veremos, pero con importantes consecuencias a futuro. Se trata, para Germani, de la tan ansiada coyuntura que permitiría vincular la sociología científica con un proyecto político de desarrollo basado en la planificación social. Esta convergencia tiene un aspecto intelectual y un aspecto político. En el aspecto intelectual, la preocupación por el desarrollo encuentra en la teoría de la modernización un modelo de análisis social que proporciona explicaciones sobre los factores que favorecen u obstaculizan el desarrollo económico. Según palabras de Alejandro Blanco

“un esquema formalizado de las condiciones o prerrequisitos sociales, culturales e institucionales favorables al cambio o al desarrollo económico, convencida, al igual que la sociología del desarrollo, que las condiciones para el desarrollo y funcionamiento efectivo de una economía moderna no podían ser comprendidas en términos económicos solamente” (2006: 209).

Esta visión sociológica e interdisciplinaria del desarrollo, en el marco del patrón científico internacional antes mencionado, es la que permite entonces la convergencia entre ambas problemáticas y acerca a Germani a esta nueva agenda de preocupaciones.

En el aspecto político, parafraseando a Terán, el encuentro entre desarrollo y modernización expresa la confianza en que la voluntad tecnocrática o política puede cambiar por vía reformista o (revolución cubana mediante) revolucionaria realidades tradicionales (Terán, 2004: 74).

En cuanto a la influencia del estructural-funcionalismo, aunque es cierto que en este periodo es cuando se hace más presente, varias consideraciones matizan la centralidad que puede reconocerse en la obra de Germani. Como hemos visto, desde la década anterior, puede advertirse en Germani la influencia de autores y problemáticas que resultan convergentes con los planteamientos que caracterizan al estructural-funcionalismo norteamericano: la noción general de estructura como un todo de partes interrelacionadas, el intento de conciliación entre estructura y acción, la distinción de las dimensiones social, cultural y de la personalidad, la dicotomía tradicional-moderno y el problema de la transición.

También hemos señalado que aunque Germani conoce la obra de Parsons desde principios de los 40, la presencia de este autor es poco significativa en relación a otras referencias. Como señala Blanco, esto tiene que ver con que el propio Parsons no era entonces el autor consagrado que se volvió desde la década de los 50. En estricto rigor, hay dos obras de Germani en las que se revela un interés muy claro por la teoría parsoniana: *Argentina, sociedad de masas* y *Política y sociedad en una época de transición*. La primera es una compilación realizada junto con Graciarena y Di Tella como bibliografía de clases. En la segunda, la presencia es relativa ya que sólo aparece en la primera parte del libro y aún en ésta convive con referencias a autores de tendencia contraria, como la de C. W. Mills, Sorokin, G. H. Mead, Fromm.

Alejandro Blanco sostiene que es precisamente la convergencia entre las temáticas del desarrollo y de la modernización la que acerca la obra de Germani con aspectos de la teoría parsoniana y del estructural-funcionalismo (2003). Desde nuestro punto de vista el interés central de Germani es el de la unificación problemática y teórica de la sociología. En este sentido, en la medida en que el estructural-funcionalismo de Parsons se presenta como una vinculación y unificación de tradiciones teóricas y analíticas en algún sentido contrapuestas, presenta indudablemente puntos de acercamiento con los desarrollos de Germani. No obstante, a diferencia de Parsons, preocupado fundamentalmente por el orden y la integración, el problema central que convoca las reflexiones sociológicas de Germani

es el del cambio social que, en el fondo, es un problema político. Así lo plantea en prácticamente todos sus escritos, incluso en *Política y sociedad*... El libro comienza con una Advertencia donde señala:

“El propósito de este libro es estudiar algunos aspectos del proceso de cambio que estamos viviendo. Se trata de trabajos escritos en diferentes épocas, pero todos ellos respondiendo al mismo tema y con el mismo enfoque”.

Este “enfoque” de Germani, sin duda, se alimenta de muchos aportes realizados por el estructural-funcionalismo en sus diversas vertientes: Parsons, Merton, Nadel, Gurvitch, Radcliffe-Brown, M. Lévy. Pero también de otras perspectivas intelectuales: Mannheim, E. Fromm, Mead, Weber, etc.

Hacia 1961, al cumplirse los primeros cinco años de la carrera, la gestión de Germani se consolida y finaliza con gran éxito la primera etapa del proyecto fundacional. Se preveía entonces, para los próximos cinco años, un segundo momento de ampliación de actividades y elevación del nivel de la enseñanza y la investigación. No obstante, una serie de factores internos y externos comienza a minar el clima nacional y universitario favorable como el propio proyecto intelectual germaniano.

A nivel nacional, la alianza entre gobiernos desarrollistas y elites modernizadoras pronto revela su vulnerabilidad. Una vez en el poder, Frondizi –incumpliendo su programa electoral- abre las puertas a la penetración masiva del capital extranjero en la estructura industrial argentina a través de las empresas transnacionales. De esta manera, se sientan las bases para un proceso de desarrollo dependiente en el que la burguesía industrial ligada al capital extranjero adquiere cada vez más poder y excluye, una vez más, de las reglas del juego a la clase obrera movilizada por el peronismo. En este contexto, se produce una ruptura definitiva en la alianza entre sectores liberales y socialistas y, a su vez, al interior de ambos sectores. Dentro de la universidad, las decepciones acumuladas -especialmente la apertura a las universidades privadas y el financiamiento externo de organismos privados- provocan la ruptura de buena parte del movimiento universitario (estudiantes pero también profesores) que se alinea con lo la llamada “nueva izquierda”. A esta realineación general de fuerzas políticas contribuye, además, la revolución cubana que provee una ejemplar demostración de una vía alternativa, no dependiente, de desarrollo.

Así, el Partido Socialista, que había sido el gran sostén de la alianza universitaria renovadora, se divide en 1958 en Partido Socialista Argentino y Partido Socialista Democrático. En el primero se nuclean algunos dirigentes históricos (Alfredo Palacios, Alicia Moreau de Justo) e intelectuales jóvenes, progresistas y radicales, identificados con la revolución cubana (José Luis Romero). En el segundo, los dirigentes más orientados hacia el anticomunismo y el antiperonismo (Ghioldi, Nicolás Repetto, Juan A. Solari). Pero hacia 1962, con motivo de las elecciones provinciales, el Partido Socialista Argentino se divide en Partido Socialista Argentino de Vanguardia y Partido Socialista Argentino. El primero, defiende la integración de un frente con el peronismo, en un intento por captar para el marxismo a las bases peronistas separándolas del líder, mientras los segundos mantienen su oposición a la misma. Esta escisión afecta directamente la conformación del grupo de Germani: mientras el grueso del movimiento estudiantil y algunos profesores se integran al socialismo de Vanguardia (Juan Carlos Marín); José Luis Romero, Jorge Graciarena, Torcuato Di Tella y Germani se opondrán a la alianza con el peronismo.

Estos procesos externos quiebran, en parte, la cohesión del grupo y el proyecto germaniano. Las críticas al interior, iniciadas tímidamente en un principio, proliferan ahora desde la izquierda y desde dentro del propio grupo: se reprocha el financiamiento de fundaciones norteamericanas; se cuestiona el modelo “cientificista” de sociología propuesto por Germani, la falta de pluralismo y, en particular, la exclusión del marxismo en los planes de estudio; se impugna el liderazgo autoritario de Germani en la carrera (el departamento, el Instituto, etc.) y se reclaman nuevos contenidos y nuevos profesores. Si bien estas críticas provienen fundamentalmente del sector estudiantil radicalizado, una parte de su propio *staff* académico también toma distancia del maestro (Eliseo Verón, Miguel Murmis, Juan Carlos Marín, Francisco Marsal son ejemplos destacados).

Eliseo Verón se convierte en uno de los más destacados críticos de Germani. A partir de su estadía en Francia orienta sus intereses hacia el campo de la semiología, el análisis del discurso y la teoría de la comunicación. Desde esta perspectiva, rechaza la posibilidad de neutralidad valorativa y sostiene que la ideología opera al interior mismo de la ciencia, por tanto, no es en términos del método científico, como pensaba Germani, como se resuelven la mayoría de los problemas que aquejan a la sociología y a las sociedades de los países dependientes (Verón, 1974: 18).

En 1962 un nuevo golpe de estado derroca al presidente Frondizi. Nuevamente las fuerzas de la derecha ganan terreno en el espacio político y cultural, en el contexto, cada vez más agudo, de la guerra fría. Germani, asediado por las críticas desde ambos polos, abandona la UBA y se refugia durante un tiempo en el recientemente creado Instituto Di Tella, hacia donde traslada gran parte de sus actividades de investigación. En 1965 acepta una invitación de la Universidad de Harvard y se aleja de la Argentina. Según Horowitz, es realmente en su estancia en Estados Unidos donde cristalizan los conceptos que había estado usando con amplitud en Argentina y donde termina de consolidarse la fusión conceptual entre desarrollo y modernización.

2. Análisis de la obra

La crisis de la cultura moderna

Si en Florestan Fernandes la reflexión sobre la sociología surge a partir de las transformaciones de la sociedad brasileña, en Germani el punto de partida es la crisis de la cultura moderna occidental, anclada en principio en las catástrofes europeas de entreguerra. Hay un interrogante que recorre la obra inicial de Germani, pero con consecuencia profundas a lo largo de toda su obra posterior, que podríamos sintetizar de la siguiente manera: ¿la crisis contemporánea es el resultado de tendencias intrínsecas a la sociedad moderna o es un efecto transitorio? En la respuesta que Germani va construyendo sobre este interrogante, se articulan distintas voces del campo político e intelectual, así como se perfila el lugar otorgado al análisis sociológico en su resolución.

Uno de los primeros y más representativos textos donde aborda la pregunta es “Anomia y desintegración social” (1971). En este escrito de 1945 Germani esboza, desde una perspectiva fundamental, aunque no únicamente, durkheimiana, los principales elementos de su respuesta. En primer lugar, recurre al concepto de anomia y los matices de sentido que éste adquiere en *La división del trabajo social* y *El suicidio*. Germani retoma aquí la interpretación realizada por Parsons en *The structure of social action*²³². Podríamos reconstruir su argumento en los siguientes términos. Aunque el tipo de solidaridad orgánica descrito por Durkheim para caracterizar a la sociedad moderna implica un

²³² Durante casi una década esta será la única referencia a la obra de Parsons en los escritos de Germani.

debilitamiento de la conciencia colectiva (en volumen, intensidad y rigidez), esto no necesariamente conlleva a la desintegración social (y por tanto a la ausencia de conciencia colectiva). Lo que se produce en el paso de un tipo social a otro es un cambio en el “contenido” de dicha conciencia, esto es, de los valores, normas y representaciones sobre los que se funda el lazo social. En el caso de la solidaridad orgánica, el culto al individuo, el respeto de su autonomía y autodeterminación constituyen la base moral de la conciencia colectiva que mantiene integrada la sociedad moderna. Así, aunque este tipo de solidaridad pueda impulsar un tipo particular de suicidio, el egoísta, éste se diferencia claramente del suicidio anómico que se produce como efecto específico de la transición de un tipo social a otro. Dice Germani:

“en el pasaje de un tipo social a otro, puede ocurrir que fracase total o parcialmente el proceso de reestructuración; entonces, nada sustituye a los cuadros sociales destruidos o deteriorados: es el estado de anomia, que ahora queda claramente diferenciado del tipo peculiar de integración constituido por la solidaridad orgánica. Mientras éste conduce a la armonización de funciones, aquél lleva a la desorganización; mientras la anomia significa atomización del individuo, la solidaridad orgánica significa su liberación” (1971: 153).

Siguiendo entonces la línea de pensamiento durkheimiano, Germani sostiene que, aunque en la experiencia histórica ambos pueden superponerse, la anomia y, por tanto, la desintegración, es un efecto específico de la transición. Este razonamiento proporciona una respuesta firme a la pregunta inicial:

“Por lo tanto, no es en el ‘espíritu moderno’, como tal, donde debe buscarse la causa de la desintegración creciente en nuestra sociedad, sino por el contrario, en el hecho de que ese espíritu no haya podido extenderse e impregnar toda la organización social, al subsistir algunas estructuras ya superadas, o bien al no ser reemplazadas aquellas que se habían derrumbado” (1971: 153).

El problema de la crisis de la sociedad moderna es colocado, entonces, en el contexto del esquema de análisis dualista, dicotómico: el paso de la sociedad tradicional a la sociedad moderna, que Germani conservará y profundizará en su obra de madurez. En este punto, Germani no sólo recurre a Durkheim y los conceptos de solidaridad mecánica y orgánica sino que realiza analogías con las distinciones de Halbwachs (tipos empíricos rural y urbano), de Tönnies (comunidad y sociedad) y Von Wiese y Becker (tipos ideales de

estructura sagrada aislada y estructura secular accesible). Sólo después de década y media aproximadamente se incorporará a este cuadro el esquema parsoniano²³³.

Pero ¿qué sucede específicamente durante esta transición y cómo se relaciona con la crisis actual? Sobre este punto Germani refiere al problema de la correspondencia o integración de las “partes” o “sectores” que componen la sociedad. Como en el caso de la contraposición de estructuras sociales (tradicional-moderno), también aquí se trataría de un fenómeno analizado desde múltiples ángulos y lenguajes entre los cuales Germani selecciona a algunos referentes teóricos fundamentales.

En primer lugar, retoma la posición de Karl Mannheim sobre el “desajuste” entre las partes o sectores de la sociedad como efecto del cambio rápido. Germani sostiene que se trata de una crisis de crecimiento, esto es, de una desproporción entre el desarrollo de la técnica y la ciencia, por un lado, y el orden moral y social por el otro. También puede entenderse este fenómeno en los términos de Ogburn, quien atribuye la crisis contemporánea al “retraso cultural” (*cultural lag*) esto es, a un desajuste producido, esta vez, entre la cultura inmaterial respecto de la cultura material. Si bien este mecanismo se verifica en nuestra sociedad, Germani propone modificar esta hipótesis para proponer que el desajuste se produce, asimismo, entre fenómenos estructurales (materiales y no materiales) y fenómenos psicosociales. Más tarde, Germani incorporará a estos dos conceptos (“desajuste” y “retraso cultural”) el de asincronía.

Para explicar este desajuste, Germani recurre al concepto de “desintegración social” de Thomas y Znaniecki, al que considera análogo al de anomia en Durkheim. Si en el caso del sociólogo francés se trata de resaltar la existencia de una integración normativa propia de las sociedades modernas y su diferencia con el caso de la desintegración debida a la transición, en este caso, lo que le interesa resaltar es el aspecto psicosocial de las transformaciones a las que se hallan sometidos grupos y sociedades. Ante determinadas condiciones se produce un desencuentro, una no correspondencia, de variable grado y profundidad, entre valores o normas colectivas y las actitudes individuales, a las que

²³³ Germani distingue entre las dicotomías y tipos empíricos, desarrollados por autores de la Escuela de Chicago (Park, Burgess, Thomas y Znaniecki, Faris, Sorokin) y la construcción típico-ideal de autores como Simmel, Cooley, Wiese y Becker, no obstante esta distinción no parece tener todavía una relevancia especial en el modelo explicativo. Lo fundamental es que la crisis es comprendida como un efecto de la transición; transición que incluye un proceso de diferenciación, secularización e individuación.

Germani considera como relativamente independientes de aquellas²³⁴. Este desajuste adquiere, como veremos más adelante, un especial interés para nuestro autor. En la crisis se combinan entonces dos tipos de desajustes: entre partes y sectores de la sociedad y entre el nivel estructural y el nivel psicosocial.

Ahora bien, a pesar de que Germani considera que la crisis es producto de una transición, al describir el desajuste entre partes o sectores de la sociedad, refiere a aspectos que parecen aludir a características propias, inherentes a la sociedad moderna, más que a los efectos de la transición. Así, por ejemplo, alude a los desajustes producidos por la alta movilidad ecológica (espacial) y social; las crisis económicas y, especialmente, la desocupación masiva; la relativización de las escalas de valor y normas sociales. Sobre todo refiere a tendencias específicas de la recientemente configurada sociedad de masas que, en vez de impulsar el proceso de individuación plena, llevan a una creciente uniformidad a través de “técnicas tipificadoras, tales como las formas de recreación en masa, la estandarización de las ocupaciones, de los gastos y las personalidades” (1971:168). Si tomamos en cuenta que estas tendencias se presentan de manera más marcada en las sociedades de desarrollo avanzado o de “desarrollo original”, podríamos preguntarnos ¿cuándo considera Germani que se ha abandonado la etapa de transición y se está plenamente en la sociedad moderna? Recordemos además, que estos escritos están todavía fuertemente marcados por el problema del totalitarismo en Europa.

Si precisamente es en el paso de uno a otro tipo social que se produce la constitución de estas “partes” y “sectores”, como diferenciación y especialización de esferas cada vez más autónomas, ¿con qué criterios podemos diferenciar el “desajuste” proveniente de la “constitución” de las esferas y el que puede surgir como consecuencia intrínseca del funcionamiento una sociedad altamente diferenciada? Germani admite incluso que los dos fenómenos pueden ocurrir simultáneamente en determinado momento. Pero entonces nos preguntamos ¿cuándo se considera acabada la transición? Y, complementariamente, ¿qué es lo que Germani considera como “sociedad moderna” propiamente? Podríamos admitir que, debido a su reciente industrialización, las sociedades “menos desarrolladas” están en el tránsito no acabado de la sociedad tradicional a la moderna. Pero ¿las desarrolladas? Germani insiste en ubicar la crisis del Estado Liberal y, en general, la crisis contemporánea

²³⁴ La noción de actitud es considerada por Germani como la contrapartida individual de la noción de valores o representaciones colectivas. Más tarde, en *Política y sociedad en una época de transición*, Germani distingue entre integración normativa e integración psicosocial.

como una crisis de transición pero ¿de qué transición se trata? ¿es la misma para todos? ¿se trataría de distinguir entre “la” transición y “las” transiciones ya propias de una sociedad moderna donde, además, prevalece el cambio permanente? como parecería sugerir la idea antes mencionada de “crisis de crecimiento”.

Sin duda, estos dilemas son parte del concepto mismo de “transición”. Este presupone saber de antemano de dónde se parte y a dónde se llega. Además, a diferencia de la idea de revolución, este punto de llegada se asocia con un resultado estable. En este sentido, el de transición es un concepto normativo: sirve para dar un sentido definido a un proceso (Lomnitz, 1999). No obstante, en estos primeros escritos de Germani, el modo en que se presenta el problema de la crisis parece entrar en tensión con aquella imagen de la transición. Veamos los siguientes párrafos:

“Es evidente que la libertad que el individuo ha adquirido con el desarrollo de la sociedad moderna significa un progreso enorme sobre su situación anterior; sin embargo, aquí también encontramos que, en la presente etapa de transición, o bien se llega a un ulterior desplegamiento de los principios de racionalidad que aseguran al individuo el desarrollo de una personalidad autosuficiente, o bien asistiremos a una involución que nos conducirá hacia etapas ya superadas” (1971: 168).

Y finaliza con el siguiente planteamiento:

“La desorientación provocada por los cambios bruscos en la situación objetiva y la sensación de aislamiento que el individuo sufre en nuestra sociedad, apuntan ambas hacia dos posibilidades: por un lado, simplemente el abandono del individualismo y en general de los valores que han inspirado el desarrollo de nuestra sociedad aceptando algún tipo de uniformidad mecánicamente impuesta; por el otro, hacia un ulterior esfuerzo en esa misma dirección a que apunta la cultura occidental desde el Renacimiento, que sea capaz de realizar plenamente sus valores fundamentales” (1971: 169).

Se introduce aquí un importante elemento de incertidumbre respecto del resultado del proceso de transición que abre una grieta en su esquema de análisis. Por una parte, el proceso histórico parece no ir de manera lineal y espontánea hacia el despliegue progresivo del “espíritu moderno”, por tanto, se rompe cierta teleología implícita en el esquema etapista y evolucionista del tránsito de la sociedad tradicional a la sociedad moderna. La

historia concreta irrumpe para cuestionar el modelo abstracto. La crisis adquiere, en estos párrafos, un sentido más profundo, radical, ya que en sus actuales manifestaciones parece estar abierta la posibilidad de una “involución” a “formas pretéritas”. Por tanto, el avance de “espíritu moderno” parece traer consigo contradicciones intrínsecas. Por otra parte, en esta idea de “transición” se abre una brecha entre lo fáctico y lo deseable. La deriva hacia una modernidad plena se revela como un deseo, una utopía o, tal vez más precisamente, una posibilidad histórica no asegurada, más que como una realidad fáctica. La ambigüedad para definir a las sociedades occidentales de desarrollo avanzado como plenamente modernas, lo ejemplifica. ¿Hasta qué punto estas sociedades y su específico desarrollo histórico representa un “modelo” a seguir? En este sentido, tal como observan Murmis y Feldman, en su carrera intelectual “predomina una inestable combinación entre esperanzas de un futuro mejor y peligros de un presente ambiguo o desafortunado” (en Jorrat y Sautu, 1992: 214).

Estas tensiones se vinculan, a nuestro juicio, con la inevitable presencia del nivel ideológico en el discurso científico. En el caso de Germani, desde la propia formulación del interrogante inicial están ya aludidas las líneas de conflicto ideológico en el que se inserta su discurso. ¿Quiénes sostienen que la crisis contemporánea es el resultado de tendencias intrínsecas a la sociedad moderna? ¿Frente a quiénes se posiciona Germani cuando sostiene que la actual es una crisis de transición e incluso una crisis de crecimiento?

La idea de transición sirve como arma contra las fuerzas conservadoras, asociadas fundamentalmente al fascismo, que cuestionan globalmente los fundamentos del orden moderno, desde una postura pre o antimoderna. Intelectualmente Germani las engloba dentro de las posiciones “irracionalistas” historicistas, espiritualistas, idealistas. Frente a ellos, Germani dice necesitamos profundizar la modernidad. Aquí la modernidad es referida a una serie de fundamentos últimos, abstractos y universales, los valores fundamentales de la razón, la libertad y el individualismo. En el prefacio al libro de Harold Laski (*La libertad en el Estado moderno*), Germani enuncia:

“Según algunos, esta crisis, que es total, pues abarca la estructura misma del mundo contemporáneo, no es otra cosa que un aspecto de la decadencia fatal de la cultura ‘moderna’. Para otros, lejos de señalar su agotamiento, está henchida de un nuevo y magnífico porvenir. Tal es la alternativa que se presenta en nuestros días, y es una

alternativa que implica la elección irrevocable entre un ulterior desarrollo del espíritu ‘moderno’ o el abandono de sus valores fundamentales” (1971: 178).

Un poco más adelante, Germani califica a esta disyuntiva en términos de una “alternativa de hierro” y agrega:

“Salvar la libertad, como quiere Laski, significa salvar el espíritu moderno, rechazando toda agresión -como pregonan los que creen en el fracaso irremediable de nuestra civilización- o el utópico intento de mantener un statu-quo de la historia ya condenado, y abogar en cambio por un mundo nuevo apoyado en fundamentos racionales y capaz de permitir la realización plena de la personalidad humana” (1971: 179).

En esta línea de argumentación Germani plantea una clara oposición ideológica entre libertad y autoritarismo/totalitarismo frente a la cual la crisis contemporánea exige posicionarse mediante una “elección irrevocable”. No obstante, al pretender “salvar” el “espíritu moderno” y la libertad frente a sus radicales adversarios, Germani corre el riesgo de encubrir, matizar o diluir los conflictos y contradicciones propias, inherentes a las sociedades modernas concretas, realmente existentes, bajo la idea de una transición que resulta demasiado permanente e incierta para ser tal. ¿Cuáles son estas contradicciones? Básicamente la existencia de racionalidades antagónicas en el campo social y, complementariamente, el permanente desencuentro entre racionalidad instrumental y racionalidad sustantiva que atraviesan internamente a la modernidad. ¿Es esto lo que sucede en el discurso de Germani?

Volvamos más en detalle a la caracterización de la crisis. Germani retoma de Mannheim el diagnóstico sobre el advenimiento de la sociedad de masas como producto de la extensión de la industria y, en general, del desarrollo científico-técnico. Estas transformaciones estructurales han puesto en jaque el principio del laissez-faire y lo han sustituido por el de la planificación (Mannheim, 1944). En este sentido, la irrupción de las masas es entendido como parte del proceso de “democratización fundamental” (concepto tomado también de Mannheim) que implica la incorporación masiva de amplios sectores populares en los distintos aspectos de la vida urbano-industrial, particularmente el ejercicio efectivo de los derechos políticos, de los cuales estaban previamente excluidos. Germani presupone, por tanto, que hay una conexión entre la expansión de la racionalidad instrumental que impulsa el desarrollo científico, técnico y amplía las capacidades humanas de dominio sobre el

entorno y el desarrollo de la democracia, en sentido de la inclusión de amplios sectores en la participación de este dominio.

No obstante, es una conexión que no está resuelta de antemano. Los cambios actuales han llevado a la necesidad creciente de regulación, control y planificación racional en todos los ámbitos de la vida humana. El aumento inusitado de la centralización, la concentración y las técnicas de control (de la producción, del poder, de la guerra) que esta nueva realidad estructural ha generado, amenaza la vigencia de las libertades modernas a través del surgimiento de formas totalitarias de integración y control de las masas. Ciertas características de la estructura social contemporánea han colocado al hombre en un profundo aislamiento y soledad moral, en suma, en un estado de anomia. Bajo estas condiciones, el hombre contemporáneo se ve orillado hacia formas de evasión de la libertad con la consiguiente propensión a la entrega y al sometimiento voluntario de la propia individualidad a autoridades omnipotentes que la anulan.

En la misma línea de pensamiento proporcionada por Mannheim, Germani enfatiza los desajustes producidos entre estos cambios estructurales y la formación de subjetividades, grupales, de clase e individuales. La adaptación a aquellos parece haber asumido en la actualidad formas “irracionales” que Germani interpreta como persistencia de estructuras y formas de acción tradicionales expresadas en diversas ideologías autoritarias que han conseguido una amplia adhesión.

Para explicar este fenómeno, Germani incorpora la perspectiva del psicoanálisis reformista, en particular la propuesta de Fromm, que permite explorar las relaciones entre la estructura social y la personalidad individual. Enfatiza que el neopsicoanálisis ha revitalizado la teoría psicoanalítica rechazando la orientación biologicista y sus implicaciones -el determinismo biológico-instintivo, el supuesto de naturaleza humana fija e invariable, la relación mecánica del hombre con la sociedad- para asumir al hombre como ser histórica y socialmente determinado:

“Los conflictos que empíricamente podemos observar no se presentan entre impulsos meramente biológicos y formas socialmente establecidas, sino entre lo que podríamos llamar dos dimensiones de lo social: por un lado determinadas estructuras cristalizadas, por el otro actitudes subjetivas (que incluyen y expresan culturalmente el substrato biológico), que ya no se adecuan perfectamente a aquellas y tienden a desbordarlas” (1971: 184).

Para Germani, Fromm ilumina las relaciones entre individuo y sociedad a partir de dos conceptos centrales: “adaptación dinámica” y “carácter social” (este último de amplias repercusiones en antropólogos culturalistas y funcionalistas y en sociólogos norteamericanos). Estos conceptos permiten superar tanto el *sociologismo* que quiere explicar la dinámica social a través de fuerzas impersonales y se olvida de que el hombre es actor y autor de la historia y el *psicologismo* que sólo considera las conciencias individuales sin tener en cuenta sus relaciones con hechos socio-culturales objetivos. A través de estos conceptos, Fromm estudia entonces la formación de la conciencia de los diferentes grupos de la sociedad a través de hechos estructurales (histórico-sociales) y cómo estos hechos son modificados, a su vez, por esta conciencia, “erigiéndose así en sujeto del proceso, y no únicamente en su resultado” (1971: 187).

Este marco, proporcionado por la influencia de Mannheim, el neopsicoanálisis y la antropología culturalista norteamericana, le permite a Germani abordar el problema de la “racionalidad de la acción” de los grupos e individuos a través de la relación entre ideologías políticas y estructura de la personalidad. Esto permitiría explicar por qué las masas se mostraban dispuestas a adherir a regímenes políticos que parecían contrariar sus intereses y negaban “las aspiraciones más arraigadas en la conciencia del hombre occidental” (1971: 187).

También este marco le permite a Germani explorar las vías que permitirían restablecer la conexión amenazada entre la expansión técnico-científica y el proceso de democratización fundamental, esto es, las condiciones para el ejercicio de la libertad en la época contemporánea:

“la estabilidad y la expansión ulterior de la democracia depende de la capacidad de autogobierno por parte de los ciudadanos; es decir, de su aptitud para asumir decisiones racionales en aquellas esferas en las cuales, en tiempos pasados, dominaba la tradición, la costumbre o el prestigio y la fuerza de una autoridad externa. Esto significa que la democracia puede subsistir solamente si se logra un fortalecimiento y una expansión de la personalidad de los individuos que los haga dueños de una voluntad y de un pensamiento auténticamente propios” (1971: 189).

Todo este planteamiento del problema de la crisis indica hasta qué punto Germani no ignora las contradicciones y tendencias propias de la sociedad moderna. Pero entonces ¿cómo se resuelve la tensión implicada en la pregunta inicial? ¿la crisis está o no inscrita en la propia dinámica de la sociedad moderna? ¿cuál es el sentido de la “transición” sobre la que tanto insiste Germani?

Un primer elemento de respuesta está ya contenido en las citas anteriores referidas a la disyuntiva crucial de la época. En la medida en que el progreso no está asegurado de antemano, su realización depende fundamentalmente de la intervención activa y conciente de los hombres. El resultado de la transición, por tanto, no está inscrito únicamente en la dinámica propia de los “hechos” sino en la acción que emprendan los hombres para orientar concientemente este resultado. En este sentido, la historia, si bien constituye la cristalización de estructuras, no tiene un rumbo prefijado sino que permanece abierta a la actualización de distintas alternativas. La expresión “elección irrevocable” así lo muestra. De allí la importancia de un marco explicativo que permita recuperar esta doble dimensión: estructural y psicosocial, subjetiva, de la dinámica social.

Aquí se produce entonces un deslizamiento del análisis científico al discurso político. En las líneas proporcionadas por Mannheim, Laski y Fromm Germani sostiene que, ante la disyuntiva planteada por la crisis, es urgente investigar la compatibilidad de la libertad y la planificación como una de estas posibilidades históricas:

“la libertad puede ser salvada por medio de la planificación democrática, fundada en los derechos esenciales del hombre y dirigida a la producción para el consumo de la comunidad y no para el beneficio de los pocos” (1971: 179s).

Y agrega:

“la libertad supone la existencia y el mantenimiento de un acuerdo efectivo sobre los fundamentos de la sociedad. En el régimen burgués tal fundamento está constituido por una economía libre regida por el beneficio privado, mientras que en el régimen socialista la base es una economía planificada ajustada a las exigencias de la comunidad. En ambos casos, la esfera de la libertad tiene por límite la estabilidad de esos fundamentos; cuando son amenazados de una manera efectiva, desaparecen las condiciones que sustentan la existencia de instituciones libres” (1971: 180).

De esta manera, a pesar de las múltiples contradicciones de la sociedad moderna, mientras se mantengan los fundamentos anteriores siempre hay posibilidades de actualizarlos. La transición a la modernidad se transforma entonces en el proceso siempre contingente de actualización de aquellos fundamentos. Se abre así un camino de crítica del orden moderno pero sobre fundamentos básicos acordados que de ninguna manera implican una condenación total del mismo. Una postura de este último tipo es la que expresa la filosofía existencialista, significativa manifestación de la época, y que Germani rechaza rotundamente:

“para el existencialismo –por lo menos en Heidegger- esa falta de autenticidad (el naufragio de la personalidad en la existencia impersonal de la conducta socialmente prescrita) es una condición fatal de la vida en sociedad y no el fruto de un momento particular de la historia del hombre que, eventualmente, podrá ser superado por otras formas de vida” (1971: 190).

Sobre todo Germani rechaza esta visión porque predispone a “abandonar toda acción sobre el terreno social, para refugiarse en soluciones puramente individuales; actitud ésta peculiar de las clases en decadencia”. La califica de actitud nihilista y aristocrática “que no solamente niega toda posibilidad de transformar la vida social –fatalmente inauténtica-, sino que consagra, como afirmación suprema, el naufragio de la existencia humana” (1971: 191). Por el contrario, la democracia planificada permite no sólo preservar la libertad sino crear las condiciones para su desarrollo.

A partir de esta apuesta por una intervención activa, conciente para transformar la vida social surgen dos nuevos interrogantes En primer lugar, ¿es posible el acuerdo sobre los valores y fines del orden social en una sociedad cada vez más diferenciada y atravesada por importantes conflictos? ¿cómo es posible lograrlo de tal modo que se convierta en un sustento viable de la planificación?

En “Surgimiento y crisis de la noción de opinión pública” de 1956 (1971), Germani desarrolla el problema de las “ideologías”, en particular, de los conflictos ideológicos propios de una sociedad, la moderna, donde las “áreas de divergencia” en torno a las posibilidades de acción alcanzan un máximo de extensión. Este tema, central en su obra, será uno de los pilares de sus posteriores análisis del desarrollo y la modernización. De

manera esquemática recoge cuatro formulaciones históricas sobre el problema: la noción iluminista sobre la opinión pública, la crítica marxista a la concepción anterior, las posiciones irracionistas (Pareto y Freud) y la sociología del conocimiento (Mannheim).

La noción iluminista supone que es posible alcanzar verdades en el terreno del pensamiento social y político a través de la confrontación discursiva y racional de diversas opiniones individuales al respecto; esto es, el libre debate público llevado a cabo por individuos racionales. Hay aquí una analogía con economía liberal: se supone una natural armonía entre razón y voluntad de los individuos: así como al perseguir intereses individuales económicos se logran los máximos beneficios para la colectividad; al exponer los puntos de vista individuales en un libre debate, se consiguen formulaciones más favorables para la colectividad.

La crítica marxista, por su parte, busca desenmascarar el origen existencial de aquella noción. La concepción iluminista sería la expresión de la particular visión del mundo de la burguesía en ascenso. Cada clase social tendría su propia perspectiva, surgida de su ubicación dentro de la estructura social y la situación dentro de la dinámica histórica. La objetividad y verdad de determinada perspectiva no depende, por tanto, de la racionalidad del proceso discursivo sino de la particular posición de clase del grupo social que la sostiene. No se elimina entonces la posibilidad de objetividad y de verdad sino se la hace depender de la posición de clase. Sólo las clases en ascenso poseen una visión adecuada, verdadera, de la realidad. Si en algún momento ésta correspondió a la burguesía, hoy el proletariado sería el depositario de esa representación objetiva, del proceso histórico.

Frente a las anteriores, surgen las posiciones irracionistas. Estas constituyen el ataque más destructivo a los fundamentos iluministas. Pareto, con su teoría de las derivaciones, postula que el contenido de las ideologías –entendidas como pseudo-explicaciones a posteriori de la acción- no guarda ninguna relación con el motivo real de la acción, el cual proviene siempre de un impulso irracional de origen emocional o instintivo. Lo mismo ocurre con Freud: las acciones humanas son concebidas como expresión de impulsos inconscientes acompañadas por pseudo-explicaciones de orden racional o racionalizaciones.

En estas posiciones se enfrentan dos imágenes sobre el hombre y la acción: un ser racional que debate libremente sus opiniones versus un hombre cuyas opiniones no son más que la

justificación de impulsos irracionales que él mismo desconoce. Este desplazamiento, sostiene Germani, corresponde a una modificación histórica muy profunda: de la pequeña sociedad de hombres cultos de la burguesía del siglo XVIII al hombre masa de la actualidad.

Finalmente hay una cuarta posición: la de la sociología del conocimiento. Mannheim, en *Ideología y utopía*, generaliza el supuesto marxista de la determinación existencial de las ideas. No sólo las clases sino cualquier grupo con cierta consistencia en la sociedad posee una cosmovisión particular, es decir, una ideología. En este sentido, toda perspectiva es relativa. No obstante, en cierto paralelismo con el marxismo, la objetividad se salva de este relativismo ya que Mannheim afirma la posibilidad de trascender las diferentes perspectivas particulares a través de una visión sintética que logre abarcarlas a todas ellas. Mannheim atribuye esta posibilidad a una categoría de personas: los intelectuales:

“[los intelectuales] desvinculados de pertenencias existenciales, desarraigados de grupos ubicados en diferentes posiciones dentro de la estructura social, estarían en condiciones de poder superar las distintas perspectivas particulares para colocarse en una posición superior capaz de abarcar, en síntesis, la totalidad de las perspectivas posibles. De este modo, la perspectiva privilegiada que el marxismo asigna a las clases en ascenso correspondería, en el sistema de Mannheim, a los intelectuales” (1971: 174).

Para Germani, además, en esta postura se salva también el racionalismo (iluminista) pues este queda transferido también a los intelectuales. Esta reconstrucción es importante porque no sólo se perfilan posturas teóricas sino fundamentalmente políticas. En este recorrido están presentes, en su expresión intelectual, las voces y posiciones con las que Germani dialoga constantemente: el liberalismo, marxismo, la derecha conservadora y el fascismo y el socialismo democrático asociado a la idea de la planificación, postura ésta con la que Germani se identifica. Los intelectuales, entonces, son quienes pueden ofrecer una visión racional capaz de trascender y superar las racionalidades parciales de la sociedad. Pero ¿qué intelectuales?

Reconstrucción racional: ciencia y sociología

En el artículo “Sociología y planificación”, de 1946 (1962a), Germani plantea el papel de las ciencias sociales y la sociología en particular en relación con la crisis contemporánea²³⁵. A partir de la sociología del conocimiento de Mannheim, Germani parte de la idea fundamental del condicionamiento social de todas las formas de conocimiento, incluida la ciencia. En la misma línea de pensamiento que Fernandes, para Germani los objetos del conocimiento se constituyen como tales cuando un conjunto de problemas emerge a la conciencia como un elemento significativo dentro del contexto de la cultura. En el caso de las ciencias sociales esta vinculación entre conocimiento y sociedad se presenta de manera particularmente estrecha, debido al carácter conflictivo y contradictorio de la vida humana y su historia:

“La sociología –ciencia de las épocas críticas- representa precisamente, una respuesta del hombre frente a la circunstancia social que se le ofrece como problemática y le reclama una intervención inteligente” (1962a: 136).

Para Germani, el surgimiento de la sociología como ciencia está ligado al movimiento del mundo moderno de expansión progresiva del dominio de la racionalidad en todos los ámbitos de la vida. En particular, las profundas transformaciones introducidas por los movimientos revolucionarios de fines del siglo XVIII mostraron la necesidad de extender las aplicaciones del método científico al dominio de los asuntos humanos:

“ahora la razón invade un campo nuevo (el del orden social) y quiere someterlo a ese dominio. Esta posición implica, como condición previa el ejercicio del dominio mismo, un conocimiento de las fuerzas sociales, análogo al obtenido en relación con las fuerzas naturales” (1962a: 137).

Así, el “conocimiento de las fuerzas sociales” es emprendido por la sociología, como requisito previo del ejercicio del dominio instrumental, esto es, la planificación. La vinculación estrecha entre sociología y planificación está dada entonces por la expansión de la racionalidad instrumental al área de los asuntos humanos.

²³⁵ Si bien estas ideas aparecen parcialmente también en otros textos, en éste es donde se aborda de manera más específica y sistemática este problema.

También en la línea expuesta por Mannheim en *Libertad, poder y planificación social* (1943) Germani distingue entre racionalidad instrumental, que consiste en la adecuación entre medios y fines, y racionalidad final (o sustantiva en Mannheim), que consiste en la fundamentación racional de los fines mismos. Frente a esta última, se pregunta si la tarea que ella supone puede emprenderse desde la ciencia, la filosofía o alguna otra forma de conocimiento no racional. Sin embargo, no avanza en este problema y reduce su ámbito de estudio a la racionalidad instrumental en una acepción claramente weberiana. La circunscripción de la sociología al ámbito de la racionalidad instrumental hace entonces que la elección de Germani por una vía democrática (no autoritaria) de expansión del mundo moderno se revele claramente como ideológica, en el sentido de extra-científica. Esto es, la justificación y la validez de esta elección no son una tarea que, en principio, pueda resolver la sociología en tanto ciencia.

Ahora bien, por planificación, Germani entiende entonces el cálculo de los medios más adecuados para alcanzar determinados fines ya conocidos, con la consiguiente previsión de resultados y efectos. Pero no sólo implica la adecuación *óptima* ente medios y fines sino la adecuación deliberada, esto es, la que se produce mediante la elección entre varios cursos posibles de acción.

Sin duda, en su análisis sobre la expansión de la racionalidad, Germani retoma los análisis de Weber sobre el capitalismo y el mundo moderno occidental. El Estado y la empresa capitalista son los ejemplos paradigmáticos de este proceso de racionalización y las primeras expresiones de planificación. No obstante, en un contexto de crisis del liberalismo y de la sociedad burguesa que lo impulsaba, Germani propugna por una planificación más global, que no se limite a las esferas administrativa, política o económica sino que “ordene toda la actividad en vista del bien común” (1962a: 140). El problema, sin duda, vuelve a surgir cuando se trata de determinar qué es el bien común. Aquí interviene la racionalidad sustantiva, final, que Germani deja fuera de la ciencia.

Ahora bien, en la medida en que para Germani, la ciencia y en particular la sociología puede convertirse en el espacio para la comprensión racional de la sociedad, la pregunta central que articula sus reflexiones en este sentido, podría formularse de la siguiente manera: ¿qué tipo de sociología es capaz de proporcionar soluciones racionales a la crisis y, por tanto, fundamentos para la planificación social? En las siguientes líneas encontramos una primera y contundente respuesta:

“La sociología no puede dejar de ser una ciencia empírica e inductiva si es que verdaderamente quiere cumplir su función orientadora en una sociedad que se encamina hacia la planificación” (1962a: 147).

Este postulado conlleva, para el autor, una serie de implicaciones fundamentales. En primera instancia, implica afirmar la separación entre sociología y filosofía social y circunscribir la primera al campo específico del conocimiento científico. No significa que la filosofía (como filosofía social o de la historia) no deba existir como forma de conocimiento legítima, sino que, en tanto saber especulativo, debe diferenciarse claramente de la sociología, ciencia positiva, conectada con los hechos y cuyos fundamentos lógicos no difieren de los de las ciencias en general.

En segunda instancia, la sociología, en tanto ciencia, no puede renunciar a las exigencias de previsión si pretende intervenir de manera inteligente en el ordenamiento de la sociedad. La previsión implica la posibilidad de anticipar una situación futura, en el sentido preciso de advertir las diferentes posibilidades que se abren en el presente y bajo cuáles condiciones y con qué probabilidades tales posibilidades pueden actualizarse en el futuro (1962b: 149). La sociología y las ciencias sociales deben poder llegar a una etapa, denominada como veremos más adelante “reconstructiva”, en la que sea posible ejercer cierta previsión acerca del curso potencial de los procesos sociales concretos como antecedente de la planificación.

En tercera instancia, la sociología debe concebirse como ciencia universal. Sin duda, las teorías y métodos son productos históricos, nacidos dentro de cierta realidad sociocultural. No obstante, la tarea del sociólogo es verificar la aplicabilidad de las mismas, confrontar esas teorías y métodos con los hechos empíricos y hacer las modificaciones y adecuaciones necesarias a diferentes contextos manteniendo los principios generales. En una clara confrontación con quienes sostienen la necesidad de formular una sociología nacional, bajo el argumento de la autenticidad, Germani sostiene:

“La universalidad de la ciencia –y de sus aportes- no deriva de la aplicación ciega de modelos teóricos, vengan de donde vinieren, sino de la continua interacción entre la teoría y la realidad concreta. La creación de nuevas teorías se origina justamente en esta interacción, en tanto el estudio de la realidad no se agote en un mero conocimiento descriptivo del aquí y el ahora sino que intente volver, una vez en contacto con el material

empírico, a la formulación de proposiciones generales, en este caso, a la modificación de las que habían servido como punto de partida...” (1964: 4).

Finalmente, la sociología, como la ciencia en general, debe tender hacia la unificación y progresión de sus hallazgos, si quiere convertirse en un instrumento eficaz de la planificación:

“La ciencia es acumulativa, es el resultado del aporte sucesivo de generaciones de investigadores, aporte que se realiza siempre a partir de los resultados obtenidos por los investigadores precedentes y no como una incesante reconstrucción *ab imis* de nuevos sistemas unitarios que simplemente refutan los anteriores” (1962a: 35).

Según Germani, los antecedentes de este tipo de sociología provienen de varias fuentes. Por un lado, la intervención deliberada en la organización social. El desarrollo de la estadística desde tiempos antiguos, esto es, la recolección de datos para censos de población y riqueza para fines inmediatos, militares o financieros, verifica que hay una correlación entre acción racional con intentos planificadores y la investigación de los hechos sociales.

“La contabilidad racional –que para Max Weber representa la premisa más general para la existencia del capitalismo- es justamente la manifestación más acabada de la actividad planificadora dentro de la moderna empresa capitalista, pues es lo que permite calcular hasta el máximo la adecuada disposición de los medios (bienes materiales, trabajo, procedimientos técnicos) para la consecución del fin (que, en este caso, es el lucro). La contabilidad expresa entonces esta tendencia a la racionalización que culmina actualmente con los modernos intentos de planificación” (1962: 141).

No obstante, esta proclividad a la intervención práctica y la concepción del conocimiento como respuesta a necesidades objetivas de la vida no invalida el hecho de la necesaria construcción de conocimiento teórico y experimental. Para el caso de las ciencias sociales, la necesidad de la formulación de una teoría de la sociedad. Tal como ocurre en las ciencias naturales, para Germani las ciencias puras tienen prioridad sobre las aplicadas. Las primeras le brindan a las segundas el fundamento necesario para lograr una solución inteligente de los problemas de orden práctico.

En este sentido, para Germani, la evolución histórica de la sociología se da en un proceso doble. Por un lado, la progresiva separación de la filosofía. Esto se logra primero con Comte, quien enuncia los principios de una ciencia empírica, aunque no los cumple. En Comte, dice Germani, “los ‘hechos’ más que hallarse en íntima conexión con las teorías, fueron meras ‘ilustraciones’ de éstas”. Posteriormente, Durkheim vuelve a insistir sobre las premisas de una ciencia empírica e inductiva pero también acaba por abandonarlas en sus propios trabajos sustantivos. Por otro lado, en EEUU se va desarrollando, bajo la influencia comteana y la tradición del empirismo sajón, una sociología empírica e inductiva, depurada de propósitos normativos o pragmáticos. Se supera el *social survey*, cuyos propósitos eran meramente prácticos, se perfeccionan hasta el máximo los procedimientos de observación social, pero no se consigue integrar en una unidad sintética las investigaciones, que permanecen fragmentarias e inconexas. Con las limitaciones señaladas, estas orientaciones constituyen en gran medida el antecedente del tipo de sociología que promueve Germani.

Ahora bien, en Alemania se desarrolla, desde fines del XIX, una crítica radical y destructiva de la sociología universalista por parte del idealismo, el historicismo y el romanticismo. Esta crítica niega la posibilidad de una ciencia positiva de la sociedad y separa ciencias naturales y culturales, transformando la sociología en una filosofía social, aún cuando se mantenga su título de ciencia. Según Germani, esta identificación produce efectos claramente negativos para los propósitos de planificación debido a que: a) se rompe la conexión con los hechos y, por tanto, se favorece el intuicionismo; b) se elimina la posibilidad de formular revisiones porque se niega la posibilidad de establecer uniformidades.

En realidad, los autores que defienden la sociología como “ciencia cultural” no niegan la necesidad de ciencias empíricas o inductivas pero las separan de la sociología, bajo el título de sociografía. Las primeras operarían con el método de las ciencias naturales mientras la sociología, con el método de comprensión. De esta manera, argumenta Germani, se favorece la especulación incontrolada por un lado, y se deja huérfanos de teoría a los estudios sociográficos, por otro.

Esta crítica a la sociología universalista llega a América Latina hacia fines de los años 20, se manifiesta como reacción antipositivista y afecta fuertemente la orientación de las ciencias sociales en la mayoría de los países en desarrollo. Aunque Germani admite que

esta crítica ha sido fructífera en muchos aspectos y ha contribuido a un proceso de maduración, ha tenido también efectos negativos sobre todo desde el punto de vista político:

“algunas de sus repercusiones negativas trascendieron al campo de la cultura superior y afectaron el de la vida al contribuir a la expresión de ideologías irracionistas a menudo equivalentes intelectuales de los totalitarismos políticos” (1962a: 5).

Germani recurre entonces, para legitimar su posición, a las palabras de Francisco Romero –destacado intelectual de la tradición liberal argentina y uno de los representantes más importantes de la reacción antipositivista- y muestra también que el combate al positivismo estuvo motivado también por asociaciones de tipo ideológicas y políticas:

“Lo que indirectamente se combatía en el positivismo, apuntado por elevación a toda una nueva etapa del pasado nacional, era con frecuencia la tradición liberal, laica y civil de la nación, tradición que, en parte con razón y en parte sin ella, se consideraba consolidada y respaldada, inspirada fundamentalmente en sus principios directores por la ideología del positivismo” (en Germani, 1962a: 5).

Así, el propio Romero reconoce que esta reacción retrasó considerablemente los estudios psicológicos y sociales en el país. Para Germani, estas palabras son signo de una nueva actitud hacia las ciencias del hombre entendidas como ciencias positivas; actitud que ubica hacia 1940 aproximadamente con la obra de José Medina Echavarría (*Sociología: teoría y técnica*). Hasta ese momento en la mayoría de los países la sociología (académica, de la enseñanza universitaria y su literatura oficial) ha sido entendida como una filosofía de lo social dando la espalda a la realidad “aún cuando se adoptara con mucho entusiasmo la célebre fórmula de Freyer de la ‘sociología, ciencia de la realidad’”.

Desde nuestro punto de vista, la insistencia en los temas metodológicos más que apuntar a un enfoque puramente “cientificista”, tiene que ver con sus alcances para la existencia y el desarrollo mismo de la disciplina pero, sobre todo, con las repercusiones en los aspectos ideológicos y políticos de la época. Recordemos que estos análisis están escritos en pleno gobierno peronista en Argentina²³⁶ y que, según la interpretación dominante en la época,

²³⁶ Los escritos que integran el libro *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación* (192) que venimos citando son redactados entre 1951 y 1955.

éste es visto como un reflejo del totalitarismo europeo. En este sentido, este posicionamiento de Germani ante la definición de la sociología implica una doble estrategia política e intelectual. A nivel político con ella se busca enfrentar las posiciones conservadoras y autoritarias que, en el campo, ideológico e intelectual han defendido posiciones irracionalistas. A nivel intelectual Germani busca posicionarse frente a quienes hegemonizan el campo académico-universitario, liderados por Alfredo Poviña.

Aunque, como hemos visto en el apartado anterior, una revisión más cuidadosa de lo que sucede en el periodo peronista revela más matices sobre las posiciones adoptadas respecto a la sociología (el caso más evidente es el de Miguel Figueroa Román y el Instituto de Sociografía y Planificación de Tucumán), el discurso de Germani es claro al respecto. También lo es su representación de la teoría sociológica. Germani identifica dos tradiciones intelectuales “opuestas” que definen la orientación concreta de la teoría y la investigación e incluso la selección de los temas de estudio: por una parte, la que se realiza en EEUU, producto del empirismo sajón y en parte de la sociología francesa (Comte y Durkheim); por otra, la de origen Alemán, idealista y especulativa. También aquí podríamos pensar en matices. En particular, la fuerte influencia de Simmel en la Escuela de Chicago.

Ahora bien, ¿cuáles son los argumentos específicos con los que Germani rechaza la sociología culturalista? Germani desarrolla dos aspectos negativos de esta perspectiva, además de la ya mencionada prioridad otorgada a la filosofía. En primer lugar, elimina el proceso de verificación. El método de comprensión, con varios sentidos en distintos autores, refiere a un tipo de aprehensión inmediata, un tipo de conocer que surge de la identidad entre sujeto que conoce y objeto conocido. Nunca estamos en presencia de algo construido sino, en términos de Dilthey, “inmediatamente dado”. Para Germani esta es una forma de intuicionismo en el cual la vivencia se eleva a fuente primaria del conocer. Lo que es vivencialmente captado parece no necesitar verificación. Aunque Dilthey refiere a “criterios exteriores” (la conciencia lógica de validez de los juicios) para no caer en el intuicionismo, lo cierto es que con esto no se sustituye el alcance intersubjetivo del proceso de verificación que, para Germani, es lo que asegura el proceder científico. Se confunde entonces ciencia y conciencia y se atribuye el carácter de método científico a un proceso psicológico. Para Germani ningún objeto de conocimiento se nos da inmediatamente. Siempre escogemos una selección de elementos de su infinitud potencial (1962a).

En segundo lugar, separa sociología y sociografía. Esta separación proviene de la distinción entre ciencias naturales y ciencias del espíritu, cuyas bases se encuentran en el dualismo metafísico cartesiano que escinde *res cogitans* y *res extensa*. Así, mientras la sociología pertenecería a las ciencias del espíritu, la sociografía formaría parte de las ciencias naturales. Esta posición es defendida por autores alemanes que, después de la ola especulativa, intentaron volver a la empiria, distinguiendo entre sociología y sociografía pero promoviendo su colaboración: Freyer, Von Wiese y Tönnies²³⁷. Para Germani esta colaboración es imposible porque parte de supuestos ontológicos y epistemológicos diferentes. Los conceptos que brinda la sociología, obtenidos por un procedimiento fenomenológico, no pueden ser sometidos a comprobación empírica por la sociografía sin perder sus connotaciones de irreductibilidad y esencialidad, lo que implica cambiar radicalmente su naturaleza. De esta manera entonces mientras se mantenga la idea de que la sociología teórica se dirige a la comprensión (intuición inmediata de significaciones últimas o captación de esencias) no hay posibilidad de asegurar una colaboración efectiva entre sociología pura y empírica, por tanto:

“la sociología ‘pura’ no proporciona a la sociología ‘empírica’ teorías susceptibles de verificación, es decir, hipótesis *utilizables* en la investigación concreta de la realidad” (1962a: 35).

Se refuerza así el carácter filosófico que tiene la sociología. Otro problema adicional, no menor en el contexto en que escribe Germani, es que la investigación social empírica queda en manos de otros estudiosos formados fuera de la disciplina y, como hemos señalado, la vinculación de la sociología con la construcción de una nueva figura intelectual (el sociólogo profesional) es fundamental en Germani.

La peor consecuencia de esta perspectiva para Germani es que favorece los dos extremos a evitar: la especulación desenfadada y el empirismo ciego. Sobre la primera, Germani abunda al realizar la crítica a la sociología alemana y su correlato latinoamericano. No obstante, no son pocas las ocasiones en que refiere al defecto del “empirismo ciego”. A este respecto, Germani sostiene:

²³⁷ Este último distingue entre sociología general y especial, esta última se subdivide en pura (ciencia filosófica que se ocupa de los conceptos, entidades no perceptibles, que sólo existen en la conciencia de las personas), empírica (sociografía) y aplicada (intento de valorar determinados conceptos y teorías para la comprensión de las evoluciones históricas).

“el empirismo acrítico de muchos de estos investigadores ha conducido a una acumulación de hechos, cuya utilidad científica desde el punto de vista de la teoría sociológica es por lo menos dudosa” (1962a: 12).

Incluso alude explícitamente a la “ingenua aceptación del orden imperante –implícita en el empirismo extremo y en el ‘ascetismo metodológico’-...” (1962a: 43). Y retoma una serie de autores que desde la propia sociología norteamericana han emprendido esta crítica: Lundberg, Thomas, Sorokin, Dodd, Blumer, Bein y Znaniecki, Lynd. De este último recoge una cita muy ilustrativa:

“La ciencia sin hipótesis aunque bellamente objetiva permanece estéril (...) Hay cierta cualidad seductora en la minuciosa descripción empírica de cómo funcionan las cosas. Para realizarla, usualmente se coloca uno dentro del sistema en funcionamiento y acepta provisoriamente sus valores y fines al emprender el trabajo de recoger datos y rastrear tendencias” (Lynd, en Germani, 1962a: 43).

Y Germani agrega:

“cuando se trata de estudiar la propia sociedad (...) esa provisoria aceptación se transforma en una implícita aprobación del sistema cultural tal cual es, en una defensa, es decir, del *status quo*, defensa que impide formular -en su falsa objetividad- las preguntas esenciales (1962b: 43).

Ahora bien, respecto a la separación entre ciencias naturales y del espíritu, Germani no desconoce que existen diferencias metodológicas entre ambos grupos de ciencias, producto en todo caso de las peculiaridades de los objetos de estudio, pero no en los fundamentos lógicos. En este sentido, tanto Fernandes como Germani se encuentran bajo la influencia del positivismo lógico. Es la estrecha conexión entre teoría e investigación lo que lleva a una rectificación constante de los puntos de vista metodológicos dominantes. Para Germani, corresponde a Comte el mérito de haber establecido con suma claridad el principio de interacción entre hechos y teorías:

“El método de la sociología no es distinto desde el punto de vista de sus fundamentos lógicos del de las ciencias naturales. En este sentido debe entenderse su afirmación de que la sociología es una física social, pero tal identidad de fundamento no se concreta en una

mecánica transposición de métodos de una ciencia a otra. Simplemente define la sociología como una ciencia inductiva y empírica” (1962a: 144).

Y agrega:

“En otras palabras, para poder observar es menester emplear ciertas hipótesis de trabajo que dirijan la observación misma; los hechos ‘existen’ en virtud de nuestra búsqueda, en tanto hemos dirigido hacia ellos nuestra atención; en la inmensa e inagotable multiplicidad de lo real; la observación sólo se realiza seleccionando ciertos hechos, y tal selección no puede llevarse a cabo sino por medio de hipótesis. A su vez la hipótesis, cuya comprobación buscamos, es el producto de observaciones previas: de este modo se da lo que Comte llama un círculo entre hechos y teorías; el conocimiento es el resultado del tránsito incesante de la teoría a los hechos y de éstos a aquélla. Tal principio ha sido olvidado con demasiada frecuencia por los sociólogos” (1962a: 144).

Pero es Max Weber quien, a pesar de pertenecer a la tradición idealista alemana, emprende esta exigencia de verificación para las ciencias sociales y formula una metodología que reduce la distancia entre las ciencias naturales y las ciencias del espíritu (1962a: 27). También aquí Germani despliega una estrategia en paralelo intelectual y política, disputando la interpretación de Weber a quienes, desde el ámbito universitario argentino, intentan ubicarlo como un exponente más de la sociología culturalista. Así, según Germani, Weber considera que tanto la comprensión como la explicación, es decir, la verificación son necesarias en sociología. Para apoyar esta afirmación cita a Weber en *Economía y Sociedad* donde afirma que una adecuación de sentido, por más evidente que parezca, sólo puede considerarse causalmente correcta para el conocimiento sociológico cuando se puede verificar su probable frecuencia de ocurrencia (de manera estadística).

Para las formaciones del espíritu objetivo, Weber propone el método del *tipo ideal*. El tipo ideal es una construcción arbitraria o convencional, una estilización con elementos tomados de la realidad pero que no apunta a reproducir el fenómeno concreto. Sirve para el estudio de los fenómenos reales, que se le acercan en mayor o menor medida, porque posee coherencia lógica y permite estudiar así el hecho en condiciones simples y claramente definidas (por ejemplo: el mercado perfecto). De los rasgos del tipo ideal se pueden deducir cuáles serían las repercusiones de tal o cual otra modificaciones de una situación, movimientos y correlaciones posibles, y formular leyes condicionales y tendenciales. De

esta manera, se salva la especificidad de la realidad empírica pero también la existencia de uniformidades y regularidades que permiten comprender y explicar a aquella más allá de su irreductible particularidad.

Para Germani, una idea similar puede encontrarse incluso en la fenomenología (Husserl y Merleau-Ponty). Numerosas leyes físicas son exactamente del mismo género: idealizaciones o ficciones idealizantes en el sentido de Husserl. No se trata de “inducciones empíricas”, de acumulación de casos (que Stuart Mill opone a las “inducciones imaginarias”), sino de inducciones analíticas a partir de estas ficciones idealizantes pero tomadas de la realidad empírica. La inducción analítica es una especie de lectura de esencias. Para la fenomenología se hace una variación imaginaria de ciertos hechos, y “lo que no puede ser variado sin que el objeto desaparezca, es la esencia”. Para la ciencia empírica se obtiene por medio de la inducción analítica, utilizando una variación efectiva, a través de la experimentación de situaciones reales:

“No se experimenta para todos los posibles valores de una variable; se observa cierto número de experiencias decisivas y el resto es interpolado o extrapolado, lo que equivale a una ‘variación imaginaria’, basada empero en los hechos, *cum fundamento in re*” (1962a: 29)²³⁸.

En ambas, por tanto, se busca la lectura de la estructura invariable de nuestra experiencia. La tesis de Germani al respecto es que el tipo ideal, lejos de considerarse un procedimiento propio de las ciencias del espíritu, debe considerarse parte integrante de la metodología naturalista, esto es, como parte del método científico en general. En este sentido, para Germani el error del positivismo fue el de reificar, es decir, considerar como hechos empíricamente dados, construcciones lógicas de la especie de tipos ideales. Por ejemplo, intentar aplicar leyes de la economía pura al proceso económico concreto.

Ahora bien, para que la sociología pueda colocarse como fundamento de la planificación, además de mantener la estrecha vinculación entre teoría e investigación social, debe operar de manera sintética y reconstructiva. Nuevamente aparece aquí la influencia fundamental

²³⁸ Estas transposiciones u homologaciones no dejan de ser problemáticas. En este caso, la equivalencia en el “método”, supondría pensar las regularidades como esencias, lo que implicaría dejar de pensar la realidad social como histórica.

de Mannheim, complementada con posiciones cercanas al pragmatismo y al neopositivismo.

La idea de la reconstrucción tiene por base dos premisas complementarias: por una parte, la parcialidad de todo conocimiento en tanto procede de una construcción de aspectos seleccionados de lo real; por otra, la posibilidad de superar las perspectivas parciales del pensamiento socialmente condicionado, desarrollada por Mannheim (1943), bajo su premisa del tránsito del pensamiento parcial al pensamiento interdependiente, que caracteriza a una época de planificación.

En relación con la primera, Germani sostiene, contra el empirismo ingenuo, la imposibilidad de acceder en forma directa y transparente a lo real: “lo real es inasequible al conocimiento en su infinita riqueza y variedad” (1962a: 149). “Lo real es una infinitud potencial que jamás podemos aprehender en su totalidad” (1962a: 39).

De allí que el conocimiento se presente siempre como una “construcción”, producto de una selección de aspectos significativos y no de lo “inmediatamente dado”. Esta construcción se da tanto en el conocimiento científico (a través de esquemas teóricos), como en la percepción común orientada a la actividad práctica:

“De ello se sigue que el ‘hecho concreto’, ‘real’, que oponíamos al hecho ‘irreal’ de las ciencias sociales es también una ‘construcción’, obtenida tras un proceso selectivo; la diferencia entre ambos estriba en que, mientras el ‘hecho’ de las ciencias sociales ha sido construido sobre la base de muy pocas variables (por ejemplo, teniendo en cuenta únicamente la conducta ‘económica’ o la ‘política’, etcétera), el hecho ‘real’ es, en el mundo humano, *aquello que se percibe como tal en las acciones concretas, históricas de los hombres*” (1962a: 39).

En la línea iniciada con Comte, para Germani, la teoría explica a los hechos en sus propios términos pues éstos son los que han intervenido en la selección de los aspectos significativos del fenómeno, según un punto de vista o un fin específico. Las uniformidades que se establecen están en relación con un esquema teórico, por tanto, tienen una validez limitada. Tal como reconoce Pareto, una teoría no explica un hecho concreto en todas sus partes, por tanto, no se puede confundir validez lógica con validez empírica.

Esta selección de lo real opera en dos niveles: por una parte, en el recorte de determinados aspectos de la realidad, según determinados esquemas de referencia, lo que da origen a las ciencias sociales particulares a partir de la separación de lo real entre las diferentes ciencias humanas o disciplinas (lo económico, lo social, lo político, lo cultural, etc.); por otra, la selección de un sector muy restringido de esa realidad acotada, a partir de temas específicos, analíticamente simplificados.

A fin de superar este fragmentarismo y atomismo propios del conocer científico, es necesario proceder a la reconstrucción o síntesis. Esta implica la intervención y colaboración de diversos esquemas teóricos y enfoques, de distintas disciplinas, para estudiar un determinado fenómeno. Se cruzan sus resultados y se procede a la síntesis. El método reconstructivo consiste, entonces, en lograr integrar en una unidad superior todas las posibles perspectivas que constituyen al objeto concreto. De esta manera es posible aproximar las proposiciones científicas a la mayor plenitud y riqueza de la realidad concreta. “El fenómeno ‘concreto’ resulta así explicado por el entrelazarse de varias uniformidades²³⁹” (1962a:149).

Según Germani, estos problemas están ya planteados en los orígenes de la disciplina: por Comte con su exigencia de privilegiar la teoría al empirismo y la ubicación de la sociología como ciencia abarcadora y sintética; por John Stuart Mill, con sus *principia media*. Mannheim, a quien Germani reconoce como el padre de este nuevo punto de vista metodológico, retoma esta misma denominación de Mill aunque alterando su significado metodológico. Los *principia media* son fuerzas universales en situaciones concretas que resultan de la integración de los diversos factores en juego en un determinado lugar y tiempo; hechos que ocurren en una determinada época pero que, a la vez, están relacionados con las leyes generales.

El método reconstructivo supone y exige, además, una unificación teórica. La interrelación sistemática entre teoría e investigación permite que los resultados se acumulen asegurando colaboración en tiempo y espacio de quienes trabajan en la disciplina. Las proposiciones y sistemas teóricos tienden a la unificación, aunque esta todavía no se consiga del todo (ni siquiera en la física). Los conflictos de “escuelas” quedan siempre limitados a ciertos

²³⁹ Esta expresión es tomada de Pareto

sectores y no se asiste a una continua revisión de los fundamentos de la disciplina, excepto en determinadas épocas: frente a una crisis de crecimiento²⁴⁰.

Sin duda, lograr la unificación teórica y la síntesis reconstructiva no es tarea fácil. Germani menciona dos obstáculos a las mismas: por una parte, la naturaleza dinámica y cambiante del objeto lleva a la existencia de una multiplicidad de perspectivas desde la cual puede ser encarado; por otra, las tradiciones intelectuales y académicas, especialmente la que acerca la sociología a la filosofía, influyen en el actual desorden teórico debido a la exigencia de originalidad que produce una creación incesante de conceptos, terminologías, formulaciones, etc.

Asimismo, romper los límites tradicionales de las varias disciplinas humanas y promover su colaboración íntima requiere una nueva organización de la investigación: el trabajo en equipo y una nueva formación de especialista que debe ampliar su esfera de conocimiento. Se necesitan “especialistas en integración” ya que la unidad de estudio ya no estaría dada por la selección propia de cada disciplina sino por un determinado grupo de fenómenos correspondientes a un conjunto histórico-social. Sobre el punto de la organización académica y disciplinar Germai cita a Mannheim:

“Si la división del trabajo que hoy toleramos en los estudios sociales –afirma Mannheim– apareciera en la producción industrial, sería abandonada y abolida con decisión [...] nuestra división del trabajo (la de las ciencias sociales) es como la de una burocracia mal organizada en la que los funcionarios de un departamento, incapaces de resolver determinado problema, se limitan a pasarlo a otro” (en Germani 1962a: 49).

Esto no significa que Germani rechace la especialización, tanto disciplinar como analítica y temática. Esta sigue siendo necesaria en función de las exigencias, cada vez, más imperiosas de precisión y exhaustividad en la investigación social, así como por una eficaz división del trabajo. Germani plantea, por ejemplo, una organización de la disciplina que contempla las siguientes subdivisiones de la sociología teórica, experimental, descriptiva y aplicada. Lo importante es que se mantengan, en todos los niveles, los fundamentos epistemológicos y metodológicos de la ciencia en general.

²⁴⁰ En uno de sus artículos, “Un esquema unitario para las ciencias sociológicas” (1962), Germani ensaya un esbozo de las categorías centrales de todo análisis sociocultural, independientemente de sus definiciones y alcances.

No obstante, la tarea complementaria, de síntesis y reconstrucción, es ineludible si se pretende que los resultados de las investigaciones puedan proporcionar sus servicios a la tarea de planificación social. El método reconstructivo no sólo se justifica en términos científicos sino histórico-sociales. Esta necesidad metodológica está estrechamente vinculada con la necesidad de explicar el cambio social en sociedades altamente dinámicas y de fundamentar sobre ella la planificación:

“como la actividad humana no se desarrolla en las esferas separadas construidas analíticamente por las ciencias, la previsión orientada hacia la dirección inteligente de esta actividad debe intentar la reconstrucción de situaciones que resultan del entrelazarse de los diversos elementos que aquellas ciencias habían separado” (1962a: 149).

Según Germani, el planteamiento de la reconstrucción presenta una gran afinidad con la idea sustentada por el mismo Mannheim sobre la posibilidad de superar las perspectivas parciales del pensamiento socialmente determinado. En sus propios términos:

“el conocimiento que se alcanza de este modo, ¿no muestra acaso un estrecho parentesco con el tipo de pensamiento total, que según la sociología del conocimiento formulada por Mannheim, es capaz de superar la parcialidad y multiplicidad de las perspectivas que caracterizan el pensamiento socialmente condicionado?” (1962a: 149).

Germani expone dos claros ejemplos de cómo “la incapacidad de trascender los estrechos moldes del especialismo”, llevan a la deformación ideológica del conocimiento. El primero es el de la economía clásica, vinculada a la ideología liberal, cuyo error “metodológico” según Germani fue asignar el carácter de realidad total (el *homo oeconomicus*), a lo que no era otra cosa que el producto de una perspectiva particular (la burguesía del siglo XIX). El otro ejemplo es el del “carácter femenino”, que pasa de tratarse como objeto de la psicología fisiológica, según una cierta concepción ideológica de la mujer y de su condición, a ser objeto de la antropología o de la sociología, cuando ya no se asigna a la mujer una posición fatalmente determinada por su condición biológica (1962: 68-69).

Esta concepción es muy importante porque marca la presencia fundamental de Mannheim en el tipo de lógica que subyace a las posiciones de Germani tanto en el terreno intelectual como en el político. Las racionalidades conflictivas y contradictorias del campo social pueden ser trascendidas por la ciencia y los intelectuales, a través de la “toma de

conciencia” del carácter parcial de las diferentes perspectivas y de la realización de una síntesis reconstructiva. Esto, a su vez, es posible gracias a la posibilidad de los intelectuales de distanciarse de su propia condición social, especialmente de clase.

En suma, se trata de un rechazo al atomismo y mecanicismo metodológicos y un rescate de la “totalidad” en el conocimiento. Sólo que, a diferencia de quienes piensan que el conocimiento de estas totalidades sólo se puede hacer por intuición o conocimiento inmediato, se intenta lograrlo a través de un camino perfectamente compatible con la metodología rigurosamente científica.

Así, emparentados a esta concepción reconstructiva de la totalidad Germani incluye a otras corrientes que desarrollan preocupaciones intelectuales afines. Ya hemos mencionado la importancia que Germani otorga al psicoanálisis reformista en el abordaje de la crisis. Germani insiste en que en periodos de crisis y cambios sociales intensos es cuando se requiere con más apremio el conocimiento de los mecanismos psicológicos debido a que adquiere mucha más relevancia el aspecto dinámico, el acontecer histórico, la sucesión de fenómenos, el proceso y las correlaciones entre los aspectos objetivos y subjetivos.

Por otro lado, Germani percibe importantes afinidades con el pragmatismo, corriente en la que se manifiesta claramente una actitud positiva hacia la ciencia y los métodos experimentales y a su capacidad para intervenir en programas de reforma social. La familiaridad con esta corriente se hace sentir en el acercamiento a la Escuela de Chicago; Cooley, Park, Znaniecki, Thomas, y especialmente de John Dewey. Sobre este último en particular, Germani refiere a las nociones de “campo”, “situación” y “contexto total”, las cuales buscan dar cuenta del carácter total de las configuraciones que se dan en la vida social. El pragmatismo admite también (como el historicismo) el condicionamiento social del conocimiento, pero a diferencia de aquel confía en que la extensión de los métodos de las ciencias naturales a las sociales superará el relativismo y la crisis de la objetividad. Se plantea, entonces, un nuevo tipo de objetividad, de carácter probabilístico.

En esta línea, Germani incluye asimismo al funcionalismo. Para esta corriente, la realidad sociocultural puede y debe ser analizada en funcionamiento, en la plenitud de sus múltiples conexiones, donde las partes adquieren sentido en relación al todo. Sobre este último, Germani afirma:

“El funcionalismo sostiene la necesidad de enfocar el estudio de una cultura (y por analogía de cualquiera otra unidad sociocultural) como un todo unificado, cuyas partes guardan entre sí relaciones empíricamente determinables” (1962a: 85).

Esta confluencia de miradas, guiadas fundamentalmente por la premisa de una ineludible intervención racional para la solución de la crisis, le permite a Germani articular una perspectiva sobre la naturaleza del método de las ciencias sociales y sobre el papel de éstas en conexión con los problemas sociales.

Finalmente, un punto muy importante, por las críticas que despierta la obra de Germani hacia los años 60, es el de la neutralidad valorativa. De la misma manera que sucede con el empirismo, también aquí es necesario especificar la postura de nuestro autor.

Germani reconoce la existencia del condicionamiento del conocer científico por el contexto social: cultura, lenguaje, estructura social, clases, naciones, grados de desarrollo, etc. En la línea de Weber, este condicionamiento extra-científico actúa sobre la selección de temas y la construcción del objeto, incluso en la selección de métodos y conceptos. No obstante, este reconocimiento no invalida la posibilidad de “objetividad”. Esta está dada fundamentalmente por la corrección y autocorrección constante (acumulativa) y colectiva que imponen las reglas mismas del conocimiento científico. Como se menciona más arriba, la verificación empírica descansa en el acuerdo intersubjetivo entre científicos sobre la validez de las normas y reglas de la ciencia.

Así, la ciencia es entendida por Germani como un proceso social, colectivo, cuyas proposiciones son el resultado de la actividad cooperativa en virtud de ciertas normas que constituyen criterios de aceptación y de rechazo y que permiten superar el relativismo derivado de la vinculación con valores. Sólo habría dos argumentos que objetarían este mecanismo autocorrectivo de la ciencia según el autor: a) la incomunicabilidad entre científicos y b) la inexistencia de un sistema de normas con validez universal aplicable al proceso. Pero admitir estos puntos de vista implicaría cuestionar la posibilidad del conocimiento científico en sí.

Podríamos preguntarnos si estas normas y reglas mismas no pueden estar teñidas de valores extra-científicos. Tal vez responda Germani que sí, pero en última instancia se trata

de los valores aceptados por todos en la sociedad moderna: el valor del conocimiento racional, esto es, la ciencia misma como valor. Sobre este punto, sostiene:

“por ejemplo, un supuesto central es el de la existencia de la razón, que, si bien, por una parte, puede estar condicionada, por otra es capaz de superar el condicionamiento, es decir, está dotada de una dinámica propia (la que a su vez no tiene por qué ser comprendida como un hecho psicológico, sino como el resultado de un proceso histórico de progresiva objetivación). Un segundo supuesto, ya aludido antes, reside en la adopción por parte del científico de por lo menos un valor, el de la verdad, o, con otras palabras, la existencia de una actitud científica y de una ética científica” (1964: 147).

El problema sociológico del cambio social: transición de la sociedad tradicional a la sociedad moderna

Un primer punto a destacar refiere al uso específico de los conceptos. Llama la atención que el término “modernización” no aparece con mucha frecuencia en la obra de Germani prácticamente hasta avanzados los años 60. Aunque si duda se trata de una misma problemática y enfoques relativamente convergentes con los del desarrollo, el término “modernización” está más asociado a la teoría académica construida desde Estados Unidos, desarrollada sobre todo en los años 50 y 60, desde autores como Apter, Bendix, Rostow, etc.

No sucede lo mismo con el término “desarrollo”, introducido en la discusión, primero política y luego intelectual, regional y nacional desde principios de los 50 y en absoluto auge durante el gobierno de Frondizi, con cuya figura se asoció el “desarrollismo” en Argentina. En los textos posteriores al 55 el término desarrollo aparece con bastante frecuencia en los textos de Germani. Así, entre 1955 y 1962 la problemática del desarrollo se introduce claramente pero procesada a partir de categorías que provienen de sus trabajos e intereses previos: “transición”, “sociedad de masas”, “integración” y “movilización” y hacia los 60 se identifica cada vez más con la teoría de la modernización de origen norteamericano²⁴¹.

²⁴¹ Blanco señala que entre 1956 y 1962 se produce un desplazamiento del tema del totalitarismo al del desarrollo y la modernización; pasaje que se hace manifiesto en la reinterpretación del peronismo como movimiento nacional-popular propio de los países en vías de modernización (Blanco, 2003: 690). Y es que,

¿Por qué nos interesa señalar este matiz? Porque dice mucho de la asociación de Germani con el estructural-funcionalismo. A pesar de la evidente y creciente convergencia teórica con muchos aspectos de esta corriente (modelo dicotómico, interdependencia de las subestructuras de la sociedad, correlación entre variables agregadas) Germani aborda el problema del desarrollo a partir de una perspectiva más amplia y heterodoxa, que la incluye, sin duda, pero al mismo tiempo la desborda, tanto por las reservas que manifiesta hacia la misma como por la inclusión de autores y problemáticas de vertientes alternativas.

El cambio de contexto respecto de la década del 40 hace que se registre un desplazamiento de problemáticas. Una vez derrotado el fascismo y posteriormente también el peronismo a nivel local, parece abrirse un breve periodo de optimismo en el que el problema de la crisis, y por tanto el fantasma del totalitarismo parece desvanecerse temporalmente. Tomando en cuenta este nuevo marco histórico ¿cómo evoluciona su esquema analítico? En el capítulo 1 de *Política y sociedad en una época de transición* (1962b), Germani vuelve sobre el principio metodológico sobre el que se fundamenta su análisis sociológico: “la unidad del mundo sociocultural” y consecuentemente, el carácter analítico de todas las distinciones de los enfoques disciplinares así como de las diferenciaciones al interior de las disciplinas. Le interesa señalar la artificialidad de la separación (en sentido de aislamiento) en “factores” de un fenómeno y, por tanto, el peligro de reificar conceptos y la necesidad de atender siempre a las premisas de totalidad y de síntesis propias de la sociología.

Su noción de *estructura* deriva de este principio. La estructura es, para Germani, una categoría de análisis que supone adoptar la perspectiva de que el mundo sociocultural está constituido por un conjunto o totalidad de partes vinculadas entre sí. Esto implica: a) partes o sectores susceptibles de diferenciación empírica; b) partes que se hallan “presumiblemente” en condiciones de recíproca dependencia. En este sentido, Germani enfatiza que la interdependencia, y por tanto la estructura, es una hipótesis de trabajo, y como tal, no hay que darla por supuesta sino verificarla empíricamente en su grado, dirección, intensidad, etc. Esta concepción tiene sus implicaciones. En primer lugar, la estructura no puede reducirse a una sola dimensión como sucede en numerosas perspectivas teóricas²⁴². Por el contrario, el empleo adecuado de la noción de estructura

como señala, Horowitz, “la fusión conceptual de desarrollo y modernización caracteriza el trabajo de Germani después de su entrada a Estados Unidos” (en Sautu y Jorrot, 1992: 43).

²⁴² Simbólica como en L. Strauss; conjunto de roles diferenciados como en Parsons o relaciones interpersonales como en Nadel; o categorías sociales, como en Radcliffe-Brown; o relaciones de parentesco como en Murdock; o pautas de acción, como en M. Lévy; ya sea abstracta o empírica.

implica tener en cuenta las múltiples dimensiones en la idea de unidad del mundo sociocultural. En relación a la tensión entre abstracción y referente empírico, Germani adopta la postura asumida por el conocer científico en general: los patrones o pautas no puede decirse que existan en el mismo sentido que los objetos materiales; pero un “patrón en funcionamiento” sí es empíricamente verificable, al igual que las cosas tangibles (1962b: 19). En segundo lugar, la “estabilidad” de la estructura no implica necesariamente equilibrio ni estatismo o armonía. Tal como reconoce el propio Parsons, la estructura no puede referirse a ninguna “estabilidad ontológica” de los fenómenos sino a la presencia de uniformidades en los procesos subyacentes que se convierten en un supuesto operativo utilizable en el análisis. Para Germani, por tanto, no hay nada en el empleo de la noción de estructura que implique un énfasis excesivo en la integración o estaticidad, aún cuando la perspectiva estructuralista haya conducido a menudo a este sesgo. En tercer lugar, de la hipótesis de interdependencia se deriva, por una parte, la circularidad o reciprocidad de los efectos y, por otra, la posibilidad de que cualquier dimensión pueda asumir cierta prioridad causal. Por tanto, la esfera de la estructura social abarca mucho más que la red de relaciones sociales, o el sistema de roles recíprocos (definición parsoniana), aunque tal sistema pueda constituir un nudo central en la estructura de la sociedad.

En suma, Germani plantea que el análisis de la estructura debe realizarse en un nivel más concreto y de mayor historicidad que las teorías que definen la estructura como “tejido de interacción” en la escala de lo interpersonal. Esto implica un nivel de análisis “macrosociológico”, punto de vista que claramente desborda la perspectiva parsoniana. Es justamente su enfoque metodológico el que impide restringir la mirada de Germani al estructural-funcionalismo. Su perspectiva es más bien abierta y admite todas las posiciones teóricas en tanto puedan convertirse en un nivel o dimensión de análisis que contribuya a la explicación integral o total de los fenómenos sociales. Por el contrario, rechaza cualquier perspectiva que suponga una reducción y unilateralidad de los principios explicativos.²⁴³

Ahora bien, como hemos señalado, el interés fundamental de Germani es el estudio del cambio social. ¿Cómo utiliza Germani este esquema para este propósito? Como ya

²⁴³ El caso del psicoanálisis es paradigmático: la reificación del instinto como una causa universal del proceso histórico es absolutamente rechazada por Germani. Sólo en la medida en que el psicoanálisis abandona este presupuesto biologicista y se abre a las determinaciones sociales de la personalidad es que puede ser incorporado como una herramienta fundamental para explicar una dimensión fundamental de los procesos sociales (1962^a: 75). De todas formas, en esta exigencia de unificación e integración sin duda está abierto el problema, por así decirlo, del totalitarismo teórico. Esto es, la necesidad de desechar precisamente la “otras miradas” que no encajan en el modelo unificado.

señalamos una de las características esenciales del cambio es su carácter asincrónico, es decir, las distintas partes o sectores de la sociedad se transforman a diferentes velocidades e incluso direcciones. Esta idea de un “desajuste” o “retraso” entre las partes, supone: a) un estado en que las partes se encuentran ajustadas, en equilibrio o integradas; b) un criterio de ajuste o correspondencia para evaluar las diferencias en los cambios de las distintas partes.

Germani identifica tres tipos de interrelación posible entre las partes de una estructura: a) simple interdependencia entre las partes: un cambio en una parte afecta, de manera variable, a otras partes. Se trata aquí de ver la extensión y profundidad de las repercusiones de cada cambio, pero sólo se supone una interrelación; b) ajuste o desajuste recíproco funcional de las partes: aquí se analiza una *interdependencia funcional*. Esto es, se observa la medida en que los cambios aseguran el “buen funcionamiento” o adaptación o el desarrollo de la estructura social global (o parcial) o su destrucción. En este caso, el análisis da lugar a “juicios de funcionalidad”, concepto que Germani retoma de Merton; c) adecuación de las partes a un valor que caracteriza a la estructura de la sociedad global misma: se refiere a la coherencia interna que todas o las partes más esenciales de una estructura tienen en relación con un sistema de valores centrales que se erigen como rasgos definitorios de la sociedad misma.

Si la primera y la tercera forma, no representan mayor dificultad para el análisis científico, la segunda implica un fuerte componente valorativo que Germani reconoce explícitamente. Para hacer “juicios de funcionalidad” de manera científicamente aceptable, hay que tener en cuenta los siguientes aspectos: a) asumir explícitamente el tipo o modelos de estructura social global con referencia a los cuales se realiza el análisis y que funciona como “criterio” de funcionalidad; b) especificar si el juicio recae sobre la estructura global o sobre una parte; tener en cuenta posibilidad de efectos simultáneamente opuestos (funcionales, disfuncionales, no funcionales o indiferentes), en distintas partes, tener en cuenta la distinción entre el punto de vista del observador (científico- objetivo) y el punto de vista de los participantes de la estructura (subjetivo); dentro de este último hay que distinguir entre juicios institucionalizados (colectivos y oficiales de la estructura) y juicios internalizados (en la experiencia individual).

A partir de estas distinciones Germani aclara las relaciones entre conceptos fundamentales: funcionalidad, integración y conflicto. La integración se produce cuando las partes

(estructuras parciales) se hallan perfectamente ajustadas en términos de los juicios subjetivos, esto es, desde el punto de vista de los integrantes de la estructura. Aquí podemos distinguir entre “integración normativa” como el ajuste entre normas, status, roles tomados en sí e “integración psicosocial” como el ajuste entre estas normas y la experiencia individual. Y ambas pueden referirse a la estructura global o a cualquier subestructura o parte. De aquí se desprende una importante conclusión: el “juicio de funcionalidad” (objetivo, externo, del observador) es independiente del “juicio de integración” (subjetivo, de la estructura). Así:

“Una determinada estructura parcial puede ser considerada disfuncional por un observador, en base a la adopción de un determinado criterio de funcionalidad; sin embargo, al mismo tiempo puede existir una perfecta integración de ajuste (tanto normativa como psicosocial) con respecto a la estructura considerada” (1962b: 41s).

Esta distinción, señala Germani, es un elemento fundamental para limitar o vigilar las connotaciones valorativas tan claramente implicadas en los análisis del desarrollo. Estas aclaraciones revelan hasta qué punto no se puede reprochar a Germani ni a la sociología científica por él promovida un descuido, ingenuidad o desconocimiento de las implicaciones ideológicas de su propuesta de análisis. En todo caso se puede discutir el “modelo” y los “valores” ideológicamente asumidos para realizar los “juicios de funcionalidad”. Pero estos “valores” y opciones ideológicas no están necesariamente implicados, para el autor, en el enfoque funcionalista por sí mismo.

Por otra parte, Germani incorpora el problema del conflicto social, a su juicio, enteramente complementario en el análisis de la estructura. Aquí, Germani refiere abiertamente a las críticas realizadas al funcionalismo y su excesivo énfasis en la integración social. Incluye entonces referencias a los trabajos de Dahrendorf y Lewis Coser, quienes a principios de los 60 desarrollan una visión alternativa al funcionalismo mediante una prioridad otorgada al conflicto social.

Para Germani, el conflicto puede expresarse de dos formas: a) como parte del funcionamiento normal de la sociedad, entonces hablamos de conflicto institucionalizado o conflicto dentro del orden. De alguna manera es el tipo de conflicto considerado desde el estructural-funcionalismo; b) como síntoma de un proceso de cambio (causa, consecuencia o ambos). En este caso el conflicto expresa un “desajuste” que puede darse de tres formas:

entre las normas mismas (algunas pueden variar en velocidad y dirección respecto a otras); entre normas y circunstancias reales; entre grupos (que se hallan desigualmente afectados por el cambio, o que ya no encuentran aplicable sus expectativas y sus roles institucionalizados). Este caso de conflicto no institucionalizado presupone, por definición, desintegración.

Se podría cuestionar a esta visión ¿cómo saber si se está ante uno u otro tipo de conflicto? ¿es posible que un conflicto del primer tipo anticipe o se transforme en uno del segundo? De todas formas, más allá de todos los cuestionamientos pertinentes que se puedan realizar, nos interesa resaltar el desborde de la estricta problemática del orden, su mantenimiento y el conflicto institucionalizado al estilo del estructural-funcionalismo norteamericano. Germani es particularmente sensible a esta crítica y en un texto posterior señala:

“como la idea de ‘institucionalización del cambio’ a menudo se considera sinónimo del ‘cambio sin conflictos’, deben agregarse dos calificaciones esenciales: (...) aun en las sociedades más avanzadas, aunque el cambio se institucionaliza en términos del *sistema de valores manifiestos de la sociedad* (o sea, el cambio se legitima), subsisten ciertas limitaciones. Todas las naciones modernas actuales incluyen por lo menos un conjunto de instituciones, o sector de la estructura social, en el cual es muy probable que el cambio sea altamente antagónico, en algunos casos hasta el punto de causar importantes rupturas en el orden social y un elevado grado de desintegración. Aunque algunas de las zonas antagónicas son privativas de determinados tipos de estructuras industriales modernas, e incluso de determinados ámbitos culturales nacionales, es posible que la estructura básica (universal) del orden industrial moderno *per se* incluya tensiones estructurales intrínsecas e inevitables, las que en determinadas circunstancias pueden tener un altísimo potencial de conflicto” (1969: 22).

De la misma manera que en el caso de la integración, el “juicio de funcionalidad” es independiente del grado de conflicto existente en una sociedad; institucionalizado o no:

“Así, un conflicto ‘institucionalizado’ podrá ser necesario (funcional) para el mantenimiento de una determinada estructura, mientras que su ausencia podría ser disfuncional para ese mismo propósito. Puede observarse aquí que en el primer caso podrá

haber ‘integración’ y conflicto, y en el segundo, ‘desintegración y ausencia del mismo’” (1962b: 44).

Del cruce de todas estas variables emergen una amplia variedad de situaciones. Germani llama la atención de dos en particular: a) la funcionalidad de la desintegración y el conflicto. Es el caso típico de las sociedades en transición; b) la disfuncionalidad de la excesiva integración (por ejemplo, la persistencia de la estructura tradicional). Como lo demuestran los teóricos que estudian los aspectos sociales del desarrollo.

Lo importante es que siempre la funcionalidad o no de la integración y el conflicto depende de un criterio externo sobre el tipo o modelo de sociedad hacia donde se dirige el cambio adoptado por el investigador. Estas notas, sostiene Germani, son importantes a la hora de pensar el “cambio inducido” o “desarrollo bien equilibrado”.

Ahora bien, en su esquema analítico Germani persiste en su idea de la transición y en el esquema dicotómico: sociedad tradicional-sociedad moderna. Veamos la siguiente cita:

“Nuestra época es esencialmente una época de transición. Si por un lado, el cambio es un aspecto normal de la sociedad en todo momento, de manera que, en cierto sentido, siempre hubo transición, por el otro solamente el mundo moderno está asistiendo a la emergencia de un tipo de sociedad radicalmente distinto de todos aquellos que lo precedieron, de todas las formas históricas anteriores, y a un ritmo de transformación cuya rapidez ya no se mide –como en el pasado– por siglos, sino por años, y es tal que los hombres deben vivirlo dramáticamente y ajustarse a él como a un proceso habitual” (1962b: 69).

En este sentido, la problemática del desarrollo que viene siendo elaborada desde fines de los 40, queda incluida para Germani, dentro del fenómeno global de la transición:

“Así, aquello que suele llamarse en términos generales ‘desarrollo económico’ no es otra cosa que este mismo cambio, visto desde la perspectiva del economista. El problema del cambio técnico y sus repercusiones es otro aspecto del mismo proceso; ya en otro orden de ideas el tema del progreso moral versus progreso material, la abundante literatura sobre la crisis, son otras tantas facetas de una misma inquietud” (1962b: 70).

Tal como aparece en sus primeros escritos, el proceso general de transición de la sociedad tradicional a la moderna es descrito por Germani como un proceso de *secularización*, sólo que ahora Germani presenta un esquema más formalizado. La transición implica entonces cambios en tres principios básicos de la estructura social: a) el tipo de acción social, b) la actitud frente al cambio y c) la tendencia a la diferenciación.

a) Se modifica el tipo de acción social. Del predominio de las acciones prescriptivas se pasa a un énfasis (relativo) sobre las acciones electivas (preferentemente de tipo “racional”). En este punto Germani enfatiza su distancia de la oposición weberiana entre acción tradicional y acción racional. Propone, en cambio, la distinción entre acción prescriptiva y electiva. A Germani (en la línea de Durkheim y Parson) le interesa remarcar la existencia de un marco normativo también en el caso de las sociedades modernas, sólo que en este caso la prescripción se orienta a elegir. La acción de tipo electivo no está menos regulada que la acción tradicional pero lo que difiere es la forma de la regulación: “en un caso lo que se prescribe *es un determinado comportamiento*, en el otro es *una forma de elegirlo*”. Interpretan este énfasis en la acción electiva tiene que ver con la búsqueda de una vinculación entre modernidad y ejercicio pleno de la libertad (Domingues y Maneiro, 2004).

b) Se modifica la actitud frente al cambio. De la institucionalización de lo tradicional, entendido como la repetición de pautas preestablecidas, se pasa a la institucionalización del cambio. El cambio se torna un fenómeno normal, previsto e instituido por las normas mismas. Se fijan las reglas del cambio, es decir, las maneras como se ha de cambiar lo existente. El ejemplo que se pone aquí es la ciencia, cuyas afirmaciones son siempre provisionales, pueden ser sustituidas, pero siempre de acuerdo con los cánones metodológicos establecidos que constituyen el marco normativo del cambio mismo.

c) Aumenta el grado de diferenciación y especialización de las instituciones. Se pasa de una estructura relativamente poco diferenciada (debido a que toda sociedad implica algún grado de diferenciación) a una especialización creciente de funciones que generan estructuras específicas limitadas a tareas claramente fijadas. Junto con esta diferenciación y especialización de instituciones y estructuras Germani señala una correspondiente especialización y diferenciación de esferas normativas que tiende a originar una pluralidad de sistemas valorativos, de manera que “cada esfera institucional tiene a adquirir una relativa autonomía valorativa”. Y agrega:

“Debe advertirse que ésta en nada afecta la hipótesis de la interdependencia de todas las partes de la estructura social, ni la de su interrelación, incluso la de un variable grado de integración alrededor de valores centrales comunes. Es obvio, sin embargo, que con respecto a este último tipo de integración, las sociedades presentan un grado mucho menor de ‘congruencia valorativa’, aunque este rasgo no cierra el camino a la posibilidad de la existencia de cierto valores comunes subyacentes” (1962b: 75).

Aparece aquí un punto fundamental. Según el autor, en las sociedades modernas se presupone pluralidad de sistemas valorativos, esto es, las esferas especializadas tienden a adquirir una relativa autonomía valorativa; también menciona Germani que la economía, como esfera especializada, asume una particular importancia, aunque no se desarrolla en qué radica. Ante esta situación podemos preguntar ¿en qué medida estos aspectos pueden generar conflictos y eventualmente pensar en una crisis constitutiva y no sólo transicional de la sociedad moderna? Así, por ejemplo, los valores de la esfera económica autonomizada pueden “penetrar” en o “colonizar” (en el sentido de Habermas) las otras esferas, en virtud de su “particular importancia”. En ese sentido se debilita la autonomía del resto de las esferas. Por otra parte, los valores de la esfera económica pueden asumir una relación conflictiva con los valores centrales comunes de la estructura: a) porque “colonizan” a estos últimos, es decir, logran imprimirle su sesgo a la sociedad global; b) porque entran en contradicción con ellos generando conflictos. Y esto como efecto constitutivo y no como simple desfase.

De alguna manera, Germani advierte estos problemas y los plasma al desarrollar las implicaciones de los tres cambios mencionados en el tipo de relaciones sociales y el tipo de personalidad. La sociedad industrial acentúa las relaciones de tipo impersonal, orientadas por el principio de eficiencia, donde lo importante es la tarea, no la persona. Aún así, es necesario mantener los vínculos primarios sin los cuales la personalidad humana no se desarrollaría. Germani retoma de Cooley la distinción entre grupos primarios y secundarios, y plantea que existiría una doble y, en parte, opuesta exigencia -por un lado la necesidad de expandir la racionalización de las relaciones sociales, por otro la de mantener vínculos primarios como fuente de constitución de la personalidad e integración social- que es una fuente de tensiones y conflictos. Esta necesidad de vínculos primarios pone un límite infranqueable a la instrumentalización de las relaciones sociales.

Para caracterizar las relaciones sociales, Germani retoma los patrones variables de Parsons: afectividad-neutralidad afectiva; particularismo–universalismo; difusión-especificidad; adscripción-desempeño²⁴⁴. La familia constituye un ejemplo de una subestructura o parte que, para desempeñar su función, debe recurrir a un tipo de acción social de tipo más tradicional (afectiva, difusa, particularista, adscrita, interés colectivo), incluso dentro de una estructura moderna. Germani acepta que los conceptos de Parsons pueden ser utilizados para una clasificación de las estructuras sociales. No obstante, advierte que la tipología dicotómica (sociedad tradicional-sociedad moderna) implica una extrema generalidad y abstracción del modelo, por tanto, la necesidad de elaborar taxonomías más detalladas y ajustadas a los distintos tipos empíricos existentes. Así, por ejemplo, Germani sostiene que a excepción de las formas “adscriptiva-particularista” y “desempeño-universalista”, las demás no parecen convincentes en cuanto a su aplicabilidad a otras formas históricas de sociedades industriales (1962b: 79). Es necesario, por tanto, contar con *principia media* que aseguren la aplicabilidad de modelos abstractos a las cambiantes situaciones históricas.

Asimismo, para Germani los dos tipos deben considerarse “los extremos de un continuo pluridimensional, en tanto las formas de transición pueden ser múltiples, como la experiencia histórica lo demuestra”. Dentro de cada tipo en general se incluyen formas muy diferentes. Por ejemplo, dentro de la sociedad tradicional se engloba la sociedad “folk” y las sociedades históricas pre-industriales, más complejas, a pesar de las profundas diferencias entre ellas. Además, las “etapas”, esto es, la secuencia de los cambios puede ser muy diferente a la del modelo empírico de los países occidentales a los que, por lo general, se toma como parámetro de comparación. Todas estas variables, según Germani, generan una “variedad de ‘camino’ que puede negar o reducir en gran medida la validez de cualquier esquema general o universal de sucesión de etapas determinadas” (1969: 27).

En suma, con todas estas advertencias, podríamos preguntar ¿para qué sirve el modelo dicotómico? ¿cuál es la utilidad real de esta tipología? Parece servir sólo a los fines de unificación teórica y lingüística de la disciplina, pero ¿qué dice realmente del proceso histórico real de las sociedades?

²⁴⁴Germani descarta la dicotomía “orientación hacia intereses privados”-“orientación hacia intereses colectivos”, aunque no da mayores explicaciones.

Hasta aquí, el modelo abstracto y general para comprender el cambio y la transición. Como vemos, se trata de un modelo que, al tiempo que se conforma con el lenguaje del estructural-funcionalismo, lo desborda en numerosos aspectos: en lugar de la preocupación por el orden y el equilibrio, el esquema está planteado para explicar el cambio social; la noción de estructura se amplía e incluye una multiplicidad de dimensiones, en un nivel macrosociológico y de mayor historicidad; se introduce el problema de los valores y la ideología en la necesidad de explicitar los criterios para formular juicios de funcionalidad; se incluye, junto con el problema de la integración, el del conflicto.

Podríamos preguntar, si son tantas las reservas, ampliaciones y desbordes respecto del funcionalismo, ¿por qué utilizar este modelo? Solari, Franco y Jutkowitz brindan una respuesta relativamente sencilla: “en las décadas del 40 y el 50 no había ninguna orientación, fuera verdaderamente una teoría o sólo un método como quiere Florestan Fernandes, que pudiera proporcionar tantos auxilios teóricos y metodológicos como el funcionalismo, y ello explica su uso en todas partes del mundo” (Solari, Franco y Jutkowitz: 1981: 76). Es entonces la posibilidad de operacionalizar conceptos y relaciones para la investigación empírica lo que atraería la atención de los “sociólogos científicos” sobre esta corriente.

Ahora bien, partir de este esquema se abren para Germani una serie de interrogantes y alternativas sobre numerosos aspectos que son objeto de controversia ideológica y que, por lo tanto, son difíciles de saldar de manera neutral y científica. Germani plantea: ¿cuáles son las condiciones mínimas de funcionamiento de una estructura industrial? Y nuevamente advierte: en la medida en que el paradigma de Inglaterra ya no es el único, hay varios modelos de sociedad industrial y varios tipos de transición. Las tipologías construidas hasta el momento están teñidas sin duda por la experiencia occidental. Otra pregunta que surge es ¿hasta qué punto debe proseguir el proceso de secularización y cuáles son las consecuencias necesarias y cuáles las accidentales de dicho proceso? ¿Es posible limitar la secularización a cierto nivel y restringirla a determinados sectores, o, por el contrario, se trata de un proceso dotado de autonomía interna que, una vez comenzado, tiende a alcanzar el máximo de intensidad y de extensión y no pueda ser frenado? En relación con estos interrogantes, Germani reconoce abiertamente:

“La dificultad de colocar la discusión sobre un plano puramente científico, libre en máximo grado de connotaciones valorativas e ideológicas es aquí evidente y no requiere de

especiales comentarios. Como es sabido incluso las formulaciones en términos de funcionalidad pueden encubrir a menudo posiciones ideológicas” (1962b: 80).

Germani intenta, entonces, esbozar una respuesta a estos interrogantes tomando en cuenta las dificultades para distinguir entre condiciones o requerimientos del desarrollo, es decir, requisitos mínimos necesarios, y consecuencias o implicaciones no necesarias del desarrollo. Aunque Germani desarrolla varios aspectos (organización familiar, educación, religión, etc) nos concentraremos, a modo de ilustración, en los que consideramos fundamentales: económico, social y político.

Una de las condiciones fundamentales para la existencia de una sociedad industrial es el máximo de secularización en tres aspectos: la ciencia, la técnica y la economía. En estas áreas tiene que predominar como rasgo esencial el de la racionalidad instrumental con todas sus consecuencias, sin límites ni interferencias de otros ámbitos de la sociedad. Llamativamente, este parece ser el único ámbito en el que un máximo de secularización es un requisito indispensable para el desarrollo.

Otro requisito para el desarrollo es un sistema de estratificación o una estructura de clases relativamente abierta. Por una parte, la división del trabajo debe quedar sometida al principio de eficiencia; por otra, debe haber suficiente movilidad social y ecológica como para que la asignación de tareas se realice conforme a un principio de eficiencia y adquisición, no de adscripción. En el máximo de secularización posible esto implica una “estricta igualdad de oportunidades y accesibilidad a todas las posiciones según el principio de eficiencia” (1962b: 84).

Esta apertura, sostiene Germani, se ha hallado siempre en las sociedades históricas limitada por obstáculos, pero no especifica cuáles son. Asimismo, Germani deja abierto el problema de si estos obstáculos representan una característica universal de toda sociedad posible o si se trata de un rasgo universalmente observado hasta el presente pero con posibilidades de eliminarse en el futuro. En todo caso, afirma, “la existencia actual de dichos obstáculos indica también un límite al proceso de secularización en el sector de la estratificación social” (1962b: 85). En este sentido se pueden advertir tendencias contradictorias. Por un lado es cierto es que todas las sociedades se preocupan por construir mecanismos que corrijan estos obstáculos. En especial, para tareas científicas y técnicas, se ha ampliado la

educación a todos los niveles. Por otro, también es cierto que se mantiene cierta inaccesibilidad en los niveles superiores de la elite de poder.

Pero también el tipo de estratificación social es una de las mayores consecuencias o implicaciones del desarrollo. Una de éstas es la tendencia de los estratos inferiores a llevar a sus últimas consecuencias los principios igualitarios implícitos en las sociedades industriales. Esto origina movimientos de protesta característicos de los procesos de industrialización masiva y se convierte en un poderoso factor de cambio de la estructura social, que de una u otra manera termina otorgando mayor participación a los sectores excluidos, aunque no significa mayor poder en la cumbre.

En países de desarrollo tardío lo que se produce es una combinación entre tendencias igualitarias de los sectores populares con actitudes a menudo rezagadas de las clases dirigentes. Esto, sumado a la presencia de ideologías contrastantes de desarrollo (“libre empresa”, “planificación”, “socialismo”), genera fuertes tensiones que ponen en discusión las bases mismas de integración de las sociedades.

En términos de la organización política, Germani toma las aportaciones de Weber sobre la exigencia de una organización racional del Estado. Esta organización, sin embargo, puede adquirir distintas variantes. Mientras que en los países más adelantados la organización administrativa y política tendió a racionalizarse junto con las formas de autoridad, las cuales asumieron formas liberales; algunas tendencias contemporáneas de esos países y de los de más reciente desarrollo señalan que mientras la organización del Estado adquiere una forma racional, el tipo de autoridad parece adquirir formas abiertamente no racionales. Este fenómeno puede deberse: a) necesidades de integración en un proceso muy rápido de secularización; b) formas de concentración y centralización del poder vinculadas a formas avanzadas del desarrollo técnico-económico. Con todo, Germani señala que es todavía materia de debate qué condiciones determinan la aparición de una u otra forma; la estabilidad de cada una; el costo comparativo de diferentes formas de desarrollo y sus consecuencias sobre otros aspectos de la sociedad (1962b: 83).

Otro elemento de la organización política es la participación más alta de los sectores populares en la dirección del Estado. Es difícil distinguir, dice Germani, si esta es una condición necesaria del desarrollo o una implicación del mismo. Sin duda es un efecto del

cambio en la estructura social, esto es de la mayor movilidad, pero también de la ruptura con la comunidad local y la integración a la comunidad nacional.

Así, Germani, por un lado, identifica la sociedad moderna con un proceso de participación social y política creciente. Pero esta participación puede admitir formas variadas de integración: democráticas o autoritarias. Una gran cantidad de tensiones y conflictos acechan el proceso de secularización y existen dificultades para afirmar si estas son inherentes e ineludibles o se podrán eliminar en el futuro. Por tanto, subsiste el problema de la insuficiencia de herramientas teóricas y metodológicas como para deslindar de manera científica qué tanto se puede mantener la integración funcional de la sociedad industrial o hasta qué punto está amenazada por movimientos disruptivos del orden.

Otra serie de problemas surgen del fenómeno de la asincronía propio del proceso de transición. A Germani le interesa recalcar el carácter generalizado del fenómeno, que alcanza tanto a las dimensiones como a las múltiples partes aislables. Así, por ejemplo, el fenómeno del “subdesarrollo” es entendido por Germani, como un caso de asincronía en el plano geográfico. Al respecto reitera:

“no necesariamente los distintos países que sucesivamente inician el proceso van a repetir las mismas fases o etapas por las que pasaron las regiones que los precedieron en el tiempo. Esto significa que el *estado actual* de desarrollo económico de los países que se encuentran en etapas más avanzadas influye (o puede influir) con diferente extensión e intensidad en el proceso que tiene lugar en los países menos desarrollados” (1962b: 99).

Esta asincronía en el plano geográfico plantea dos problemas: por un lado, la necesidad del desarrollo como proceso universal, como un supuesto no cuestionado; por otro la “transferibilidad” de los diversos rasgos del desarrollo.

Otro aspecto problemático de la asincronía es que cuando se habla de ella o más específicamente de “retraso”, no se está pensando necesariamente en la ausencia de cambio en algún sector sino que, aunque se produzca una modificación, ésta no se orienta en la dirección adecuada según el modelo “moderno”. Por ejemplo, ante un cambio de actitud de los jóvenes respecto a los padres, habrá cierta reacción, pero esta puede verificarse en un sentido diferente del prescripto por el nuevo modelo: se puede intentar por la fuerza reforzar las prescripciones del marco normativo existente. De allí que la coexistencia de

estructuras parciales pueda generar una gama muy variada de reacciones en la interacción de los distintos sectores.

Germani desarrolla dos fenómenos importantes, propios de la asincronía, y que sirven para el análisis de los países subdesarrollados: el “efecto de demostración” y el “efecto de fusión”. Inicialmente pensado para el campo de los consumos individuales, el efecto de demostración es trasladado por Nurske al de las relaciones económicas internacionales. El conocimiento de los países menos desarrollados del nivel de vida de los más desarrollados genera expectativas que determinan el comportamiento económico de los primeros, más allá de su propensión objetiva al consumo y al ahorro. Este efecto se puede aplicar a todos los aspectos de la estructura social, no sólo al consumo. E incluso a relaciones entre países con modelos de desarrollo supuestamente antagónicos (los rusos quieren “alcanzar y superar” a EEUU). El problema más grave que surge es el carácter psicológico e ideológico del efecto. Lo que lleva al problema de la prioridad de las ideas o lo inmaterial sobre lo material y viceversa. Por su parte, el efecto de fusión se produce a partir del encuentro de ideas, motivaciones, actitudes entre países desarrollados y “atrasados” y funciona de la siguiente manera: ideologías y actitudes de un proceso más avanzado de desarrollo al llegar a zonas y a grupos todavía caracterizados por rasgos tradicionales son interpretados en función de reforzar los rasgos tradicionales y no de modificarlos, pero en nombre de propósitos e ideales avanzados. Por ejemplo, la fusión entre actitudes señoriales, propias de la sociedad tradicional, y el énfasis en el consumo, producto de un estadio más avanzado.

Una forma particular de efecto de fusión, especialmente conflictiva, es el “tradicionalismo ideológico”. Se trata del mantenimiento de actitudes e ideas tradicionales pero en un marco normativo no prescriptivo sino electivo. De allí que se considere ideológico, para distinguirlo de los comportamientos tradicionales propios de una estructura prescriptiva. De esta manera se pueden adoptar creencias y comportamientos tradicionales (contenidos) en virtud de una elección en una situación de controversia ideológica (forma). En las sociedades en vías de desarrollo, donde se producen rápidos cambios y en una etapa de “democratización fundamental”, la *elite* de la estructura tradicional adopta el tradicionalismo ideológico y busca restringir la necesidad de la secularización sólo al ámbito técnico-económico por miedo a las consecuencias que afecten su calidad de grupos privilegiados. Son formas deliberadas de comportamiento tradicional, expresadas, por ejemplo, como nacionalismo conservador o antisemitismo. El empleo ideológico de la

tradicción puede usarse como instrumento para manipular a las masas populares que recién se incorporan a la vida industrial y que son portadoras todavía de actitudes tradicionales.

Nuevamente aparece el problema de es si es posible circunscribir a la esfera técnico-económica el funcionamiento del marco normativo de tipo electivo, dejando afuera todas las demás estructuras. Germani observa que si, por un lado, pueden observarse límites a la extensión, por otro, difícilmente puede ser detenido de manera definitiva.

Un mismo problema, derivado de la necesidad de establecer el “modelo” sucede cuando se aborda el problema de los obstáculos y resistencias al desarrollo. Germani, sostiene que cuando se habla de “resistencias al desarrollo” se alude a una posición valorativa, esto es, “se toma al desarrollo como necesario o deseable y se perciben ciertos hechos como obstáculos o resistencias a que esa meta positivamente valorada se cumpla” (1962b: 109). Estos obstáculos y resistencias serán diferentes según el carácter que se atribuye a la meta, por eso es necesario aclarar cuál es esta meta, qué tipo de desarrollo o modelo se ha elegido. De todas formas Germani cree posible:

“formular algunas proposiciones lo bastante generales y formales que permitan señalar las principales fuentes de resistencias (activas) y obstáculos (pasivos) al desarrollo, sin definir claramente la meta” (109).

Así, distingue entre resistencias provenientes de las estructuras previas, originadas por el periodo de transición y resistencias intrínsecas a la dinámica de la sociedad industrial. En este caso, Germani considera las “contradicciones funcionales” derivadas de la existencia de tendencias contradictorias: por un lado el empuje a la secularización, por otro los límites funcionales opuestos por: necesidad de integración normativa; necesidad de mantener relaciones primarias; contradicciones en el sistema de estratificación, etc. Estas constituyen fuentes permanentes de tensión y cambio. Finalmente, distingue entre resistencias parciales y resistencias totales al desarrollo.

La dinámica entre movilización e integración

Ahora bien, de esta multiplicidad de dimensiones que considera su esquema, los análisis más específicos realizados por Germani sobre la transición, tienden a concentrarse fundamentalmente en el aspecto político-social de la misma. Al respecto, Irving Horowitz ha señalado que para Germani la modernización “fue un problema de sistemas políticos, no de atraso económico (en Jorrat y Sautu, 1992: 44).

En estos análisis se incorporan dos conceptos fundamentales que, aunque supuestos en el cuadro general, no son abordados de manera particular: “movilización” e “integración”. Germani define la movilización como:

“el proceso psicosociológico a través del cual, grupos sumergidos en la ‘pasividad’ correspondiente al patrón normativo tradicional (predominio de la *acción prescriptiva* a través del cumplimiento de normas internalizadas), adquieren cierta capacidad de comportamiento *deliberativo*, alcanzan niveles de aspiración distintos de los fijados en el patrón preexistente, y consiguientemente, en el campo político llegan a ejercer actividad. Ésta obviamente produce participación, intervención de la vida nacional; pero tal intervención puede darse de muy diferentes maneras” (1962b: 151).

Complementariamente, la integración es definida como:

“una forma particular de intervención de los grupos movilizados: a) por un lado se lleva a cabo dentro de canales institucionalizados *en virtud del régimen político imperante* (y tal intervención posee por lo menos un cierto grado de efectividad, además de un reconocimiento formal; b) por el otro es percibida y experimentada como ‘legítima’ por los grupos movilizados, debiéndose agregar que en ese sentimiento de ‘legitimidad’ está englobado, de manera explícita o implícita, conciente o inconsciente, el cuadro institucional global, es decir, el régimen político, por un lado, y por otro, por lo menos ciertos valores básicos que aseguran un mínimo de integración de la estructura social” (1962b: 151).

Para Germani en la transición histórica de la sociedad tradicional a la sociedad moderna se produce una dinámica de movilización e integración en la que grupos cada vez más amplios son incorporados legítimamente al orden social y político. Esta dinámica está

asociada estrechamente al proceso que Mannheim describe como “democratización fundamental”, esto es, en la medida en que se produce una correspondencia entre procesos de movilización e integración, se dan las condiciones para el funcionamiento de democracias representativas.

A partir de estos conceptos, Germani elabora un primer esbozo de periodización de la historia latinoamericana en seis etapas: “1. Guerras de liberación y proclamación formal de la independencia; 2. Guerras civiles, caudillismo, anarquía; 3. Autocracias unificadoras; 4. Democracias representativas con participación limitada u oligarquía; 5. Democracia participativa con participación ampliada; 6. Democracia participativa con participación total; y, como una posible alternativa a las aludidas formas de democracia: ‘revoluciones nacional-populares’”²⁴⁵ (1962b: 147).

Se trata, como vemos, de un esquema similar al que llevó a una sucesiva ampliación de la base política de las democracias occidentales a través de la progresiva integración de los estratos populares y la consecuente extensión de derechos civiles, políticos y sociales, según el modelo de Marshall.

En este proceso Germani enfatiza las profundas diferencias que existen entre los países de “desarrollo original” y los países de “desarrollo tardío”, en particular, de América Latina, centradas en tres aspectos: a) las múltiples diferencias en la estructura: a pesar de los avances de la integración de una parte de la población, subsiste en nuestros países de una proporción muy elevada de población al margen de la comunidad nacional vinculada a una estructura arcaica (el problema del dualismo estructural); b) la diferente secuencia de cambios y sobre todo de velocidad de los mismos: a diferencia del tránsito lento y gradual que caracterizó el proceso en los países avanzados, en nuestros países el cambio se produce de manera vertiginosa de la pasividad tradicional a la movilización total; c) el diferente contexto histórico global en que se da el proceso: aunque en este punto Germani señala varios factores -el proceso de concentración tecno-económico; el surgimiento del *welfare state*; la emergencia de modelos alternativos, socialistas y comunistas, de desarrollo-, le da

²⁴⁵ Sin rechazar este esquema, en *Sociología de la modernización* (1969) Germani reformula estas etapas en función de la consideración de los factores exógenos. Distingue cuatro etapas: la sociedad tradicional, los comienzos del derrumbe de la sociedad tradicional; la sociedad dual y la “expansión hacia fuera” y, la última, la era de la movilización social de masas. Como hemos señalado, este texto se encuentra ya sobre el influjo de las críticas a la teoría de la modernización norteamericana y los comienzos de la teoría de la dependencia. De allí que la problemática de los factores externos adquiera más relevancia.

particular importancia al cambio de “clima ideológico” desde la primera guerra mundial en relación con el prevaleciente durante el siglo XIX. Por un lado, está la generalizada “crisis de la democracia” y el surgimiento de ideologías que combinan tendencias opuestas: autoritarismo de izquierda, nacionalismo de izquierda, ideologías de derecha con contenidos socialistas. Por otro, está la desconfianza propia de los países subdesarrollados respecto de las democracias hegemónicas occidentales, sobre todo Estados Unidos, cuya dominación es experimentada como factor de mantenimiento de formas tradicionales de poder (1962b: 156).

Este distinto “clima ideológico” impacta de manera fundamental, según Germani, en los países en los cuales la movilización de los sectores populares ocurre después de la crisis de la democracia y, “sobre todo, estando esos países menos desarrollados *dentro de* una situación de dependencia económica, social o política, precisamente con respecto a los países de régimen democrático o representativo” (1962b: 157). En estos casos, las formas diversas que ha asumido la secuencia movilización-integración son subsumidas por Germani bajo la denominación de “movimientos nacional-populares”, caracterizados por aquella combinación de contenidos ideológicos pertenecientes a tradiciones políticas opuestas que mencionamos más arriba (diversas combinaciones de autoritarismo, nacionalismo y socialismo):

“En estos movimientos, y en los regímenes que de ellos resultan, reside, en efecto, la divergencia más significativa entre el proceso de ensanchamiento progresivo de la participación política, tal como ocurrió con el ‘modelo’ occidental y tal como está produciéndose en nuestros días en los países actualmente en vías de desarrollo o por lo menos en la fase de desintegración de la estructura tradicional” (1962b: 157).

Para Germani, los movimientos nacional-populares expresan el grado en que la movilización de los sectores populares rebasa o amenaza rebasar los canales de expresión y participación que ofrece la estructura social para integrar a los nuevos sectores. De allí la emergencia de formas “inmediatas” y espontáneas, más o menos, manipuladoras de vinculación de las elites con las masas. Es importante advertir que Germani, a diferencia de Fernandes -que realiza sus análisis desde una perspectiva de clases sociales- utiliza aquí el esquema de “elite” – “masas” proveniente sobre todo de la tradición de Pareto. Este lenguaje coloca su reflexión, como dijimos, en una esfera más política que social. Al respecto sostiene Horowitz: “su definición de clase tiende a derivar de Wilfredo Pareto y

Gaetano Mosca y está ligada no tanto a una clase económica o la lucha social como a las clases políticas y las luchas de los partidos, facciones o fuerzas que intentan controlar la arena política” (en Jorrat y Sautu, 1992: 42).

Desde nuestro punto de vista, este esquema de los ciclos de movilización e integración y el surgimiento de movimientos nacional-populares, le permite a Germani:

- a) Explicar las diferencias entre países de desarrollo originario y tardío a partir de un análisis más historizado que supera el esquematismo del modelo estructural-funcionalista.
- b) Enlazar el problema del desarrollo y la modernización con su preocupación permanente por las formas de autoritarismo político que aparecen en las sociedades modernas.
- c) Romper la visión teleológica del progreso inevitable en el proceso de modernización. Al menos en el sentido político, a una alta racionalización de la técnica, la ciencia y la tecnología pueden corresponderle formas políticas de integración no racionales. De esta manera, la etapa final no puede ser prevista de antemano, el resultado de la transición diferente.

Ahora bien, aunque Germani generaliza este modelo de análisis para todos los países latinoamericanos, es específicamente en su análisis del peronismo donde manifiesta por primera vez su potencial explicativo en un caso histórico concreto. Como hemos señalado, en su célebre escrito “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo”, Germani formula la primera interpretación académica del fenómeno peronista y, a través de él, de toda la sociedad argentina, con pretensiones de científicidad. A pesar de que en privado no deja nunca de emparentar al peronismo con el fascismo y, por tanto, de sentir aversión hacia él (Germani, 2004), Germani propone hacia 1956 un análisis sociológico mucho más matizado y depurado del fenómeno en el que se ponen en juego tanto la oposición autoritarismo-libertad proveniente de su matriz ideológica socialista liberal como los elementos analíticos de su sociología científica.

Bajo estas premisas, Germani desarrolla la tesis del peronismo como un movimiento nacional-popular producto de una estructura social en rápida transición. A pesar de que en su ensayo busca establecer las diferencias de este movimiento con los regímenes totalitarios europeos, la propia perspectiva de la comparación (se refiere a éstos últimos

como los “congéneres” del peronismo y a éste como un fascismo basado en el proletariado) es indicativa de la prioridad que en la visión del autor tiene la naturaleza autoritaria del peronismo.

Un primer y fundamental punto de comparación es la base social de apoyo de ambos regímenes. Se trata de dos tipos de “masas”. El fascismo y el nazismo europeos se sustentan básicamente en la burguesía y la clase media inferior (pequeña burguesía, campesinos medios y pequeños, empleados, comerciantes) que siente amenazado su status con la crisis económica, y, en mucho menor medida, en los sectores populares. En el peronismo la base de apoyo se invierte: aquí son fundamentalmente los sectores obreros urbanos los que constituyen el principal sostén, mientras que la clase media se ubica en la oposición “democrática”. En el fascismo y el nazismo el hecho de que los obreros mantengan sus banderas de izquierda y busquen un desenlace revolucionario, coloca al totalitarismo como un régimen antiobrero. Esta particular composición social del peronismo y de su oposición se explica, según Germani, por el rápido proceso de industrialización y urbanización que coloca en “disponibilidad” política una clase popular de formación reciente, sin experiencia organizativa (sindical y partidaria) previa.

Esta diferente base de apoyo social se corresponde con formaciones ideológicas también diversas. Mientras en el caso del fascismo y el nazismo los conflictos de prestigio social de la clase media se proyectan a través de los mitos de superioridad racial y un nacionalismo exacerbado; en el peronismo el contenido se modifica y adecua también a su base: “Al lema fascista de ‘Orden, Disciplina, Jerarquía’, sustituye el de ‘Justicia Social’ y ‘Derechos de los Trabajadores’” (1962b: 243).

Ahora bien, Germani se pregunta ¿cuál es el significado que adquiere el apoyo de las masas populares a Perón? En contra de la imperante teoría del “plato de lentejas”, según la cual los obreros habrían vendido su libertad a cambio de prebendas materiales, Germani considera que Perón ha dado a los obreros mucho más que eso:

“El dictador hizo demagogia, es verdad. Mas la parte efectiva de esa demagogia no fueron las ventajas materiales, sin el haber dado al pueblo la experiencia (ficticia o real) de que había logrado ciertos derechos y que los estaba ejerciendo” (1962b: 244).

Par Germani, Perón otorga a las masas populares Argentinas la experiencia concreta de reconocimiento, de dignidad personal y de afirmación, esto es, la conciencia de su fuerza social. Tal como reconoce en otro momento:

“Participar de una huelga, elegir un representante sindical dentro del taller, discutir en pie de igualdad con el patrón, alterar el nivel de comportamiento individual y en sentido igualitario las relaciones ‘señor-siervo’ (todavía tan común en América Latina), he aquí las mil ocasiones de vivir un cambio efectivo” (1962b: 160).

Es cierto que cambio, éstos entregan su libertad y sus derechos políticos; pero se trata de una libertad que en realidad nunca conocieron porque desde siempre estuvieron excluidos del juego social y político. De allí que, a pesar de que el peronismo representa la experiencia, “trágica” de una integración de las masas por vía autoritaria, Germani rechaza la idea de que el apoyo de los trabajadores al Perón pueda interpretarse como fruto de una irracionalidad política. Por el contrario, en la línea de Mannheim, la racionalidad de la acción es medida aquí en términos de la relación entre situación objetiva y actitudes subjetivas.

En efecto, Germani señala que si se compara la actitud de las clases populares en Argentina con las clases medias en Europa se constata que éstas se comportan de una forma más irracional que las primeras. Mientras su situación objetiva, la repentina pauperización y proletarización, implica una “racional” alianza de intereses “reales” con las clases obreras, se aferran en cambio a su tradicional identificación con la mentalidad de la alta burguesía. El efecto se agrava más aún si se toma en cuenta las posibilidades de información y la preparación política más de las clases medias europeas. Por el contrario, las masas populares argentinas, de acuerdo a su situación objetiva (reciente industrialización, desorganización gremial, legislación social inexistente) necesitan adquirir conciencia de su poder, obtener el reconocimiento de sus derechos, así como lograr cambios estructurales para garantizarles una participación más plena en el desarrollo del país.

Para Germani, aunque el peronismo no satisface este último objetivo (incluso empeora la situación), sí lo hace con los dos primeros, esto es, con la conquista de una autoconciencia de su poder y su papel en la sociedad argentina. Aunque se podría objetar que el “camino racional” hubiese sido el logro de estos fines por vías democráticas, Germani sostiene que

en las condiciones del país tras la revolución de 1930 era imposible pensar en la realización de una vía democrática. En este sentido, las masas peronistas habrían actuado con una racionalidad más acorde con la experiencia real. De allí que el reto a enfrentar por parte de las elites dirigentes (piénsese en el gobierno de la Revolución Libertadora) fuera “lograr esa misma experiencia, *pero vinculándola de manera indisoluble a la teoría y a la práctica de la democracia y de la libertad*” (1962b: 252).

Capítulo IV

Conocimiento, racionalización y política

Una vez revisadas la trayectoria y la obra de los autores a partir de sus desarrollos específicos estamos en condiciones de realizar un contraste que nos permita, con un arsenal más complejo de elementos analíticos, identificar encuentros y desencuentros en la articulación entre sociología científica y proyecto de transformación social que proponen los autores. Si en los capítulos anteriores intentamos reconstruir la perspectiva singular de Fernandes y Germani dentro de sus propios contextos, en este momento ponemos nuestra “imaginación sociológica” al servicio de una lectura cruzada, dialógica, con miras a delinear un fenómeno que trasciende a los autores en particular ya que caracteriza todo un momento histórico-cultural de América Latina.

Una primera consideración se impone con respecto a la delimitación del periodo histórico considerado. Por lo general la institucionalización de la “sociología científica” en América Latina se ha asociado a las transformaciones de la segunda posguerra mundial. Esta visión, aunque no del todo inexacta, está tal vez demasiado teñida por la confluencia con ese momento de gran expansión de las ciencias sociales en el mundo bajo el liderazgo norteamericano. Aunque este es un factor fundamental para comprender el impulso experimentado por las ciencias sociales de la región durante los 50, es importante destacar que tanto en Brasil como en Argentina²⁴⁶ los comienzos de la institucionalización así como el movimiento de renovación de la disciplina tienen lugar desde una década previa en conexión con una coyuntura histórica diferente. Este desplazamiento es importante porque permite percibir con mayor agudeza las condiciones históricas y la matriz ideológico-intelectual bajo las cuales *se gesta* el proyecto intelectual y político de los autores, así como las condiciones bajo las cuales *madura* y *se quiebra*. En términos muy esquemáticos podríamos decir que se gesta en momentos de crisis y revisión radical de la Modernidad occidental; pero madura y se quiebra en momentos de regreso triunfante de sus certezas y de legitimación de nuevos poderes.

²⁴⁶ E incluso podríamos incluir a México a partir de la labor de Lucio Mendieta y Núñez en la UNAM y Medina Echavarría en el Colmex.

Tal como hemos mostrado en el capítulo I durante el periodo que va entre los 30 y los 60 del siglo XX se consuma una gran transformación en la inserción latinoamericana en el mundo moderno: la crisis económica y política mundial abre en América Latina una oportunidad para la reestructuración fundamental de las relaciones de poder (el fin de la oligarquía y la emergencia de nuevos sujetos sociales: trabajadores urbanos, burguesía industrial y expansión de las clases medias) y, por lo tanto, para la creación de nuevos proyectos socio-políticos. La sociología que aparece en ese contexto se coloca con una doble vocación: comprender esta transformación y contribuir a modelarla y orientarla, acompañando e incidiendo en la implementación de los nuevos proyectos. No obstante, este acompañamiento, que en el auge del desarrollismo genera un acentuado optimismo, pronto se revela mucho más frágil de lo que previeron y desearon sus mentores. Así, lo que comienza (hacia los años 40) como la esperanza de crear y recrear un nuevo orden (moderno) termina como el peligro de contribuir a perpetuar el orden establecido (a principios de los 60). Esta situación da pie a la aparición de numerosas críticas al proyecto sociológico encarnado por Fernandes y Germani, a la vez que los propios autores se ven obligados a emprender nuevos rumbos.

1. La nueva figura intelectual

Tal como planteamos en la introducción, el reto que enfrentaron los sociólogos que llevaron a cabo la institucionalización de la sociología científica fue el de articular una nueva figura intelectual con los proyectos de cambio que se estaban gestando desde los años 30 en las sociedades latinoamericanas. Para encarar este desafío, tanto Fernandes como Germani desplegaron una serie de estrategias intelectuales, discursivas e institucionales que permitieron delimitar y legitimar esta figura.

Con mayor o menor énfasis, ambos autores se interesaron por describir el desarrollo histórico de la sociología a fin de explicar y justificar su papel en el mundo moderno. Asimismo, los dos consideraron que vivían en una etapa específica de este mundo en la que la emergencia de las masas y la necesidad de planificación requerían de un tipo particular de científico social. En los dos autores, la definición de esta nueva figura, la del sociólogo profesional, se construyó a partir la confrontación con otras posiciones, encarnadas por diversos personajes del ámbito intelectual de las que tomaron mayor o menor distancia según el caso, pero ante las cuales la sociología científica se planteó como

una alternativa definida. Estas oposiciones estuvieron atravesadas, a su vez, por los conflictos sociales e ideológicos internacionales y locales. Podríamos decir que aunque las entidades a las que se opusieron son las mismas, en cada autor y contexto adquirieron matices distintos.

Ciencia vs. ensayo

La más importante y evidente diferenciación de la nueva disciplina se presenta frente a la tradición de ensayo social que, aunque de larga data en el continente, durante los 30 y 40 adquiere una especial notoriedad como expresión de corrientes nacionalistas. La principal oposición a esta tradición se plantea en términos metodológicos. Se reprocha su carácter poco riguroso, el abuso del intuicionismo e impresionismo, la propensión a las generalizaciones y la ausencia de procedimientos que aporten validez y, por tanto, fuerza y legitimidad a las interpretaciones. Las opiniones de Fernandes frente a Gilberto Freyre o Sergio Buarque de Holanda; así como las de Germani sobre Martínez Estrada ilustran claramente esta oposición. En algunos casos esta oposición se manifiesta en la formulación de diagnósticos enfrentados sobre la realidad nacional, como en el rechazo de Fernandes a la hipótesis de una “democracia racial” en el Brasil sostenida por Freyre. En otros, la consecuencia sobre el contenido de la interpretación es menos clara, como sucede con las notables similitudes en la interpretación del peronismo de Germani y Martínez Estrada, a pesar de sus diferencias formales.

Es interesante notar que al menos durante los años 40 y hasta mediados de los 50, cuando aparece muy claramente planteada la problemática del desarrollo, los temas que cultivan ensayistas y los emergentes científicos son fundamentalmente los mismos: básicamente el interés está centrado en caracterizar la nación, sobre todo en una perspectiva histórica. En el caso de Brasil predominan ampliamente los temas sobre la composición racial y la formación histórico-cultural. Los trabajos de Florestan Fernandes sobre los Tupinambá, el folklore y las relaciones raciales representan una clara continuidad temática con aquellos problemas. La diferencia fundamental se coloca en términos de la perspectiva sociológica que busca introducir en sus análisis, a través sobre todo de ciertas categorías y métodos (investigación documental y análisis funcional). Pero además, su especificidad radica, como ha apuntado Candido, en los “sujetos” de estudio. Operando lo que él mismo llamaba “una rotación de perspectiva”, se centra en los marginados y dominados de esta

historia; los que revelan el lado oscuro de una “conciencia nacional”, narrada hasta el momento desde el punto de vista de las elites.

En el caso de Argentina, también persisten en esos años los temas de historia política e intelectual nacional –en este sentido son representativas las áreas de investigación del Instituto de Sociología dirigido por Levene- y, desde el 45, se construye el propio peronismo como fenómeno de estudio. Germani, aunque abocado también a la interpretación de la Argentina, intenta desde el inicio una ruptura mayor: se centra en el análisis contemporáneo, en particular, de la estructura social, a partir de enfoques cuantitativos. También en el terreno de los “sujetos” de estudio, Germani introduce un tema relativamente novedoso: las clases medias y su papel ideológico-político en la transformación del país. En parte, por la experiencia del fascismo en la que aquellas jugaron un rol central, en parte, por las expectativas democratizadoras que sobre ellas comienza a montar la teoría social norteamericana.

En este sentido, creemos que a pesar de la defensa de una misma concepción de la sociología como ciencia y en la defensa común del método frente a la especulación del ensayismo, los autores revelan sus inclinaciones e intereses ideológicos diferenciados a través de la selección de los sujetos investigados y el tipo de análisis que aquella perspectiva sociológica puede proporcionar sobre ellos.

Hacia mediados y fines de los años 50, una vez conquistada y legitimada su posición en los espacios institucionales de la USP y la UBA Fernandes y Germani recurren a una operación intelectual similar en relación con el ensayo: en sus reconstrucciones históricas sobre el desarrollo de la disciplina en la región lo ubican como un momento pre-sociológico o pre-científico que habría de ser suplantado, a partir de una clara ruptura epistemológica, por un momento propiamente científico, encarnado más o menos por ellos mismos. Esta imagen escindida de ciencia y ensayo ha perdurado durante bastante tiempo en el imaginario de las ciencias sociales de la región y sólo en fechas recientes, a partir del debate de los Estudios Culturales, han comenzado a cuestionarse y debatirse en nuevos términos sus fronteras.

De todas formas, en los dos autores esta confrontación tiene matices distintos dependiendo de la propia dinámica del campo intelectual así como de las posiciones ideológicas sociales y políticas. En el caso de Fernandes parece menos marcada la ruptura con la generación

inmediatamente anterior, sobre todo con Freyre, Buarque de Holanda y Prado Jr., en parte porque éstos mismos ya han iniciado una transición hacia una reflexión más sistemática y rigurosa, a partir de influencias teóricas y metodológicas más modernas²⁴⁷; en parte porque las diferencias ideológicas parecen ser menores (en especial con Caio Prado y su común interés por el problema de las clases sociales). En efecto, estos intelectuales, aún con sus diferencias, están lejos del nacionalismo católico de derecha que se extiende por parte importante de la intelectualidad.

En el caso de Germani, se plantea, al menos en términos discursivos, una diferencia más radical, sobre todo por la vinculación de muchos de los ensayistas con el peronismo y, en mayor o menor medida, con el nacionalismo político y la derecha católica. Aún así, como hemos visto, esta barrera se relaja cuando al frente del Instituto y la carrera de Sociología incorpora a personajes provenientes de la tradición ensayista pero liberal o liberal-socialista como Enrique Buttelman o el propio José Luis Romero, revelando precisamente cuánto de político hay en este enfrentamiento al ensayo.

Con todo, podríamos señalar que en la propia producción de los autores no están del todo ausentes ciertos rasgos del ensayismo latinoamericano. Así, son muy pocas las obras sistemáticas completas escritas por Fernandes y Germani²⁴⁸. La gran mayoría de sus textos publicados son compilaciones de artículos y escritos de diferentes años que, con mayor o menor profundidad, abordan los diversos problemas sociológicos²⁴⁹. Aunque es cierto que el tratamiento de estos problemas, el vocabulario y, en ocasiones, el fundamento empírico dan un tono de rigor académico, se advierte el fragmentarismo propio de textos que suelen introducir o plantear problemáticas más que resolverlas de modo conclusivo.

Sociología “científica” vs. sociología “culturalista”

Un segundo frente en el cual los autores plantean una batalla discursiva es el de la definición de la sociología como ciencia y, en general, del estatus epistemológico de las

²⁴⁷ Como vimos en el capítulo II. 1. La antropología cultural norteamericana, el historicismo alemán y el marxismo son las fuentes de estos tres autores respectivamente.

²⁴⁸ Pueden incluirse en este tipo los siguientes trabajos de Florestan Fernandes: *Organização social dos Tupinambá, A função social da guerra na sociedade Tupinambá* (1948), *Ensaio sobre o método de interpretação funcionalista na sociologia* (1951). De Germani, *Estructura social de la Argentina* (1955).

²⁴⁹ Precisamente las principales obras sobre teoría y metodología sociológica caben dentro de esta categoría de compilaciones. Como ejemplos emblemáticos podemos mencionar de Fernandes, *Fundamentos empíricos da explicação sociológica* (1959) y de Germani, *La sociología científica* (1956).

ciencias sociales. Como vimos, durante los años 30 y gran parte de los 40, en el marco de la reacción antipositivista, el debate sociológico aparece fuertemente marcado por una tendencia a asociar la sociología a una filosofía social o una ciencia de tipo culturalista. La radical distinción entre ciencias naturales y ciencias del espíritu así como la difusión de corrientes fenomenológicas y existencialistas promueven una versión de la sociología como ciencia interpretativa, de las particularidades culturales e históricas. Esta versión se revela, además, muy afín a las posturas nacionalistas de la época.

Este enfrentamiento se empalma en gran medida con el anterior, en la medida en que muchos cultores de este tipo de sociología se expresan a través del ensayo. Pero adquiere un matiz especial en tanto se presenta como una disputa al interior de la sociología en la que se juega la especificidad, unidad y legitimación de la disciplina como conocimiento científico así como la justificación de nuevos espacios institucionales que, a su vez, disputan recursos y espacios de poder en el campo intelectual.

Tres debates principales ocupan a nuestros autores en este sentido. En primer lugar, la defensa de una concepción universalista y unificada de la ciencia en contraposición a una visión particularista de las ciencias sociales. En este punto es representativa la polémica de Fernandes con Guerreiro Ramos sobre la universalidad o particularidad del conocimiento producido por la sociología brasileña. En lo que Ramos ve una preocupación por la especificidad y autenticidad nacional, Fernandes advierte el riesgo de discriminar una ciencia para países subdesarrollados y otra para desarrollados. Complementariamente, en lo que Ramos ve una sociología alienada, enlatada, inauténtica, Fernandes cree defender un radicalismo científico que protege al conocimiento sociológico de las intromisiones del poder.

También Germani se enfrenta a quienes postulan la idea de una sociología nacional a partir de una concepción culturalista y particularista de la disciplina y su objeto. Para Germani el justificado deseo de originalidad teórica debe entenderse como la elevación de la calidad científica de los trabajos y la posibilidad de convertir a las naciones latinoamericanas en productoras de teoría (además de receptoras); pero tal deseo no puede sino rechazarse cuando implica desconocer los procedimientos científicos universales y caer en alguna forma de irracionalismo.

En ambos autores la defensa de la universalidad y unidad de la ciencia se hace a partir de la influencia de las mismas fuentes: Comte, en la idea de la sociología como ciencia integradora y sintética; Mannheim, con su perspectiva de una sociología reconstructiva, y, con mayor o menor énfasis, el positivismo lógico, aunque en la versión heterodoxa de Felix Kaufmann, quien postula la unidad de fundamentos lógicos de la ciencia. El argumento central es el mismo: las ciencias sociales no difieren del resto de las ciencias en cuanto a sus fundamentos lógicos, a las reglas generales del proceder científico; difieren en todo caso, por las peculiaridades de su objeto, en el alcance y en la forma de sus generalizaciones. Esta postura les permite moverse con mayor holgura en el debate sobre el método.

El segundo debate con la sociología culturalista es el que se genera en torno a la separación que, desde estas orientaciones, se promovería entre especulación pura y empirismo descriptivo. En el caso de Germani esta problemática aparece muy marcada en la disputa metodológica en torno a la interpretación de Weber que emprende contra sus contemporáneos (Poviña, Orgaz, Treves, Miguens). En la medida en que en el debate argentino no hay representantes tan claros de una tendencia puramente empirista, sino de la contraria (fuertemente especulativa) Germani aparece en el espectro del campo local – sobre todo por su interés en el análisis estadístico- como alineado con una posición de este tipo. No obstante, como hemos señalado en el análisis de su obra, Germani advierte claramente las limitaciones cognitivas e ideológicas del empirismo descriptivo. Precisamente en su interpretación de Weber Germani resalta la capacidad del sociólogo alemán para integrar, más que para separar, la explicación y la comprensión así como el rechazo a vincular la comprensión con cualquier forma de intuicionismo.

La misma interpretación sobre Weber la encontramos en Florestan Fernandes (aunque sin la connotación polémica con sus contemporáneos como en Germani), a quien se ha acusado tanto de teoricismo como de empirismo. En este punto podemos destacar las diferencias de Fernandes con la orientación de la ELSP y, en particular, de Pierson, Willems y Nogueira a los que, en más de una ocasión, reprocha una falta de integración teórica en su trabajo sobre comunidades. Ahora bien, en este aspecto, una diferencia importante entre Germani y Fernandes es la menor atención que presta este último a los métodos cuantitativos y el uso de las estadísticas. Por el contrario, su trabajo de investigación se realiza básicamente a partir de técnicas cualitativas, muy cercanas a la antropología (entrevistas a profundidad, observación participante, historia de vida). De allí

que, si en el caso de Germani podría entenderse su asociación a un empirismo norteamericano propenso a la “cuantofrenia” (expresión acuñada por Sorokin), en Fernandes, que insiste con el mismo énfasis en la investigación empírica, esta imputación queda completamente fuera de lugar.

Así, en contraste con la acusación de empirismo esgrimida frecuentemente contra los dos autores, lo que surge de su lectura es más bien una preocupación constante por encontrar formas de integración sustantiva entre teoría e investigación empírica. Qué tanto hayan logrado este objetivo en sus propios trabajos de investigación es algo que rebasa nuestra investigación. Lo que no se puede desconocer es que, en un medio intelectual saturado de erudición libresca, tanto Fernandes como Germani plantean un modo de relación diferente con la tradición sociológica clásica y contemporánea: intentan construir esquemas analíticos propios, a partir de múltiples influencias, con los cuales se pueda estudiar empíricamente e interpretar críticamente los procesos actuales de las sociedades latinoamericanas, dentro de los marcos de conocimiento científico. Se trata menos de la introducción de temas o lecturas nuevas -finalmente sus contemporáneos trabajaron con influencias muy similares- que de una relación diferente con la tradición sociológica.

Finalmente, un último debate, vinculado a los otros dos, es el que se refiere al “compromiso” del intelectual con la realidad actual y la vinculación con la praxis. En ambos autores las características que atribuyen a la sociología científica están estrechamente vinculadas con el papel específico que ésta puede cumplir en relación con la transformación social. Aquí la influencia de Mannheim es central: la sociología científica está en conexión con el ideal de una sociedad democrática planificada, de allí la insistencia en los aspectos técnicos de la disciplina y, en particular, de la investigación empírica. Tanto Fernandes como Germani enfatizan la necesidad de reconstrucción y control racional sobre los procesos sociales, fines que sólo pueden ser logrados mediante una afinada capacidad de previsión, sustentada en la interrelación constante y consistente entre hechos y teorías. Previsión significa para los dos autores capacidad para anticipar cursos de acción posibles, advertir posibilidades abiertas por el proceso histórico, ante las cuales hay que elegir de manera inteligente, consciente, deliberada. El sociólogo no proporciona los fines, éstos están dados en la sociedad, pero sí puede esclarecer tanto las posibilidades históricas como el modo (la racionalidad) que puede orientar las elecciones.

Es importante señalar que en la concepción de los autores no se desarrolla claramente cómo, a través de qué entidades o instituciones se podría producir este encuentro sistemático entre planificadores y académicos. En Fernandes, quien se ocupa más amplia y profundamente del tema en sus escritos sobre sociología aplicada, predomina siempre el interés científico. Supone que la obligación de los científicos es, en primera instancia, ampliar y profundizar los conocimientos científicos, lo que contribuiría a ampliar el horizonte cultural medio. Aunque, también subyace el argumento de la autoprotección frente al poder. En Germani el tema no aparece tan teorizado. La coyuntura del desarrollismo frondizista, favorable al proyecto de sociología de Germani, resulta tan breve en términos políticos que el arranque y gestión académica de la carrera consumen la mayor parte de los esfuerzos de Germani. Así, ninguno de los autores llega a desarrollar sistemáticamente una sociología de este tipo, más allá de las indicaciones generales. Esto sucede en gran medida porque el supuesto de una sociedad democrática, requisito para el desarrollo de la sociología científica, sufre importantes reveses en todo el continente desde principios de los 60.

El especialista vs. el erudito

Una tercera oposición en la construcción de la nueva figura intelectual es la que se da en términos de la profesión. Aquí se contraponen la figura del sabio, el erudito, el generalista y maestro vs. el especialista, experto, profesional de las ciencias sociales. Se trata de una reacción hacia un tipo de práctica intelectual ejercida, de modo aficionado, fundamentalmente por abogados, filósofos, literatos, orientada por el estudio de las ideas sociológicas más que por la producción de conocimiento original sobre la sociedad. En este sentido, los dos autores impulsan una figura profesional muy weberiana: dedicado de manera completa y continuada a la especialidad, dotado de un campo de actuación autónomo y de unas herramientas técnicas específicas que lo califican para su desempeño. En suma, que vive “para” y “de” la especialidad.

Esta oposición expresa también una nueva condición social del intelectual. Hasta entonces los intelectuales estaban identificados con las elites sociales porque provenían de sus filas y se ubicaban también como una elite cultural. Tanto Fernandes como Germani representan un cambio en la composición de la intelectualidad dado por el avance de nuevos sectores (medios y medios bajos) en el acceso a estos papeles; cambio que se refleja a su vez en una actitud distinta hacia su tarea.

Los dos autores, a su manera, promueven una imagen de intelectual radicalmente distinta del humanista. Buscan enfatizar la existencia de un lenguaje diferente en todos los aspectos. La organización de las instituciones en función de la investigación, la formación de equipos de trabajo, la incorporación de herramientas técnicas (como fue la IBM en el Instituto de sociología de la UBA), la burocratización, la insistencia en el entrenamiento metodológico y técnico de los estudiantes, cambian por completo la imagen del sociólogo. La escritura se torna, bajo el formato de los informes de investigación, los preámbulos metodológicos, la clasificación de datos y el vocabulario depurado, un instrumento altamente técnico, despojado de cualquier recurso literario, subordinado a la investigación empírica. Incluso la nueva figura se asocia a una actitud distinta ante la vida: metodismo, habilidad, experiencia investigadora, son las cualidades atribuidas a los nuevos especialistas.

En este sentido es ilustrativo el recuerdo de Fernando Henrique Cardoso sobre sus primeros años en la USP:

“E havia algumas figuras que desfilavam pelos corredores da Escola Normal da Praça vestidos de avental branco, como o professor Florestan Fernandes e, mais discretamente, o professor Antonio Candido. O avental era quase um macaço. Era a maneira de mostrar duas coisas: uma, que a ciência é trabalho, e a outra, que a Sociologia é ciência. Esse empenho terrible de demonstrar a todos nós que havia uma ética do trabalho a ser desenvolvida e que não era qualquer trabalho, mas um trabalho rigoroso a partir de um conjunto de hipóteses e de um conjunto de métodos” (en D’Incao, 1987: 24).

Resulta algo paradójico observar que la misma actitud que se plantea como oposición a un tipo de actividad intelectual asociada a una elite social y reivindica la democratización del acceso al conocimiento y su autonomía respecto del poder, en poco tiempo se convierte, frente a sus críticos, en señal de otra forma de elitización: la que separa y jerarquiza entre el experto y el lego; al tiempo que asume la autonomía científica como falta de compromiso con los problemas sociales reales²⁵⁰.

²⁵⁰ Esta figura intelectual inaugurada por los autores puede emparentarse en algún sentido con los que, en la actualidad, Robert Reich ha denominado “analistas simbólicos”. Según el autor, estos nuevos personajes: “hacen de intermediarios, identifican y resuelven problemas valiéndose de símbolos. Simplifican la realidad con imágenes abstractas que se pueden reordenar, alterar y experimentar con ellas, comunicarlas a otros especialistas y, finalmente, convertirlas nuevamente en una realidad. Para ello se utilizan instrumentos de

Las articulaciones ideológicas: sociedad de clases vs. viejo orden; libertad vs. autoritarismo; cuestión social vs. cuestión nacional

Ahora bien, estas tres contraposiciones están atravesadas por las posiciones ideológicas y políticas de los autores frente a los conflictos sociales del momento así como por el diagnóstico que realizan sobre las sociedades latinoamericanas. En términos muy generales podríamos decir que en Fernandes predomina el enfrentamiento al “antiguo orden social” (patrimonialista, estamentario) y la superación de los obstáculos a la instauración de una sociedad de clases. A primera vista y por su filiación ideológica declaradamente marxista podría parecer opera en Fernandes una concepción etapista que impulsa la consolidación de una revolución burguesa como paso previo al socialismo. Aunque algo de esto está presente en la insistencia en la consolidación del orden social competitivo en Brasil, Fernandes está muy lejos de la aplicación esquemática de cualquier modelo *a priori*. Su interpretación sobre la formación y el desarrollo del capitalismo en Brasil manifiesta desde sus primeros escritos una especial sensibilidad a las especificidades históricas. En particular, Fernandes insiste sobre las marcas particulares que deja el proceso de la colonia en la incorporación de Brasil al capitalismo. Su visión del Brasil, a nuestro juicio, es la del gran desencuentro entre las posibilidades abiertas por el proceso histórico y el modo en que en ellas se insertan los sujetos sociales.

Desde este esquema interpretativo, la oposición del científico al ensayista y al erudito está estrechamente vinculada con esta posición de enfrentamiento ideológico-político al pensamiento oligárquico conservador; pensamiento que, según Fernandes, persiste en muchos ámbitos de la sociedad brasileña. El punto fundamental sería, en el ámbito del conocimiento como en todos los demás, la “permeabilidad” del antiguo orden. Tal como señala: “se ha perpetuado la excesiva valoración de la cultura humanista de las antiguas clases señoriales a través de un tipo de enseñanza basada en textos y enemiga de la investigación” (1962b: 216). Así, su rechazo al ensayo y a la figura del erudito está vinculada al rechazo a un estilo y una práctica intelectual asociados específicamente a una clase social en decadencia.

análisis obtenidos a través de la experiencia” (1993: 177). A pesar de la gran distancia que pueda existir entre ambas figuras intelectuales, la principal vinculación con los analistas simbólicos se encuentra en el papel de la “experticia” como fundamento del análisis de la realidad.

En Germani, aunque también está presente la lucha contra la visión tradicional del mundo, predomina a nuestro juicio la lucha contra el autoritarismo y la defensa de la libertad, a la que se subordinan otros objetivos y valores sociales modernos. La experiencia del fascismo y posteriormente del peronismo marca profundamente la postura de Germani frente a los conflictos de las sociedades modernas. La matriz ideológica del socialismo liberal moldea tanto su concepción de la ciencia como de la transformación social. La oposición al ensayismo como a la sociología de corte filosófico espiritualista se revela, ante todo, como un enfrentamiento con las formas de irracionalismo contemporáneo que han devenido sostén de ideologías autoritarias en el campo político. En el caso específico de las sociedades latinoamericanas, Germani expresa esta postura a través de la identificación de ese particular efecto de fusión que es el “tradicionalismo ideológico” o, podríamos llamar, tradicionalismo moderno.

Finalmente, es muy importante la distancia que ambos autores establecen frente al nacionalismo, tanto de derecha como de izquierda. En buena medida, el rechazo a una sociología como ciencia culturalista, de lo particular, es expresión de esta distancia frente a un nacionalismo de corte autoritario promovido desde las estructuras de poder. Podríamos decir que más que la construcción de la “nación”, tan fundamental en el universo discursivo de la época, los dos autores consideran prioritaria la construcción de la “sociedad”. Este es, a nuestro juicio, uno de los elementos comunes más significativo entre los autores.

El enfrentamiento de Germani con el peronismo y el de Fernandes con la doctrina del ISEB es claro al respecto. Desde nuestro punto de vista, en Fernandes este énfasis en la problemática de lo social es importante porque permite desenmascarar la dinámica de las clases sociales, las formas de dominación y de poder social, que el discurso nacionalista oculta bajo la cuestión de la unidad cultural y política del país. En Germani, por su parte, lo social es también una forma de rechazo al nacionalismo autoritario que vulnera las libertades individuales, especialmente políticas y promueve el conservadurismo cultural y político. La problemática tan importante en ambos de la “integración social” se relaciona con este problema y es la contrapartida de su preocupación política por la instauración de una verdadera democracia.

Ahora bien, la importancia del contexto en el análisis de los discursos es que permite desustancializar los núcleos de significado amarrados por la ideología. Tal como hemos

señalado los autores transitan de un momento de crisis de los valores modernos y del orden internacional a su reestructuración bajo la hegemonía norteamericana. En este pasaje, el posicionamiento de los autores se disloca. La sociología científica se plantea hacia los años 40 como un recurso frente al poder, especialmente frente al nacionalismo católico conservador, más o menos pro-fascista, que se resiste a la modificación de las estructuras sociales, en particular, al quiebre de la dominación oligárquica. No obstante, en las dos décadas posteriores y bajo la influencia del populismo y la consolidación de la hegemonía norteamericana el nacionalismo se vuelve más complejo, ya que adquiere un matiz popular y antiimperialista, que incluso hacia fines de los 50 se deslinda del desarrollismo. Una parte importante de la izquierda se une a este nacionalismo. La sociología científica, incorporada además ahora al patrón internacional liderado por Estados Unidos, queda en una posición ideológica más complicada, atrapada por la polarización de la guerra fría.

Algo similar pasa con la defensa de un proyecto científico autónomo. La autoprotección en ese lugar privilegiado de enunciación los distancia cada vez más, hacia principios y mediados de los 60, de los debates reales y de la posibilidad de intervenir efectivamente en el proceso en curso, a partir de un vínculo con sectores sociales reales. La ciencia como lugar enunciativo se desplaza del rechazo al irracionalismo, al autoritarismo, el espiritualismo etc. y la defensa de un análisis objetivo de la realidad concreta, que salvaguarda la “razón” frente a las fuerzas de la jerarquía y la autoridad, a una voz privilegiada, que en la “distancia” objetiva queda atrapada por una serie de formalismos metodológicos, incapaz de ofrecer ideas útiles en las coyunturas cruciales. Por tanto, se pone en cuestión el papel de la ciencia en la intervención racional.

En Germani esta situación se hace muy evidente cuando el partido socialista se quiebra y una parte importante de sus cuadros jóvenes (varios de ellos parte de la carrera de sociología) se une al peronismo. Germani queda entonces relativamente aislado y decide, sintomáticamente, viajar a Estados Unidos. En Florestan Fernandes esta situación está mucho más matizada por el paulatino desplazamiento que se registra en su obra desde principios de la década. También hay, de alguna manera, un quiebre generacional. En este sentido, no es casual que Fernandes no haya participado del grupo de estudio de El Capital. El marxismo sociológico de Fernandes no termina de cuadrar con los nuevos horizontes intelectuales de sus discípulos. No obstante, Fernandes advierte relativamente pronto esta separación entre el científico y la realidad y radicaliza sus posiciones sobre el papel de la academia, no sin costos (convertidos más tarde en ganancias) importantes.

2. La modernidad como proceso de racionalización

A nuestro juicio, el punto fundamental que vincula a los autores y atraviesa los diferentes esquemas de organización conceptual planteados por cada uno en particular, es la concepción de la *modernidad como proceso de racionalización*. Este proceso es entendido, de manera general, como la intervención cada vez más amplia y profunda de la razón en todas las esferas de la realidad. Esto es, la modernización exige como requisito cultural, en términos weberianos, una “ética racional de la existencia” que organice los distintos ámbitos de la vida. Desde esta perspectiva común, los autores fundamentan la sociología como ciencia, emprenden el análisis de la realidad latinoamericana, realizan su diagnóstico y plantean, con sus propias variantes, las opciones de transformación.

La manera de entender la racionalización así como la fuente de las “irracionalidades” a superar tiene en cada autor matices propios dependiendo del contexto. En ambos podría decirse que la racionalización difiere de la versión de Weber aunque no deja de estar atravesada por ambigüedades similares a las que se han atribuido posteriormente al sociólogo alemán. La más importante, es la dificultad de separar el proceso de racionalización como hecho o constatación histórica sobre el mundo occidental, donde el “tipo ideal” de racionalidad formal-instrumental aparece como recurso metodológico, y una racionalización que, en su inevitable expansión, se propone como modelo ideal, o al menos un destino a alcanzar. En este caso es que se cuele una visión más ilustrada sobre la razón como valor en sí misma en tanto impulso del progreso.

En Florestan Fernandes la racionalización implica un proceso de “toma de conciencia” que va más allá de la mera difusión de la racionalidad formal-instrumental. Implica, por una parte, la “ampliación del horizonte intelectual” medio, esto es, la inclusión constante de problemas sociales en la esfera de conciencia social para su procesamiento racional. Implica, por otra, el control racional creciente de estos problemas mediante la intervención humana deliberada y planificada, sustentada asimismo en conocimientos científicos. Implica, finalmente, una actitud crítica hacia cualquier forma de ignorancia, preconcepción, dominación, superstición, explotación que amenace los dos procesos anteriores. En Gino Germani la racionalización conlleva sobre todo la expansión de la “acción electiva”, esto es, deliberada, que el autor vincula con la amplificación de los ámbitos de libertad, así como con la responsabilidad por el ejercicio de esa libertad, dentro de un marco normativo,

aunque más flexible, que prescribe precisamente la elección. También aquí es importante la ampliación de los conocimientos sobre los que se sustenta la elección y sobre todo el rechazo al autoritarismo. En ambas formas la racionalización, a diferencia de lo que ocurre en Weber y más cerca de la versión ilustrada, implica el apego a ciertos valores sustantivos centrales, muy básicos, dentro de los cuales cabe la expresión de múltiples variantes. En Germani sobre todo el individualismo. En Fernandes, la democracia.

Desde nuestro punto de vista, esta visión de nuestros autores sobre la razón en el mundo está informada por dos tradiciones (sociológicas pero también filosóficas e ideológicas) no necesariamente compatibles entre sí pero que los autores, dentro del espíritu de la época, intentan conciliar. Por un lado, la tradición que inauguran Saint Simon y Comte. En esta tradición se resalta la idea de que es posible la transformación social basada en la ciencia, de tal forma que los hombres puedan intervenir de manera práctica sobre el mundo para someterlo a su control, esto es, la idea de una reforma científica de la sociedad. Según esta visión la ciencia es capaz de conducir la reconstrucción racional necesaria de las sociedades modernas, por tanto, se enfatiza el carácter emancipatorio de la razón. Por otro lado, la tradición de Weber que le otorga a la razón y a la ciencia un papel mucho más modesto y relativo ya que confronta el avance de la racionalidad formal-instrumental con la “irracionalidad” moral que domina las sociedades modernas. En esta línea de pensamiento también se ubica la influencia de Mannheim, de quien retoman la preocupación por el desajuste o “irracionalidad” característico de la época: en la era de la sociedad de masas hay un desfase entre el grado de racionalidad alcanzado en la esfera científico-tecnológica y el alcanzado en la vida social y moral. Este desajuste explica la crisis en que se encuentra la cultura moderna. No obstante, también Mannheim confía en la propia razón y en la ciencia para el reajuste de las esferas y la superación de la crisis.

¿A qué se debe esta combinación? Consideramos que en los dos autores hay una especie de combate en dos frentes que no alcanza nunca a conciliarse y que es fuente de grandes tensiones en su pensamiento. Por un lado, lidian con el problema de la transición de la sociedad tradicional a la sociedad moderna. En la medida en que este proceso no se considera acabado o completo, persiste la lucha contra las “irracionalidades” provenientes de la supervivencia de elementos tradicionales, en particular para Fernandes, en las formas de dominación. Esta visión prevalece evidentemente cuando se trata de analizar las sociedades latinoamericanas, caracterizadas por un marcado dualismo en su particular incorporación al mundo moderno.

Pero, al mismo tiempo y a veces de manera superpuesta, enfrentan las “irracionalidades” constitutivas de las sociedades modernas, derivadas de su propio patrón de dominación y sus contradicciones internas. En especial, las irracionalidades derivadas de los múltiples efectos (desfases, asincronías) de la diferenciación y autonomización de esferas propio del proceso de secularización y racionalización. Aquí pesa, especialmente para Germani, el diagnóstico de la crisis europea de entreguerras. Se trata de una combinación de dos posicionamientos distintos frente a la historia y la modernidad (volveremos sobre este tema en apartado siguiente). El primero es el de “lo todavía no cumplido”, el segundo es el de la “promesa rota”. Frente a este último y en momentos de crisis, tal como plantea Germani, se presenta la disyuntiva del abandono de las premisas fundamentales de la sociedad moderna, y la caída en alguna forma de totalitarismo, o su recuperación en términos nuevos.

En ambos autores, se plantean dos maneras de enfrentar esta tensión que los impulsa a salvaguardar la modernidad, aún reconociendo sus contradicciones. Aunque las dos estrategias se encuentran en los dos autores, podríamos señalar énfasis diferenciados en cada una. Una estrategia será subsumir o disolver la segunda problemática en la primera, esto es, ubicar los todos problemas de asincronía entre las esferas bajo el amplio paraguas de la transición. A partir de esta estrategia, el esquema etapista se estira y contorsiona para hacer caber en él la gran variedad de situaciones históricas concretas que asume el pasaje a la modernidad. Así, se multiplican las categorías para explicar las excepciones, las especificidades, las arritmias, las patologías, los conflictos que construyen el camino a la modernidad. Esto es particularmente evidente en el caso de Germani. Si por una parte, estos reconocimientos lo alejan claramente de la visión unívoca y lineal del proceso de modernización delineado por las teorías norteamericanas y honran su sensibilidad histórica, por otro, evidencian la esterilidad de la extrema formalización del modelo de transición así como de las categorías generales de sociedad tradicional y sociedad moderna.

Otra estrategia, más presente en Fernandes, consistirá en considerar la modernidad en dos planos. En los términos (hegelianos) de Bolívar Echeverría (1995), podríamos nombrarlos como el plano de la potencialidad y de la actualización. La modernidad implica una serie de valores centrales, abstractos y universales -el núcleo normativo indispensable para el mínimo de integración social- que se actualizan históricamente en formas diferentes, según

las especificidades de cada sociedad concreta. En este sentido, habría un desfase constitutivo, al que también están sometidas las sociedades de desarrollo avanzado. Se trataría entonces de separar la modernidad, como potencialidad histórica, de las formas conocidas (“realmente existentes”) del capitalismo pero también del comunismo y explorar las posibilidades históricas de realizaciones alternativas, autónomas, propias, diferentes del modelo original europeo, a partir de los nuevos fundamentos técnicos. Sin duda, aquí influyen las ideas de una sociedad democrática planificada de Mannheim así como las de convergencia de las sociedades industriales.

En los dos casos, los autores apuestan por recuperar para la razón, y para las ciencias sociales en particular, el espacio privilegiado de inteligibilidad de la sociedad ya sea para completar el tránsito, ya sea para lograr la integración de las esferas. En este punto emerge de manera fundamental la tarea “reconstructiva” que los autores, siguiendo a Mannheim, asignan a la sociología en relación con la sociedad. Los autores piensan que es posible, con el auxilio de las ciencias sociales y a través de la planificación, acelerar este proceso de control racional de las sociedades. Esta planificación, por su parte, no implica necesariamente una vía totalitaria (como se había experimentado efectivamente en varios países) sino que es perfectamente compatible con los valores centrales de la modernidad: la libertad, la democracia y la justicia social.

Ahora bien, dos nuevas problemáticas estrechamente vinculadas se abren en este punto: la tensión entre unidad y diferenciación y la tensión entre racionalidad instrumental y racionalidad sustantiva o final, tensiones típicas de las teorías sociales modernas. En efecto, por una parte, la idea de racionalización de los autores implica una tensión permanente entre dos polos: la unidad, esto es, encontrar un principio unitario, unos valores centrales, que permitan la integración de la sociedad (los sujetos, los grupos, las esferas, las dimensiones) y la diferenciación y complejidad crecientes producida por la modernización y amenaza constantemente con romper ese núcleo de integración. De allí la necesidad de pensar en ámbitos de coordinación y mediación entre las distintas esferas de la sociedad. La ciencia ligada a la planificación es precisamente esta instancia²⁵¹, aunque no queda claro si es la más importante o es una entre otras. Esta afirmación es central porque implica en los dos autores, una particular concepción de la relación entre

²⁵¹ Aquí aparecen claramente las influencias de Mannheim y Freyer. Tanto la ciencia como la planificación presuponen la presencia de un determinado Estado. No obstante en la medida en que los autores están más preocupados por la dimensión social, éste no aparece tan tematizado en su obra.

conocimiento y política. Según esta visión, en vez de subordinar la ciencia a la política (tal como proponen las versiones nacionalistas), de lo que se trata es subordinar la política a la ciencia, esto es, hacer de la política una ciencia. Visión que, a pesar de las grandes diferencias que suponen, se encuentra en la matriz ideológica de los dos autores, esto es, tanto en el liberalismo de John Stuart Mill como en Marx.

En este punto encontramos un elemento central de la perspectiva de los dos autores: la búsqueda constante de la síntesis de perspectivas, de la integración de las partes, la mirada desde la totalidad. En suma, la idea de una racionalidad global. En ambos la presencia del funcionalismo se relaciona con esta búsqueda de los hilos o principios que corren de manera común a través de las distintas dimensiones de la realidad social, búsqueda que es típica de las teorías sociales de la posguerra. También aquí reside fundamentalmente el intento de mediación entre funcionalismo y marxismo que puede entereverse en el caso de Fernandes²⁵². En los autores este principio interno que mantiene unida a la sociedad moderna es la racionalización ¿pero qué racionalización?

Surge aquí la tensión entre racionalidad instrumental y racionalidad sustantiva. Los dos autores tienen una gran confianza en el despliegue de la racionalidad instrumental, en los avances de la ciencia y la técnica en la tarea reconstructiva de la sociedad. En la dimensión técnica de la sociología como ciencia cobra una gran relevancia en los esquemas de los dos autores ya que atribuyen una particular importancia a las formas de objetividad, cálculo y previsión que ésta es capaz de alcanzar. Pero un problema vuelve constantemente: ¿cómo justificar y garantizar que este proceso de racionalización se lleve a cabo de forma democrática? Aquí sus esquemas revelan una clara limitación, al menos en relación con las pretensiones con que se proponen. Aunque no cabe duda de que en términos ideológico-políticos su modelo a alcanzar es el de una sociedad desarrollada, planificada y con un alto grado de participación democrática, incluso emparentada a alguna versión del socialismo, hay dificultades para justificar, en términos puramente científicos, este punto de llegada normativo.

²⁵² Hacia los años 50, Florestan Fernandes no es el único que establece ligazones entre funcionalismo y marxismo. Existe, de hecho, una importante vertiente de marxismo funcionalista de gran repercusión en la teoría social. Pensando específicamente en el campo de la antropología y la sociología Hermínio Martins (en D' Incao, 1987) recuerda, por una parte, la Escuela de Antropología en Manchester, dirigida por Max Gluckman. Varios de los miembros de esta escuela son al mismo tiempo funcionalistas y militantes del Partido Comunista Británico. Pero también algunos de los mejores sociólogos norteamericanos de la década del 50 y 60 (Lipset y Bendix) que en los años 40 fueron trotskistas.

En efecto, tanto la idea de una “elevación de la conciencia” como la de una expansión de la “acción electiva, deliberada”, vinculadas a la planificación, claramente indican la intención de trascender los límites de la racionalidad instrumental. En ambas aparece indudablemente el papel de alguna forma de voluntad crítica que contrarresta la imagen de la modernización como proceso ciego, espontáneo de desarrollo técnico. No obstante, no alcanzan para indicarnos cuáles son los fines específicos que debe perseguir, en cada momento de la planificación, una sociedad atravesada por el conflicto (de clases) y la inestabilidad; cómo y con qué criterios fundamentar científicamente las elecciones de valor en ámbitos cada vez más especializados. De alguna manera, los valores centrales se asumen como dados en el modelo de sociedad moderna con el que operan y, en particular, los dos autores manifiestan una confianza exagerada (aunque muy típica de la época) en la ética científica para identificarlos y encarnarlos así como para evaluar de manera técnica las formas de su realización. De allí que, a pesar de insistir en la lucha contra las diversas formas de irracionalidad, los dos autores descuiden los peligros de una racionalización restringida al dominio exclusivo de los medios.

Pero descuido no significa desconocimiento. Germani, por ejemplo, es muy claro al plantear los límites del proceso de instrumentalización de las relaciones sociales. Sería incorrecto atribuir a los autores la adhesión unilateral a una utopía tecnicista, como tantas veces se ha hecho. A cada paso de su obra se tropieza con el reconocimiento de los obstáculos impuestos por el poder, por las elites dirigentes y clases dominantes. También a cada paso se encuentran posicionamientos valorativos en favor de la libertad, la democracia, la emancipación social, la realización individual. Lo que, desde nuestro punto de vista, no logra resolver, a nivel teórico, ninguno de los autores es justificar el papel central que le atribuyen a la ciencia como mediadora del ajuste entre racionalidad técnica y racionalidad sustantiva.

Ahora bien, esta concepción de la racionalización y la ciencia como fundamento de la política tiene una contrapartida fundamental en la obra de los autores: el desplazamiento de los sujetos y grupos sociales conflictivos como protagonistas reales en la producción de la sociedad a través de la lucha política. Tanto en Fernandes como en Germani, al menos en esta etapa de su pensamiento, la situación de transición y de desintegración/integración provoca un fenómeno, más o menos identificado con la “anomia” en Durkheim. En cada uno de los autores esta noción emerge una y otra vez, en su forma más simple, como fenómeno de demora cultural (en este aspecto los dos autores recorren la misma

bibliografía: Durkheim, Ogburn, Mannheim), o en formas más elaboradas como el concepto de “disnomia” en Florestan Fernandes o a través del mismo “tradicionalismo ideológico” en Germani. Este fenómeno alude al hecho de que los “desfases” no sólo se producen entre distintos ámbitos sociales (fundamentalmente lo político en relación a lo económico) sino fundamentalmente entre la dimensión subjetiva (individual y colectiva) de la experiencia y las condiciones socio-históricas objetivas. En el caso de Germani, este aspecto, es abordado además a partir de los aportes del psicoanálisis.

En Florestan Fernandes esta problemática es particularmente relevante en sus análisis del negro y su incorporación a la sociedad de clases. El negro en los análisis de Fernandes aparece más como una víctima que un protagonista en el proceso de integración a la sociedad moderna. En el otro polo, lo mismo ocurre con el empresario -esa “burguesía nacional” unificada y poderosa, tan requerida por el desarrollismo- y sus dificultades para erigirse como clase dominante. Por su parte, en Germani la problemática está presente en la gran interrogante sobre el peronismo y la integración de las masas: ¿por qué los trabajadores escogieron un rumbo de acción (el apoyo al líder autoritario) no previsto por los esquemas existentes? Pero también lo podemos encontrar en las reservas de Germani sobre el potencial democratizador de la clase media. En estos casos paradigmáticos emerge el problema de la racionalidad de la acción de los sujetos como contrapartida de los procesos y cambios estructurales.

El posicionamiento ideológico-político ante estos fenómenos es diferente en cada autor. En Florestan Fernandes el problema de la confluencia de la dominación racial, estamentaria y de clase heredada del pasado, adquiere claramente el tono de una denuncia del orden social establecido. El planteo del problema en términos de un análisis de clases sugiere hasta qué punto es el problema de la dominación social el que está en juego para el autor. En Germani, a pesar del reconocimiento hacia la racionalidad de los trabajadores medida por las conquistas reales proporcionadas por el régimen, hay una tendencia a enfatizar el autoritarismo y la irracionalidad del peronismo moldeada por su preocupación prioritaria por la libertad y el individualismo modernos. El esquema de análisis masas-individuos refuerza precisamente esta mirada más típicamente liberal. En ambos casos queda claro que no se trata de la “irracionalidad” constitutiva de los sujetos, sino que lo que prevalece en estos casos de transición es una racionalidad adaptativa en función de las posibilidades ofrecidas por el contexto en que se da la acción, noción por cierto muy mannheimiana. Aún así, a nuestro juicio, en ambos aparece claramente el diagnóstico básico de que en los

países latinoamericanos las clases y categorías sociales, debido a este desfase entre condiciones objetivas y experiencias subjetivas, cumplen insuficientemente su destino histórico y, por tanto, no terminan de conformarse como protagonistas de la historia.

En este marco es que la ciencia se coloca, entonces, como orientadora de la acción de los diversos sujetos y grupos sociales. Esta posición genera efectos ambiguos en la obra de los autores. En una concepción de este tipo, la política deja de ser una arena en la que los sujetos, enfrentados en un campo social conflictivo, producen y transforman el orden social, y pasa a convertirse en su alianza con la ciencia, en un instrumento para el ajuste racional gradual de los sujetos al orden social. En este punto consideramos que es válida la crítica realizada por la generación posterior a esta perspectiva sobre el escaso papel que en ella juegan los sujetos sociales reales, sus luchas, sus alianzas y su posibilidad de recrear las condiciones objetivas, estructurales en las que tiene lugar su acción. No obstante, es necesario para hacer justicia a la obra de los autores, señalar que ambos están lejos de una concepción puramente mecanicista del orden social. Por el contrario, en cada uno, y con las diferencias ideológicas señaladas, hay una angustiosa búsqueda por recuperar la actuación conciente, deliberada y efectiva de los sujetos en la historia.

3. Teoría e historia

Una característica fundamental de la “sociología científica” que promueven Florestan Fernandes y Gino Germani es la presencia determinante de un esquema analítico común: el del paso de un tipo social a otro, esto es, de la sociedad tradicional a la sociedad moderna. Sin duda no es un modelo original de los autores. Podríamos decir que gran parte de la teoría social moderna se ha montado, con diversas variantes, en este esquema explicativo del mundo moderno. No obstante, en América Latina este modelo adquiere una fuerza simbólica particular que trasciende las consideraciones teóricas o metodológicas para convertirse en todo un paradigma ideológico. El siglo XX latinoamericano puede leerse, de manera global, como la constante búsqueda por superar la tradición e incorporarse de manera acelerada a los procesos de modernización. Lo relevante es que este modelo impone ciertos límites a la mirada de los autores que, vinculados a sus posicionamientos ideológicos, constriñen el horizonte bajo el cual problematizan la realidad latinoamericana.

Un asunto central que se impone es el de la tensión entre teoría e historia que implica este esquema interpretativo. En efecto, podemos preguntarnos ¿de qué tipo de categorías estamos hablando al referirnos a las sociedades tradicionales o modernas? En ambos autores la sociedad tradicional y la sociedad moderna operan en alguna medida como tipos abstractos, generales, que permiten estudiar diversas sociedades empíricas. Según Bell (1984), la construcción de “tipos ahistóricos modales de relaciones sociales”, es la manera en que los sociólogos modernos (Durkheim, Tonnies, Weber, Parsons) intentan superar la visión histórica evolucionista determinista así como el relativismo histórico hasta entonces dominantes. Asimismo, los tipos permiten un análisis macrosociológico que contempla la relación de todas las dimensiones o partes de los fenómenos, a la vez que proveen de un vocabulario unificado para abordar diferentes situaciones sociales y tipos de sociedades. Sin embargo, el problema que presentan es que tienden a formalizar excesivamente los fenómenos sociales y, por tanto, pierden capacidad explicativa. Bell sostiene que esto se debe a la lógica de la mecánica newtoniana que subyace a estos modelos. No se trata de su nivel de abstracción (necesariamente presente en la ciencia) sino de la presunción de equilibrio, isomorfismo y principios unitarios que impide captar la dinámica histórica de manera más compleja, menos reduccionista ¿En qué medida esto es lo que sucede en nuestros autores?

Un primer elemento que hay que destacar es que tanto en Fernandes como en Germani la “sociedad moderna” es pensada siempre en dos registros: a) Como “espíritu”, esto es, como un conjunto de valores y aspiraciones fundamentales de la cultura occidental que, en un “plano general” (para tomar la expresión de Myrdal) orientan las prácticas de los sujetos, pero alcanzan formas muy diversas de realización y b) Como un “modelo” específico de sociedad caracterizado a nivel histórico por una serie de rasgos o componentes agregados y empíricamente correlacionados (industrialización, urbanización, burocratización, desarrollo científico y técnico, etc). Mientras que el primero está en un registro más filosófico e ideológico, el segundo está en un nivel más sociológico e histórico. Lo que encontramos en sus escritos es una especie de juego de mutuos desbordes entre estos dos niveles en el que se van develando múltiples tensiones y contradicciones históricas. Por un lado, habría elementos del modelo, y sus realizaciones concretas, que se presentan como incongruentes con el “espíritu” o los valores modernos. El caso más evidente es el de la homogeneización y las técnicas de control y manipulación de masas que acompaña el desarrollo de la racionalidad instrumental y ha generado formas modernas de autoritarismo, pero también los múltiples dilemas (racial, educacional) que atraviesan

nuestras sociedades subdesarrolladas. Por otro lado, también habría valores no realizados en ninguno de los modelos existentes de sociedad moderna. Aquí el caso paradigmático es el de la persistencia de las desigualdades sociales, de clases, así como la tendencia a la autonomización de las elites de poder. De allí la tensión que se presenta entre los conceptos de modernidad y capitalismo, muy clara en el caso de Fernandes, según la cual el segundo no agota el primero. Aunque los dos autores reconocen claramente las dos problemáticas, podríamos advertir que la primera está más presente en Germani, en su insistencia en los límites a la secularización y racionalización, mientras que la segunda más en Fernandes, en su preocupación por las formas en que se procesa el conflicto de clases.

Un segundo problema es la propia construcción de este “modelo” sociológico de sociedad moderna. Como vimos, el tema de la modernización emerge después de la segunda mundial, cuando todos los países parecen entrar en una misma ruta de industrialización. A partir de una reducción y dictomización del modelo de racionalidad weberiano (acción tradicional vs. acción racional), se crea entonces la imagen de un mismo camino de desarrollo, evolutivo y lineal entre una estructura y otra, dentro del cual los países se encontrarían en distintos estadios. Las etapas del crecimiento económico de Rostow son el modelo paradigmático en este sentido. De aquí se abren al menos otras tres problemáticas.

En primer lugar, la construcción del modelo se hace tomando como referencia los países de “desarrollo originario”. En este punto la obra de nuestros autores presenta una ambigüedad permanente: por una parte, consideran a América Latina como parte del mundo moderno occidental y, por lo tanto, incluida en su “tipo social”. Pero mientras a veces sostienen que el modelo a seguir es ofrecido de manera fáctica por los países más avanzados en el desarrollo de este tipo, otras veces sostienen que este “tipo” es muy general y admite variaciones históricas diferentes, de donde se sigue la posibilidad de un camino singular de los países latinoamericanos. Efectivamente, en la medida en que se utiliza como parámetro de comparación la experiencia histórica de los países europeos, los autores se ven compelidos a presentar el desarrollo histórico de las sociedades latinoamericanas a partir de la ausencia o presencia de ciertos rasgos tomados de aquel modelo. Ya sea que la comparación se realice directamente sobre la experiencia histórica o sobre el tipo ideal construido a partir de aquella, lo cierto es que tienden a eludirse las especificidades históricas propias del proceso latinoamericano. La noción de los “desfases” en Fernandes, o de “asincronía” en Germani, propias de los países latinoamericanos, implica

precisamente la convivencia de temporalidades históricas diferentes elaboradas mediante el recurso a este tipo de comparación formal.

Emerge aquí toda una serie de problemas vinculados con el uso de los tipos ideales y su relación con la historia y la realidad empírica. Algunos de estos problemas han sido adelantados por el propio Weber. Así, por ejemplo, el tipo ideal puede perder eficacia explicativa cuando es demasiado general (o demasiado específico). Es lo que ocurre con las dos grandes categorías de sociedad tradicional y sociedad moderna como puntos abstractos de partida y de llegada. Para hacer caber en ellas una gran variedad de situaciones se convierten en categorías tan generales que se empobrecen totalmente como herramientas de análisis. Pero también el tipo ideal pierde eficacia cuando está construido a partir de los datos empíricos de una realidad histórica diferente. En este sentido, es importante recordar que, según Weber, los tipos ideales como categorías heurísticas no son universales ni atemporales sino fundamentalmente históricos. Aunque Fernandes y Germani reconocen claramente que utilizar el tipo de los países avanzados para medir las sociedades latinoamericanas puede resultar discutible, la ausencia de investigaciones empíricas previas los lleva a proponer sus análisis en principio desde este punto de vista comparativo, confiando en la progresiva acumulación de datos y ajuste de los modelos y tipos. En este sentido, los propios autores se adelantan claramente a las críticas de las generaciones posteriores.

En Germani esto es particularmente evidente sobre todo al formular las etapas de la transición. Estas etapas no sólo son elaboradas tomando como criterios la secuencia histórica del modelo occidental sino que se plantean de un modo tan general que sólo tienen una utilidad muy indicativa. De todas formas, Germani insiste siempre en la necesidad de hacer estudios empíricos y desarrollar taxonomías más específicas. En Florestan Fernandes este problema aparece mucho más matizado debido a la elaboración de análisis históricos particulares del Brasil en los que se resaltan menos las características estructurales generales que el proceso mismo. La incorporación temprana de Marx, a través del “tipo extremo”, le permite incorporar la dimensión histórica en un nivel de mayor concreción en sus análisis sobre la formación de la sociedad de clases en Brasil. La generación posterior de sociólogos latinoamericanos asumió claramente este reto legado

por los científicos y emprendió, a partir de la influencia fundamental de una concepción marxista de la historia, análisis más comprensivos y concretos del desarrollo²⁵³.

Ahora bien, como se ha señalado en múltiples ocasiones, este problema no es sólo un asunto de perspectivas metodológicas. También aquí hay implicada una cuestión valorativa e ideológica, relacionada en gran medida con esta fuerza simbólica que adquiere el esquema. Tal como reconoce abiertamente Germani la asignación de una estructura parcial a un determinado modelo de sociedad, los “juicios de funcionalidad”, dependen de una decisión del investigador; decisión en la cual se mezclan indefectiblemente argumentos teóricos e ideológicos. Es lo que sucede con la insistente correlación entre capitalismo y democracia que el modelo presupone y la realidad no logra verificar, pero también con correlaciones más parciales tales como industrialización y urbanización o industrialización y democratización. En lugar, por ejemplo, de explorar de manera más sistemática la posibilidad de que la racionalización instrumental en una esfera (económica) pueda poner trabas o límites e incluso entrar en contradicción con la racionalización sustantiva en otra esfera (socio-política), se formulan diagnósticos que resaltan el atraso, el desfase, la falta de adecuación de la segunda a la primera y, en suma, de la realidad al modelo²⁵⁴. Esto sucede además, como señalan Solari, Franco y Jutkowitz (1981), porque se toma como válida una determinada concepción económica del desarrollo y, a partir de ella, se analizan las condiciones sociales y políticas favorables o desfavorables a la misma. Aunque este es el camino metodológico que se tomó de hecho, no necesariamente es el que se justifica teóricamente. En efecto, se podría haberse seguido el camino inverso, esto es, partir de una concepción social y evaluar las condiciones económicas favorables o desfavorables.

De todas formas, como hemos destacado en los dos autores, el “modelo” en un sentido valorativo no se identifica necesariamente con la experiencia histórica de los países occidentales de desarrollo inicial, sino con el ideal de sociedad democrática planificada elaborado por Mannheim que, estrictamente, no se corresponde con la experiencia de ningún país. Desde la perspectiva de este modelo, la experiencia de los países occidentales se muestra tanto como un ejemplo a seguir como un muestrario de errores a superar. El modelo de Mannheim surge de la necesidad de una reorientación fundamental del “modelo” occidental con el fin de rescatar su “espíritu”.

²⁵³ Con excepción tal vez de las visiones más mecanicistas de la dependencia que tienden a reiterar el formalismo.

²⁵⁴ Al respecto, Solari, Franco y Jutkowitz señalan que “si la secuencia latinoamericana fuera tomada como ‘modelo’ sería la otra, la transición occidental inicial, la que sería ‘asincrónica’” (1981: 191).

Un segundo problema, en relación con el modelo es la cuestión de la unidad de análisis. Tanto Fernandes como Germani se concentran en los estados nacionales como unidades de estudio y comparan las situaciones de los países como si fueran universos enteramente distintos. Es cierto que ambos consideran que las sociedades latinoamericanas forman parte de la expansión del mundo occidental, no obstante durante la etapa que estamos estudiando conciben el cambio social como motivado fundamentalmente por factores internos a las sociedades nacionales, sin considerar de manera sistemática la relación con el exterior en su aspecto histórico y no sólo desde la comparación teórica. Nuevamente, en Fernandes esto puede matizarse más debido a su marcado interés por hacer una caracterización histórica más específica, por ejemplo, del periodo colonial en Brasil. No obstante desde mediados de los 60 en ambos autores se percibe un viraje de perspectivas que quedará plasmado en nuevas periodizaciones de la historia latinoamericana centradas fundamentalmente en los factores externos y en el aspecto de la dependencia²⁵⁵.

Finalmente otra cuestión derivada de la vinculación entre teoría e historia es la concepción teleológica que se cuele, a menudo, a través de la noción de transición entre dos tipos a partir de etapas sucesivas. Nuevamente aquí encontramos una tensión no del todo resuelta en los autores. En efecto, esta concepción teleológica está presente en la medida en que no abandonan la noción de causalidad histórica ni la visión ilustrada del progreso. No obstante, hay elementos que matizan esta visión. En particular, el reconocimiento de las contradicciones sobre las que avanza el proceso de modernización y el margen de decisión conciente y deliberada que implica la dirección del proceso. Como hemos visto, Fernandes y Germani, defienden la democracia como una alternativa posible no como un destino, ni como la dirección incuestionable en la que se mueve la historia universal; una muestra de ello es precisamente la dificultad para justificar de modo científico la adecuación entre racionalidad instrumental y racionalidad sustantiva. En este sentido, los autores abren una puerta para considerar la contingencia histórica y, por tanto, la importancia de la acción humana en el desarrollo histórico. La confianza en el desenlace democrático del paso a la

²⁵⁵ En Fernandes se desarrollan las pautas de dominación externas a partir de cuatro fases históricas (colonial, transición neocolonial, imperialismo restringido, imperialismo total) en *Capitalismo dependiente e classes sociais na América Latina* (1973) mientras en Germani se reformulan las etapas de la transición en *Sociología de la modernización* (1969) a partir de la interacción de factores endógenos y exógenos. Llama la atención que es precisamente en el libro que lleva por título la palabra “modernización” donde Germani pasa a considerar de manera más clara el fenómeno de la dependencia. También en estos años (1969) aparece el libro de Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, de enorme difusión y repercusión hasta nuestros días, escrito bajo esta perspectiva de la influencia central de los factores externos.

modernidad, como dijimos, está fundada en una mezcla de elementos científicos e ideológicos. La preocupación tan marcada en ambos por la “racionalidad de la acción” de los sujetos apunta en esta dirección. El problema surge en todo caso, como hemos señalado, cuando se evalúa esta racionalidad en función del tipo ideal supuesto en el modelo.

4. Consideraciones finales

A modo de cierre quisiéramos destacar algunas apreciaciones más generales que nos ha sugerido la lectura comparada de los dos autores. En relación con el desarrollo institucional de la sociología y a partir de la trayectoria de los autores observamos que el panorama de las ciencias sociales en Brasil es más diversificado. Florestan Fernandes, aún cuando se convirtió en un referente central de la sociología brasileña, comparte el escenario con otras figuras y tendencias (anteriores y contemporáneas) muy importantes. Su legado está muy asociado a la universidad y, específicamente, a la ciudad de São Paulo; de allí su asociación a una “escuela paulista de sociología” (que rechazó en varias oportunidades). No obstante, en Rio de Janeiro, en Minas Gerais y en Bahía se crearon polos importantes de investigación que produjeron una variedad de miradas muy actualizadas sobre los fenómenos sociales. En Argentina, a partir de 1955 la figura de Germani sobresale de manera más solitaria frente a todo lo demás, en especial, por su actuación destacada en otros ámbitos culturales como el editorial. En términos de la sociología encontramos, al igual que en política, un panorama más polarizado. Es cierto que Alfredo Poviña y la “sociología de cátedra” que continuó en el interior del país demostraron una capacidad aglutinadora y una proyección internacional nada desdeñable. Pero fuera de estos vínculos internos y externos y la labor de gestión, su obra sociológica sustantiva no dejó prácticamente huella.

En relación con la obra de los dos autores es importante también señalar algunas diferencias básicas que se desprenden de la lectura de la tesis pero que creemos necesario enfatizar. Fernandes y Germani tienen una diferencia de edad de una década. Mientras de Fernandes tomamos como objeto de esta investigación su primera etapa, que incluye su formación y los inicios de su trayectoria académica de madurez, de Germani abarcamos prácticamente el grueso esencial de toda su trayectoria intelectual. Su partida de Argentina simboliza en gran medida el ocaso de su figura en la sociología latinoamericana. En

Florestan Fernandes, en cambio, la etapa que inicia hacia mediados de los 60 se asocia incluso con un momento de mayor auge de su presencia nacional y regional y, sobre todo, con una sociología crítica y militante. En este sentido, es importante tomar en cuenta las limitaciones de la comparación que realizamos, válida en la medida en que resaltamos un momento particular de la sociología en América Latina, que se extiende desde la década del 40 hasta principios de los 60. La obra de Fernandes es sumamente amplia y diversa, por tanto, para una valoración integral de la misma habría que incorporar toda la lectura de sus numerosos y fundamentales trabajos escritos entre 1964 y 1995.

Ahora bien, retornando a ese momento particular, de los inicios de la institucionalización de la sociología, un primer aspecto que llama la atención cuando uno se acerca a las obras de Fernandes y Germani es la combinación de optimismo y pesimismo, producto de la particular coyuntura que les tocó vivir. Aquí reside, a nuestro juicio, parte importante de la riqueza de su pensamiento. Por lo general se ha visto en este momento de la sociología una actitud triunfalista, típica del acentuado racionalismo de posguerra, en relación con la ciencia y la técnica. Y, en efecto, hay bastante de esto en las obras de Fernandes y Germani. A veces, este optimismo cae en una peligrosa ingenuidad, en particular por el papel tal crucial que tiene la objetividad científica y la cuestión del refinamiento metodológico como potencial neutralizador del enfrentamiento ideológico y político en sociedades altamente complejas y conflictivas.

Pero no se trata de un optimismo acrítico. A pesar de su acentuado científicismo, no es lícito inferir de esta postura es una defensa sin más del orden establecido, o una perspectiva conservadora sobre la sociedad, como tantas veces se les reprochó. Por el contrario, este científicismo fue la manera en que pensaron que podían ser realmente críticos de este orden y contribuir a su transformación. La exigencia de someter los conocimientos a una serie de procedimientos rigurosos y reglas establecidas, garantizaría, según los autores, la posibilidad de cuestionarlos, revisarlos, replicarlos, corregirlos y, sobre todo, impediría colocar la impresión subjetiva y el juicio de autoridad como criterios de verdad. Habría una especie de afinidad electiva entre la estructura cognitiva de la ciencia (sus procedimientos) y el proceso de democratización: la autocorrección constante a partir de reglas claras. Puede que esta postura nos parezca hoy ingenua, limitada, incorrecta pero no deja de tener relevancia si pensamos en la existencia de una vasta literatura sociológica con gran vocación crítica pero poca vocación de rigurosidad analítica. La decepción con los

resultados reales de la transformación no debe hacer perder de vista los logros y contribuciones que en ese trance legó la sociología científica.

A nuestro juicio, los dos autores ven claramente numerosas contradicciones políticas que amenazan el proceso de transformación de las sociedades latinoamericanas (aún cuando la perspectiva desde la cual se realiza esta lectura contiene las limitaciones ya señaladas): el autoritarismo de la derecha, la estrechez de las clases dominantes, las resistencias sociales y culturales a la implantación del conocimiento científico, etc. En este sentido, en sus obras se pueden encontrar muchos anticipos de lo que más tarde desarrollará la sociología crítica, de la que, al menos Florestan Fernandes, pasará a formar parte. No obstante, y como contrapartida, su optimismo expresa también una convicción imprescindible en la capacidad de intelección y acción humana, en la posibilidad de transformación social mediante la práctica inteligente y deliberada del ser humano. Tal vez una de sus mayores carencias o deformaciones, a nuestro juicio, es haber confiado excesivamente (con Mannheim) en que esta capacidad se encontraba de alguna manera privilegiada en los científicos sociales, una especie de elite creativa, más que en los sujetos del campo social, con sus racionalidades conflictivas y enfrentadas. De todas formas, la idea de una sociedad democrática planificada, a pesar de los múltiples dilemas que plantea y que los autores no resuelven claramente (¿se planifica la democracia o se democratiza la planificación?, en la primera se alude a una elite planificadora, en la segunda se alude al control de esa elite por los ciudadanos), es uno de los legados más importantes que podemos rescatar de la obra de los autores, en los actuales momentos de crisis neoliberal.

En este sentido, es importante volver sobre otro punto fundamental. Al contrario de lo que habitualmente se sostiene, ninguno de los dos autores afirma la posibilidad de una neutralidad valorativa a ultranza en el ejercicio de la ciencia y mucho menos la ausencia de responsabilidad por los usos prácticos de la misma. Con Mannheim, creen que ya no es válida semejante concepción liberal del conocimiento científico y asumen que el científico está atravesado por numerosos condicionamientos sociales. En el caso de Fernandes, incluso considera que estos valores pueden tener un papel constructivo en el conocimiento. De hecho, como hemos señalado, la obra de los autores está plagada de valores asumidos más o menos explícitamente. Probablemente aquí también su imagen se ve atravesada por la interpretación simplista que se hizo, sobre todo en la sociología norteamericana, de los planteamientos de Weber. En lo que sí creen fervientemente es que hay posibilidad de construir un conocimiento “objetivo”, fundado en la investigación empírica y en los

procedimientos regulares del conocimiento científico. La tensión que implica esta postura se vincula nuevamente a la combinación de influencias con posturas epistemológicas encontradas. Por una parte, la visión neokantiana que separa valor y hecho, sujeto y objeto (más claramente presente en Germani). Por otra, las visiones más conciliadoras entre Kant y Hegel de Mannheim o incluso Freyer (más presente en Fernandes)²⁵⁶.

Finalmente, es importante a destacar es que los autores no adhirieron *a priori* ni unilateralmente a ninguna línea de pensamiento teórica o metodológica. La impresión que se tiene al leer sus obras es que asimilaron con avidez casi toda la literatura sociológica disponible de su época, apelando por igual a clásicos y contemporáneos, así como a autores de campos afines: antropología, psicología y filosofía de la ciencia. Esta sería, en principio, razón suficiente para dejarlos de filiar a una matriz exclusiva y o siquiera principal: funcionalismo o marxismo. En todo caso lo que encontramos en ellos es un eclecticismo creador, o como sostiene Gabriel Cohn sobre Fernandes, “bem temperado”. Este eclecticismo enfrenta al analista de sus obras con innumerables dificultades de interpretación, pero también riqueza y apertura. Como señalamos más arriba, el foco de la atención no parece estar puesto en “quien” leyeron sino “cómo” lo leyeron. Esto es, en el tipo de relación que entablaron con aquella literatura para convertirla en un instrumento adecuado a la comprensión de la realidad latinoamericana.

Aún así, consideramos que hay dos influencias que pueden destacarse en una lectura cruzada de los autores. Nos referimos a Max Weber y Karl Mannheim. Esta influencia destaca menos por la reiteración de sus nombres en las referencias y citas, que por la fuerza estructuradora con la que aparecen sus puntos de vista en los argumentos centrales de los autores. Así, la presencia de Weber se despliega en tres aspectos fundamentales: a) la discusión metodológica para fundamentar la disciplina. Ambos autores encuentran en Weber una referencia clave para justificar la disolución o resolución del dilema entre ciencias naturales y ciencias del espíritu, explicación y comprensión; b) la construcción de los “tipos” como recurso para resolver a un tiempo el problema de la generalización sociológica y la investigación empírica de singularidades históricas; c) la visión de la

²⁵⁶ Es importante subrayar que Freyer se convirtió en el exponente más destacado de la sociología alemana durante el nazismo. Aún así, Florestan Fernandes, es capaz de deslindar su posición ideológica de sus aportes analíticos y recuperar elementos fundamentales de este autor en su esquema teórico: en particular, la idea de una voluntad social vinculada al conocimiento. En Germani este reconocimiento se vuelve más difícil en la medida en que Freyer encarna la posición de sus más acérrimos adversarios tanto en el contexto europeo como latinoamericano. En efecto, en Argentina es más bien el nacionalismo de derecha y la sociología de cátedra quienes se identifican con el sociólogo alemán.

modernidad como un proceso creciente de racionalización y secularización y la presunción de una correlación entre las distintas esferas de la vida social: economía, la ciencia, la política.

La presencia de Mannheim, por su parte, es aún más amplia ya que incluye claramente aspectos analíticos y aspectos ideológico-políticos. La centralidad de su influencia parece residir en la vinculación del problema de la crisis de la sociedad moderna con el de la sociología como ciencia. Por un lado la crisis tiene que ver con el irracionalismo que domina la esfera moral en las sociedades contemporáneas, frente al avance de la racionalidad instrumental de la economía y la técnica. Ante esta crisis se plantea la imposibilidad de renunciar a la razón (como hacen corrientes espiritualistas, irracionalistas) y la necesidad de encontrar una solución racional. Esta solución puede provenir de la ciencia y, en particular, de las ciencias sociales. Dentro de este gran marco, la marca de este autor se hace presente en los siguientes aspectos: a) el análisis de las tensiones de la sociedad moderna como consecuencia del proceso de “democratización fundamental”, b) el ideal de una conciliación entre planificación y democracia, esto es, la importancia de la capacidad humana de decidir racional y concientemente los fines hacia los cuales encaminar la sociedad, frente al avance de la racionalidad técnica; c) la idea de la sociología como “reconstrucción” racional en el sentido de la posibilidad de asumir una perspectiva de la totalidad social, ante el inevitable condicionamiento social del conocimiento; d) sobre todo en Germani, una posición reformista que vincula socialismo y liberalismo en la búsqueda de un camino intermedio entre el libre mercado capitalista y el comunismo.

Señalar la influencia Weber-Mannheim resulta clave para comprender el proyecto subyacente a la orientación científica de la sociología latinoamericana. Por una parte, esta revisión permite trascender una imagen caricaturizada, no sólo en relación con la omnipresencia del estructural-funcionalismo, sino con la supuesta adhesión al orden capitalista vigente o la posición proimperialismo norteamericano que se desprendería de aquella perspectiva teórica. Pero sobre todo, permite replantear sobre nuevas bases, más precisas y ricas, los límites del proyecto modernizador del que se hicieron portavoces nuestros autores. No se trata, entonces, de reemplazar una visión simplificada por otra, sino de contribuir a la reconstrucción de la complejidad de fuentes, con sus horizontes y límites, que alimentaron aquel proyecto.

Bibliografía

Alarcón, Víctor, “Karl Mannheim: un diagnóstico para nuestro tiempo”, en Gina Zabudovsky, *Teoría sociológica y modernidad*, México, Plaza y Valdés-UNAM, 1998.

Alexander, Jeffrey, *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Gedisa, 2008.

Anderson, Perry, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, México, Siglo XXI, 1998.

Anderson, Perry, “Liberalismo y socialismo en Norberto Bobbio”, en *Cuadernos Políticos*, núm. 56, México, Editorial Era, enero-abril de 1989, pp. 37-63.

Aróstegui, J., C. Buchrucker y J. Saborido (dir.), *El mundo contemporáneo: historia y problemas*, Buenos Aires-Barcelona, Biblos-Crítica, 2001.

Arrighi, Giovanni, *El largo siglo XX*, Madrid, Akal, 1999.

Bajtín, Mijail, *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI, 1997.

Bell, Daniel, *Las ciencias sociales desde la segunda guerra mundial*, Madrid, Alianza, 1984.

Bethell, Leslie, *Historia de América Latina*, vol. 11: “Economía y sociedad desde 1930”, vol. 12: “Política y sociedad desde 1930”, Barcelona, Crítica, 1990.

Blanco, Alejandro, “La Asociación Latinoamericana de Sociología: una historia de sus primeros congresos”, en revista *Sociologías*, año 7, núm. 14, Porto Alegre, julio-diciembre de 2005, pp. 22-49.

Bottomore, Tom y Robert Nisbet (comp.), *Historia del análisis sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001.

Bourdieu, Pierre, *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba, 2003.

Chevalier, François, *América Latina*, México, FCE, 1999.

Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano del siglo XX, Tomo II: Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)*, Buenos Aires, Biblos, 2003.

Devés, Valdés, Eduardo, “El proyecto modernizador cepalino: antecedentes en el pensamiento latinoamericano”, ponencia presentada en el *49 Congreso Internacional de Americanistas*, Quito, 7-11 de julio de 1997.

Di Tella, Torcuato S., *Historia de los partidos políticos en América Latina*, siglo XX, Chile, FCE, 1997.

Echeverría, Bolívar, *Las ilusiones de la modernidad*, México, UNAM-El equilibrista, 1995

Fajnzylber, Fernando, *La industrialización trunca de América Latina*, México, Nueva Imagen, 1988.

Fernández Santillán, José F, “Liberalismo y socialismo”, en *Revista de Administración Pública*, núm. 89, México, UNAM, 1995, pp. 81-99.

Furtado, Celso, “El desarrollo desde un punto de vista interdisciplinario”, en *El trimestre económico*, núm. 181, México, enero-marzo de 1979.

Furtado, Celso, *La fantasía organizada*, Buenos Aires, Eudeba, 1991.

García Cotarelo, Ramón, “Las teorías de la convergencia en las sociedades industriales avanzadas”, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 161-171.

Gil Villegas, Francisco, *El concepto de racionalidad en Max Weber*, s.p.i.

Gomez, Rodolfo, “Weber, Lukács y la Escuela de Frankfurt. Herencias no reconocidas y diferencias teóricas desde una perspectiva práctico-política”, en revista *Herramienta*, núm. 34, Buenos Aires, marzo de 2007.

Halperin Donghi, Tulio, *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2003.

Halperin Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, México, Alianza, 1983.

Harvey, David, *The condition of postmodernity*, Nueva York, Blackwell, 1990.

Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX: 1914-1991*, Barcelona, Crítica, 2007.

Hodara, Joseph, *Prebisch y la Cepal. Sustancia, trayectoria y contexto institucional*, México, El Colegio de México, 1987.

Horowitz, Irving, *Revolución en el Brasil*, México, FCE, 1966.

Ianni, Octavio, *La sociología y el mundo moderno*, México, Siglo XXI, 2005.

- Jameson, Frederic, *Documentos de cultura, documentos de barbarie*, Madrid, Visor, 1989.
- Kay, Cristóbal, *Latin American theories of development and underdevelopment*, Nueva York, Routledge, 1990.
- Kettler, David, Volker Meja y Nico Stehr, *Karl Mannheim*, México, FCE, 1995.
- Love, Joseph L., “Las fuentes del estructuralismo latinoamericano”, en *Desarrollo económico*, núm. 141, vol. 36, abril-junio de 1995, pp. 391-402.
- Loader, Colin, *The intellectual development of Karl Mannheim: culture, politics and planning*, Cambridge, Cambridge-University, 1985.
- Mannheim, Karl, *Diagnóstico de nuestro tiempo*, México, FCE, 1944.
- Mannheim, Karl, *Libertad, poder y planificación social*, México, FCE, 1943.
- Mannheim, Karl, *Ideología y utopía*, México, FCE, 1941.
- Marini, Ruy Mauro y Mária Millán (coords.), *La teoría social latinoamericana*, Tomo I-IV, México, El Caballito, 1994.
- Marsal, Juan Francisco, “Los intelectuales latinoamericanos y el cambio social”, en *Desarrollo Económico*, vol. 6, núm. 22-23, julio-diciembre de 1966, pp .
- Medina Echavarría, José, *Sociología: teoría y técnica*, México, FCE, 1987.
- Moya López, Laura Angélica, “José Medina Echavarría y la Colección de Sociología del Fondo de Cultura Económica, 1939-1959”, en *Estudios Sociológicos*, vol. XXV, núm. 3, septiembre-diciembre de 2007, pp. 765-803.
- Nun, José, *Democracia. ¿Gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?*, Madrid, Siglo XXI, 2002.
- Reich, Robert B., *El trabajo de las naciones*, Buenos Aires, Vergara, 1993.
- Ritzer, George, *Teoría sociológica clásica*, México, McGraw Hill, 2005.
- Rodríguez Garza, F. y S. Ávila Sandoval, “La literatura económica en el periodo de entreguerras”, en *Análisis económico*, núm. 35, vol. XVII, UAM-Azcapotzalco, primer semestre de 2002, pp. 269-283.
- Roitman Rosenmann, Marcos, *Pensar América Latina: el desarrollo de la sociología latinoamericana*, Buenos Aires, CLACSO, 2008.

Romero, José Luis, *Situaciones e ideologías en Latinoamérica*, México, UNAM-CECYDEL, 1981.

Rossi, Pietro, *Historia comparada y ciencias sociales: de Max Weber a las teorías de la modernización*, México, Centro de Estudios Históricos - El Colegio de México, 1994.

Rouquié, Alain, *América Latina. Introducción al extremo occidente*, México, Siglo XXI, 2007.

Sabine, George H., *Historia de la teoría política*, México, FCE, 1996.

Solari, Aldo, *Poder y desarrollo. América Latina. Estudios sociológicos en homenaje a José Medina Echavarría*, México, FCE, 1977.

Solari, A., Franco, R. y P. Jutkowitz, *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1981.

Sotelo, Ignacio, *Sociología de América Latina. Estructuras y problemas*, Madrid, Tecnos, 1975.

Sunkel, Osvaldo y Pedro Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, México, Siglo XXI, 1975.

Thorp, Rosemary, *Progreso, pobreza y exclusión. Una historia económica de América Latina en el siglo XX*, Washington D.C., Banco Interamericano de Desarrollo, 1998.

Touchard, Jean, *Historia de las ideas políticas*, Madrid, Tecnos, 2000.

Trindade, Hélió (coord.), *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*, México, Siglo XXI, 2007.

Von Beyme, Klaus, *Teoría política del siglo XX*, Madrid, Alianza, 1994.

Wallerstein, Immanuel (coord.), *Abrir las ciencias sociales*, México, Siglo XXI- CEICH-UNAM, 1996.

Wallerstein, Immanuel, *Impensar las ciencias sociales*, México, Siglo XXI- CEICH-UNAM, 2003.

Weber, Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid, Sarpe, 1984.

Werz, Nikolaus, *Pensamiento sociopolítico moderno en América Latina*, Caracas-Venezuela, Nueva Sociedad, 1995.

Yocelevezky, Ricardo, “La ideología del desarrollo nacional en las ciencias sociales latinoamericanas”, en *Política y Cultura*, núm. 008, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, primavera de 1997, pp. 319-334.

Zabludovsky, Gina, “La recepción de Weber en México”, en *Teoría sociológica y modernidad*, México, Plaza y Valdés-UNAM, 1998.

Zapata, Francisco, *Cuestiones de teoría sociológica*, México, El Colegio de México, 2005.

Zapata, Francisco, *Ideología y política en América Latina*, México, El Colegio de México, 2001.

Bibliografía sobre Florestan Fernandes

Albuquerque Fávera, Maria de Lourdes, “A UDF: sua vocação política e científica: um legado para se pensar a universidade hoje”, en *Pro-posições*, vol. 15, núm. 3 (45), septiembre-diciembre de 2004, pp. 143-162.

Arruda, Maria Arminda do Nascimento, “A trajetória da pesquisa na Sociologia”, en *Estudos Avançados*, vol. 8, núm. 22, São Paulo, septiembre-diciembre de 1994.

Bariani, Edison, “Guerreiro Ramos: uma sociologia em mangas de camisa”, en *Caos. Revista Eletrônica de Ciências Sociais*, núm. 11, octubre de 2006.

Borges Pereira, João Baptista, “Emílio Willems e Ego Shaden na história da Antropologia”, en *Estudos Avançados*, vol. 8, núm. 22, São Paulo, septiembre – diciembre de 1994.

Candido, Antonio, *Florestan Fernandes*, EFPA, 2001.

Candido, Antonio, “O jovem Florestan”, en *Estudos Avançados*, vol.10, núm. 26, São Paulo, 1996.

Chor Maio, Marcos, “Uma polêmica esquecida: Costa Pinto, Guerreiro Ramos e o tema das relações sociais”, en revista *Dados*, vol. 40, núm. 1, Rio de Janeiro, 1997.

Chor Maio, Marcos, “O projeto UNESCO e a agenda das ciências sociais no Brasil dos anos 40 e 50”, en *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 14, núm. 41, octubre de 1999.

Cohn, Gabriel “Padrões e dilemas: o pensamento de Florestan Fernandes”, en Antunes, Ricardo, Reginaldo Moraes y Vera Ferrante (orgs.), *Inteligência brasileira*, São Paulo, Brasiliense, 1986.

Cohn, Gabriel, “O ecletismo bem temperado”, en Maria Angela D’ Incao, *O saber militante. Ensaio sobre Florestan Fernandes*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, São Paulo-UNESP, 1987.

Costa Pinto, L.A., y Edison Carneiro, *As ciências sociais no Brasil*, 1955.

D’Incao, Maria Angela, “Mudança social e sociologia libertadora”, en Maria Angela D’ Incao, *O saber militante. Ensaio sobre Florestan Fernandes*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, São Paulo- UNESP, 1987.

De Azevedo Costa, Diogo Valença, “Sociologia e socialismo: lembrando Florestan Fernandes”, en *Revista Espaço Acadêmico*, año VII, núm. 75, agosto de 2007.

De Souza Neves, Margarida y M. H. Rolim Capelato, “Retratos del Brasil: ideas, sociedad y política”, en Oscar Terán (coord.), *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2004.

Fernandes, Florestan, “Memoria: Entrevista con Florestan Fernandes. Por Pablo de Tarso Venceslau”, en *Teoría y debate*, núm. 13, 1991.

Ferreira Mariosa, Duarcides, *Florestan Fernandes e a sociologia como crítica dos processos*, Tesis doctoral, presentada en el Instituto de Filosofia y Ciências Humanas de la Universidad Estadual de Campinas, Campinas, São Paulo, 2007.

Freitas Dutra, Eliana de, “Companhia Editora Nacional: tradição editorial e cultura nacional”, texto presentado en el *I Seminário Brasileiro sobre Livro e História Editorial*, Casa Rui Barbosa, Rio de Janeiro, Brasil, 2004.

Freitag, Bárbara, “Florestan Fernandes: revisitado”, en *Estudos Avançados*, vol. 19, núm. 55, São Paulo, septiembre –diciembre de 2005.

Gomes Martins, Tatiana, *Florestan Fernandes e Guerreiro Ramos; para além de um debate*, Tesis doctoral, presentada en el Instituto de Filosofia y Ciências Humanas de la Universidad Estadual de Campinas, Campinas, São Paulo, 2008.

Grin Debert, Guita, “O desenvolvimento econômico acelerado no discurso populista”, en *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, ANPOCS, 1998.

Ianni, Octavio, “A sociologia de Florestan Fernandes”, en revista *Estudos Avançados*, vol.10, núm. 26, São Paulo, enero-abril de 1996.

Ianni, Octavio, “Florestan Fernandes e a formação da sociologia brasileira”, en Octavio Ianni (org.), *Florestan Fernandes: sociologia crítica e militante*, São Paulo, Editora Expressão Popular, 2004.

Jackson, Luiz Carlos, “A sociologia paulista nas revistas especializadas (1940-1965)”, en *Tempo Social*, vol. 16, núm. 1, São Paulo, junio de 2004.

Jackson, Luiz Carlos, “Tensões e disputas na sociologia paulista (1940-1970)”, en *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, año/vol. 22, núm. 065, Asociación Nacional de Posgraduación e Investigación en Ciências Sociales, São Paulo, Brasil, octubre de 2006.

Jackson, Luiz Carlos, “Gerações pioneiras na sociologia paulista (1934-1969)”, en *Tempo Social*, vol. 19, núm. 1, São Paulo, junio de 2007.

Lépine, Claude, “A imagen do negro brasileiro”, en Maria Angela D’ Incao, *O saber militante. Ensaio sobre Florestan Fernandes*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, São Paulo-UNESP, 1987.

Limoeiro Cardoso, Miriam, “Capitalismo dependente, autocracia burguesa e revolução social em Florestan Fernandes”, Instituto de Estudos Avançados da Universidade de São Paulo, www.iea.usp.br/artigos.

Limoeiro Cardoso, Miriam, “Florestan Fernandes: a criação de uma problemática”, en *Estudos Avançados*, vol. 10, núm. 26, São Paulo, enero-abril de 1996.

Limoeiro Cardoso, Miriam, *La ideología dominante*, México, Siglo XXI, 1975.

Miceli, Sergio, *Nacional estrangeiro. História social e cultural do modernismo artístico em São Paulo*, São Paulo, Companhia das Letras, 2003.

Montalvão, Sérgio, “O intelectual e a política: a militância comunista de Caio Prado Júnior (1931-1945)”, en *Revista de História Regional*, vol. 7, núm. 1, Departamento de Histórica de UEPG, verano del 2002, pp. 105-127.

Oliva, Alberto, *Ciencia e ideologia. Florestan Fernandes e a formação das ciências sociais no Brasil*, Porto Alegre, Edipucrs, 1997.

Peixoto, Fernanda, “Lévi-Strauss no Brasil: a formação do etnólogo”, en *Mana*, vol. 4, núm.1, Rio de Janeiro, 1998.

Quijano, Aníbal, “Florestan Fernandes: una biografía completa”, en *Estudos Avançados*, vol. 10, núm. 26, São Paulo, enero-abril de 1996.

Rugai Bastos, Elide, Fernando Abrucio, Maria Rita Loureiro y José Marcio Rego, *Conversas con sociólogos brasileiros*, São Paulo, Editora 34, 2006.

Rugai Bastos, Elide, “A questão racial e a revolução burguesa”, en Maria Angela D’ Incao, *O saber militante. Ensaio sobre Florestan Fernandes*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, São Paulo-UNESP, 1987.

Sacchetta, Vladimir, “Florestan Fernandes: o sociólogo militante”, en *Estudos Avançados*, vol.10, núm. 26, São Paulo, enero-abril de 1996.

Salem, Tânia, “Do Centro Dom Vital à Universidade Católica”, en Simón Schwartzman (org.), *Universidades e instituições científicas no Rio de Janeiro*, Brasília, Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq), 1982, 97-134.

Schwartzman, Simon, “América Latina. Universidades en Transición”, Washington, Organización de los Estados Americanos, Colección INTERAMER, nº 6, 1996.

Soares Rodrigues, Lidiane, “*A Revolução Burguesa no Brasil* de Florestan Fernandes: síntese teórica de um saber militante”, en Anales del XVIII Encuentro Regional de Historia-*El historiador y su tiempo*, ANPUH/SP –UNESP/Assis, 24 al 28 de julio de 2006. CD-Rom.

Trindade, Hélgio, “Burguesía y Estado en el Brasil: un balance crítico”, en *Crítica y Utopía*, núm. 6, Buenos Aires, s/f.

Trindade, Hélgio, “El tema del fascismo en América Latina”, en *Revista de Estudios Políticos (Nueva época)*, núm. 30, noviembre-diciembre de 1982.

Villas Boas, Glaucia, “A recepção da sociologia alemã no Brasil. Notas para uma discussão”, núm. 44, BIB, segundo semestre 1997.

Obras de Florestan Fernandes

A etnologia e a sociologia no Brasil, São Paulo, Anhembi, 1958.

Fundamentos empíricos da explicação sociológica, São Paulo, Nacional, 1959.

Folclore e mudança social na cidade de São Paulo, São Paulo, Anhembi, 1961.

A sociologia numa era de revolução social, São Paulo, Companhia Editora Nacional, 1963.

A integração do negro na sociedade de classes, São Paulo, Dominus, 1965.

Sociedade de classes e subdesenvolvimento, Rio de Janeiro, Zahar, 1968.

Ensaio de sociologia geral e aplicada, São Paulo, Pioneira, 1971.

Revolução burguesa no Brasil, Rio de Janeiro, Zahar, 1976.

Mudanças sociais no Brasil, São Paulo, DIFEL, 1979.

“Problemas de conceptualización de las clases sociales en América Latina”, en Raúl Benítez Zenteno (coord.), *Las clases sociales en América Latina*, México, Siglo XXI, 1998.

Entrevista concedida a José Albertino Rodrigues, UFSCar, septiembre-octubre de 1983.
<http://www.canalciencia.ibict.br/notaveis/txt.php?id=33>

Venceslao, Pablo de Tarso, Entrevista con Florestan Fernandes, en *Teoría y debate*, Pablo de Tarso, Memoria, núm. 13, 1991.

Bibliografía sobre Gino Germani

Allub, Leopoldo, “Biografía y teoría social: el paradigma socio-histórico de Gino Germani”, en revista *Estudios Sociológicos*, septiembre-diciembre de 1998, México, Hemeroteca Digital Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES), <http://www.anuies.mx>.

Altamirano, Carlos, *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

Blanco, Alejandro, “La temprana recepción de Max Weber en la sociología argentina”, en revista *Perfiles Latinoamericanos*, núm. 30, julio-diciembre, 2007, pp. 9-38.

Blanco, Alejandro, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

Blanco, Alejandro, “Política, modernización y desarrollo. Una revisión de la recepción de Talcott Parsons en la obra de Gino Germani”, en *Estudios Sociológicos*, septiembre-diciembre, año/vol. XXI, núm. 003, El Colegio de México, 2003, pp. 667-699.

Blanco, Alejandro, “Ideología, cultura y política: la ‘escuela de Frankfurt’ en la obra de Gino Germani”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, núm. 3, Universidad Nacional de Quilmes, 1999, pp. 95-116.

Casullo, Martina, “Gino Germani ante la condición humana”, en

Delich, Francisco, *Crítica y autocrítica de la razón extraviada: veinticinco años de sociología*, Caracas, El Cid, 1977.

Domingues, J.M. y María Maneiro, “Revisitando Germani: A interpretação da modernidade e a teoria da ação”, en revista *Dados*, año/vol. 47, núm. 004, Instituto Universitario de Pesquisas do Rio de Janeiro, Rio de Janeiro, pp. 643-668.

Escobar, Luis A., “Una tradición sociológica universitaria en Santa Fe: la sociología en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional del Litoral”, Ponencia presentada en Universidad Nacional del Litoral, s/f.

Friedmann, Germán Claus, “Alemanes antinazis e italianos antifascistas en Buenos Aires durante la Segunda Guerra Mundial”, en *Revista Escuela de Historia*, año 5, vol. 1, núm. 5, 2006, Universidad Nacional de Salta, pp. 159-190.

García, Luis, “La modernidad en disputa: la escuela de Frankfurt en la Argentina”, en Hugo Biagini y Andrés Roig (directores), *El pensamiento alternativo en la argentina del siglo XX. Tomo II: Obrerismo, vanguardia, justicia social (1930-1960)*, Buenos Aires, Biblos, 2006.

Germani, Ana, *Gino Germani. Del antifascismo a la sociología*, Buenos Aires, Taurus, 2004.

Graciano, Osvaldo, “Los debates y las propuestas políticas del Partido Socialista de Argentina, entre la crisis mundial y el peronismo, 1930-1950”, en *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 33, 2007, pp. 241-262.

Graciarena, Jorge, “Estudio Preliminar”, en *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*, Buenos Aires, Solar, 1987.

Graciarena, Jorge, “Clases medias y movimiento estudiantil: el reformismo argentino 1918-1966”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 33, núm. 1, México, enero-marzo de 1971, pp.61-100.

Graciarena, Jorge, “La crisis latinoamericana y la investigación sociológica”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 32, núm. 2, Memorias del IX Congreso Latinoamericano de Sociología, marzo-abril de 1970, pp. 195-228.

González Bollo, H., *El nacimiento de la sociología empírica en la Argentina*, Buenos Aires, Dunken, 1999.

Halperin Donghi, Tulio, *La Argentina y la tormenta del mundo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

Horowicz, Alejandro, “Sociología, 50 años en el ojo de la tormenta nacional”, en *Revista Argentina de Sociología*, vol. 5, núm. 9, diciembre de 2007, pp. 136-152.

Jorrot, Raúl y Ruth Sautu (comp.), *Después de Germani. Exploraciones sobre estructura social de la argentina*, Buenos Aires, Paidós, 1992.

Kahl, Joseph, *Tres sociólogos latinoamericanos: Pablo González Casanova, F.H. Cardoso y Gino Germani*, México, UNAM-Acatlán, 1986.

Lomnitz, Claudio, Roger Bartra y Carlos Castañeda (Discusión), "La transición, esa metáfora calva", revista *Fractal*, n°12, año 3, volumen IV, enero-abril, 1999, pp. 151-167.

Mangone, Carlos y Jorge Warley, *Universidad y peronismo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984.

Neiburg, F. y M. Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004.

Neiburg, Federico, *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza, 1998.

Noé, Alberto, *Utopía y desencanto. Creación e institucionalización de la Carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires: 1955-1966*, Buenos Aires, Niño y Dávila, 2005.

Pereyra, Diego Ezequiel, "Cincuenta años de la carrera de sociología de la UBA. Algunas notas contra-celebratorias para repensar la historia de la Sociología en la argentina", en *Revista Argentina de Sociología*, vol. 5, núm. 9, diciembre de 2007, pp. 153-159.

Poviña, Alfredo, *Historia de la sociología en América Latina*, México, FCE, 1941.

Sarlo, Beatriz, *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

Sigal, Silvia, *Intelectuales y poder en la Argentina. La década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

Szusterman, Celia, *Frondizi and the politics of developmentalism in Argentina, 1955-1962*, MacMillan, 1993.

Schwarzstein, Dora, *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina*, Barcelona, Crítica, 2001.

Terán, Oscar, "Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1980", en Oscar Terán (coord.), *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2004.

Torti, Cristina, "Debates y rupturas en los partidos comunista y socialista durante el frondizismo", en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Universidad Nacional de Quilmes, núm. 6, 2002.

Treves, Renato y Francisco Ayala, *Una doble experiencia política: España e Italia*, México, El Colegio de México, 1944.

Tur Donati, Carlos, “La cultura del nacionalismo hispanista en la Argentina”, en *Panoramas de Nuestra América. Burguesías en América Latina*, núm. 10, México, CECyDEL, 1993.

Verón, Eliseo, *Imperialismo, lucha de clases y conocimiento (25 años de sociología en la Argentina)*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1974.

Vezzetti, Hugo, “Enrique Pichón Rivière y Gino Germani: el psicoanálisis y las ciencias sociales”, en *Anuario de Investigaciones*, n° 6, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, 1998.

Zubieta, Elena y Valeria Calvo, “Universidad nueva y sociología ‘científica’”, en Hugo Biagini y Andrés Roig (directores), *El pensamiento alternativo en la argentina del siglo XX. Tomo II: Obrerismo, vanguardia, justicia social (1930-1960)*, Buenos Aires, Biblos, 2006.

Obras de Gino Germani

Estructura social de la Argentina, Buenos Aires, Raigal, 1955.

(1956) *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*, México, IIS-UNAM, 1962a.

Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas, Buenos Aires, Paidós, 1962b.

La sociología en América Latina. Problemas y perspectivas, Buenos Aires, EUDEBA, 1964.

Argentina, sociedad de masas (Torcuato Di Tella, Jorge Graciarena y Gino Germani comp.), Buenos Aires, EUDEBA, 1965.

(1966) *Estudios sobre sociología y psicología social*, Buenos Aires, Paidós, 1971.

Sociología de la modernización: estudios teóricos, metodológicos y aplicados a América Latina, Buenos Aires, Paidós, 1969.

Prólogos, prefacios y estudios preliminares

Prefacio a *Política exterior de los Estados Unidos*, Walter Lippmann, Buenos Aires, Abril, 1944.

Estudio introductorio a *La libertad en el Estado Moderno*, de Harold Laski, Buenos Aires, Abril, 1946.

Traducción y Estudio preliminar a *El miedo a la libertad*, de Erich Fromm, Buenos Aires, Abril, 1947. Este libro pertenece a la serie *Studien ubre Autoritat und Familie*, bajo la dirección de Horkheimer.

Estudio preliminar a *Estudios de psicología primitiva*, de Bronislaw Malinowski, Buenos Aires, Paidós, 1949.

Prólogo a *El retorno de la razón*, de G. De Ruggiero, Buenos Aires, Paidós, 1949.

Estudio preliminar a *Espíritu, persona y sociedad*, de G. Herbert Mead, Buenos Aires, Paidós, 1953.